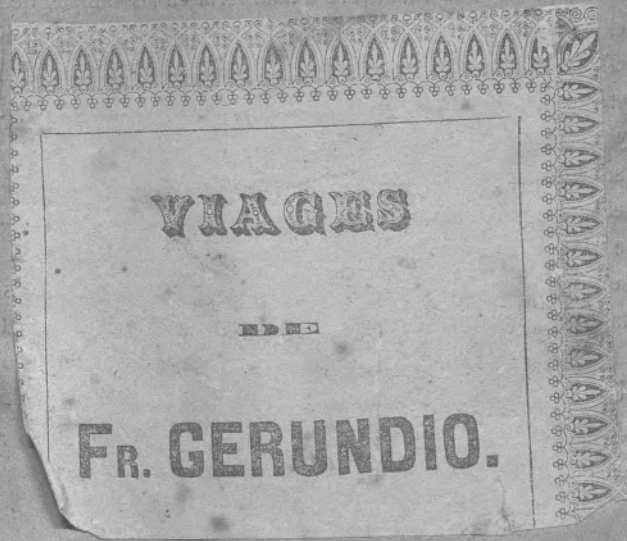


C-R/2, 2

13



le
n
z
r
a
l
le
d
s
l
s
l
ca
Pl
de
gir
cua

ADVERTENCIA.

Esta obra se repartirá por entregas de 16 páginas en 4.º español, letra compacta; á cada dos entregas acompañará una lámina perfectamente litografiada que represente un hecho de los mas notables, empezando por la formacion de la caballería é infantería en los campos de Cannillejas en el momento que el general Dulce los arengó y dió á reconocer al general O'donell, como igualmente los retratos de los generales Dulce, Messina, Serrano, Ros de Olano y otros. Su precio en Madrid será un real la entrega y $1\frac{1}{2}$ en provincias, franco el porte.

El que se suscriba y adelante el importe de cuatro entregas antes de día 1.º de Setiembre próximo, recibirá gratis al concluir la obra una lámina grande, que pueda ponerse en un cuadro, que representará la entrada de Duque de la Victoria en Madrid; esta lámina se fijará en los puntos de suscripcion tan pronto como esté concluida, á cuyo efecto uno de nuestros mejores dibujantes está encargado de este trabajo; pasado este plazo no se admitirán suscripciones bajo esta última condicion, y si pagando la lámina grande por separado.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Madrid: Librería de *Monier*, calle de la Victoria; *Cuesta*, calle Mayor; *Leocadio Lopez*, calle del Carmen; *Matute y Villaverde*, calle de Carretas; *Gonzalez*, Plaza de la Constitucion, y *Villa*, Plaza de Santo Domingo.

En provincias y el extranjero en casa de los correspondientes del Sr. D. Francisco de P. Mellado.

La correspondencia franca de porte, pues no se recibe de otra manera, se dirigirá al propietario de la obra D. Anselmo Santa Coloma, Plaza del Angel, número 2, cuarto 3.º

NOTA. Se dará al final una plantilla en la que se indicará la colocacion de las láminas.

R. 16.813

VIAGES

DE

FR. GERUNDIO,

POR

Francia. Bélgica, Holanda y orillas
del Rhin.



MADRID, 1842.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO.
calle del Sordo, número 11.

ALBANS

Mr. GERRARD

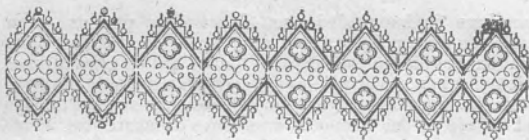
Francis & John, 17, Old Bailey

delivered

THE
PRINTED
BY
FRANCIS & JOHN
17, OLD BAILEY

MAY 1852

FRANCIS & JOHN, 17, OLD BAILEY



Contentárame yo, hermano lector (y tomáralo por buen agüero de no desagradarte mis pobres gerundianos escritos), con que tubieras tú tanta gana de recibir este 2.º tomo de mis *Viages*, como yo la tenia de verle en disposicion de ser enviado y dirigido á tus manos. Pero la ausencia de algunos meses por una parte, motivada por causas de higiene que tu no debes ya ignorar, y por otra entorpecimientos inevitables, y que yo no podia preveer en la parte tipográfica, han retrasado su envío algun tanto mas de lo que en mi intencion y en mis cálculos habia entrado. Leve dilacion que confío sabrás dispensarme con la benevolencia que acostumbrabas.

Comprende este tomo (segun anuncié ya en el 1.º), desde la salida de París, la excursion por Bélgica, Holanda y Alemania, hasta el regreso á España. Viage fué este, que hice con singular placer por una razon de españolismo; pues como tú mismo verás si te tomares la molestia de leer este volumen, apenas visité pueblo alguno de todos estos países en que no hallára recuerdos históricos españoles, mas ó menos gloriosos para nuestra nacion, pero todos interesantes para quien busca de buena fé el conocimiento de los sucesos que enlazan la historia del país propio con la de los estraños.

Todo aquello fué nuestro *in diebus illis*, lector de mis entrañas; y hoy (con lástima lo digo), quizá has a los

nombres de las ciudades son desconocidos para una gran parte de los españoles. Y no acierto yo á comprender como no ha habido un solo español de los que en estos últimos tiempos han recorrido (aunque en bien limitado número) aquellas nuestras antiguas posesiones, que se haya tomado el trabajo de dar á conocer á nuestros compatriotas aquellos reinos y dominios, cuando cualquiera de ellos pudiera haberlo hecho con mas erudicion, con mas tino y con mas fruto que yo, pobre viagero limitado á transcribir á mis amados compatriotas las observaciones y noticias que la casualidad ó mis propios recursos me ofrecian y suministraban.

Pero yo he pagado á mi patria el tributo que como viagero le debía; y no será sin algun provecho si con ello consigo estimular á otros ingenios mas felices á que con mejor cortadas plumas cultiven un género de escrito que no abunda ciertamente en España. Como que mi obra no ha sido escrita para los hombres científicos (que á estos nada les podria yo enseñar), sino para la generalidad del pueblo, y la generalidad de nuestro pueblo no es erudita, mas que de peinar el lenguaje y limar el estilo he cuidado de escribir con verdad, claridad y sencillez. He copiado en toda su naturalidad las impresiones de Tirabeque, y sus coloquios y razonamientos, tal cual vez quizá sabrosos, tal cual vez acaso insípidos. Si buscas variedad, hermano lector, no dejarás de hallarla; pero tampoco te faltará en que ejercitar la virtud de la indulgencia con tu siempre devoto hermano.

FR. GERUNDIO.



BÉLGICA.

Aduaneros y lectores.

«Aquí daremos tiempo á los dependientes de la aduana Belga para que registren los bagages tan á su satisfaccion y tan despacio como gusten, y el lector tendrá la dignacion de dar un descanso á los viageros, que proseguirán su marcha, sino tan pronto como quisieran, tan pronto como pueda ser.»

Con estas palabras terminé, yo Fr. Gerundio, el tomo 1.º de estos *Viages*. Y quizá sea la vez primera que un escritor se tome la libertad de poner por cabeza del 2.º tomo de su obra los pies del 1.º Con razon nos dejó dicho el hermano Aristóteles que los extremos se tocaban. Y esta máxima del filósofo griego he tenido yo que ponerla en práctica hoy para decir, que ni los aduaneros Belgas deberán quejarse de no haber tenido sobrado vagar pa-

ra el reconocimiento de nuestros equipages, ni yo tengo por qué quejarme de la indulgencia de mis lectores, puesto que de uno á otro tomo yo he concedido á los aduaneros y el lector me ha otorgado á mí algunos meses de intermedio y de descanso.

Y es que en este espacio de tiempo se ha visto precisada mi paternidad reverenda á emprender un nuevo viaje, y mientras ha durado el viaje material ha tenido que suspenderse el viaje escrito. Mas una vez que yo estoy ya de vuelta, y que los aduaneros han terminado su registro, pongo mi pluma en la línea de Bélgica y mi cuerpo en el carruaje, y prosigo en compañía de mi buen lego Tirabeque, y de los demas que en el discurso de estos apuntes irán saliendo.

De la línea á la Capital.

Tan pronto como se sale de *Quiévrain* y se da vista á los campos Belgas, se conoce que se ha entrado en el país de la industria y de los adelantos en la agricultura y en la fabricacion. Donde quiera que se mire se ven acá y allá inmensas fábricas, de cuyas elevadas chimeneas de vapor se desprende el denso humo del carbon de piedra que estendido por la atmósfera va dando testimonio de la laboriosidad de aquellos habitantes. Donde quiera que se tienda la vista, se admira la esmerada cultura de los cam-

pos; y donde quiera que el viajero dirija los ojos, encuentra pequeños caminitos de hierro que conducen á las fábricas para el facil trasporte de los materiales y artefactos, y que cruzando el arrecife ó calzada de las diligencias por debajo de cien puentecillos demuestran desde luego al viajante que se halla en el pueblo de la industria fabríl.

A las tres leguas y media se encuentra MONS, capital de la provincia de Henao (*Hainaut*), una de las nueve en que está dividida la Bélgica. Como plaza fronteriza, es ciudad fortificada; acaso la mas fuerte por el sistema moderno de fortificacion: su poblacion de 20 á 25.000 habitantes, y parte de ella está situada sobre un monte ó eminencia que le ha dado su nombre; lo cual prueba (si yo no soy un desgraciado humanista) que cuando se bautizó MONS se hablaba latin por aquellas tierras por donde ahora se habla francés. Y no es estraño que asi sucediera si es cierto que *in illo tempore* andubo por allí el hermano Julio César haciendo de las suyas, y fundando pueblos y castillos y poniéndoles los nombres que mas le acomodaba.

Lo mismo fue entrar por las calles de MONS que sorprenderme Tirabeque exclamando: «¡ Señor, Señor! Aquí está D. Martin de los Heros.— ¡D. Martin de los Heros aquí! dije yo. ¡El intendente del Real Patrimonio de España por aquí ahora! Eso es imposible, Pelegrin.— Señor, no es imposible: ¿ no le ve vd. ahí detras de esos cristales?

¡ Cosas tiene el tal Tirabeque....! Era un magni-

nífico gato, puesto de muestra en una tienda de peletería; y como al Sr. Heros han dado en la manía de nombrarle en España *el Gato Belga*, por no sé qué historias que en las cortes ha referido de los gatos belgas, quiso mi Pelegrin aplicar el pseudónimo al primer gato que en Bélgica veía. Y aun no paró en esto, sino que á los pocos pasos y en la misma calle volvió á exclamar Tirabeque: «Señor, otro D. Martin.» Y era efectivamente otro gato colocado de muestra en otra tienda. ¡Tal se presentaba allí la abundancia de gatos! Sin que por eso hallára yo la razon de haberlos traído el Sr. Heros al templo de la representacion nacional española.

Si pueblo hay que pueda presentarse como ejemplo de vicisitudes es Mons. Solo desde el siglo 16 ha mudado de dueño 14 ó 15 veces. Al Conde Balduino se la quitó el Conde de Nassau; al Conde de Nassau se la conquistó (no digo «se la quitó,» porque era español) nuestro Duque de Alba: al Duque de Alba se la quitó Luis XIV: de Luis XIV, volvió á pasar á la España: á los españoles se la volvieron á arrebatár los franceses: de los franceses la tomaron los holandeses, y de los holandeses los austriacos: á los austriacos se la quitaron de nuevo los franceses, y á los franceses se la quitaron otra vez los austriacos, y á los austriacos se la volvieron á tomar los franceses, que despues la evacuaron y luego la volvieron á ocupar, y en seguida volvió á los holandeses, y últimamente es de los belgas desde que los belgas pusieron casa de por sí. Ahora hagan vds.

el favor de explicarme lo que es derecho de gentes.

A pesar de todo, Mons es una ciudad bastante bien construida y bastante bien conservada, de mucha industria, mucha fabricacion, mucho comercio, y no poca minería.

BRUSELAS.

Noche historiada.

No hay señal mas cierta de haber andado los viajeros las 10 leguas que separan á Mons de la capital de Bélgica, y las 6½ que la dividen de París, que hallarnos en Bruselas, como en efecto nos hallamos, teniendo el gusto de poder ofrecer á vds. una regular habitacion en el *Hotel Imperial y de los Estrangeros reunidos, rue des Fripiers*; absteniéndonos empero de ofrecer las camas, no porque no sean muy cómodas y muy buenas, sino porque se espondrían vds. á coger un resfriado con la humedad de las sábanas, que tambien aqui hemos topado con la endiablada costumbre de los húmedos lienzos que nos ha perseguido en mas de un hotel.

Tan cierto es esto, que á trueque de no amanecer perdidamente romadizados, ya que otro peor mal no adquiriéramos, acordamos amo y lego retirar aquellas sábanas no santas; y enroscándose Ti-

rabeque en un cobertor y yo Fr. Gerundio en mi bata de viaje, echamos nuestras humanidades á descansar: pero en vano. El frio, poderoso mantenedor de pervigilios, y uno de los mas capitales antagonistas de Morféo, nos hizo estar mas despavilados que dos centinelas avanzadas en pais enemigo y en tiempo de guerra. Con este motivo pasamos una noche mas histórica de lo que habiamos pensado, porque se entabló de cama á cama el diálogo siguiente.

«Con que nos hallamos, Pelegrin, en nuestros antiguos paises, en los antiguos dominios de España, y por consiguiente en nuestra tierra se puede decir.—Señor, si esta ha sido nuestra tierra debe hacer ya mucho tiempo, porque yo puedo jurar á vd. que no conozco ya un alma en ella, y pienso que nadie me conoce á mí.—Por supuesto que hace mucho tiempo ya; esto fue cosa del siglo 16. Parece-me que debes estar muy poco enterado de la historia de este pais.—Lo estoy tan poco, mi amo, que creia yo que este pais no tendría historia.—Y yo no creia hasta ahora que tu fueses tan ignorante y tan lego.

«Segun eso no sabes que la Bélgica despues de haber estado sucesivamente bajo la dominacion de los Romanos, de los Francos venidos de la Germania, de los Duques de Namur ó de Flandes, del Brabante ó del Luxemburgo, y últimamente del de Borgoña, pasó á la casa de Austria por el matrimonio de María, hija de Carlos el Temerario, con el Archiduque Maximiliano, hijo del emperador de Alemania Fe-

derico III....¿ Te duermes, Pelegrin?—Un poco me iba tentando el sueño, mi amo; y siga vd. la historia, que una historia debe ser cosa muy buena para dormirse un lego.—Pues no te duermas todavía, porque justamente ahora vamos nosotros á hacernos dueños de la Bélgica.—¡Nosotros, Señor! ¿Qué es lo que dice vd.? Paréceme que vd. sueña, mi amo.—No sueño, Pelegrin, sino que precisamente el nieto de ese Maximiliano, Carlos V. Rey de España y Emperador de Alemania, fue el que entró á heredar estos estados, que desde entonces pertenecieron á España, hasta 1712 que por la paz de Utrech volvieron á incorporarse al Austria estos que entonces se llamaban Países—Bajos Austriacos. ¿Te duermes, Pelegrin?...Pelegrin?—Señor?—Te dormías?—Señor, mientras esto fue de España estube despierto, pero luego que pasó al Austria me iba quedando dormido otra vez.—Pues no te duermas aún, porque has de saber que en 1795 fue conquistada la Bélgica por los franceses, y constituyó parte del Santo Imperio, dividida en departamentos, hasta que en 1815 por decision del Congreso de Viena fue reunida á la Holanda para formar el reino de los Países Bajos bajo la dominacion de Guillermo de Orange-Nassau. Asi permaneció hasta la revolucion de 1330....¿estás dormido?—Señor, en tiempos de revolucion nadie se duerme.—Pues bien, en 1830 la Bélgica (que hace mucho tiempo parece haberse propuesto ser la *segunda edicion* de la Francia) hizo tambien su revolucion y se emancipó de la Ho-

anda, haciendo reino aparte. El gobierno provisional convocó un Congreso nacional y en él se eligió por Rey al Duque de Nemours, hijo de tu amigo Luis Felipe, y no habiéndolo este aceptado, nombraron el 4 de Junio de 1831 al príncipe Leopoldo de Saxonía-Coburgo, que lo admitió y es ahora el Rey de los Belgas.»

«¿Se acabó ya la historia, mi amo?—No falta mas que un apéndice. Ultimamente por el tratado de 15 de Noviembre de 1831, cangeado en Londres por los plenipotenciarios de las cinco grandes potencias, Francia, Inglaterra, Austria, Prusia y Rusia, ratificado en 1839 por la Bélgica y la Holanda, se declaró á Bélgica reino independiente y se fijaron los límites que habian de separar los dos reinos: que fue la obra de los famosos *protocolos* que se formaron para decidir la cuestion Holando-Belga, de que tanto habrás oido hablar. ¿Te has dormido?—No señor, y aunque lo estuviera despertaría, que no hay cosa como los portocolios para hacer despertar á un español; no, sino duérmanse los españoles, y amanecerán portocolizados, que quien hace un cesto hará ciento, y de tales portocolistas nos libre Dios, que asi disponen de la casa agena como si fuese suya propia; pero ya que esto no tiene remedio, hágame vd. el favor de dejarme dormir, que buena falta me está haciendo.»

Día de historia.

Dos cosas me hicieron levantar sin pereza al siguiente día, el frío y la curiosidad de visitar la capital del Brabante, en la cual suponía yo encontrar mas de un recuerdo histórico interesante á un español, y que si la noche había sido historizada el día no lo había de ser menos. Desperté á Tirabeque que dormía como un bienaventurado, y le intimé que se preparara á salir: él se mostró dispuesto á obedecerme, con solo la condicion de que le diera tiempo para asearse y almorzar.

Así lo hice. El salon de comer era anchuroso y magnífico: el almuerzo gustoso y sazonado. Mas cuando Tirabeque vió al lado de cada plato un panecillito redondo como de dos onzas, «¡ay, señor! me dijo; ¿á qué tierra me ha traído vd.? Si los españoles que ocuparon en otros tiempos este país eran castellanos viejos, no era necesario mas para echarlos de él que mantenerlos con esta miseria de pan.»

Por fortuna había sobre la mesa un canastillo casi lleno de aquellos panecitos; Pelegrin se le aproximó como quien no llegaba á ello, y de allí se iba surtiendo cada y cuando los había menester. Táctica que adoptó y siguió despues en todos los pueblos de la Bélgica. De modo que el canastillo era en cada mesa una especie de satélite de mi lego, y mas de una vez se atrajo la atención y escitó la sonrisa de

todos los comensales con su menudéo en alargar la mano al cesto y su práctica en embaular panecillos.

Concluido el almuerzo, y provistos de nuestro correspondiente *commissionaire*, nos lanzamos á la calle. Estos *commissionaires* ó *domestiques de place* son una especie de guías, conductores y recaderos, que tienen en todos los hoteles para acompañar á los extranjeros en las poblaciones, servirles de guía para visitar los monumentos y objetos notables, y desempeñar los demas menesteres que les encomienden. Ellos estan todo el dia á disposicion del extranjero por la retribucion de tres á cinco francos, y constituyen uno de los tipos particulares de aquellos países. Nuestro *Joseph* de Bruselas era jovialísimo, amabilísimo, servicialísimo; dominado de una especie de furor de complacer, iba siempre como bailando á nuestro lado, y mirando á nuestros ojos como quien buscaba adivinar por ellos nuestro deseo; y no solo se prestaba gustoso á conducirnos donde quiera que le indicábamos, sino que él mismo tomaba la iniciativa y se espontaneaba á llevarnos á lugares que nosotros nos hubiéramos retraido de proponer y nombrar.

Acompañábannos á esta expedicion otros dos españoles que se nos habían incorporado en el camino de Bélgica; el uno ex-diputado y dueño de algunas fábricas de paños, que iba con objeto de visitar las del país, y el otro el hermano Isidro, maestro fabricerrario (vulgo herrero), que el ex-diputado llevaba consigo para que aprendiese y tomase lo que

podiera del ramo de maquinaria análogo á su arte y profesion, en que tenia fama de ser tan aventajado como puede serlo un herrero de Castilla la Vieja que no habia salido hasta entonces de su lugar. Este hermano fué mientras andubo con nosotros un segundo Tirabeque, y entre los dos y los *domestiques* ó *commissionaires* solian darnos escenas muy sazonadas y divertidas.

Lo primero que visitamos fué la *Plaza*, digamos asi de la *Constitucion*, donde está el *Hotel de Ville* (casa de ayuntamiento). No me habia engañado en mis esperanzas de hallar recuerdos españoles, por que esta plaza, la principal de Bruselas, es un cuadro de casas, hechas todas bajo la dominacion española, y cuya forma y gusto antiguo la distinguen del resto de la poblacion, y le dan una fisonomía verdaderamente original. Casi todos los edificios están destinados á alguna sociedad: en uno se lee: «*Sociedad de cervezeros:*» en otro: «*Sociedad de panaderos:*» en otro: «*Sociedad de sastres:*» en otro: «*sociedad de navieros:*» en otro: «*Sala de ventas públicas:*» y asi de los demás.

La casa que hace frente al *Hotel de Ville* fué casa de ayuntamiento hasta el año 1440. A lo largo de su fachada se lee una inscripcion que dice:

«*A peste, fame et bello libera nos, Maria Pacis.*»
«*De la peste, del hambre y de la guerra, libranos Virgen de la Paz.*»

Esta inscripcion se puso con ocasion de haber hecho restaurar el edificio la infanta Isabel, hija de Felipe III, en accion de gracias á nuestra señora de la Paz por haber librado á Bruselas de aquellas tres plagas. Sin embargo no parece que ha sido muy favorecido de la Vírgen un pueblo que ha sufrido las poquitas plagas siguientes: en el siglo 14 una hambre y una peste horrorosas de resultas de una lluvia de trece meses consecutivos; en el siglo 15 un incendio que redujo á cenizas 1400 casas; en el 16 dos temblores de tierra que destruyeron una gran parte de la poblacion, y otra peste que se arrebató 27.000 personas; y en el 17 un bombardeo que acompañado de un viento furioso, produjo otro incendio que devoró 14 iglesias y 4.000 casas. Pero no condenaré yo la accion de gracias y la devocion de la Infanta Isabel á la Vírgen, porque sin su proteccion ¡Dios sabe lo que hubiera sucedido! Dios y la Vírgen hubieran podido muy bien hacer otro Egipto de Bruselas.

Atenta y apaciblemente veia y oia Tirabeque estos recuerdos de España. Pero otra cosa fué cuando el bueno de *Joseph* comenzó á decir: «En esta plaza, señores, fué donde su compatriota de vds. el Duque de Alba decapitó á los condes de Horn y de Egmont: la plaza estaba cubierta de negro: el Duque presenció el suplicio desde aquel balcon: oh! aquello fué una crueldad. Ciertamente Monsieur el Duque de Alba debia ser un hombre muy feroz.—Y vd. me parece un hombre muy deslengua-

do, le contestó Tirabeque: ¿vd. sabe que está hablando con españoles? Si el Duque de Alba lo hizo, sus razones tendria para ello, ¿está vd? Ya serian buenas alhajas los condecitos esos.—Oh, ellos eran de los nobles del *Compromiso*.—Pues que no se hubieran comprometido: y sobre todo antes de comprometerse que lo hubieran mirado bien.»

«Tú sabes, Pelegrin (le pregunté yo entonces), lo que significa *el Compromiso de los Nobles*?—Yo no señor.—Pues escucha, y luego juzgarás.»

«Despues de la muerte de Carlos V, y en el reinado de Felipe II de España, fué cuando estallaron en estos paises las famosas guerras de religion de cuyos horrores fué Bruselas el mas sangriento teatro.—Señor, alguna cosa he oido de esas guerras de religion, pero ni sabia yo que habian sido aqui, ni sé todavia qué cosa fueron.—Pues yo te lo diré. Por aquel tiempo resucitó y se difundió por estos paises la antigua heregía de los *Iconoclastas* ó *Iconómacos*, ó sea *rompedores de imágenes*, (que esto quiere decir en griego), con todos los escesos, trastornos y crueldades que los tales hereges habian cometido en otros tiempos y en otros climas. Ellos se echaron sobre todos los templos, destruyeron las imágenes de los santos y las pinturas de las iglesias, saquearon los ornamentos sagrados, y suspendieron la celebracion de los divinos officios y de todo el culto católico. Felipe II, que reinaba entonces en España y aqui, quiso atajar estos escesos con el terror, y á los desmanes de los hereges opu-

so las crueldades de la inquisicion , las cuales no hicieron sino exasperar mas los ánimos y agravar los males haciéndoles mas terribles.

«Y diga vd. , mi amo : los condes aquellos que ha dicho aqui el comisionista , eran tambien cornoclastas?—No , hombre , todo al contrario. Deseosos los Nobles y los enemigos de los desórdenes de poner un remedio á los desastres y horrores que afligian al país , se asociaron entre sí , y el 8 de noviembre de 1566 firmaron en GANTE una obligacion ó pacto , que llamaron *Compromiso* , por el cual se comprometian á oponerse á las medidas de rigor que Margarita , Gobernadora de los Países-Bajos á nombre de su hermano Felipe II , tomaba y hacía ejecutar en daño del país ; protestando (los del *Compromiso*) que en ello no se proponian otro fin que la mayor gloria de la religion católica y la conservacion de sus privilegios.—Señor , ya me parecia á mí que siendo nobles , la conservacion de sus privilegios no podia faltar , siga vd.—Pues bien , reunidos en número de 250 , vinieron á Bruselas á presentar su demanda á la Gobernadora. Y como viniesen vestidos de azul , y oyesen á uno que estaba al lado de Margarita nombrarlos *los azules* , de aqui fue el adoptar los confederados la denominacion de *azules* , que mas tarde sirvió para designar á los protestantes y calvinistas. Y de aqui el origen de los *Azules de la montaña* , que se ejercitaban en perseguir y armar emboscadas á los católicos que suponian partidarios de los españoles ; y los *Azules de*

Mar, aventureros intrépidos, especie de piratas, que fundaron la marina militar de los Países-Bajos.

Durante esta relacion, Tirabeque dirijia alternativamente sus miradas al *commissionaire* y á mí; mas al verle alzar repentinamente el brazo en ademan de sacudir á aquel, «¿qué vas á hacer, Pelerin? le dije.—Señor, me respondió; iba á arriamar un sepancuantos á este hombre; por que trae chaleco azulado, y el diablo me lleve si no es un herege azul celeste de la casta de los otros.» Me ref de su simpleza, le reconvine por su amenaza, é intimándole y apercibiéndole seriamente, proseguí.

«La princesa Margarita no quiso dar respuesta alguna á la demanda antes de consultar con su hermano, á cuyo efecto le dirijió un mensage; y por si iban mal dadas trató de poner á salvo el número uno, escapándose de Bruselas y volviéndose á España. Pero los Belgas que todo lo tendrían menos lo de tontos, boniticamente fueron y me la cerraron las puertas de la ciudad, y dijeron como el andaluz: «por aqui no pasó nadie.» En esto llegó la respuesta de Felipe II, reducida en buenos términos á decir: «mi querida hermana; manténte firme, que allá voy yo luego; y entre tanto ahí te envió un general de buen temple y de toda mi confianza, encargado de poner las peras á cuarto á esa gente y de asegurar el solo ejercicio de la religion católica.»

«En efecto llegó el famoso DUQUE DE ALBA á la cabeza de un ejército formidable; el cual no se andubo con paños calientes, sino que de buenas á pri-

meras se estrenó ahorcando todo lo mas florido de país que le olfa á protestantismo ó rebelion, y entonces fue cuando hizo decapitar á los dos Condes citados, y si no hizo lo mismo con el príncipe de Orange, que era el principal conspirador, fue porque tomó oportunamente las de Villadiago; y entonces fue tambien cuando mas de cien mil fabricantes y artistas abandonaron aterrorizados la Bélgica y pasaron á enriquecer la Inglaterra con su industria.—Señor, ese Duque de Alba, segun vd. le pinta, debió ser el Zurbano de aquellos tiempos.—Efectivamente, Pelegrin, que no dejaba de tener muchos puntos de contacto con él, si bien tengo para mi que aun le aventajaba en lo cruel y en loguerrero. El era enviado donde quiera que estallaba ó se temía una conspiracion, él iba revestido de poderes absolutos; él sofocaba ó reprimía las conspiraciones; él sorprendía á los enemigos sin dejarse sorprender nunca; él con poca gente diezmaba los ejércitos mas grandes; pero él imponía contribuciones *ad libitum*; él fusilaba que era una maravilla, y todo cedía á su rigor. Y á pesar de todos estos puntos de contacto entre él y Zurbano, el Duque de Alba, asi como fue un guerrero mas en grande que Zurbano, asi tambien hizo atrocidades que dejaban muy atras á las de Zurbano. En fin, Tirabeque, la inconsiderada é indiscreta ferocidad del Duque de Alba, de que no dejaremos de encontrar reliquias en estos países, produjo la exasperacion de estos habitantes, y nos trajo su separacion de los

dominios de España, porque como me habrás oído decir muchas veces, un pueblo que se empeña en sacudir el yugo opresor y en ser libre, lo consigue infaliblemente tarde ó temprano.»

Joseph y el ex-diputado confirmaban esta relacion y estas reflexiones con signos de cabeza. Tirabeque y el hermano Isidro las oian asustados, y á invitacion mia pasamos á reconocer el *Hotel de Ville* ó

Casa de ayuntamiento.

Con razon es ponderada la casa de Ayuntamiento de Bruselas. Y no precisamente por la decoracion de caprichosos adornos del género gótico-lombardo que la exornan (que en este punto aun hemos de hallar en Bélgica otros *Hotels de Ville* que admirar mas), sino principalmente por la elegante, esbelta, ligera y graciosa torre piramidal de 36½ pies que se eleva casi en medio del edificio, y que agujereada ó aventanada hasta su extremo, teniendo por remate ó veleta una estatua dorada de San Miguel, patron de la ciudad, de 17 pies de altura, la hace superior á cuanto se conoce en este género.

Pero otra cosa mas importante y mas curiosa que su esterior elegancia tiene para un español aquel edificio. Y no son por cierto las estatuas de marmol de las dos fuentes que se encuentran en el patio, ni tampoco las oficinas de la municipalidad, ni las

:

salas de los retratos de los Duques de Borgoña, de los Reyes de España y de los emperadores de Austria. «Señores, nos dijo el *Commissionaire*, tómense vds. la molestia de entrar conmigo en la *Sala gótica*. Señores, están vds. en la *Sala de la abdicacion*: en esta sala fue donde el Emperador Carlos V.....»
—Basta, le dije, yo proseguiré.

«Pelegrin, estás en la sala en que tubo lugar uno de los acaecimientos mas grandes y mas raros que se cuentan en la historia del mundo. Mucho deseaba yo verme en esta sala. Aquí, Pelegrin, aquí mismo fue donde el Emperador Carlos V. cuando estaba en el apogéo de su gloria y en la cumbre del poder; aqui fue donde aquel poderoso Monarca vencedor de otros Monarcas poderosos, desengañado ya de las ilusiones mundanas, *abdicó* en el año 1555 la corona que habia ceñido 40 años sus sienes, é hizo cesion de sus estados á su hijo Felipe II para retirarse á hacer vida religiosa y claustral en el monasterio de San Gerónimo de Yuste en nuestra Estremadura, como la hizo en efecto en la celda que le arregló el hermano Fr. Antonio de Villascastin (que Dios haya).—Señor, ¿es cierto eso que vd. cuenta?—¿Pues no ha de ser, hombre? Es histórico, y nadie ha dudado jamas de ello.—Señor, no sabia yo que habiamos tenido un hermano de tanto provecho. Que vengan, que vengan ahora diciendo que los frailes somos gente ordinaria. Y diga vd. mi amo: cuando el hermano Carlos V. hizo eso, ¿estaba en sus cinco cabales?—Y mucho que lo estaba. Ya conoció

él que hacia una cosa singular, cuando en el acto de la ceremonia le dijo á su hijo: «Hago una cosa de que la antigüedad presenta pocos ejemplos, y que no tendrá muchos imitadores en la posteridad.»

—Y dijo bien el hermano, señor. Pero supongo yo que seria un fraile distinguido, y que no haria los oficios de comunidad.—Los hacía, Tirabeque, y esto es lo mas raro. Como que refiere la historia que una mañana que le tocó despertar á los religiosos, llamó tan fuertemente á un novicio que dormia como un liron, que despertando el jóven le dijo con enfado: «¿no os basta haber turbado el mundo, sino que tambien habeis de venir á turbar á los que han salido de él?»—Y no le faltaba razon al pobrecito novicio, señor: si me hubiera sucedido á mí, puede que le hubiera tirado un zapato á S. M.

«Y perdóneme vd., mi amo, si le digo que el hermano Carlos V. fue un hombre de muy mal gusto: porque de fraile á Emperador ya entiendo yo que se debe pasar bien, pero de Emperador á fraile..... *nequaquam mihi*.—Porque tu eres un hombre incapáz de pensamientos grandes y elevados. Por lo demas el tal Emperador tubo cosas muy singulares. Hallándose en el claustro, se hizo celebrar las exequias en vida; colocóse en un féretro en postura de difunto, y cuando oyó el canto mortuario se levantó del ataúd para postrarse en una cama, donde le acometió una fiebre violenta que á la noche siguiente hizo realidad lo que en la anterior habia sido capricho.—¿Murió?—Murió, Pelegrin, y murió deve-

ras.—Vaya, el hermano Carlos V. estaba á mal con la vida: por fuerza se volvió tonto: ¿no es verdad, hermano Isidro?—¿Que quiere vd. que le diga? contestó Isidro: son cosas de países extranjeros.»

Las sensaciones que experimenta el pensador filosófico en la *Sala de la Abdicacion* de Bruselas, solo las puede saber el que se ha hallado en ella.

Un muerto de allá por un vivo de acá.

Salimos del *Hotel de Ville*, y á propuesta del *Commissionaire* nos dirijimos á la Catedral, nombrada de San Miguel y Santa Gudúla. Pasamos por el *mercado de las yerbas y de las tripas* (1), subimos la *calle de la Montaña*, y.... perdone el hermano lector si tardamos algo en subir esta calle; no es culpa nuestra, sino de un enjambre de ciudadanos que de trecho en trecho nos acometen, brindándose á servir de guías ó *cicerones* á los extranjeros. «Señores (viene diciendo uno), ¿necesitan vds. un con-

(1) En verdad sea dicho, tienen algunas calles de Bruselas nombres muy sucios y muy plebeyos. Calle del *Albañal* (l' Egout); de los *Ropavegeros* (Fripiers), donde nosotros viviamos; de *los Ratonos* (des Rats), *mercado de las tripas*, y otros que aun es menos decente nombrar.

missionaire? Yo conozco bien la ciudad, y los llevaré á vds. á todas partes; nada les quedará por ver.—Señores (nos dice otro), mándenme vds. lo que quieran; ¿donde gustan vds. que los lleve?—Señores (espone el tercero), yo les serviré á vds. todo el dia por tres francos.—Señores (gritan dos á un tiempo), por dos francos les enseñaré é vds. todo lo mas notable de la poblacion.—¿Qué señores, ni qué ocho de bastos? esclamaba Tirabeque irritado de la importunidad; fuera de aquí todos, que no necesitamos á nadie.—Fuera todos, decia *Joseph*, que ya voy yo con los señores.»

Pero todo era inútil: el uno se ponía delante del hermano Anselmo (el ex-diputado), y no le dejaba marchar; el otro se aproximaba á mí tanto que me rozaba mas de lo que á la ropa le podia convenir; el otro agarraba á Tirabeque del brazo; el otro tiraba al hermano Isidro del faldon de la levita por primera vez de su vida inaugurada en su cuerpo; y ellos y los demas y todos y cada uno pugnaba por hacerse nuestro criado por fuerza, hablando todos, todos forcejando, é importunando todos por demás. Hasta que el hermano Isidro tomó el partido de hacer uso de sus robustos puños para despejar, de lo cual y del severo rostro que ponía me reía yo á mas no poder. «Vaya, vaya, Fr. Gerundio, añadia; yo estoy pasmado de esta gente: ¡Jesus, ave Maria Purísima! No hacia yo esto aunque me muriera de hambre en un rincon. ¡Cosas como las que uno ve en estos paisés estrange ros!»

Escusado será advertir que el tal Isidro era español de origen inmemorial, y que aquellos Belgas han sido hasta hace poco franceses.

Al llegar á Santa Gudula encontramos dos ó tres mugeres de mediana clase, que llevaban una especie de mantillas ó manteletas negras que les llegaban desde la cabeza hasta el remate de la falda del vestido. Aunque se distinguian bastante de las mantillas españolas, eran sin embargo un remedo, y á no dudar un vestigio que de nuestra antigua dominacion habia quedado. Tambien es verdad que no se encuentra otro en punto á trajes, y que es la única cosa parecida á mantilla que he visto en el extranjero. Lo mismo se observa en Amberes y en algunos otros pueblos de Bélgica, pero son muy pocas las que se ven, y solo en mugeres de la clase artesana, llevadas ademas con poco aire y poco gusto.

La catedral de Santa Gudula es un edificio gótico de aspecto magestuoso é imponente, fundado sobre la pendiente de una colina, y dispuesto en forma de cruz. Sus dos elegantes y altísimas torres cuadradas tienen el defecto de nuestros edificios y de nuestros proyectos de ley, el de no estar acabadas. El interior del templo es sencillo y grandioso, y á sus severos pilares están como apegadas unas estatuas colosales que representan á Jesucristo, la Virgen y el Apostolado. La cristaleria es de colores, y se lee en ellas varias inscripciones en que se distinguen los nombres de Carlos V., del Archiduque Alberto, de la Infanta Isabel y otros.

Siendo mi paternidad un ministro del Señor, aunque indigno, no podía dejar de llamar particularmente mi atención el tabernáculo del altar mayor, por la circunstancia de su ingenioso mecanismo, con tal arte dispuesto, que el Sacramento sube y baja á voluntad del sacerdote hasta venir á parar precisamente en sus mismas manos. Daba gana de celebrar en él; y el clero belga no digamos que ha estado muy modesto en hacer servir de este modo á sus comodidades á su Divina Magestad.

Habia yo pasado en seguida á examinar los diferentes sepulcros y mausoleos de Duques, Príncipes y Emperadores que yacen en aquel templo, así como el del conde Federico de Mérode muerto en la revolución de 1830 entre los voluntarios nacionales de Bruselas; cuando oí la voz de Tirabeque, que me decía: «Señor, señor, aquí está enterrado nuestro *Arrazóla*.—¿Cómo nuestro *Arrazóla*? ¿El ministro de Gracia y Justicia que era en España cuando el pronunciamiento de setiembre?—El mismo, si señor.—Hombre, tu quieres volverme loco; ya haces aparecerse aquí á los Intendentes de la Real casa en forma de gatos, ya me supones muertos y enterrados en estos templos á los ministros que yo he dejado allá vivos: estás desatinado, Pelegrin: ¿cómo ha de ser esto si el hermano *Arrazóla* queda en España retirado en un pueblo de Castilla, apartado de los negocios públicos, desengañado según dicen de la barahunda política, y resuelto no solo á no tomar parte, sino ni á oír hablar siquiera de ella?—Señor, cómo

pueda haber sido yo no lo sé, pero lo cierto es que él está enterrado aquí.»

Me acerqué hácia la parte de la izquierda, que era donde Tirabeque me llamaba, y vi en efecto el sepulcro de un *Arrazóla*: pero era un *Don Juan Arrazóla y Oñate, oriundo de Vizcaya, é hijo de padre Holandés y de madre Inglesa*, segun la inscripción decia. «Yo me guardaré, Pelegrin (le dije), de volver á fiarme de tí, porque eres un botarate que no haces mas que interpretar las cosas á tu modo, y siempre para chasquear y dar sustos: y aun si no te enmiendas, yo sabré la providencia que habré de tomar contigo.»

Diplomáticos españoles.

Desde la catedral subimos otro poco, y atravesando la larga, recta y anchurosa *calle Real*, pasamos á la de *la Ley*, donde vivia nuestro Ministro de negocios estrangeros en Bélgica, el hermano Cuadrado.

Antes de presentarnos á él como viajeros españoles y como recomendados, quisimos dar una ojeada al gran *Parque*, bello y ameno jardin de recreo que sirve de paseo público, y que circundado de las hermosas calles Real, de la Ley, Ducal y de Bellavista, y de los palacios del Rey, del Príncipe de Orange, y de la Nacion ó Legislativo, del pequeño teatro de Variedades ó del *Vaudeville*, y decorado con las

estatuas de Gretry, de Lassus y otras, junto con el aseo y despejo que presenta en aquel punto la Ciudad, nueva toda por aquella parte, que es al mismo tiempo la mas alta, ofrece aquel sitio uno de los golpes de vista mas agradables de que puede gozarse en poblacion alguna.

Porque es de saber que Bruselas está dividida, digamos asi, en dos poblaciones distintas en posicion, en antigüedad, en carácter, en fisonomía. La primera, la parte baja y antigua, con sus calles estrechas, tortuosas y sucias, con sus angostas aceras interrumpidas frecuentemente por las trampas ó puertas de los sótanos, con sus casas de inarmónica y multiforme construcción, con sus mercados y puestos de comestibles, con su rio *Senna* (1) que la atraviesa de lado á lado, con su canal y sus grandes estanques en que hay siempre varadas cien embarcaciones, y con su movimiento y animacion mercantil: la segunda, la parte moderna y elevada, con sus anchas, rectas y limpiísimas calles, con sus anchurosas aceras, con sus hermosos y elegantes palacios, con sus casas de agradable aspecto y delicado gusto, con su parque, sus jardines y su *plaza Real*, con su silencio mercantil y su movimiento de brillantes y lujosos coches de la aristocracia y de los altos fun-

(1) Hasta el nombre del rio es casi de igual pronunciacion al del que atraviesa á París. Y sigue aquello que dije de la *segunda edicion*.

cionarios que la habitan: lo cual forma tan marcado y tan visible contraste, que las dos partes de la Ciudad parecen dos Bruselas distintas.

Entramos pues en casa de nuestro Encargado de Negocios y Ministro residente en aquella capital, el cual nos recibió con la natural amabilidad de su carácter, mostrándose grandemente complacido de la parición de cuatro compatriotas; y hecha la manifestación de nuestros nombres, la presentación de oficio se convirtió pronto en visita de amistad y de confianza.

Empleados los primeros momentos en hablar y departir sobre las cosas de España, interesantes siempre al que se encuentra en país extraño, y mas interesantes entonces por estar tan recientes los ruidosos sucesos de Octubre, mi gerundiana natural curiosidad me movió á molestarle con cien y cien preguntas sobre las circunstancias de su diplomático cargo en aquel país, sobre el cuánto y el cómo de sus honorarios, y sobre la posición que ocupaba entre los representantes de las demas potencias. El hermano Cuadrado contestaba á todas estas preguntas con aquella modestia y retracción, con aquella reserva y timidez de quien siente hacer revelaciones que habian de afectar al propio decoro y no habian de dejar muy bien parado el del gobierno y la nación que representaba, pero que al propio tiempo no puede menos de dejar traslucir su falsa y desconsolada posición, y el triste papel que le tocaba hacer en tan importante y honroso puesto. La impertinencia de mis pre-

guntas pudo sin embargo mas que su reserva, y sucediome lo que á todo pregunton importuno, que supe mas de lo que me conviniera saber, aunque á decir verdad no supe sino lo mismísimo que ya me sospechaba yo.

¡ Oh triste, y desgraciada, y malhadada, y desdichada, y desvencijada carrera diplomática española! ¡ Cuan triste, y cuan menguado, y cuan desventurado, y cuan apocado papel estás haciendo por esos mundos y por esas tierras! El hermano Olózaga en París se ve obligado á no desplegar el caracter de Embajador de que está investido y á presentarse solo como Ministro Plenipotenciario, porque, conoedor de los compromisos de aquella investidura, consulta prudentemente el decoro de su patria que le envía sin elementos para llenar aquellos compromisos, y antepone el sacrificio de rebajar espontáneamente un grado de dignidad y elevacion personal al bochorno de no poder alternar decorosamente un Embajador entre otros Embajadores. El hermano Cuadrado en Bruselas medita, discurre, calcúla, suda, se afana, economiza y se estrecha para haber de equiparse de un medio uniforme diplomático con que poder asistir á media corte, ya que á corte entera y á uniforme entero no alcancen ni con mucho los recursos de la orden. El hermano Bourman, secretario de la legacion, por mas elasticidad y por mas expansion que procura dar á su sueldo, lo encuentra consumido en el inquilinato de la casa y en la leña de su estufa.

Y como estos, y aun mas vergonzantes que es-

tos, hallaremos todavía otros representantes de la gran nación española. Y pagando poco y mal á unos funcionarios que debieran dar brillo y dignidad y consideración á la nación española en otros países, ¿querrá el gobierno de España que tenga consideración y dignidad y brillo en otros países la nación española? ¿Sabe el gobierno la importancia que da á un estado el decoro de sus representantes?

Pero doblemos aquí la hoja, callemos cosas que hemos presenciado y que conviene mejor que estén ocultas, compadezcamos á la pobre hermandad diplomática, compadezcamos también á la nación que así los trata, y pasemos á ver cosas mas alegres y divertidas, como por ejemplo:

El niño haciendo aguas.

La hora de comer nos llamaba hácia casa; y bajando casi por el mismo camino nos hallábamos ya cerca de ella cuando nuestro *Commissionaire* nos dijo que si gustábamos ver ántes el objeto de mas curiosidad y de mas veneración que tenía Bruselas podíamos hacerlo, puesto que estaba á la vuelta de la calles de la *Encina* y de la *Estufa*. Convinimos todos en ello; pero llegado que hubimos al sitio indicado no veíamos mas que una fuente que tenia por remate una figurita de bronce que representaba un niño desnudo en actitud de hacer las aguas menores.

«Y donde está eso que vd. quería enseñarnos? le preguntó Tirabeque á Joseph.—Vedlo ahí, le con-

testó.—¿ Cual? ¿ ese niño que está....—Si señor, ese.—¿ Y á ver un niño orinando es á lo que nos trajo vd. con tanto misterio? Para esto no necesitaba yo venir á esta tierra, que en la mía se encuentran en cada calle y en cada esquina chiquillos como este y haciendo lo mismo que este, con la diferencia que este es de bronce y aquellos son de carne, que siempre valen mas.—¡ Oh! vd. no sabe lo que es este pequeño; este es *el mas antiguo, el primer ciudadano de Bruselas*: este es el famoso *Manneken-Pis*.—¿ Y que tengo yo con el *Maniquinpis*?—¡ Oh! el dia que nos faltára el *Manneken-pis* sería para la ciudad el dia de mayor luto; en él está cifrada la suerte de todos los habitantes.—Señor comisionista, ó vd. trata de burlarse de nosotros, ó vd. se nos ha entrado sin verle en algun despacho de vino y se le ha subido á vd. á la cabeza.—Oh! perdon; eso no.»

En verdad á mi tambien me chocaba la importancia y misterio que daba *Joseph* al tal *Manneken-Pis*, y le pedí formalmente esplicaciones sobre el origen y significacion de la misteriosa estatuíta, á lo cual me satisfizo diciendo: «Señores, en una ocasion un niño de siete años llamado Godofredo, hijo de uno de los Duques de Brabante, se escapó del palacio de su padre, y despues de haber andado buscándole por toda la ciudad fue encontrado en este sitio haciendo el mismo menester que hace ese niño ahora. Sus padres en demostracion de alegria mandaron construir aqui una fuente con la estátua de su hijo en la misma postura que se habia encontrado. Desde enton-

ces esta estatua fue un objeto de veneracion para los Bruselenses, se le llamó *el primer ciudadano de Bruselas*, la suerte de la ciudad se miró unida á él, y se tiene como su Paladion. En su principio fue de piedra; despues se le reemplazó con esta de bronce, obra del célebre estatuario Duquesnoy. En el año 1817 fue robada, y toda la ciudad se vistió de luto; hasta que fue hallada en casa de un tal Lycas, que era un forzado que habia adquirido ya la libertad, y en el año 1818 se la volvió á colocar sobre su pedestal con gran ceremonia.»

«Varios príncipes y soberanos han honrado con regalos costosos al *Manneken-Pis*: el Elector de Baviera le regaló un hermoso guarda-ropa y le dió un ayuda de cámara para vestirle: el Rey de Francia Luis XV, en reparacion de los insultos que habian hecho algunos granaderos franceses al *Manneken-Pis*, le hizo caballero de sus órdenes, y le regaló un traje completo con su sombrero de plumas y su espada. El dia de la gran fiesta del *Kermesse*, que es en el mes de julio, se le ha vestido siempre con uno de estos trages, pero desde la revolucion de 1830 se le viste todos los años con el uniforme de oficial de la guardia cívica.»

«Señor, me dijo entonces Tirabeque, acá tenemos aquel cantar de España:

«Antiguamente
á los chiquillos
se les vestía
de frailecillos.»

Pero en el día
los liberales
visten sus niños
de nacionales.»

Y comenzó á reir como un tonto diciendo: «vaya con el *Maniquinpis!* Y el diablo del chiquelo no lleva trazas de secarse tan pronto.» Nosotros tambien nos reíamos de tan incomprensible, supersticiosa y ridícula veneracion de los Bruselenses hácia su idolillo; pero *Joseph* se nos amostazaba, y ningun Bruselés sufriría que se burlasen de su *Manneken-Pis*. En los pueblos mas cultos se conservan supersticiones que parecen increíbles.

Plaza de los mártires.

Al día siguiente la tomamos por la via del Correo y *Plaza de la Moneda*, una de las mas animadas y frecuentadas de la ciudad: asi llamada por estar en ella la fábrica de la moneda.

El sistema monetario en Bélgica es igual al de Francia, el decimal; la unidad monetaria el *franco* tambien. Desde la revolucion del año 30 no se acuña en Bélgica moneda de oro, por el subido precio que tiene allí el oro en barra, que no podria acuñarse sin grave perjuicio del estado, y sin alterar el sis-

tema decimal introducido por la ley de 3 de junio de 1832.

La Bolsa la tienen hoy en el vestíbulo de un departamento del mismo palacio de la Moneda; y detrás de éste y frente de aquella se ven tres telégrafos que hacen parte de otras tantas líneas de comunicación con la Bolsa de Amberes, establecidas por los especuladores bolsistas.

Frente al palacio de la Moneda y en la misma plaza está el *Teatro Real*, vasto y grandioso edificio; pero tan seriete y tan triste en el exterior, que mas parece una inmensa tumba que un teatro: por dentro es espacioso y está bien distribuido. Con este teatro le sucede al gobierno de Bélgica lo mismo que le acontece con el ejército al gobierno español, que tiene mas tropa de la que puede mantener. Porque en él hay compañía de grande ópera, compañía de ópera cómica, compañía de baile, compañía de tragedia, compañía de comedia, y compañía de vaudeville. Así es que para sostenerle tienen que contribuir con fondos el Rey, la lista civil y los accionistas del banco. Pero el resultado es que nosotros habíamos pasado en él un buen rato la noche anterior, y por lo demas allá se las avengan para sostenerle como Dios y su afición les den á entender.

De allí pasamos á la *Plaza de los Mártires*; y tan luego como entramos en ella, «¿qué es esto? preguntó Tirabeque al *Commisionaire*: ¿nos ha traído vd. al campo santo?—Señores, dijo *Joseph*, nos hallamos en la *Plaza de los Mártires*; aqui están en-

terradas las víctimas de la revolucion de 1830 : pero yo aqui no puedo conduciros ; ahí teneis el conserge que os informará de todo.»

Esta pequeña pero lindisima plaza es una de las cosas mas curiosas que he visto en toda mi espedicion. Cerrada esteriormente por cuatro palacios de sencilla y elegante construccion, forma interiormente un cuadro de sarcófagos, donde se han depositado los restos mortales de los que perecieron en los días de la revolucion ; quinientos mártires de la libertad reposan bajo los arcos de aquellas tumbas. En medio del cuadro se levanta un monumento, en cuyos cuatro ángulos se ven cuatro estátuas de mármol blanco que representan la *Guerra*, la *Libertad*, la *Victoria* y el *Dolor*. En su parte superior un Genio escribe en el libro de la historia los días 23, 24, 25 y 26 de setiembre de 1830. Cuatro relieves (que no estaban hechos todavia, porque aun no se habia concluido aquella plaza fúnebre) habian de representar en cada ángulo los hechos militares de cada día. En el sepulcro de frente de la entrada se leía en letras de oro el acuerdo de 23 de setiembre de 1831 para la construccion de este monumento glorioso y lúgubre. El pavimento es de mosaico. El conserge era un sargento de Napoleon que habia hecho la guerra en España, con cuyo motivo hablaba algunas palabras españolas. Tirabeque no desaprovechó la ocasion, y empezó á hacerle preguntas impertinentes, como por ejemplo, si él era mártir tambien, si se acordaba del vino de Valdepeñas, y otras por el estilo ; lo que

me movió á tomarle del brazo y sacarle euanto antes de la *Plaza de los Mártires*.

Los ladrones.

Habia reparado Tirabeque, y asi me lo manifestó al salir de la *Plaza de los Mártires*, que no se veían en Bruselas señoras asomadas á las ventanas curioseando, como en otras partes acaece, lo que pasa por las calles. «Y el caso es, mi amo, añadió, que ni se encuentran señoritas por la calle, ni las veo á las ventanas; sin duda las hermanas Belgas deben ser muy recogidas y muy caseras; y no le siento yo porque no me vean á mí, sino porque no puedo yo verlas á ellas: no, en Madrid no sucede eso.»

Acompañábanos ya entonces el hermano Bourman, Secretario de la legacion, que se nos habia incorporado; y al oír á Tirabeque, «no es infundada, le dijo, hermano Pelegrin, su observacion de vd. En efecto aqui las señoras pasean menos las calles que en Madrid; generalmente salen poco, y bien vayan á misa, ó á vísperas, ó á visita, suelen hacerlo en carruage. Asi como tampoco observará vd. en este pueblo los enjambres de prostitútas que escandalizan en asomando la noche por las calles de Madrid, París y otras grandes poblaciones.—Qué, ¿no hay aquí gente de esos tratos?—Sí la hay, pero el

gobierno tiene tomadas disposiciones para que á lo menos no se ofenda el público decoro permitiendo que se haga públicamente alarde del vicio y la relajacion.—Entiendo, Sr. Gurman, y me place que el gobierno ponga á raya á esas mugeronas.»

«Y dígame vd. y vd. perdone la curiosidad: ¿prohibe tambien el gobierno á las señoritas decentes y de conducta asomarse á la ventana?—Ah, nó, pero ni lo hacen ni tienen necesidad de hacerlo por causa de *los ladrones*.—¡Hola, Sr. Gurman! ¿Cómo es eso? ¿Ladrones por aquí? ¿Y tantos hay, que ni siquiera se atreve la gente á asomarse á ver lo que pasa por la calle?—Qué, ¿no los ha visto vd. en cada ventana?—Señor secretario, vd. tambien quiere burlarse de mí: yo no he visto en las ventanas mas que unos espejos redondos puestos en frente uno de otro por la parte de afuera.—Pues esos cabalmente son *los ladrones*.

«Esos espejos que vd. ha visto, y á los cuales aqui se les dá ese nombre, están tan ingeniosamente colocados y combinados, que reflejando los objetos que pasan por la calle, pueden ver las señoras desde dentro sin ser ellas vistas cuanto por delante transita en cualquiera direccion.—¡Cuidado con los tales ladronicos, mi amo! Ya veo yo que las hermanas Belgicas son mas astutas que las de allá.—¡Cosas (esclamó el hermano Isidro haciéndose la cruz) como las que se ven en estos países estrangeros! El diablo son las estrangeras, vamos.»

A mí, Fr. Gerundio, tambien me cogió de nue-

vo el ingenioso ardid. Despues ya se nos hizo familiar á todos, por haberle visto en práctica en todos los Países-Bajos Belgas y Holandeses. ¡Dichosos países, donde los únicos *ladrones* que se conocen son los jüegos de espejos en las ventanas!

Palacio del Príncipe de Orange.

Llegámonos á dar vista al *Jardin Botánico*, uno de los objetos mas bellos de la ciudad, y en cuya riquísima y elegante estufa se cultiva una prodigiosa multitud de vistosas y variadas flores, porque no hay en el mundo gente mas aficionada á las flores y á la jardinería que los Belgas. Pasamos por el *Boulevard del Observatorio*, dejando á este á la izquierda; entramos por la *Plaza de las Barricadas* (en todo *segunda edición* de París), yendo á parar á la calle *Ducal*, y *Palacio del Príncipe de Orange*.

Este palacio, propiedad particular de la casa de Orange, y de la cual no ha querido desprenderse el Rey de Holanda aun despues de la separacion de la Bélgica, es la principal curiosidad, el monumento que visitan con preferencia todos los estrangeros en Bruselas. Es un vice-versa de lo general de las casas de Madrid. Estas exteriormente aparecen pequeños palacios; interiormente suelen ser pequeños calabozos: aquel exteriormente parece una pequeña casa, interiormente es un palacio magnífico.

Un vestíbulo cuyo pavimento es de raíces de árboles al estilo ruso precede á dos soberbias escaleras de piedra blanca. Allí nos recibió con la mayor atención y urbanidad nuestro apreciable compatriota el *Sr. Cabanillas*, que habiendo servido al Príncipe de Orange en la guerra de la independencia le siguió siempre, y hoy es el Conserje destinado á hacer los honores á los extranjeros que visitan aquel suntuoso palacio. Cada uno de nosotros experimentó una indecible alegría al encontrarnos allí con un tan amable español.

Antes de penetrar en los salones fuimos introducidos en un cuartito donde hay siempre preparados unos pantuflos ó babuchas, que indispensablemente hay que calzarse para no lastimar los suelos, que son taraceados de madera esquisitamente alisada, lustrosa y brillante. El embarazo que naturalmente causaba al andar aquel sobrecazado no dejaba de hacer novedad en el sistema ambulativo del hermano Isidro; pero á quien se le hacia mas sensible era á Tirabeque con motivo de la desigualdad de sus piernas; y en la imposibilidad de levantarlas tenia que llevar siempre inclinado su cuerpo del lado de la mas corta, haciendo una figura sumamente ridícula y extravagante, y como quien llevaba un dolor asiduo de costado. «Señor, me decia, trabajo es andar por los palacios de los Príncipes, porque esto de tener que ir arrastrando los pies.... asi se acostumbran ellos á ver á los hombres arrastrarse por su casa y á tratarlos arrastradamente...»—Al decir esto resbaló, per-

dió el equilibrio, y las posterioridades de mi lego se pusieron en contacto con los suelos del palacio del Príncipe de Orange.—«Señor, esto ya me lo estaba yo temiendo; sobre que no se puede andar por palacios sin esponerse á resbalar y dar una caída.»

Hubiérase de buena gana vuelto atrás si hubiera visto en mí mas disposicion á permitírselo.

Imposible es hacer una descripcion de la riqueza del menage de aquel palacio. Pero fuera pecado mortal no hacer mencion espresa de algunos de sus muebles: por ejemplo, el espejo que se halla sobre la chimenea de la sala de recibimiento, alto de 12 pies, y el mayor, dicen, que ha salido jamas de las fábricas de cristales: la mesa y copa de malaguíta de la sala de audiencia, y la mesa de lapislázuli en el salon azul, regalo (estos tres últimos) del emperador de Rusia á su hermana la Princesa de Orange.—¿Y qué valor, le pregunté al hermano *Cabanillas*, se calcúla que tendrán estas piezas?—La mesa y copa de malaguíta, me respondió, están valuadas en dos millones de reales, y esta de lapislázuli en unos seis millones.» Tirabeque abrió la boca en términos que creí se le desencajaban las mandíbulas; el hermano Isidro se hizo la señal de la cruz; y el hermano Anselmo, el hermano Bourman y yo nos miramos, callamos y seguimos pasando revista á aquellas ricas paredes, de marmol unas, de estuco otras, y otras cubiertas de terciopelo encarnado guarnecido de oro.

«Esta sillería de tapíz (nos dijo el conserge nuestro compatriota en la sala de audiencia de la Princesa)

ha sido bordada por la mano de la Princesa misma.—Señor, añadió Tirabeque, de estas bordadoras habíamos nosotros de tener en casa por doncellas: por mi ánima que tiene buena aguja la señora Princesa; y quien así sabe bordar banquetas y sillones lléveme el diablo si no haría unas camisas que se las pudiera poner el mismo Santo Padre, que tengo para mí que no me habian de lastimar las costuras como las que traigo, y eso que son de Coruña de la de á cinco y medio.»

Habia antes en el palacio multitud de cuadros de Rubens, de Rafael, del Perugin, de Velazquez, de Leonardo de Vinci, y de otros no menos célebres artistas; pero estos con otras muchas preciosidades los han ido trasladando al palacio Real de la Haya despues de la revolucion, segun de todo nos informó el hermano Cabanillas. Concluida la visita, volvimos á dejar nuestros pantuflos, de que ya teníamos gana todos, y salimos tan complacidos como admirados del Palacio del Príncipe de Orange.

Y vá de Palacios.

Pero estos son ya de *Bellas Artes*, á los cuales, aunque poco conocedor, no les tiene Tirabeque tanta antipatía. Asi es que entró sin repugnancia en el que antiguamente fué residencia de los gobernadores generales, y hoy está destinado á Museo de pinturas, Biblioteca pública, Gabinete de Historia

natural, Gabinete de Física, y á la esposicion de los objetos de industria nacional que se hace cada cuatro años, y de la que tuvimos la fortuna de que nos tocára una gran parte que ver y admirar, llamando muy particularmente nuestra atencion dos magníficos cuadros, que representaban el uno *el Compromiso de los Nobles*, y el otro *la Abdicacion de Carlos V.*

Por lo demas el *Muséo Nacional* de pinturas de Bruselas no es ni el mas numeroso ni el mas selecto; no porque de ellas carezca el país, ni tampoco por falta de gusto y aficion, sino por la razon que diré despues.

La *Biblioteca* consta de unos 150 mil volúmenes impresos, y sobre 16 mil manuscritos. Y no sé en verdad cómo no posee millares de millares, y aun millones de libros, porque no hay pueblo en el mundo en que se imprima mas que en Bruselas. Sojo la *Sociedad Belga*, una de las muchas grandes sociedades bibliográficas de aquella ciudad, basta para llenar de libros las cuatro partes del mundo. El *Establecimiento geográfico* que hay fuera de la puerta de Flandes es el mas vasto, el mas bello y el mas considerable que se conoce. Y si se realiza el proyecto de la máquina *lito-tipo-gráfica*, ¡Dios sabe donde iremos á parar! Por supuesto que no hay obra francesa que no se contrahaga y no se reimprima en Bruselas, con cuyas *contresactions* están que se dan al diablo los franceses, y de cuyo contrabando son los mas celosos é intolerantes per-

seguidores. Y no sin razon en verdad, porque no bien se ha publicado una obra en Francia, que si se descuidan, á los cuatro dias amanece París plagado de la misma obra reimpressa en Bruselas acaso con mas esmero y mucho mas barata. Obras, nombres, revoluciones, política, teatros, no hay cosa de que Bruselas no intente hacer y ser la *segunda edicion* de París. Apesar de eso, en materia de libros yo no he tenido la fortuna de adquirirlos en Bruselas á tan bajo precio como cuentan algunos, y cada uno hablará de la feria segun le ha ido en ella.

Los Gabinetes de Historia Natural y física son abundantes y preciosos.

Dije que hallaba una razon para que el *Museo nacional* de pinturas no fuese ni tan numeroso ni tan selecto como era de esperar en un pueblo en que ni escasean las pinturas ni falta gusto ni aficion á ellas. Y esta razon es la de los muchos aficionados que tienen muséos, galerias y colecciones particulares de cuadros de todas las escuelas y de todos los autores conocidos. Citaré entre ellas las mas notables y curiosas.

1^a La de su Alteza Real el *Duque de Aremberg*, abierta al público en su palacio calle *des Petits Carmes*, con su correspondiente preciosa Biblioteca.

2^a La de *M. Malek*, calle Real número 74, llena de inapreciables riquezas, y en la que apenas se hallará un cuadro que no sea selecto.

3^a La de *M. Van Becelaer*, plaza de la Moneda, esclusivamente de cuadros modernos.

- 4^a La del *Baron de Wiskersloot*, calle Nueva.
5^a La del *Conde Vilain XIV*, calle Nueva Larga.
6^a La de *M. Stéris*, calle Real; de *M. Stéris*,
que se ha hecho una reputacion colosal, porque apenas se habrá vendido hace años en Europa un cuadro de mérito que no haya pasado por las manos de *M. Stéris*.

7^a El almacen de *M. Van Calleberg*, calle del Escadero.

Y cien otras galerias y colecciones particulares, que sería largo enumerar, como sería largo el visitarlas todas, y por cuya razon á mí se me quedaron muchas por ver.

Diálogo á cuatro.

A los pocos dias de estar en Bruselas, y despues de haber visitado sus establecimientos, sus fábricas y manufacturas, y otros objetos interesantes, se entabló entre los cuatro españoles viajeros como por via de repaso y epílogo de observaciones el diálogo siguiente.

Fr. Gerundio. Y bien, señores; ¿qué es lo que á cada uno de vds. le ha gustado mas ó escitado mas particularmente su curiosidad de lo que hemos visto en estos dias?

El hermano Anselmo. Muchas cosas me han agradado en esta capital. Yo veo aqui la mano de

un gobierno liberal y protector de la industria y del trabajo, y veo unos habitantes naturalmente laboriosos, dóciles y atentos. Y aunque hasta ahora no he visto aqui grandes fábricas de paños, me han gustado sobremanera las de esos delicadísimos encajes, que bien merecida tienen la fama que gozan; las de esos preciosos estampados sobre seda y percal...

El hermano Isidro. Pues á mi lo que me gusta son esos coches tan pulidos y tan relumbrantes; vaya que se ve un hombre la cara en ellos. ¡Y qué bien trabajadas tienen las llantas y todas las piezas de hierro! Y cuidado que los hay de mil clases y de mil figuras! Mire vd. que aventajan á los de París. Y segun dicen están muy arreglados.

Fr. Gerundio. Asi es la verdad, hermano Isidro. Y ahora veo que es muy justa la celebridad que tienen las fábricas de carruages de Bruselas. ¿Y tú qué dices, Pelegrin?

Tirabeque. Señor, á mi lo que mas me va gustando de la Bélgica es la cocina. Como soy cristiano español que dan bien de comer en este país, y que si en los demas pueblos que tenemos que andar guisan y ponen una mesa como en este hotel (aparte de la miseria del pan), dígole á vd. francamente que se come mejor que en Francia, y que se puede vivir muy bien aqui (risas á tres gargantas).

El hermano Ans. De lo que no nos hemos enterado aún es de la legislacion Belga, ni hemos visto el Palacio del Rey ni el de las cámaras, y esto sería muy curioso para mí.

Fr. Gerundio. Vos, hermano Anselmo, habeis hablado antes como fabricante, y ahora hablais como político y como ex-diputado. Uno y otro os compete bien: pero en cuanto á la última observacion, no ha sido olvido por mi parte, sino que habiendo de abrirse las cámaras dentro de pocos dias, he creido conveniente diferirlo hasta entonces.

He pensado mas: soy de opinion que en los dias que median, puesto que los caminos de hierro ofrecen tanta facilidad para ir y volver, hagamos alguna correria por el país, y regresemos para el dia de la apertura.

Todos. Aprobado; que se haga como lo dice Fr. Gerundio.

Tirab. Señor, otra cosa encuentro aqui en la Bélgica que tambien me gusta mucho. Y es que aquí las mugeres del pueblo todas traen á la cabeza sus cófias y sus papalinas tan curiositas y tan blancas, y no aquellos pañuelos que llevan las francesas.

Todos. Que deje eso Tirabeque para otro dia, que hoy ya no viene al caso. Y tratemos de disponer el viaje, y que diga Fr. Gerundio donde hemos de ir.

Fr. Ger. Si á vds. les parece, iremos hácia Lieja.

Todos. Aprobado; á Lieja.

Caminos de hierro.

Puesto que el viage de Bruselas á Lieja se hace ya por camino de hierro, estamos en el caso de hablar de esta clase de caminos, y de cumplir lo que ofrecí en las páginas 143 y 144 del tomo 1.º Allí dije que me reservaba tratar este punto para cuando llegase á la Bélgica, por ser el país en que los caminos de hierro están mas generalizados y mejor acondicionados y servidos, y así lo cumpliré.

SU ESTRUCTURA. No todos los españoles, por lo que en muchas conversaciones he oido y observado, tienen una idea esacta de la forma material de los caminos de hierro. Consisten estos en dos barras *prominentes* de aquel metal colocadas sobre el terreno en líneas paralelas. Y digo *prominentes*, porque no son las barras las que encajan en el suelo y sobre su muesca ó encaje marchan las ruedas, como generalmente he oido discurrir, y así eran realmente en su principio; sino las ruedas las que por medio de unas muesquecitas abrazan las barras, las cuales sobresalen algunas pulgadas de la superficie del camino. Así son ahora con incalculable ventaja sobre la forma antigua. Estas barras están fuertemente clavadas y sujetas, en toda la línea ó estension que el camino comprende, á unos zoquetes de madera que embutidos en el terreno le van atravesando en líneas transversales como á distancia de pie y medio, y que se rellenan y cubren despues con tierra, arena ó cascajo.

Admitiendo como admiten los caminos de hierro tan solo un declive ó inclinación levísima é imperceptible, déjase conocer que no puede haberlos sino en terrenos ó países llanos, como lo es en general la Bélgica; á no afrontar con el trabajo y los gastos de desmontar terrenos, perforar montañas, rellenar barrancos, construir puentes ó hacer otras obras necesarias para buscar la competente igualdad y nivel. En efecto los belgas han tenido que luchar tambien con estos inconvenientes en algunos parajes, como por ejemplo el *tunnel* (1) que han tenido que hacer entre Lovayna y Thirlemond, camino de Lieja, y otros. Pero nada les ha arredrado, todo lo han vencido los industriosos y laboriosos habitantes de aquel pequeño y lindísimo reino, ayudados y protegidos por un gobierno sabio y celoso del progreso y adelantos materiales del país: en términos que en solos seis años, y despues del sacudimiento y trastornos de una revolucion (¡cosa admirable!) han conseguido cruzar todo el Reino de caminos de hierro en todas direcciones y hasta todos sus estrechos.

Aun hacen mas. Cuando yo le he visitado, estaban trabajando en otro ramal ó camino de hierro que ha de ir de Lieja á Aix-la-Chapelle para abrir comunicacion con la Prusia y enlazarle con el que á di-

(1) Este es el nombre que se dá á las bóvedas ó caminos ó subterráneos perforados en las altas montañas.

cha ciudad de Aix-la-Chapelle, viene ya de Colonia (y que casi tube yo el gusto de estrenar), poniéndose de este modo en rapidísima comunicacion con el Rhin. El país es montuoso, y la mitad ó mas del camino habrá que ir por debajo de las montañas. Pero á los belgas nada les ha acobardado: cuando yo he pasado por allí en diferentes ocasiones (en diligencia todavía por supuesto), ya llevaban horadadas una porcion de montañas y cerros, construidos multitud de puentes para salvar los infinitos riachuelos que de ellos se desprenden, y ejecutadas otras muchas obras costosas y difíciles. Très años llevaban trabajando, y aun les faltarian otros dos. Nada les importa todo esto á los belgas.

ORDEN DE MARCHA. El humo del carbon de piedra que saliendo del cañon de la máquina locomotiva de bronce oscurece y se esparce por la atmósfera, anuncia la proximidad de la partida del convoy. Unése á la máquina una série ó hilera de carruagès (ocho, diez, veinte ó treinta, los que basten á la conduccion de las personas y efectos que haya que trasportar), enganchados unos á otros por medio de unas cortas pero fuertes cadenas. Estos carruajes se dividen en tres clases, mas ó menos cómodos y de mas ó menos precio, á saber; *diligencias ó berlinas*, de cabida de unos 26 ó 28 asientos, bien mullidos y forrados, divididos en tres departamentos perfectamente distribuidos por medio de puertecillas: estas localidades son las primeras y mas caras: coches ó *char-à-banc*, de un solo departamento y de cabida de 30 personas;

estos son los segundos en comodidad y precio: y *Waggons*, ó carruages, abiertos para las gentes de menos fortuna y para las mercancías. También hay una cuarta clase para trasportar animales, y no es raro ver *marchar sin moverse y andar sin menearse* 30 ó 40 leguas un caballo, tres ó cuatro cerdos, ó un par de vacas, muy sérias en su *furgon*.

Los viajeros llevan sus equipages á la oficina destinada á pesarlos, sellarlos y numerarlos; y luego que se recibe un billete con la direccion y numeracion igual al que se pega á cada bulto para poderlo reclamar con él á su tiempo, los empleados cuidan de la colocacion de los equipages, y los viajeros entran á esperar y descansar hasta el punto de la partida en la casa de la *Estacion*, donde suele haber tres *salles d' attente* (salas de esperar), una para los viajeros de *berlina*, otra para los de *char-à-banc* y otra para los de *waggon*.

Algunos toques de campana avisan la proximidad de la hora: cada viajero se coloca en su respectiva localidad: la hora suena; un dependiente que va al extremo posterior del convoy toca la trompeta; otro dependiente le corresponde con otro toque de trompeta desde el extremo anterior, y... rómpese la marcha. El movimiento se va acelerando gradualmente; los objetos desaparecen como por ensalmo; no hay que fijar la vista en los que están cerca, porque no se ve mas que una cinta que forma, y se irá la cabeza facilmente; conviene pues mirar á lo lejos, y de este modo no deja el viajero de poder irse enterando

del pais. Despréndense de cuando en cuando de la máquina carbones encendidos; el humo de la chimenea va dejando por los aires una faja negra que marca á lo lejos la direccion del convoy. El movimiento que se siente es una especie de movimiento trémulo y vibratorio, pero suave; y como es siempre y constantemente igual no incomoda; mucho menos se experimenta dificultad alguna ó ahogo en la respiracion como he oido temer á algunos: al contrario, se puede ir hablando, jugando y leyendo, y aun algunas veces los empleados van escribiendo en un coche destinado á oficina: solo á los que van sobre cubierta les molesta algun tanto la impresion del aire y la pronta desaparicion de los objetos. Pero el movimiento es tan cómodo y tan igual que los dependientes pasan con mucha soltura de uno á otro coche, á recoger los billetes y á todo lo que sea menester, por unas cornisas ó ángulos salientes que tienen los coches en su parte exterior.

De trecho en trecho y á la orilla del camino se encuentran los celadores, que puestos en pie, con con una bandera al hombro, ó bien una mano al pecho y con el otro brazo estendido en la direccion del convoy, avisan que no hay novedad. Nunca pueden encontrarse dos convoyes, porque para eso hay dos carriles, destinados esclusivamente el uno para la ida y el otro para la vuelta.

CELERIDAD. Lo que comunmente suele andar un convoy en camino de hierro, segun mis esperiencias y mis cálculos, es de 8 á 10 leguas por hora. Se an-

daría bastante mas , si no fueran las muchas detenciones y paradas que se hacen en cada viaje en las llamadas *estaciones*, para dejar unos viajeros que se quedan en algun pueblo del tránsito, y recibir otros que parten de nuevo desde allí. Verdad es que admira la rapidez y prontitud con que se cargan y se descargan los bagages , y con que salen unos viajeros y se acomodan otros , pues no suele emplearse en esta operacion sino dos , tres , ó á lo mas cuatro minutos. Pero estos pequeños periodos , que serían poco importantes en los caminos ordinarios , son de mucha cuenta en los de hierro. En el de Bruselas á Lieja por ejemplo, se encuentran nueve ó diez *estaciones*, que calculada cada detencion por el término medio de 3 minutos cada una, constituyen media hora, en la cual se podrian andar otras cinco leguas mas.

Ayuda no poco á la facilidad del movimiento y de las comunicaciones la proporcion de viajar á casi todas las horas del dia ; pues de Bruselas v. g. parten convoyes en la primavera y el otoño á las seis y media de la mañana , á las siete , á las siete y cuarto , á las ocho y media , á las diez y tres cuartos , á las once y á las once y cuarto : á las dos de la tarde , á las cuatro , á las cuatro y tres cuartos , á las seis , y á las ocho de la noche. En otras estaciones varian las horas. Y como se cuenta con la seguridad de que no ha de faltar asiento , porque se enganchan cuantos coches sean menester , cada uno emprende el viaje á la hora que le viene mas en antojo ó que mejor le cuadra.

Solo así se esplica la prodigiosa muchedumbre de viajeros que plaga á todas horas del dia y de la noche los caminos de la Bélgica. Por mi parte puedo decir que nunca viajé con menos de 500 compañeros, y de ahí arriba hasta 800 ó mil los que se quiera. Como decía Tirabeque muchas veces, no parece sino que á todos se les antoja ir al mismo tiempo y en la misma direccion que uno lleva; hasta que la esperiencia convence de que todos los dias, y á todas las horas, y por todos los caminos está sucediendo lo propio. Las personas allí se encuentran en los caminos con la misma frecuencia y con la misma facilidad que en París ó en Londres y aun en Madrid se tropiezan en las calles. O por mejor decir, los belgas han hecho de un reino una gran poblacion, cuyas distancias vienen á ser como las de uno á otro de los barrios estremos de París.

Frecuentemente se ve una linda jóven, elegantemente vestida, entrar sola en el carruaje. En cuanto á esto de *sola*, bien pueden las belgas hacerlo con confianza, pues aunque la toque ir rodeada de 29 varones desconocidos, no hay que temer que se desmande ninguno de ellos en dicho ó accion de que pueda ofenderse ó ruborizarse. Lo que en un caso igual sucedería en España, lo puede suponer el curioso lector. Pues bien, esta jóven ha salido de su casa á las once de la mañana, se va á hacer una visita á una amiga que tiene á las 15 ó 20 leguas, hace su visita despacio, y se vuelve muy fresca á comer á su casa, y aun tiene que esperar á que se ponga la mesa.

«¿Vamos á ver la ópera de esta noche á Bruselas? dicen cuatro jóvenes reunidos en Amberes.—Vamos allá.» Y salen á las cinco de la tarde en el mes de setiembre; llegan á Bruselas, ven la ópera, y se vuelven, satisfecho su antojo, á dormir tranquilamente en su cama de cada día.

Los caminos de hierro son en mi entender la gran revolucion que se ha hecho en el siglo.

La importancia y ventajas que con esta facilidad y celeridad de transporte de hombres y mercancías reportan los negocios mercantiles, los asuntos domésticos y de familia, la movilizacion de los ejércitos, la civilizacion y la sociedad, nadie ha podido valuarlas todavía, se pierden en el cálculo; las distancias han desaparecido donde hay un buen sistema de caminos de hierro: los hombres viviendo todos en una misma poblacion gozan de los productos de todas las poblaciones; los caminos son otras tantas calles de un pueblo, y las ciudades de provincias como cuarteles ó barrios de la capital.

BARATURA. No es ciertamente la baratura en los transportes la parte que entra por menos en el cálculo del hombre para animarse á viajar. Y esta la han llevado los belgas á tal extremo en sus carriles de hierro, que no se creería á no experimentarla, y por cierto sin que de ello le pueda á nadie pesar. La siguiente tarifa enterará al lector de su coste en cada una de las tres clases de plazas. Tomemos el punto de partida desde Bruselas.

	en diligencia.		en char-á-banc.		waggon.	
	fr.	cen.	fr.	cen.	fr.	cen.
De Bruselas á { Amberes.....	2	»	1	25	1	»
{ Gante.....	4	»	2	50	1	75
{ Lovayna.....	2	»	1	25	1	»
{ Lieja.....	6	»	4	75	3	50

Es decir que de Bruselas á Amberes, 10 leguas de distancia por camino de hierro, se vá en la plaza ó localidad mas cómoda y de mas precio, por 2 francos; en *char-á-banc* (donde camina muchísima gente decente y de muy regular fortuna) por 1 franco y 25 céntimos, que allí equivale á 5 reales nuestros; y en *waggon* por una peseta. No sé que se pudiera viajar con mas economía, no digo en diligencia comun, ni en galera, sino ni en un pollino, ni á pié. Con la circunstancia, que para las 10 leguas en caminos ordinarios habria que emplear por lo menos un dia, y allí se hace la jornada en cinco cuartos de hora, ó aunque sea en hora y media contando con la detencion en la *estacion central* de Malinas. Con otra circunstancia, que como para andar la jornada nadie por flaco de estómago que sea necesita comer, resulta otra nueva economía. Y con otra circunstancia además, que la tarifa del tras-

porte de equipages es tan extraordinariamente módica que, un cofre-maleta regular de un viagero costará de Bruselas á Amberes cosa de tres ó cuatro cuartos cuando mas.

Lo único que hay que añadir á este coste, es que como los carriles de hierro no suelen llegar hasta las calles mismas de las poblaciones, desde la *estacion* en que aquel termina hasta el hotel donde se haya de hospedar el viagero es menester tomar alguno de los muchos *ómnibus* que se hallan siempre esperando la llegada del convoy, y esto comunmente suele costar á medio franco por persona poco mas ó menos; y lo mismo que al llegar acaece al partir.

Con tan prodijiosa baratura, que bien puede computarse en una 5^a ó 6^a ó 7^a parte de lo que cuesta viajar en diligencia por los caminos de España, cualquiera preguntará: «¿y cómo puede utilizar el gobierno belga con sus caminos de hierro?» Y mucho mas lo preguntaría si supiera que habia invertido en ellos la suma de 22½ millones de reales; y aun mas lo preguntaría si calculára lo que se necesitará para el sostenimiento de sus muchos empleados y para el entretenimiento de unas 90 máquinas locomotoras, de unos 80 tenders, de unos 400 coches y sobre unos 500 waggons que en el dia tendrán para el servicio de todas sus líneas.

Pero todas estas dificultades desaparecen en sabiendo tambien que se calcúla en tres millones de viajeros los que desde el año 40 acá andan cada año en

circulacion. Que siendo de cuatro millones de habitantes la poblacion de la Bélgica, déjase discurrir que al cabo del año las tres cuartas partes de la poblacion han andado alguna vez por los caminos, con la rebaja de la seccion de extranjeros y de algunos otros viajes repetidos por unas mismas personas.

TUNNELS Y VIADUCTS. Fácil es de inferir que siendo los caminos de hierro otras tantas líneas rectas, precisamente se han de encontrar con otros caminos ordinarios que se cruzan trasversalmente. Asi es en efecto; y para que se dejen lugar y no se obstruyan uno á otro, para eso son los *viaducts*, especies de bóvedas ó puentes, construidos ó sobre ó debajo del camino comun, segun el terreno lo permita: de manera que hace un espectáculo raro ver unas veces los coches arrastrados por el vapor marchar por encima de los carruages tirados por caballos que caminan en sentido inverso, y otras al revés ir los carruages de caballos por encima de los coches de vapor.

Ya he dicho lo que son los *tunnels*. Imponente es entrar por primera vez en alguna de estas abobedadas galerías subterráneas. El ruido de la máquina junto con el de tantos coches, reproducido con cien grados de aumento en las bóvedas; la horrorosa oscuridad solo interrumpida por alguna opaca luz colocada de trecho en trecho; las ascuas y chispazos que de tiempo en tiempo se desprenden del locomotor; la idea de la alta montaña que está pesando sobre aquella caverna..... nunca con mas razon se pudiera decir con Virgilio:

«Tú , Chaos ; tú , Flegetón ; vós , ó infernales
playas.....»

Tened á bien que dé noticia al mundo
de lo que el centro de la tierra esconde ,
y oscuridad de eterna noche encierra (1).»

Pero toda la pavorosa sensacion que se esperi-
menta al quedarse en aquella estruendosa lobre-
guez se cambia en alegría y consuelo al ver asomar otra
vez la luz , al salir otra vez al campo libre. Con el
tiempo llegamos á familiarizarnos con los *tunnels*,
y ya al entrar y al salir nos dábamos en tono de bro-
ma las buenas noches y los buenos dias.

DISTRIBUCION Y ESTACION CENTRAL. Aunque la
Inglaterra ha precedido á la Bélgica en la invencion
y aun en la construccion de los primeros caminos de
hierro , no obstante la Bélgica es hoy la nacion mas
rica en este ramo y en la que mas abundan y son,
digamos así, mas populares. Colocada la Bélgica por
su posicion geográfica entre las cuatro naciones mas
adelantadas de Europa, Francia, Inglaterra, Holan-
da y Alemania, y cruzado todo el pais de ramales ó
lineas de caminos de hierro , el Belga puede si gusta
(como observa bien un escritor compatriota) en un
mismo dia almorzar en Bruselas y comer en Prusia,
ó comer en Bruselas y dormir en Inglaterra ó en
Francia.

Este sistema de ramales y comunicaciones tiene
un centro comun ó *estacion central* que es MALI-

(1) Eneid. libro 6.

NAS. En cualquier direccion , en cualquier rumbo que el viajero se mueva , tiene que ir á parar con precision á MALINAS. A ninguna parte se puede ir sin pasar por MALINAS: así es que á cada triquitraque se encuentra el viajero en MALINAS. Sin embargo acaso es lo único en que no han estado atinados los Belgas , en hacer á MALINAS *estacion central*.

Pero mas ó menos acertado , MALINAS es hoy el punto céntrico de todos los ramales. Así la estacion de MALINAS es un infierno. Esparcidas acá y allá multitud de máquinas de vapor vomitando todas por sus chimeneas nubes de negro humo ; derramados aquí y allí furgones de carbon de piedra , parados unos , movidos otros para acudir al surtido de las máquinas ; ennegrecida la atmósfera con el humo y el suelo con el carbon que caerse suele ; atronados los oidos con el penetrante son de las trompetas que avisan la llegada de un convoy ó la salida de otro ; oyéndose á la derecha el ruido del que viene de Gante , á la izquierda el del que sale para Lieja , por delante el del que se aproxima á Bruselas y por detrás el del que va marchando hácia Amberes ; recogiendo unos viajeros sus equipages , caminando ya otros en los *ómnibus* , y moviéndose todos , y bullendo todos , y andando de prisa todos... la *estacion de Malinas* es la imagen de la vida abreviada , la *estacion de Malinas* es el infierno. Y lo es á todas horas del dia , porque no hay hora del dia en que no lleguen y partan convoyes en todas direcciones y por todas direcciones.

Magnífico y sorprendente cuadro, mil veces aun mas interesante y mas poético cuando se presencia en horas avanzadas de una noche oscura (porque en los caminos de hierro lo mismo andan de noche que de día) con el reflejo de mil faroles y de mil teas que alumbran los convoyes, que representan batallones de estrellas marchando entre nubes, y que ofrecen al observador el espectáculo mas grandioso, variado y admirable que la civilizacion moderna puede ostentar.

Por mi parte confieso que mi imaginacion se llenaba de pensamientos sublimes.

Mil veces me decian los Belgas: «en España tambien tendrán vds. caminos de hierro.—Todavía no, les respondia yo; pero ahora se están proyectando varios ramales.—Oh! pero en cambio tendrán vds. buenas calzadas para carruages comunes.—Oh! en cuanto á eso no tenemos que envidiar á nadie.»

La procesion andaba por dentro, y el amor propio sufría unas embestidas, que el infeliz, cuando no salía magullado salía herido de muerte.

Lieja.

Dados al diablo llegamos á Lieja, que tanto vale darse al diablo como darse á alguno de aquellos *ómnibus* que conducen desde la *estacion* de Ans hasta la ciudad, porque son tan estruendosos y chirriantes que casi casi hacen buenos á los de Fonte-

nebleau de ingrata memoria. Entramos por una porcion de calles estrechas, tortuosas y sombrías, y dimos fondo en el hotel del *Aguila negra*.

Todos llevábamos un apetito, sino desordenado, bastante subido de punto, y la hora de yantar era aguardada con impaciencia estomacal. Yo sin embargo no las llevaba todas conmigo, porque habia leído en *Alejandro Dumas* (y así se lo manifesté á los compañeros) que no habia encontrado que comer en Lieja, ni siquiera un pello, ni siquiera un par de huevos, ni siquiera pan (1). Pero dió la una, que es la hora general de comer en aquel pueblo; un toque de campana nos convocó á la mesa redonda (*table d' hote*), entramos en un magnífico comedor, nos sentamos mas de 30 personas, y..... permita Dios que siempre que mientan los escritores sea con tanto beneplácito de los manducantes; porque la mesa de Lieja fue una de las mas confortables que en toda mi espedicion se me han deparado. También fue algo mas cara, eso sí, pero en honor de la verdad bien merecía los 4 francos por cubierto.

«¿Pero no ve V., Fr. Gerundio, me decia el hermano Anselmo, con qué ligereza juzgan de los pueblos los escritores franceses?—Vaya, añadia el hermano Isidro, el diablo son los estrangeros; ni aun en los libros de molde dicen la verdad.—Señores, reponía Tirabeque, dénme buenas viandas y en

(1) DUMAS: *Escursions sur les bords du Rhin*, tom. 1.

abundancia, y que diga el Sr. Durmas lo que quiera, que letras son letras y tajadas son tajadas, y á estas me atengo.»

Mal parado salió el hermano Dumas de aquella discusion; y no sin motivo en verdad, porque dificulto que á él pudiera sucederle lo que asegura en el hotel de *Albion*; al menos nosotros no solo experimentamos buen trato en el del *Aguila Negra*, sino tambien en el de la *Pommelette* y en el del *Gran Monarca* en que estuvimos en otras dos ocasiones, hallando en ellos un pan esquisito de trigo en lugar de las tortas de maiz que él dice. La prevencion y la rivalidad convierten en tortas de maiz los panecillos de pan de escanda.

Historia y Topografía.

La historia en Lieja desde el siglo XIII hasta la dominacion de los franceses á fines del siglo pasado no es mas que un tejido de guerras civiles entre los obispos (que eran allí ¡los pobrecitos! señores espirituales y temporales con arreglo al evangelio) y los Liejeses, que ha sido siempre la gente mas democrática, alborotada y turbulenta que se puede decir ni pensar. De cuando en cuando asomaba la cabeza *Carlos el Temerario*, hacía una *de pópulo*, (porque el tal Carlitos no era hombre que sufriera pronunciamientos), y así anduvieron siempre los pobres Walones luchando con la opresion de sus señores,

obispos ó duques, que tan abonadas son para el cuento las mitras como las coronas ducales. Hoy la mitra de Lieja es sufragánea del arzobispado de Malinas.

Situada la ciudad en una planicie rodeada de montañas, en la confluencia de dos rios el *Mosa* y el *Durthe*, que atraviesan sus calles, sucédela lo que á Burdeos en cuanto á la demasia de estension respecto á la poblacion, pues para 62.000 habitantes tiene 11.000 casas. Sus calles por lo general, excepto la parte de ciudad nueva, son estrechas y sucias: y su suelo y las fachadas de sus edificios anuncian con su color negruzco que se está en la ciudad de las minas de carbon de hierro y de cinc, en la ciudad de las ferrerías y de las fábricas de armas, de sierras y de limas, en la ciudad de las fundiciones y de las máquinas de vapor, en la ciudad de las fraguas y de las chimeneas, en la ciudad que mas le interesaba y que mas le ofrecia que observar y aprender al hermano Isidro.

Asi es que colocada Lieja entre la Alemania y la Flandes, y con un gran rio que la comunica con la Francia y la Holanda, es la ciudad fabril y comercial de la Bélgica por antonomasia.

**Las de Mr. Cockerill,
y la de Mr. Lesoinne.**

Quiso nuestra buena suerte que tropezáramos

con *Mr. Adolphe Lesoinne*, profesor de química en la Universidad, á quien íbamos recomendados, y el cual se ofreció amabilísimo á acompañarnos y enseñarnos todo lo mas notable de la poblacion: con la ventaja de que habiendo estado algun tiempo en nuestras Asturias, hablaba el español y le venia muy bien á la cuádruple alianza viandante.

Su posicion y sus relaciones en el pueblo nos proporcionaron ver lo que pocos estrangeros logran ver, especialmente *la gran fábrica de Cockerill* en *Seraing*, dos leguas de la ciudad. *La gran fábrica de Cockerill*, que asi puede bien llamarse la fábrica mas considerable y mas perfecta que existe en el continente para la fabricacion de grandes máquinas de vapor y demás. Allí es donde se construyen la mayor parte y las mejores de las que sirven para los caminos de hierro. Su reputacion es tal, que de todas las partes del globo acuden estrangeros á visitarla, tanto que *Mr. Cockerill* se vió precisado á anunciar por medio de los periódicos que se veia en la sensible necesidad de cerrar á todo el mundo la entrada, porque era ya insoportable la afluencia de visitantes. Trabajan en ella sobre 1500 operarios.

«¡Válgame santa Lucía, exclamaba el hermano Isidro, y qué cosas hacen estos estrangeros! Vaya que aqui no hay mas que abrir ojos y mirar!»

Quien quiera formarse una idea del inmenso desarrollo de la industria fabril en aquella provincia, no tiene mas que dar un paseo desde Lieja á *Seraing*. Si don Quijote viera aquella muchedumbre de elevadas

chimeneas que anuncian otras tantas fábricas, lo tendría por el campamento de un ejército de gigantes.

Regresado que hubimos á la ciudad, Mr. Lesoinne nos llevó á ver otra fábrica de los herederos de Cockerill. En esta trabajaban de 400 á 500 operarios, y se construian máquinas para hilados, tejidos y otros diferentes artefactos. De ellos se surten muchos de nuestros fabricantes de Cataluña. Aquí fué donde el hermano Isidro acabó de perder la chola, y no sé como no perdió tambien la vista á fuerza de mirar: aqui fué donde él halló el «*mirabilia valde, supraque pené naturam:*»

Aquella prodigiosa combinacion, aquella asombrosa facilidad en la elaboracion de las mas menudas y delicadas piezas, aquel hacer de una barra de hierro ó de bronce lo que pudiera hacerse de un palo de caoba ó de un rollo de cera, aquello de ver á un aprendiz muchachuelo de 10 años dar por concluida en 10 minutos con auxilio del vapor una pieza mas perfecta y acabada que la pudiera dar en 10 meses el artífice mas afamado con el auxilio de las mejores herramientas que en su tierra se conocen..... allí fué donde él se quedó tamañsto, y exclamó con el otro: «¡válgame Dios y lo que semos!»—«Ahora es, añadió, cuando yo veo el mundo.»

Sin embargo, por lo que despues he sabido no le fueron inútiles estas visitas, pues naturalmente ingenioso y dispuesto para las obras de su arte, ha dado muestras de que no observó sin provecho. Hasta á los herreros instruyen los viajes.

De allí pasamos á la *fábrica de armas de fuego de Mr. Lesoinne*, hermano de *Mr. Adolphe* nuestro obsequioso acompañante. Aquí fué Tirabeque el que nos hizo el gasto. La admirable coleccion de fusiles, escopetas, carabinas, pistolas y todo género de armas de todas las especies y formas imaginables que allí nos presentaron, le embargó al pronto el habla. Mas ya que se fué reponiendo, « vamos, le dijo á *Mr. Lesoinne*, que aquí ya tienen vds. *garantias* en abundancia.—¡Cómo! exclamó *Mr. Lesoinne*; ¡garantías las habeis llamado! Cuando yo he estado en España no tenían este nombre.—No señor, este nombre se le he puesto yo; y crea vd. que no se le hubiera puesto mejor la Academia, porque en España la mejor garantía de la persona, segun el dictamen de los legisladores que ahora tenemos, es un trabuco como el que está ahí en ese rincon, ó un par de pistolas, si puede ser de siete cañones cada una al simil de esas que tienen vds. ahí, que en mi vida habia yo visto cosa tal.»

El Sr. Lesoinne reía y celebraba la esplicacion de Tirabeque: yo le llamé con disimulo y le dije al oido: «Pelegriñ, eso es bueno para dicho entre españoles, pero á los estrangeros es una imprudencia informarles así del estado de nuestra legislacion y de nuestra sociedad.—Señor, como Mr. Lesoán ha estado en España.....—No importa, siempre es estrangero.»

Lo que mas nos admiró y nos gustó de las armas de la fábrica de Lieja fué su baratura, pues escopete-

ta había , linda , ligeríta y bien trabajada , que nos la daban por 8 francos (32 rs.) ; si bien las hay tambien de hasta dos y tres mil francos . De buena gana nos hubiéramos traído de allí media armería , sino fuera la dificultad , y puede decirse la imposibilidad de hacerlas pasar por las aduanas francesas , que son para las armas de Bélgica todavía mas escrupulosas que para los libros contrahechos , que es cuanto se puede decir . Así fué que un solo par de pistolas que tomamos (y que están á la disposicion de vds.) nos dieron mucho cuidado en la aduana de Menin á pesar de traerlas en los bolsillos .

Hallazgo de libros españoles.

Mr. Lesoinne nos propuso si gustábamos pasar á ver la universidad : proposicion que me parece no deberia haberse discutido . Sin embargo , el hermano Isidro fué de opinion que lo dejáramos . «¿qué tiene que ver una universidad ? decia : mas valiera que volviéramos otro poco á la fábrica de su hermano de vd.» Tirabeque se inclinaba á que fuéramos á almorzar . Pero el hermano Anselmo y yó aceptamos sin titubear el ofrecimiento de nuestro ilustrado guía , y ganada la votacion por el número y calidad de los votos , nos encaminamos á la universidad , que reconocimos luego por la inscripcion que se lee en el fronton de su fachada ; «UNIVERSIS DISCIPLINIS.»

Entramos pues, y fuimos reconociendo sus aulas, su gabinete de Física y Astronomía, el de instrumentos de Cirujía y Orthopedia, la galería de Piezas Anatómicas y Pathológicas, la colección Mineralógica, el gabinete de Zoología, el de Anatomía Vegetal, Carpología etc., el Jardin Botánico, y por supuesto con mas detención que todo esto el *Laboratorio de Química*, como que era el teatro de las glorias y de los ejercicios de nuestro *Mr. Lesoinne*, como profesor de la facultad que era.

Pero si allí nos detuvimos por él, en la *Biblioteca* pública nos detuvimos por mí. Y no porque me entretuviese á contemplar el gransalón, ni menos á revisar sus 75.000 volúmenes y sus 600 preciosos manuscritos, lo cual hubiera sido imposible, sino porque llegué á atisbar unos rótulos en español, cosa que habia tenido el desconsuelo de no poder brujular en otras Bibliotecas extranjeras. He aqui las obras españolas que habia: *Zurita*, Anales de Aragon; obras de *Gracian*; *Ambrosio de Morales*; el *Diablo Cojuelo*; *Lazarillo de Tormes*; un *D. Quijote* en pergamino: otro *D. Quijote* en un tomito en 16.º edicion microscópica hecha en París por nuestro ex-ministro de Estado *D. Joaquin Maria de Ferrer*, con su rumbosa y festiva dedicatoria:

AL ESCRITOR ALEGRE,

AL REGOCIJO DE LAS MUSAS,

AL FAMOSO TODO,

AL ADMIRABLE É INIMITABLE AUTOR

DEL INGENIOSO HIDALGO

D. QUIJOTE DE LA MANCHA,

erige y dedica

este pequeño monumento

de la tipografía y calcografía moderna

su apasionado admirador

Joaquin María de Ferrer.

Habia allí también las *Poesías de Alzaibar*, con sus comedias «*Una extravagancia*»; y la *Baronesa del Viento*,» obra de que pienso no se tenga mucha noticia en España, ni yo mismo la tenía á pesar de haber tenido el gusto de conocer personalmente al Sr. *Alzaibar* en Gibraltar, donde estubo de Cónsul. No es la sola cosa española que se nonoce en el extranjero antes que en el país donde nació.

La revision de estas obras me puso en ocasion de hablar con el Bibliotecario sobre la literatura española, y de sondear hasta dónde es conocida de los hombres de letras de aquel país, en cuya prueba no hallé mucho por qué envanecerme. Yo sin embargo tuve la satisfaccion de que el hermano Bibliotecario me manifestase deseos de llenar el huequecillo de un estante con las *Capilladas gerundianas*, sobre lo cual adquirí un compromiso que no he cumplido todavía por cumplirle mejor; y sea esto dicho de paso para gobierno suyo y descarte mio, por si estas páginas llegase á leer.

Preguntóme el hermano Bibliotecario por nuestro D. Martin de los Heros, de quien me manifestó

ser amigo. Y satisfecha por mi parte su pregunta, le indiqué mi estrañeza de que siendo el Sr. Heros conocido en el país y amigo del Bibliotecario además, no se encontrasen sus obras literarias en el establecimiento para honra y gloria de la bibliografía española y aumento de los volúmenes del salon. A lo cual me respondió que no tenía noticia de obra alguna literaria de su amigo el Sr. Heros, y á esto nada hallé qué replicar.

Pero entonces y siempre he estrañado, y ahora lo digo, que habiendo escrito varios españoles sobre las cosas de la Bélgica, como por egemplo el Sr. Lasagra, que ha publicado tanto y tan bueno, no se vean mas ejemplares de ellas en las Bibliotecas del país, para que al menos serviesen de muestra de que los españoles que viajan por aquel reino no lo hacen sin algun fruto; para que vieses siquiera que los españoles tambien escriben. Con tan notable y reprehensible dejadez, ¿cómo ha de ser conocida en el estrangero la literatura española?

Un oso entre la Virgen y San José.

Salido que hubimos de la Universidad, y de paso que íbamos hácia nuestro alojamiento, fuimos observando el sistema de rotulacion de tiendas y establecimientos, en cuya multiplicidad y estravagancia lléveme el diablo si los Belgas les van en zaga á los

Franceses , dado caso que no les escedan. En el tablón de muestra de una librería , por ejemplo , se leía : «*Al librero católico* :» como si fuera una cosa extraordinaria que el librero de un país donde la religión católica es la dominante y general fuese también católico.

«*Al fanático cuchillero* :» se leía en otra parte. ¿Si le importará algo al que va á comprar cuchillos que el cuchillero sea fanático ó despreocupado ?

Mas nada de esto vale tanto como lo que me hizo observar Tirabeque en la calle misma donde viviamos. «Señor , señor , me dijo ; mire vd. donde han ido á colocar un *oso* , entre la *Virgen* y *San José* .» En efecto es así : sobre tres tiendas de comercio contiguas habia tres tablones , como á distancia de una vara de intermedio colocados : el de la izquierda decia : «*A la santa Virgen* :» y tenia una Virgen pintada : en el del medio se leía : «*Al grande Oso* ;» y habia pintado un osazo como un camello : y en el de la derecha : «*A San José* ;» y estaba el santo bendito sin poder ver á su esposa porque el menudito animal se lo impedia.—«Señor , decia Tirabeque , fortuna tuvo la Virgen Santísima cuando se le perdió el niño , que no andubiera por allí este oso , que sinó mas cuidado hubiera tenido.—¡Cosas , añadia Isidro , como las que tienen estos extranjeros!»

Comimos y nos fuimos al teatro , que es medianejo , pero no tan malo como las compañías de canto y verso. Aquella noche nos obsequiaron con la ópera en 3 actos *L' eclair* , y con el Vaudeville en 2

actos *Le Chevalier du Gueut*, y vive Dios que cantantes y versificadores podían apostar á cual peor lo hiciera. Sin embargo los Liejeses tienen fama de *amadores de los espectáculos teatrales*, y suelen preciarse de tener buenas *tropas dramáticas*, pero lo que es entonces, *abrenuncio*. Lo que habia, sí, en el teatro era mucha gente de tropa y mucha oficialidad.

La maravilla de Lieja.

O'Donell y el capellan de coro.

Al dia siguiente nos fuimos á ver *la maravilla de Lieja*, ó sea la iglesia de *Santiago*. Efectivamente es un templo maravilloso: porque en él se vé la arquitectura gótica con toda la coquetería árabe; es una dama ataviada interior y exteriormente con toda la riqueza y elegancia del trage oriental, con toda la gracia del festonage arabesco, y si algo tiene que pudiera tacharse, es su escesiva belleza para templo sagrado.

Cuando nos disponiamos á salir de *Saint-Jacques* para ir á ver la catedral, se nos avisó si queriamos presenciar un espectáculo digno de atencion. Era un entierro solemne que hacian los estudiantes de la Universidad á uno de sus mas antiguos y acreditados profesores, el *Dr. Gall*, que habia fallecido el dia anterior. Fuimos en efecto camino del

cementerio, y á la subida de la altura de *Sainte-Walburge* encontramos una larga fila de mas de 30 coches ocupados por mas de 150 alumnos que iban á rendir el último homenaje de respeto y cariño á su amado y venerable maestro el *Dr. Gall*, que si no gozaba de tanta fama como el célebre frenólogo, al menos se conocia que le acompañaban á la tumba los corazones y las lágrimas de la juventud literaria de su pais, cuyo sublime cuadro debia consolarle en la eternidad como á mi me enterneció y conmovió.

Este inesperado paseo nos proporcionó ver la *Ciudadela* y gozar del hermoso panorama que ofrece la ciudad desde aquel balcon; si bien por otra parte nos consumió el resto de la mañana; y sin hacer otra cosa nos fuimos á comer.

Entre los asistentes á la mesa hubo uno, que habiéndonos oido hablar en español nos dirigió la palabra en el mismo idioma, lo cual infundió en nosotros una alegría general. Era un jóven sevillano, que hallándose en Amberes á asuntos de comercio, habia hecho una excursion á Lieja con otros conocidos de aquella ciudad. A poco de nuestro reconocimiento y de haberle sin duda preguntado sus amigos por la clase de compatriotas con quienes se habia encontrado, yo advertí que estaba siendo el objeto de las contínuas y atentas miradas de todos, para lo cual me parecía que no era bastante circunstancia ser estrangero ni ser español. Me miraba á mi mismo, y no me hallaba mas feo que otros, ni me habia manchado, ni mi trage ni mis maneras

tenian nada de irregulares. Concluida la comida nadie desocupaba el salon sin dirigirme una atenta mirada. «¿Pues qué tendré yo?» me decia á mi mismo.

Ya nos quedamos solos los españoles, y le dijo al sevillano: «paisano, vd. que conocerá mejor que yo esta gente, ¿me hace vd. el favor de decir qué pueden haber visto en mí para mirarme tanto?» El hombre se echó á reir con mucha calma y me dijo: «paisano, vd. sabe que soy de Sevilla; ¿no es esto? pues bien, como buen sevillano he usado una bromilla inocente: me preguntaron estos amigos qué compatriotas eran los que habia encontrado, y yo les dije al oido que el uno de ellos (señalando á vd.) era *O'Donell*. Y como *O'Donell* ha sonado tanto por aqui con motivo de los sucesos de octubre en España, la noticia corrió de boca en boca, y ahí tiene vd., no ha habido mas ni menos; por eso le miraban á vd. con tanta curiosidad; nada, paisano una bromilla.—¡Hombre, ó diablo! Llévele á vd. sataná con sus bromillas. Tendrá gracia que, bromilla ó no bromilla, tenga que ir á la prefectura de policia á acreditar que no soy *O'Donell* sino *Fr. Gerundio*.—Paisano, ¿vd. es *Fr. Gerundio*!?—El mismo.—¿Es posible? ¿Qué es lo que me dice vd.?—Lo que vd. oye.—Paisano, vengan esos cinco. Pues ahora me rio yo mas de la chanzoneta.—Pues mire vd., ahora me rio yo menos.—Paisano, no tenga vd. cuidado que aqui estoy yo.»

En fin, pasada aquella broma, nos dirigimos todos á la catedral de San Pablo, como habia sido

mi intencion desde por la mañana. Llegamos á la hora de vísperas, y con esto tubimos ocasion de enterarnos de las ceremonias y vestiduras de aquel cabildo y sus coherentes. Los canónigos llevaban muceta de piel blanca moteada de negro, manto negro con forro encarnado, y casquetes á la cabeza con un estupendo borlon. Los niños de coro iban vestidos de encarnado; los capellanes con una especie de pelliz.

Pero á quien habia que oír era á Tirabeque y al Sevillano con motivo de un cantor ó capellan de coro que allí se nos deparó con unas enormes y pobladísimas patillas que le bajaban hasta el gargüero. «El hombre este, decia mi lego, es sagrado de boca y profano de quijadas.—¿V. no repara, decia el andaluz, que sale la voz mas esparramada que agua de regadera por entre esos dos matorrales? Ese hombre escusa de arrendar bosque para entrar á caza y andar á ojéo.» Y por este estilo se divirtieron grandemente á costa del cantor de las patillas. Despues supimos que era un gastador de la guardia nacional.

La catedral de Lieja no tiene cosa notable, como no sea el pavimento de mármoles en greca, las cuerdas de las campanas, que son singulares, unas columnas del siglo VII, y sobre todo el *alumbrado de gas* que usan para los oficios nocturnos: único templo en que he visto alumbrarse con gás.

A la salida volví á observar que las gentes me miraban mucho. A pesar de eso yo seguía sin darme

por entendido, hasta que oigo á dos que se nos quedaron parados al pasar: «*Voilà Mr. O'Donell d'Espagne.*»—«¡Ira de Dios! dije yo; ¡pues está bueno esto!» No habíamos andado veinte pasos, cuando vuelvo á oír: «*Mr. O'Donell.*» La bromilla del amigo habia cundido por la ciudad; por lo cual yo determiné tomar cuanto antes una diligencia para *Verviers*, no fuera que el Gobernador de provincia, mientras se identificaba la persona, hiciera mi estancia en Lieja mas larga de lo que habia entrado en mi intencion. «¡Qué disparate! me decia el andaluz; si esto no es nada; y sobre todo, paisano, ya le he dicho á vd. que aqui estoy yo.—Buen empeño se atraviesa, replicó Tirabeque; hace vd. bien, mi amo, vámos de aqui, no sea que me tengan á mi por el asistente de *O'Donell*, y me hagan un flaco servicio: vámonos, vámonos.»

Y asi fué que tomamos una de las diligencias de *Pasquin y Briard* que salen diariamente para *Verviers*, y despidiéndonos del amigo sevillano y dándole las gracias por su bromiya, á las cuatro de la tarde íbamos ya rodando los cuatro españoles por aquellas calles en direccion de *Verviers*.

La tierra de los Cristos.

«Con que hemos dejado la patria de MALHERBE, de REGNIER y de GRETRY? les dije á los compañeros

luego que pasamos los puentes, rios y canales de Lieja.—Diga vd, señor, me preguntó Tirabeque: y esos tres individuos que vd. nombra eran enanos?—De modo que acerca de su estatura corporal nada he leído en sus biografías; lo que sé es que fueron tres hombres muy grandes en talento y en saber; ¿y por qué preguntabas si eran enanos?—Señor, porque no he visto pueblo de mas enanos que este; ¿no lo ha reparado vd?—En efecto, dijimos todos, que es tierra de muchos enanos esta: y hasta la tropa es menguada y raquílica, y no muy marcial en el andar ni en el vestir. Solamente la seccion de artillería era la que presentaba gente mas lucida y tambien mas gusto en los uniformes.—Y de las mugeres ¿qué le ha parecido á vd? le preguntaba á Tirabeque el hermano Isidro.—Mal, le respondió; no he visto cosa de provecho, no me gustan las walongas: me gustaron mas las peras que nos pusieron en el hotel.—Efectivamente que eran muy tiernas y muy sabrosas, añadió el hermano Anselmo.»

Asi entretenidos nos íbamos internandó por aquel ameno pais, sembrado de huertas y bosques de frutales, de fábricas y casas de campo, y cortado por multitud de riachuelos que regaban otros tantos valles amenos y frondosos. La variedad de la conversacion y del pais nos hacía llevar con menos disgusto la incomodidad de la diligencia, que por cierto era de las mas irregulares y con menos talento construidas que he visto, y á cuya mayor incomodidad contribuian los mozos y paisanos con blusa que

se nos iban introduciendo, con arreglo á la costumbre general del pais de viajar en diligencia hasta los labradores y jornaleros del campo.

¿Como dirán vds. que se reciben alli los periódicos en los pueblos? El conductor de la diligencia va cargado de paquetes, y sin bajarse del carruaje ni hablar una palabra va arrojando al tránsito de cada pueblo, á una persona que encuentra infaliblemente preparada á recibirlos, los paquetes que á cada uno pertenecen. Y como la diligencia es diaria, cada dia se reciben los periódicos y demas correspondencia en los pueblos, sin necesidad de correos, de incomodidad ni de gasto. Sistema ventajoso de comunicacion, pero que no podria sostenerse sin la confianza y seguridad que inspiran aquellos conductores y aquellos habitantes.

A luego de la salida de Lieja empezamos á ver en las calles de los pueblos y en el campo mismo muchas imágenes de Santos y particularmente de Cristos. Y esto mismo fuimos observando en toda la jornada. Cristos arrimados á las paredes, Cristos sobre las puertas de las casas, Cristos en los troncos de los árboles, y Cristos en las fábricas, y Cristos en los puentes, y Cristos en las rocas, y Cristos en todas y por todas partes.—«Señor, decía Tirabeque, si vieran esto nuestros andaluces, una de dos, ó estas gentes tenian que negar que Cristo es Dios, ó ellos les ponian pleito alegando que no hay mas tierra de Dios que la suya».

Esta abundancia de imágenes de Santos y de

Cristos de todas materias y tamaños, en las calles en los campos y en los caminos, las observamos después en todo el país montañoso de Lieja y del Limburgo: lo cual en mi pobre discurrir histórico lo atribuyo á restos y reliquias que han quedado de la reaccion religiosa que siguió á las guerras con los *Iconoclastas* ó destructores de imágenes.

Conforme íbamos avanzando el país era gradualmente mas montuoso, y semejaba ya á nuestras provincias vascongadas. Como por allí va el camino de hierro *in fieri* para Prusia, de que hablé en capítulo anterior, le hallamos todo entrecortado de puentes en construccion ó concluidos, de terraplenes, de *viaducts*, de montañas perforadas, y otras obras, lo que hacía serpentear mas nuestro carruage; y esto y algun rio cuyas aguas llevaban un color de ladrillo espeso y subido cuya causa no pude saber, es todo lo que se encuentra en la travesía á *Verviers*, á donde llegamos bien entrada la noche, dando fondo en el hotel *des Pays-Bas*.

Verviers.

Modestia de María. Nuestro primer acuerdo fue pedir cerbeza (que de paso sea dicho, es muy buena y sin espuma la de Verviers). «*Madame*, gritó Tirabeque á la doméstica que se nos presentó; *portez-nous de la bierre, s' il vous plaît.*—*Oh! madame,*

madame! replicó la doncella: yo no soy *madame*.—¿Pues qué es vd? ¿*mademoiselle*?—Tampoco.—¿Pues qué diablos es vd. sinó?—Yo no soy mas que *María*, una humilde sirviente de este hotel; llámeme vd. *María* nada mas».

Todos nos miramos sorprendidos de la modestia de aquella buena muger, acostumbrados como íbamos á tratar en Francia y Bélgica de *madame* y *mademoiselle* á toda insignificante dueña ó criaduela de servir. Y es que como estábamos ya en las fronteras de Prusia, el caracter franco-belga se iba perdiendo, y *María* nos dió una muestra de que participaba ya de la severa formalidad del reino de Federico-Guillermo.

Aquella noche no hicimos ya mas que acostarnos. Al día siguiente temprano dimos un ligero paseo por la ciudad, que tendrá unas 20.000 almas y en la cual lo mas notable es el lindo teatro de la *Plaza-Verde*, el hospital de Babiera, la Sociedad de la Armonía, y sobre todo sus muchas y afamadas fábricas de paños, que ocupan casi la totalidad de sus habitantes. Se cuentan cerca de 60 grandes manufacturas, que dan 100 mil piezas al año, cuyo valor se calcula en 25 millones de francos (100 millones de reales).

Separacion temporal. VERVIERS era la ciudad del hermano Anselmo, como LIEJA habia sido la ciudad del hermano Isidro. De consiguiente los dos compañeros determinaron quedarse alli para visitar despacio las fábricas de paños, y Tirabeque y yo

que no lo tomamos sino al pórmenor en las tiendas para vestir, dispusimos hacer entretanto una expedicion á SPA, dándonos todos cuatro la consigna para Bruselas el dia de la apertura de las Cámaras, y asi nos despedimos, no sin haber oido misa, porque era domingo de guardar.

Spa.

A beneficio de 9 francos marchábamos amo y lego como dos príncipes en nuestro cabriolé de dos asientos por aquella hermosísima calzada, por aquellos risueños y pintorescos valles, por entre aquellos limpios y cristalinos riachuelos, saboreándonos en ver el aséo y limpieza, y hasta la elegancia en vestir de los aldeanos y aldeanas que de los pueblecitos y caseríos bajaban á oir misa á las parroquias céntricas, hasta que al cabo de las dos horas y cuarto de viaje nos encontramos en una alineada y frondosa alameda, y á los cuatro minutos en el vestíbulo del hotel (tambien *des Pays-Bas*) de SPA, habiéndonos dejado atrás las cuatro leguas que separan esta villa de VERVIERS.

SPA era antes un miserable lugarcillo, cuyos habitantes á duras penas podian vivir de los productos de su ingrato y estéril suelo, y hoy es una de las villas mas bonitas de Europa, poblada de nuevas y vistosas casas, y cuyo número de habi-

tantes casi se dobla cada año. Esta trasformacion la debe al descubrimiento de sus famosas aguas minerales, que con el nombre de *agua de Spa* se trasportan y difunden por toda Europa, y aun por todo el mundo. Son siete los manantiales, pero el mas notable y el mas célebre es el que teníamos frente del hotel, y sobre el cual se ha erigido un bello monumento de piedra «A LA MEMORIA DE PEDRO EL GRANDE,» fundado por el mismo Czar de Rusia en celebridad de haber restablecido su salud con el uso de las *aguas de Spa*, de las cuales dicen que se bebia el Sr. Autócrata 21 vasos de á tres onzas cada mañana:

La fama de estas aguas, junto con el aliciente del jueguecillo de azar (que no es permitido en pueblo alguno de la Bélgica mas que en *Spa*), atraen á esta villa tal afluencia de estrangeros en la estacion del verano, que no bastan sus muchos y magníficos hoteles, no basta convertir en hoteles todas las casas del pueblo para albergarlos. Nosotros tubimos el gusto de encontrar allí á la infanta Isabel, hija de nuestro infante D. Francisco, con su esposo el coronelito ruso, que supongo habria ido á tomar las aguas minerales, y no atraido como otros (que él no es hombre de esas costumbres) por los juegos de azar.

Se dá á las *aguas de Spa* una virtud prodigiosa para la curacion de multitud de enfermedades y principalmente para los dolores cardíalgicos ó males de estómago, para las afecciones verminosas,

para las nefritis y flegmasías crónicas, para las hidropesías, para las leucorréas, para la hipocondría y para la esterilidad. En estas materias me felicito de no poder dar un voto de experiencia. A Tirabeque le dije que si padecía alguna afección morbosa, tenía la ocasión mas oportuna para combatirla con aquellas aguas: á lo cual me respondió: «Señor, la única enfermedad que yo padezco tengo para mí que estas aguas no me la pueden curar, porque es un hambre horrorosa que no se cura sino en el comedor del hotel; con que soy de opinion que nos vayamos acercando hácia allá si á vd. le parece.»

Pero no se lo consentí sin que probase conmigo las aguas, siquiera por poder testificar de su sabor. Ellas son limpias y cristalinas, pero el sabor es picante, ácido y ferruginoso. Tienen otra propiedad, y es que si se tomasen por primera vez cuatro ó cinco vasos, embriagarían como el vino, y por lo tanto se necesita beberlas gradualmente y con discrecion.

Otra de las curiosidades de *Spa* son los lindísimos y delicados artefactos y juguetes hechos de madera teñida ó barnizada con aquellas aguas, de cuyos artefactos y juguetes se hace tambien un gran comercio, y no hay tienda de lujo en París y casi en ninguna poblacion grande donde no se vean mil preciosos objetos de *madera de Spa*. Nosotros tomamos varias cajitas, papeleras, cuchillitos de cortar papel, libritos de memoria, y otras

frioleras, de las cuales conservamos algunas, que están tambien á la disposicion de vds.

La gruta de Remouchamps.

He aquí una de las escursiones mas curiosas que hicimos en todo el viaje. Yo habia leido y oido hablar mucho en el país de la famosa *Gruta de Remouchamps*, y desde luego hice propósito de no volverme sin verla.

Está á 3 leguas S. O. de *Spa*, en un sitio agreste y salvaje, en el fondo de un barranco bañado por las plateadas aguas del Amblève. El camino es áspero y escabroso, alternado entre rocas, bosques, laldas, espesos matorrales, profundas gargantas, prados y tierras de labor. Apenas hay senda alguna trillada, y es imposible acertar con el camino sin ir acompañado de un guia muy práctico del país y sobre caballos muy prácticos tambien.

Todo lo hay siempre en *Spa* á disposicion del viajero. A la menor insinuacion nuestra ya tuvimos á la puerta del hotel al mozo *Gregoire* con tres famosos rocinantes, que ellos llaman *bridets*, esperando nuestras órdenes. Montamos pues cada uno en nuestra alimaña, y héles van Fr. Gerundio y su lego, junto con el hermano *Gregoire*, por aquellas breñas arriba, saltando arroyos, brincando setos, salvando pantanos, subiendo linderos, bajando co-

líneas y costeano derrumbaderos, trotando unas veces galopando otras, magullándose siempre, y hechos tres facciosos de montaña (salva sea la comparación), siendo el resultado que á los siete cuartos de hora ya estábamos en la aldea de *Remouchamps*, viendo á aquellos sencillos aldeanos bailar rigodon al son de un violín, cosa que nos sorprendió en tan rústicos y retirados lugares.

No bien nos habíamos apeado en el hotel *des Etrangers* (1) tenido por la viuda *Charpentier*, cuando acudieron á encargarse y cuidar de nuestros jacos tres robustas muchachas.

«Princesas curaban de él,
doncellas de su rocío;»

y nosotros pasamos á descansar un momento á la sala del parador.

Séame permitido antes de entrar en la gruta echar una ojeada por el romántico paisaje que se presenta á mi vista. Yo me hallo bajo unas enormes rocas escarpadas; á mis pies se precipitan las diáfanas y limpiísimas aguas del *Amblève*, murmulando suavemente y como acompañando los sonos del instrumento que marca los compases á los alegres aldeanos que bailan á mi izquierda. En frente y al otro lado del río tengo una elevadísima montaña ves-

(1) Allí no hay aldea despreciable sin su hotel correspondiente.

tida de un frondosísimo follaje , en cuyo declive se ve el severo é imponente castillo feudal de *Mont-jardin*, que parece colgado de la inmensa roca que defiende su espalda. Yo me hubiera llevado horas enteras contemplando este cuadro sublime de la naturaleza, pero era preciso ya prepararse para entrar en la gruta.

El guardian de la cueva nos esperaba ya con la vestimenta que se acomodan los visitantes para no ensuciarse sus vestidos. Consistía esta en un pantalón blanco de lienzo burdo, y una blusa de lo mismo ceñida á la cintura, con su correspondiente capucha que nos calamos hasta las cejas. Pusiéronnos á cada uno en la mano una candela de sebo encendida, y el conductor y otros cuatro ó cinco muchachos que le acompañan siempre por placer, llevaban también cada uno su bujía ardiendo. Tirabeque y yo nos mirábamos uno á otro asombrados de ver cuán raras y cuán extravagantes caricaturas presentábamos, y en el semblante de aquél se traslucía ya la pavora que empezaba á acometerle. Llegó la procesion á la entrada de la gruta, la cual está cerrada con una verja de hierro. Abrióse ésta, y entramos en una sala abovedada de 30 á 40 pies de largo, y alta de 20 á 25.

«Aquí, nos dijo el guía, se han hecho escabaciones, y se han encontrado osamentos de leones, de hienas, de elefantes y de osos que se hallan depositados en el gabinete de historia natural de Lieja.— ¿Qué es lo que vd. dice? exclamó súbitamente mi

lego. Señor, éntre vd. si se encuentra con valor para ello, que yo confieso humildemente que no sirvo para andar por estos sitios.—Animo, Pelegrin, y no tengas cuidado, que mientras los huesos de semejantes alimañas anden por los gabinetes de historia natural poco miedo hay que tenerlas.—Desengáñese vd., señor, que donde se encontraron los huesos de aquellas fácilmente habrá otras vivas.—Vamos, vamos, sigue y no seas pusilánime.

«Ved aquí, señores (continuó el guía) el *Can-Cervero* que está de centinela de este lugar infernal: él guarda ese puente de madera que sirve de paso á ese primer rio que atraviesa la gruta.» Tirabeque dió un salto involuntario hácia atrás, dejando caer la candela.—«Tonto, le dije, ¿no ves que el llamado *Can Cervero* es una piedra, ó sea una estalagmita formada por los jugos y las aguas petrificadas, que por semejar tres cabezas de perro le habrán dado el nombre de aquel trifauce animal?» Con esto se iba ya tranquilizando, y volvió á coger su vela. Mas no bien la habia encendido cuando se oyó un ruido horroroso en las silenciosas aguas de aquel rio, que reproduciéndose y aumentándose en las bóvedas, me impuso á mi tambien. Era un diablo de un muchacho, que habiéndose adelantado y subido á uno de los peñascos de la gruta, habia arrojado al rio una piedra, que fué la que produjo aquel ruido espantoso.

Pasamos el puente, y sobre la izquierda distinguimos un precipicio, cuya profundidad nos dijo el

conductor que no habia podido sondearse todavia. De allí pasamos á la *sala de las ruinas*, la mas vasta de todas. Ella está formada de inmensas rocas sobrepuestas que hacen una bóveda atrevida é imponente: una sola de ellas tiene 350 pies de largo. He aqui la inscripcion que la describia:

*Ces rocs amoncelés, par leur chute fendus,
l'un sur l'autre au hazard sont restés suspendus.
Les ans ont cimenté leur bizarre structure
et recouvert leurs flances d'une humide parure.*

A la verdad cierto pavorcillo decente se dejaba sentir, por mas que se tratára de disimularlo, al verse bajo aquella bóveda húmeda y sombría, donde no ha penetrado jamas la luz, bajo aquellas inmensas masas que parece estar amenazando á todos momentos aplastar al temerario que se atreve á llevar su curiosidad á aquella mansion de tinieblas. Pero vamos mas adelante.

El camino verdaderamente no es muy llano. A veces hay que subir á gatas, á veces se baja por unos escalones de piedra, no muy iguales, y sí muy resbaladizos y pendientes, teniendo que apoyarse en una barandilla de palo que defiende de caer en un precipicio: á veces se trepa por una escalera de mano, y á veces tambien se sufre un coscorrón que indica demasiado que no es manteca de Flandes con lo que ha tropezado la cabeza.

A veces se asciende á la cúspide de una roca

y á veces se descende á un abismo; tan pronto hay que girar á la derecha como á la izquierda; tan pronto iba cada uno solo y libre, como teníamos que asirnos de las manos y encadenarnos todos para no caernos, destilando de continuo sobre nosotros frias y heladas gotas, algunas de las cuales caian sobre las bujías y nos las apagaban.

Asi fuimos penetrando sucesivamente en la estancia de la *Petite famille*, donde las sustancias petrificadas formaban un grupo de figuras humanas de varios tamaños, llamadas por eso *la pequeña familia*. Encontramos en seguida el *Petit autel*, el altárcito, porque en efecto la naturaleza habia hecho allí un altar que parecía estar preparado para la celebracion de los santos misterios.—Señor, me decia Tirabeque ya mas animado, aqui podia vd. decir misa por gusto.—No habia inconveniente, Pelegrin, le dije, sino fuera que hoy he almorzado ya.—Pues es que en tal caso podia vd. buscar un acólito que le ayudára, que yo al *Introibo* no podria contestar sino con un *Salibo*.»

En seguida se nos presentó el *Sauce Uloron*, ó sea una figura de este árbol formada de estalactitas. Luego *el Elefante*, con sus armas de marfil, y su arrugada trompa. Despues el *Sombrero de Napoleon*, la *Santa Virgen*, y la *Dama blanca*. Esta última parecia una verdadera estátua de alabastro ejecutada por la mano de un escultor, y el escultor habia sido la naturaleza. «Aqui teneis, señores, nos dijo el conductor, *les Rideaux de lit*, el pa-

bellon de la cama.» Efectivamente se veía una colgadura completa sobre una especie de lecho con sus almohadas de terciopelo blanco. El conductor ponía la candela detras de las cortinas, y se transparentaba la luz como si fuese una tela de percal, distinguiéndose los pliegues y los festones. ¡Admirables juegos de la naturaleza!

En algunos sitios las gotas de agua que se corren por lo largo de una superficie plana é inclinada, se cruzan, se entremezclan, y tejen como una magnífica estera de juncos. En otros, como si las corrientes hubieran sido sorprendidas por el hielo, se han quedado formando blancas cascadas: y en el salon llamado *de los Vellones* se ven un rimero de vellones de lana que parece haberse acabado de trasquilar, y en que hasta los filamentos están imitados, y mucho mas el manchado color de la lana en jugo.

Mas para donde es necesario reservar toda la admiracion es para la *Sala de las Hadas*. Alli es donde la naturaleza parece que ha querido reasumir todas sus maravillas. Personages, seres fantásticos, manojos de flores, flecos de nieve, estalactitas brillantes de mil formas caprichosas, tienen el ánimo sorprendido y como enagenado. Esta sala está mejor conservada que las otras, porque no todas tienen valor para penetrar hasta allí. A todo esto los muchachos que siempre iban delante, se divertían en dar desde el extremo de la caverna aullidos espantosos, que llegando á nosotros desfigurados por los

tortuosos huecos de aquellas tenebrosas galerías, remedaban los quejidos lúgubres de otras tantas ánimas en pena.—Señor, ¡vámonos cuanto antes, porque esta cueva juraría que ha de tener su remate en el infierno.—¿Falta mucho todavía? le pregunté al conductor.—Aun falta un trecho.—Anímate, Pelerín, y da una prueba de que tienes mas valor que Sancho en la cueva de Montesinos.—Señor, no tentemos á Dios, que nos ha dicho que sus secretos son impenetrables: Y apártese vd., mi amo, que parece que se mueve esa piedra, y va á caer sobre nosotros y á hacernos tortillas.—¿Que ha de caer, hombre? Eso es miedo. Vamos adelante.» Y le tomé de un brazo, y proseguimos.

Por donde quiera que íbamos, colgaban sobre nosotros preciosas estalagmitas. Hay un edicto á la puerta de la gruta en que se prohíbe severamente cogerlas ni extraer otra cosa alguna de la cueva. Pero los muchachos, que en Bélgica como en España no son los mas escrupulosos observadores de las leyes, las quebrantaban á la tentacion de algunos *sous* sin remordimiento de conciencia, y nos facultaron para coger todas las que quisiéramos. El cuerpo del delito tengo el gusto de conservar en una cajita.

Presentósenos en seguida la figura de un *gato*, tan imitado al natural que no parecia sino que estaba vivo. Despues dos *columnitas* que á distancia como de dos pies una de otra han formado las gotas destiladas, pero tan iguales y tan perfectas que parecen ejecutadas y puestas euidadosamente por

ta mano de un artífice para sostener aquellas rústicas y pesadas bóvedas, dejando el paso necesario al curioso transeunte. El término de la gruta es un inmenso depósito de aguas que no ha sido posible sondear. Nosotros arrojamos á él gruesas masas de piedra, que al caer en las aguas misteriosas retumbaban con un ruido horrible. «Bendito y alabado sea el divino señor! exclamó Tirabeque dando un profundo suspiro de desahogo, al anunciarle los muchachos que ya no habia mas que andar.

Emprendimos la salida marchando con no menor trabajo que á la entrada. Yo sin embargo fui contando los pasos que tenía en su longitud, y saqué 1250 de los que allí se pueden dar. El guía nos enseñó una cosa de que no nos quiso hablar á la entrada, que es un precipicio por donde se baja á otra gruta que debajo de esta se ha descubierto, y á la cual se descende atado á una cuerda por en medio de un abismo espantoso. Esta es muy pocas veces accesible á causa de las aguas que la suelen inundar.

Yo que no he estado en Beocia, ni en Idumea, ni en Escocia, ni en la Tebaida, ni en la Palestina, y de consiguiente ni he visto el antro de Trofonio, ni la gruta de Odollams, ni la cueva de Calipso, ni la caverna de Fingal, ni la espelunca de San Gerónimo, tube un verdadero placer en visitar la cueva de *Remouchamps*, y es una de las curiosidades de que me ha quedado mas memoria. Dos horas largas nos llevamos dentro.

Tambien debe haberle quedado memoria de mi visita al guardian, si no fueron fingidas las exageradas demostraciones de agradecimiento y de nunca olvidarme que me hizo al ponerle en la mano 5 francos, amen de otros tantos á los chicos de las candelas. El guardian vive de eso, y tiene arrendada la gruta al comun ó ayuntamiento del canton en 600 francos anuales.

Nos despojamos de nuestra *toilette*, con la que si entramos hechos dos diablos salimos hechos dos demonios: nos lavamos en siete aguas, tomamos un refrigerio, montamos en nuestros *bridets*, llegamos á SPA magullados y ateridos de frio; y satisfechos al hermano *Gregoire* 3 francos por su persona y otros cinco por cada uno de los jacos (y entre cinco y cinco nos salió la fiesta de la gruta por 40 francos belgas y 8 duros españoles), nos calentamos á la hermosa chimenea del gran salon de comer, y despues de un rato de tertulia con la graciosa patrona, nos fuimos á acostar, procurando acordarnos mas del *Can Cervero* de la cueva que de las gracias y amabilidad de la *maitresse*, porque nos traía cuenta no desvelarnos en razon de tener que madrugar.

Lovaina.

A las cuatro de la mañana ya estábamos en la diligencia; á las ocho en Lieja; á las ocho y media

en el camino de hierro, y á las diez y media en el hotel *de Suede* de LOVAINA. Este hotel decian que era el mejor de la ciudad: si era cierto, medianos debian ser los otros.

No he visto 26.000 habitantes que vivan con mas ensanche y mas holgura que los de LOVAINA: como que ellos ocupan hoy el mismo recinto, la misma estension de terreno que en el siglo XIV, cuando solo de operarios empleados en sus fábricas de paños, de telas y de encajes se contaban 120.000; cuando al salir los obreros de los talleres habia que tocar la campana mayor para que avisadas las madres pudiesen recoger sus hijos de las calles, no fuera que pereciesen atropellados ó ahogados por aquel enjambre de tejedores. Esto prueba ser muy cierto lo que nos cuenta la historia, á saber, que LOVAINA en aquellos tiempos ocupaba el primer rango entre las ciudades manufactureras.

Hoy el mayor comercio que hace LOVAINA, á beneficio del soberbio canal que la pone en comunicacion con Malinas y con el Escalda, es de cerbeza, de la cual despacha mas de 200.000 toneladas al año. La cerbeza blanca de LOVAINA es de muy grato sabor y de muy suave beber, y nosotros nos aficionamos tanto á ella, que en todas partes la pediamos con preferencia, y la anteponíamos á toda otra bebida.

Con razon muestra arrepentimiento y pesar el *Curioso Parlante*, cuando confiesa en sus *Recuerdos de Viaje*, «que por una imperdonable pereza se con-

«tentó con ver desde fuera á LOVAINA y con admirar la imponente masa de su célebre CASA COMUNAL, uno de los edificios góticos mas ricos de adorno que cuenta la Bélgica, y aun la Europa toda.» Bien debe, repito, arrepentirse el *Curioso Parlante* y cualquiera otro viajero que desaproveche la ocasion de ver la CASA COMUNAL ú HOTEL DE VILLE de Lovaina, porque bien puede asegurarse que pierde de ver el mas bello trozo de arquitectura gótica, el monumento que no rinde parias á otro alguno en elegancia, delicadeza, gusto y lujo de ornato. Y á la verdad no sé como hay quien resista á la tentacion que de llegarse á verle de cerca están dando sus seis ligeras y elevadas torres que se divisan en lontananza desde el camino de hierro. Por mi parte confieso que si no le hubiera hallado el defecto de ser la fachada un poco estrecha con respecto á la elevacion del edificio; no vacilaría en decir (y perdónese este atrevimiento á quien ni es facultativo ni tiene pretensiones de serlo) que el *hotel de Ville* de LOVAINA es el monumento gótico mas bello y acabado de cuantos en parte alguna he visto, y acaso de los que pueden verse. Y este es el que principalmente tenia yo en mientes cuando dije hablando de la *Casa de Ayuntamiento* de BRUSELAS, «que en punto á *Hotels de Ville* aun habiamos de hallar en Bélgica otros que admirar mas.»

Teólogo y reverendo, no era posible que dejase yo de visitar la *Universidad Católica* de LOVAINA, asi llamada por contraposicion á la *Universidad Li-*

bre de BRUSELAS. No estaba lejos; detras del mismo *Hotel de Ville* en lá calle de *Namur*.

El edificio es sólido y severo : el secretario me pareció menos severo , y tambien menos sólido. Nos enseñó las aulas , nos informó de las horas y libros de asignatura , y de otras semejantes menudencias. «Pues siendo esta, le dije , una de las horas de clase , segun nos acabáis de informar , ¿ cómo es que ni dentro ni fuera de las aulas se ven estudiantes por aquí?—Porque hoy es jueves , me respondió , y es antigua costumbre que los jueves no haya clase.—¿ Con que tambien en las Universidades Belgas hay la costumbre que en las Universidades españolas de dar asueto y holgueta á los escolares los jueves? ¿ Y me dirá vd. , señor secretario Lovaniense , la razon política , económica , literaria ó moral que haya para que los señores alumnos de Minerva tengan dos dias de fiesta á la semana? ¿ Enseñan acaso las Biblias de esta Universidad que cuando Dios crió el mundo descansára el séptimo dia para todos , y el séptimo y el cuarto para los estudiantes?—En España, me preguntó á su vez el hermano secretario , ¿ se sabe la razon de esta costumbre?—Allí no.—Pues aquí tampoco.—Pues hermano , estamos iguales.

Los bancos en que se sientan los alumnos son de tal forma y están en tal disposicion colocados , que pueden muy bien los inocentitos estar recitando con mucha frescura la leccion por el libro abierto , sin que el maestro pueda verlo ni advertirlo. ¡ Excelente cosa para un estudiante!

La universidad ha seguido la misma marcha descendente que la poblacion. Cuando ésta tenia mas de 200.000 almas, no es estraño que la Universidad contára los 8.000 escolares que le da Justo Lipsio: ahora que la poblacion es de 26.000, los estudiantes no pasan de 400; igual número que la de Lieja. El rector tiene el pomposo título de *Rector Magnífico*: no pudimos ver á ese *Magnífico Señor*.

Subimos á la Biblioteca, que está dividida por facultades en cuatro salones, uno de ellos ricamente adornado con columnas, bustos y retratos de los hombres insignes que ha producido la Universidad, especialmente de aquellos célebres teologazos que hicieron tan nombrada la Universidad Lovaniense.— Señor, me decia mi lego, mucho le entretienen á vd. estos retratos.—¿Qué quieres, Pelegrin? Cada uno se alegra de ver su gente. ¡Cuántas veces me he devanado los sesos en las aulas del convento con los teólogos de Lovaina! ¡Oh! aqui está el famoso *Miguel Bayo*, el que envió la Universidad de acuerdo con el rey de España de diputado al Concilio de Trento; el de las 76 famosas proposiciones; el de la célebre *virgulilla* que trajo locos á los papas y á los doctores de aquella época; el que enseñaba que el estado natural del hombre era el de la inocencia, y de consiguiente que por sus fuerzas naturales, y sin el auxilio de la gracia podia conseguir la gloria, y otras doctrinas semejantes.—Dígame vd., señor, ¿y ese *Miguel Bayo* es santo?—¡Necio y lego que tú eres! ¿Cómo ha de ser santo quien sostenia proposiciones

heréticas? ¿Cómo ha de ser santo un hereje?—Señor, ¡y el retrato de un hereje tienen aquí! ¡y el retrato de un hereje contempla vd. tanto! ¡buena genecilla ha salido de esta universidad! Señor, vámonos de aquí, no sea que nos contraminemos, que yo no quiero tratos con herejes ni en estampa. ¡Y esta es la Universidad que llaman *Católica*! ¡No está malo el vice-versa por vida mía!»

Y diciendo esto, tomó la puerta sin que nada bastara á detenerle. Seguíle pues, y dejando la famosa Universidad de Lovaina, nos hallamos á los pocos minutos en el hotel.

Al diasiguiente por la mañana estábamos de vuelta en BRUSELAS.

Apertura de las cámaras belgas.

La consigna de *Verviers* se cumplió: los hermanos Anselmo é Isidro llegaron casi al mismo tiempo que nosotros, y juntos fuimos á ver la apertura.

Desde las 12 toda Bruselas andaba por las calles; y por las contiguas al Parque y Palacio Real apenas se podia ya romper. Aquel dia tubo ocasion Tirabeque de vengarse de la privacion en que anteriormente habia estado de ver las damas Bruselesas: aquel dia satisfizo á placer su curiosidad. Pero no quedó demasiado satisfecho de la

revista de inspeccion que les fue pasando; le agradó mucho su elegancia en vestir, pero no encontró las bellezas que él se habia imaginado. Efectivamente no son las Brabantinas ni las Walonas las mugeres hermosas de la Bélgica en lo general; pero no hay que desesperar, como le decia yo á Pelegrin, que no están lejos las dos Flandes, y allá llegaremos si la caldera de vapor no revienta.

Cinco ó seis batallones de Guardia Nacional, cuatro batallones y otros tantos escuadrones de línea, con seis piezas de artillería, cubrian la carrera; distinguiéndose entre todos el brillante y lucido de *Cazadores de montaña* con sus levitas verdes y sus llorones negros en los chacós. La caballería nos pareció asombrosa; en los cuerpos de infantería habia gente muy menguada.

El centro del largo bálcon del Palacio Real estaba colgado de terciopelo color violeta. El Palacio del Rey en su exterior es sencillísimo: ha sido formado de dos hoteles, separados antes por una calle, y hoy reunidos por un pórtico saliente compuesto de siete arcadas, de las cuales se elevan seis columnas corintias, cada una de un solo trozo. Interiormente está lujosamente decorado. En él se alojó Napoleon en 1803 con la emperatriz Josefina, y en 1811 con la Emperatriz María Luisa.

El estampido del cañon y las alegres tocatas de las bandas militares (que por cierto eran todas muy buenas) anunciaron que habia dado la una, la hora de la salida del Rey. Todo se puso en

movimiento, y una hilera de coches empezó á romper de Palacio. Nosotros los íbamos revistando todos con ojo escudriñador en busca siempre del ciudadano LEOPOLDO, hasta que los gritos de «vive le Roi,» y el punto á que las demostraciones del pueblo iban dirigidas, nos señalaron al Rey de Bélgica, que iba á caballo vestido con el uniforme de simple guardia nacional. «¡Jesus María! exclamó el hermano Isidro: ¿quién se habia de imaginar que ese era el Rey?—Señor, añadió Tirabeque, debe ser un hombre muy natural y muy franco el hermano LEOPOLDO.

Pero la ocasion no era muy apropósito para detenerse á dialogar, si no habíamos de perder el acto y ceremonia de la apertura. Empellones y fro-taciones lo hicieron, pero al fin logramos llegar en tiempo oportuno al *Palacio Representativo* ó de la *Nacion*. Los dos compatriotas se nos perdieron entre la muchedumbre, pero Tirabeque y yo conseguimos tomar á viva fuerza la entrada, y sin detenernos por entonces á contemplar los dos magníficos cuadros que la adornan, y que representan el uno *la batalla de Waterloo* y el otro *la Revolucion de 1830*, y trepando por una de las dos escaleras de mármol real, conquistamos plaza en una de las tribunas, para la cual nos habia proporcionado billetes nuestro Ministro de Negocios.

La sesion Regia era en la Cámara de diputados; Cámara en miniatura, en que apenas caben apiñados los 100 diputados y 50 senadores de que próxi-

mamente consta la representacion nacional : ambos cuerpos tienen sus salas de sesiones en el mismo edificio. Allí menos que en ninguna parte podía faltar el lema nacional de los Belgas , el que se lee en sus monedas y en todos sus establecimientos públicos: «L' UNION FAIT LA FORCE, la union constituye la fuerza.» La tribuna que ocupaban la Reina y la familia real era tan estrecha y mezquina , que la buena señora se veía y se deseaba para poder acomodar sus niños. La del cuerpo diplomático estaba sobre el dosél del trono ; las relaciones de vista se hallaban interrumpidas entre los diplomáticos y el Rey.—Diga vd. , mi amo , me preguntaba Tirabeque al oído , ¿y estos diputaditos vendrán también al destinillo como los de otra nacion que vd. sabe? —Lo que puedo decirte, Pelegrin, es que estos no lo necesitan tanto, porque aquí les asiste la nacion con unos 85 duros (200 florines) cada mes durante el periodo de las sesiones. Y haz el favor de callar, que este no es sitio para hacer semejantes preguntas.»

Afortunadamente entró á este tiempo el Rey, que fue recibido con numerosas palmadas. Sentóse S. M. en el trono , y leyó el discurso de la corona con el chacó calado. Tirabeque le miraba de hito en hito, y de cuando en cuando me decía : «señor , ¿no habrá una buena alma que advierta á S. M. con buenos modos que se quite el morrion? Porque yo supongo que estará distraido.—Calla esa boca, hombre , no me comprometas.» A la verdad á mí también me

causó estrañeza esta manera de presentarse el Rey á las Cámaras reunidas en el dia de mas solemnidad. El discurso fue tambien aplaudido con palmadas. La sesion Regia se acabó pronto como todas las sesiones Regias de apertura. La comitiva volvió á Palacio en el mismo orden. El Rey, la Reina y sus tres Principitos se presentaron en el balcon, donde fueron saludados por el pueblo y la tropa con entusiasmados vivas, á que mas que nadie correspondia la Infantita María Carlota dando alegres é inocentes brinquitos en los brazos de su nodriza.

Y con esto y con desfilas las tropas se concluyó la funcion, marchándose, como dice el adagio vulgar español, cada mochuelo á su olivo. Nuestro olivo era el hotel, en cuyo camino me molió Tirabeque con preguntas.—Señor, ¿cuántos años tendrá el Rey Leopoldo?—De 41 á 42 años ha de tener por mi cuenta, le respondí.—¿Cuántos niños tiene?—Tres.—¿Cómo se llama el mayor?—Leopoldo como su padre.—¿Con que la Reina es hija de Luis Felipe?—Cabal.—No parece vieja; ¿que edad podrá tener?—Sobre 35 años.—Y el niño mayor ¿qué tiempo tendrá?—Mira, en llegando á España coge la Guia de Forasteros, y allí lo puedes saber todo, hasta por dias.—Por eso no se enfade vd., mi amo.»

«Señor, me volvió á decir á los pocos pasos; ¿no le parece á vd. que el Rey Leopoldo tiene cara de bueno? Paréceme que ha de ser un buen Rey.—A lo menos no es ambicioso, ni propende á abusar del poder real: él les ha dicho á los Belgas: «si vds.

creen que yo les convengo , aquí estoy para hacer cuanto pueda en favor de la nacion : si no acierto, ó vds. se disgustan de mí , me lo dicen vds. con franqueza, y me retiraré muy tranquilo y muy contento á la vida privada, que es mi mayor placer.» Cuando las Cámaras ó los ministros le proponen algo, les contesta: «vds. deben conocer lo que conviene al país mejor que yo; digan vds. lo que les parece mas útil, y aquello estoy pronto á sancionar.» Es el Rey mas cortado para gobierno representativo que se conoce. Solo de un caso se cuenta en que se haya opuesto á una proposicion del gabinete. Por lo demas él se divierte en grande: se vá á Londres y se pasa una temporada ; va á París y se pasa otra; los veranos los suele entretener en el Palacio de Campo de *Laeken*; encarga que si ocurre algo le avisen, y santas pascuas. En cuanto á naturalidad y franqueza no se diga : su palacio es mas accesible á cualquier ciudadano que la casa de un mediano particular.— Señor, bien decía yo , que el hermano Leopoldo tenía cara de campechanote y de bueno».

En esto nos volvimos á encontrar con nuestros dos compatriotas, que iban molidos de bregar con tanta gente para lograr ver la funcion. Comer, ir al teatro , y dormir , fue lo único que hicimos ya por aquel dia.

Waterloo.

Allá vamos nosotros tambien, lugar memorable, lugar de los sangrientos recuerdos, lugar de la grande hecatombe humana, lugar donde fué abatido el coloso de Europa; allá vamos nosotros tambien á visitar esos afamados campos donde se dió la batalla mas reñida y mas importante de los modernos siglos.

Ya pasamos la bella floresta de *Soigne*; ya estamos en Waterloo, á las cuatro leguas de Bruselas. El coche se pára, nosotros salimos, y una muger nos viene al encuentro. «Perdon, señores; ¿vds. son extranjeros?—Si señora.—Pues si vds. quieren visitar los lugares célebres de la villa, dense vds. la pena de seguirme.—Vamos pues.

«Ved, señores, la casa donde estuvo alojado Wellington; esa de frente de la iglesia: ¿quereis ver la iglesia?—Con mucho gusto.—La rotonda ó *dome* del templo fué hecha por los españoles; el cuerpo ha sido reedificado despues: ¿quereis ver los sepulcros del interior?—Por supuesto.—Venid pues conmigo: llamaré al sacristan.»

El sacristan era un jovencito de 94 años: venia apoyado en un báculo, y seguido de una turba de chiquillos, que se le acercaban, le rodeaban, le tentaban, le molestaban y sofocaban de mil modos. Cuando él se volvía y levantaba el báculo para castigarlos, ya los chicos estaban fuera de tiro; apenas les volvía la espalda, ya los tenia encima otra vez;

y en este ejercicio le trageron todo el tiempo, aun dentro de la iglesia misma; gritando y riendo los muchachos juguetones, rabiando y desesperando el decrepito anciano, que en todas partes los viejos y los niños parecen vaciados en una misma turquesa. Tirabeque decia que en aquella batalla le estaban dando tentaciones de unirse á las filas de los muchachos, «¿Veis, nos dijo la muger, este viejo decrepito? Pues es el rico avariento del pais; él está cocido en oro; sin embargo no hay que temer que entregue á otro las llaves de la iglesia cuando vienen á visitarla extranjeros, por la golosina del franco que espera recibir.»

La avaricia del viejo era lo que menos nos importaba á nosotros, y sí los sepulcros de marmol con inscripciones inglesas, flamencas, latinas y francesas que todo lo largo del templo por ambos lados se leian. He aqui una de las que me quedaron mas presentes:

A LA MEMOIRE DU GENERAL MAJOR BARON VAN-MERLEN,
TUÉ AU CHAMP D' HONNEUR LE 18 JUIN 1815
A LA TÊTE DE LA BRIGADE DE CABALCERIE LEGERE BELGE N. 1.

DANS CES CHAMPS BELLIQUEUX
OU SA VALEUR SUCCOMBE
SA GLOIRE ET NOS REGRETS
ENVIRONNENT SA TOMBE.

Salimos de la iglesia; una sonrisa de alegría asomó á los labios del viejo (testigo ocular de la batalla á los 68 cumplidos) cuando divisó los dos francos

que habian de acrecer su relleno bolson, sin que en aquel momento se le diera un ardite por las molestias de la turba de pelones muchachuelos; y nosotros seguimos á la muger.

«¿Veis, nos dijo esta, aquellos cuatro árboles que asoman sus copas por encima de esa primera casa? Pues allí hay enterrados 400 guerreros. Seguidme otro poco. Aquí en este campo, aquí mismo al pie de este negrillo está enterrada la pierna del general *conde Uxbridge*: este sitio fue visitado en 1.º de octubre de 1821 por Jorge IV de Inglaterra, y en 1825 por el rey de Prusia acompañado de los tres príncipes sus hijos.—En efecto, le dije, lo estoy leyendo en este pequeño templete.—Ahora venid conmigo á esta casita.»

Entramos en la casa; nos recibió muy cumplidamente la señora, y llevándonos con mucho misterio á una pequeña habitacion, «voy á tener, señores, nos dijo, el honor de enseñaros un verdadero monumento de gloria; aquí le teneis, estais viendo la bota que llevaba puesta el general *Conde Uxbridge* cuando se le cortó la pierna en este mismo sitio.» Y nos puso á la vista una media bota vieja. «Aquí teneis dos retratos del general; el uno me fue enviado por Madame su viuda con esta carta que podeis leer.» En efecto era asi. Pero á Tirabeque y al hermano Isidro les veia yo arrugar el ceño, y les oia decir entre sí: «¿y para ver un pedazo de bota vieja tanto misterio? No diera yo un ochavo por la alhaja; eso lo tendria algun zapatero remendon, y

se lo ha cogido esta mujer, y ahora dice que es del general; ¿y qué nos importa á nosotros por un pedazo de bota del general?— Pues así como veis ese pedazo de bota, les interrumpí yo, es un mayorazgo pingüe que posee esta familia; ¿quién sabe los miles de francos que en el espacio de 26 años les habrá valido, y los que les valdrá todavía?— De modo, replicó Tirabeque, que si hay muchos tontos como V.....— ¡Socaliñas, añadió Isidro, como las que tienen estos extranjeros! »

Propiné pues á la mujer de la bota, y á la otra mujer que nos llevó á ver la bota, y tomando otra vez el carruaje, seguimos hasta *Mont-Saint-Jean*, pequeña aldea casi á tiro de bala de *VVaterloo*, y muy próxima al lugar del combate. Mientras el cochero se separó á buscarnos un guía, en un momento nos vimos cercados de hombres, mujeres y muchachos que acudieron á ofrecernos solícitos y á porfia balas, botones, águilas, escarapelas, y otros chismes y despojos militares, que decían haber sido desenterrados del campo de batalla, y que por supuesto eran originales de los franceses que en ella perecieron. El hermano Anselmo y yo tomamos varias de aquellas prendas, al precio cada una de medio franco: al hermano Isidro y á Tirabeque se les iban los ojos viendo dar monedas de plata corriente por aquellas al parecer tan despreciables baratijas. «Señor, decía Pelegrin, vd. se ha vuelto tonto en Bélgica. Por menos he oído yo tratar de brutos á los indios, que á lo menos aquellos daban oro y

diamantes por cuentas de cristal y otras cosas limpias y decentes, pero vd. da la plata por unos botones y unas escarapelas llenas de hollin y de cardenillo. — Pues en eso cabalmente está su mérito, Pelegrin; en eso se conoce que realmente han sido exhumadas del campo de batalla. — ¿Y quién le dice á vd. que no las habrán comprado á ochavo en cualquier almacén, y luego las habrán tenido enterradas dos ó tres meses en el corral de su casa, y ahora vienen y le dicen á vd. : « *Monsieur, voilà unes águiles qui eran enterrées dans le campe del honneur.* »? Desengañese vd. señor, que para tener aguilitas y carrilleras que traer todos los días á los estrangeros por espacio de 26 años, era menester que hubieran muerto un millon de franceses; y aunque yo no sé cuánta gente murió en la tal batalla, pienso que no llegarían á tantos. »

Probablemente sería muy exacta la observacion de mi lego, pero ello es que no se puede prescindir de traer algunas frioleras, sean ellas auténticas ó sean apócrifas, del campo de Waterloo.

El cochero regresó acompañado del guia, que era un inglés como un castillo.

Este inglés está allí competentemente autorizado y habilitado por su gobierno con el fin de que refiera y describa á los estrangeros las circunstancias de la batalla á su modo, es decir, del modo mas favorable á los ingleses. Aquí sí que se podia decir con Isidro: « ¡cosas tienen estos estrangeros!.... » Por supuesto que no hubiera venido á no saber ya por el

conductor que éramos españoles: con los franceses no parte él peras; ya sabe que le fruncen un poco el ceño, ó que le despachan con un bufido.

Ea pues, ya estamos en aquel campo funestamente célebre, en aquel campo empapado con la sangre de los guerreros de toda Europa, en el campo en que acabó Napoleon. Tenemos á la vista tres monumentos que llaman de gloria: acerquémonos al que entre todos se levanta mas soberbio. Es una especie de pirámide redonda, hecha de la tierra que se ha escabado en derredor, y en cuya consecuencia han quedado algunos pies mas bajos y hondos los campos que le circundan.

Este monumento está erigido sobre el mismo sitio en que el príncipe de Orange pereció de un balazo en la espalda al tiempo de dar una carga á la cabeza de su regimiento con el sombrero en la mano. Sobre la cúspide de esta elevada pirámide y sobre un basamento de pilares sólidos descansa un leon colosal de bronce, con una garrá apoyada en una enorme bola del mismo metal, con la otra sostenida en el aire, y con la cabeza vuelta hácia el occidente, como amenazando á la Francia. En uno de sus frentes se lee: «*Le 18 juin 1815*». Es estraño que subsista este monumento despues de los cambios que ha sufrido la política desde la revolucion de 1830.

Nosotros emprendimos la subida á la cima de aquella montaña de tierra, teniendo que hacer varios altos para tomar aliento, que no fuera obra po-

co ímproba el subir de una alentada sus 208 escalones, máxime para la pierna de Tirabeque que se resentía ya demasiado, y le hacia dar á los diablos á los autores del monumento. Pero arribamos al fin, y aun tubimos el gusto de trepar por la escalera de mano que alli hay siempre dispuesta, por el capricho y la satisfaccion de poder decir después: «*hemos tocado el leon de Waterloo.*»

Desde la plataforma que se estiende en derredor del pedestal se domina el campo todo en que se dió la famosa batalla que decidió la suerte de Europa, el sangriento combate en que fué vencido el vencedor del siglo, en que las fuerzas reunidas de todos los mejores guerreros européos hicieron por último sucumbir al guerrero gigante. ¡Qué ideas tan grandes, pero qué ideas tan tristes al mismo tiempo se aglomeran en la imaginacion del hombre pensador en aquel sitio! ¡Que la suerte de los hombres y de las naciones haya de depender de quien haga correr mas sangre humana en una batalla! ¡Sin embargo á estos los llaman en el mundo héroes!

«Aquél, nos decia el inglés en un casi imperceptible chapurrado, es el punto extremo donde llegó con su division Gerónimo Bonaparte. Aquel otro es el bosque de Bossu, donde sucumbió el príncipe de *Brunswick*. Alli del otro lado del camino de Genappe pereció *Sir Thomas Picton* cargando á la cabeza del regimiento. Cerca de aquel sitio estais viendo la tumba del coronel *Gordon* y el monumento de los *Hannoverianos*. Al pié de aquella pirámi-

de está el terreno mismo de Mont-Saint-Jean donde fué lo recio de la peléa; allí fué donde por espacio de tres horas sufrimos los ingleses á pié firme y sin perder un palmo de terreno aquellas rudas cargas de caballería de los doce mil corazeros y dragones de *Kellermann* y de *Milhaud*.—Entonces sería, le dije yo, cuando Wellington, perseguido de cuadro en cuadro por la caballería de la guardia imperial, viendo el valor impasible con que sus soldados se dejaban acuchillar sin avanzar ni retirarse una línea, y que habian perecido ya hasta diez mil, se puso á meditar, y con el reloj en la mano y las lágrimas en los ojos dijo aquellas célebres palabras: «aun se necesitan dos horas de tiempo material para que perezcan todos, y dentro de una hora estará aquí *Blucher* con sus prusianos, y la victoria será nuestra: y en caso que *Blucher* falte detenido por *Grouchy*, antes de las dos horas será noche y nos salvaremos.»

«¡Oh! exclamó el inglés brusca y furiosamente, esas palabras son falsas; el general no dijo tal cosa; la victoria estaba ya decidida á nuestro favor cuando llegaron los prusianos.—Pues no es eso lo que refiere la historia, ni puede ser así, supuesto que cuando avanzó Napoleón y vió desembocar á los prusianos por la floresta de Frichermont, creyendo que era *Grouchy* exclamó: «ah! ya viene *Grouchy*! nuestra es la victoria.» Que fué su último grito de esperanza, porque no era *Grouchy*, sino *Blucher*, tan impacientemente esperado por Wellington,

que con sus 50.000 prusianos y sus 123 piezas de artillería, atacó de fresco el flanco derecho de los franceses. Y entonces fue cuando animado Wellington mandó un movimiento de avanzada, y los franceses viendo adelantarse por una parte los ingleses, y por otra que la carretera de su retaguardia iba á ser forzada por los prusianos, abandonaron el campo de batalla, y procuraron salvarse por una retirada que luego se convirtió en desordenada y tumultuosa fuga.— Oh! vd. es apasionado de los franceses. — Yo no soy apasionado de los franceses ni de los ingleses; yo recuerdo los hechos segun los he leído.— Los habrá vd. leído en alguna historia francesa.»

A todo esto las contestaciones entre el inglés y yo eran el mas verdadero, completo y gracioso galimatías que se puede discurrir; los dos hablábamos francés, pero el suyo era un inglés afrancesado, y el mio un francés con tintes de español, que si yo estropeaba la lengua del Telémaco, él la tronchaba y la magullaba que era una compasión; y lo admirable era que nos entendiéramos. Al ver cómo el guia se acaloraba conmigo cuando yo le replicaba algo, Isidro y Tirabeque me propusieron en español puro si queria que le echáran á rodar de la montaña abajo. Yo rechacé como debia su proposición, y me contenté con contemplar en silencio aquellos lugares de sangrienta memoria. Y con arreglo á una descripción de la batalla que yo llevaba en el bolsillo, «aquellas, decia yo, deben ser las

casas de la Haie-Sainte, tomadas y perdidas tres veces por *el valiente de los valientes*, el *infatigable* Mariscal Ney, que en estos tres ataques vió morir cinco caballos de los que montaba.

«En aquella pequeña eminencia sería donde sentado Napoleon y teniendo á su derecha al mariscal Soult, á su lado una botella de Burdeos, y en la mano un vaso de vino, en que de tiempo en tiempo humedecía maquinalmente los labios, viendo acercársele su hermano Gerónimo y el Mariscal Ney cubiertos de polvo, de sudor y de sangre, se sonrió diciéndoles: «asi es como me gustan mis bravos.» Alli sería donde clavados siempre los ojos en la gran lucha, de que hasta entonces llevaba la ventaja, envió á buscar tres vasos á la casa de su guia Lacoste, uno para Soult, otro para Ney, y otro para el Príncipe Gerónimo, remedo del «*faciamus hic tria tabernacula* de la escritura, *tibi unum, Eliæ unum, Moisi unum,*» y no habiéndose encontrado mas que dos, los llenó con su misma mano y alargó uno á cada uno de los mariscales, dando despues el suyo á Gerónimo.

«Alli fué donde con el acento dulce que él sabia emplear en las ocasiones, le dijo á Ney tuteándole por la primera vez desde la vuelta de la isla de Elba; «Ney, mi bizarro Ney, vas á tomar los doce mil hombres de Kellermann y de Milhaud, y cuando te se reunan mis *grogards*, darás una carga, y si viene Grouchy, la victoria será nuestra.»

«Aquella debe ser la Bella-Alianza, donde se reu-

nieron Wellington y Blucher despues del combate. Mas adelante veo el sitio donde Napoleon hizo todo lo posible por morir, segun refieren los franceses. Yo me figuro estarle viendo con su uniforme verde y su cruz de oficial de la Legion de Honor, interponerse entre los batallones ingleses y las líneas francesas buscando la muerte, y me represento á su hermano Gerónimo tirándole por detras de la casaca; y me parece ver al bravo guerrero Corso, al general Campí, ponerse con impasible serenidad entre el emperador y las baterías enemigas para salvarle de la muerte con su cuerpo ó con su caballo. Y alli fue sin duda donde al cabo de tres horas de horrible matanza, se volvió el emperador á su hermano y le dijo: «Vamos pues; parece que la muerte no me quiere todavia. Gerónimo, yo te doy el mando en gefe del ejército; siento haberte conocido tan tarde.» Y le tiende la mano, monta en un caballo que él le presentó, pasa como milagrosamente por medio del enemigo, llega á Genappe, se detiene unos momentos, intenta rehacer el ejército, y viendo inútiles sus tentativas, vuelve á montar á caballo, y llega á Laon en la noche del 19 al 20. Napoleon y la Francia cayeron, la cuestion de Europa se decidió. Ni una piedra, ni una inscripcion hay que recuerde la Francia en aquellos campos donde pelearon encarnizadamente 200,000 guerreros con mas de 500 piezas de cañon.

Despues de haberme saciado de contemplaciones y de recuerdos, bajamos de la montaña, entra-

mos en una casita que al pié de ella se ha erigido, donde se enseña una coleccion de armaduras y despojos cogidos en el campo de batalla; sentamos nuestros nombres en un libro, dejamos un franco por persona, volvimos á Mont-Saint-Jean, tomamos nuestra carretela, y á las siete de la noche estábamos de regreso en Bruselas.

GANTE.

El guantazo de Carlos V.

«Señor, y á dónde vamos á parar desde aqui? me preguntó Tirabeque al siguiente dia.—*A Flandes*, le dije.—¿Vamos á poner alli alguna pica, señor?—Eso quedará de tu cargo en llegando allá». En efecto á las dos horas y media ya estábamos en el hotel del *Leon de oro* de la capital de la Flandes Oriental, por supuesto despues de haber pasado por la consabida *Malinas*.

Estamos pues en la tierra clásica de la agricultura, que dicen los belgas, aunque yo pienso encontrarla mas clásica todavia; si bien no les niego que está con esmero y con inteligencia cultivada; estamos en la tierra de los árboles frutales, de los sustanciosos ganados, y de los caballos de estima; en la tierra de los afamados tejidos de hilo y algodón; en la tierra de las flores naturales, de que

los floristas belgas hacen un comercio florido que nose conoce acaso en otro algun pais del mundo; y estamos por fin en la GANTE de las 90,000 almas, en la GANTE de las 26 islas y los 80 puentes, que forman y cruzan sus cuatro rios, el Escalda, el Lys, el Lieva y el Moesa, que dan impulso y ayuda á las numerosas fábricas de vapor en que se emplean 30,000 obreros.

Apenas nos posesionamos del hotel, se posesionó de nosotros en clase de *comissionaire* un respectable flamenco como de 40 á 50 años, alto, moreno, patilludo, sério y formalote; taciturno ademas, y de aquellos de *interrogatio et responsio*. Era el viceversa del de Bruselas: conocia bien el pueblo, pero sin duda no le conocia mas que en coche, porque el coche fué la primera necesidad que nos indicó para nuestro plan de visita.—¿Qué es lo que vds. desean ver antes? nos preguntó (y pocas mas preguntas nos volvió á hacer).—Yo, respondió Tirabeque, lo que deseo ver pronto es esa manteca de Flandes tan rica que dicen que hay por aqui.—Pues yo, le dije (y no haga vd. caso de este simplote), quisiera ver cuanto antes la casa en que nació Carlos V.—Vamos pues: entremos en uno de estos coches.»

Asombrado me quedé yo Fr. Gerundio al ver que del palacio en que nació aquel gran monarca, en cuyos dominios no se ponia nunca el sol, solo se conservaba un viejo y negrusco paredon circundado de miserables casuchas. «¿Pues qué (le pregunté al *comissionaire*), tan mal se portó Carlos V.

con los Ganteses, que así han dejado arruinarse la casa en que nació al mundo el monarca mas grande de su siglo? Contadnos pues algo de su historia, si no os es molesto.—Ah! vos sois españoles....—No importa, somos españoles despreocupados; referid lo que sepais y gustéis.» El hombre venció su natural taciturnidad y dijo.

«Señores; el emperador cuando se fué á España dejó por gobernadora de los Países-Bajos á su hermana Maria de Austria. Esta princesa pidió un subsidio extraordinario para sostener las guerras del emperador: los ganteses se negaron á contribuir, y se sublevaron. Mas de un año se pasó en sediciones y parlamentos. Por último resucitó la antigua facción de las *Caperuzas blancas*, bajo el nombre de *Cressers* ó *Alarmistas*; se apoderó de la administracion municipal, arrojó los nobles, puso la ciudad en rebelion abierta, y se preparó á una defensa vigorosa. El emperador desde España veia indignado que una sola ciudad se las apostase tan insolentemente al Señor de tantos Reinos, y conociendo que solo su presencia debia restablecer la calma y someter á los ganteses, pide permiso á Francisco I para pasar con un ejército por la Francia, y se dirige apresuradamente á Gante. Su aproximacion llena de espanto á los Ganteses, y le envian 12 diputados implorando clemencia.—Yo (les responde) no entraré en Gante sino como soberano, con el cetro en una mano y la espada en la otra.» Hace en efecto su entrada en la ciudad el 16 de febrero de 1540; á los 40

años justos de su nacimiento : manda cerrar las puertas, y convoca sobre la marcha el consejo de los nobles y de los majistrados, para acordar el castigo que deberia imponer á la ciudad rebelde. Los Ganteses tiemblan.

«Sin embargo (continuó) la severidad no correspondió al aparato amenazador que habia desplegado. Verdad es que el Duque de Alba, á quien el Emperador pidió parecer, propuso que toda la ciudad fuera arrasada *de fond en comblè*, sin que quedara piedra sobre piedra. = Señor, bien me dijo vd. en Bruselas, que habíamos de hallar rastros y reliquias del Duque de Alba; ¡caramba con las moscas que gastaba el hermano!—Pero el Emperador le hizo subir consigo á la torre del *Beffroi*..... esperad, estamos al pie de la torre del *Beffroi*; pára, cochero, salgamos, señores.

«He aqui la torre del *Beffroi*. Entre los principales privilegios concedidos á los Ganteses en el establecimiento de los comunes, se cuenta el de la campana de *somaten*, que esto es lo que significa *beffroi*, para convocar al pueblo á la aproximacion del enemigo. ¿Veis esos cinco campanarios? pues en el del medio está la famosa *campana de somaten* de Gante. ¿Veis aquel enorme *dragon* de cobre dorado, que le sirve de veleta? El es mayor que un toro. En los dias de gran fiesta se ilumina de noche con antorchas, y por la boca escupe cohetes, y los lanza hasta las nubes.

«Pues bien, á esta torre del *Beffroi*, hizo subir

Carlos V. al Duque de Alba, y haciéndole notar la estension de esta ciudad inmensa, y bien, Duque de Alba, le dijo, vos que me aconsejais la demolicion del pueblo, decidme: ¿cuántas pieles de españoles calculais que serian necesarias para hacer un *guante* de este tamaño. (1)?» El Duque reconoció por la pregunta que su consejo no le habia hecho la mayor gracia al Emperador, y bajó la cabeza sin contestar una palabra.—¡Caramba, mi amo, y qué *guantazo* tan bien dado sacudió con eso al Duque de Alba el hermano Emperador! Allí se encontraron los guardas con...—Calla, te he dicho.—Asi fué que jamas el Emperador empleó en Bélgica á aquel hombre feroz. La ciudad pues fué condenada á una fuerte multa y á la pérdida de sus principales fueros. De todos los sentenciados á muerte, que eran muchos, solo hizo decapitar á 23 gefes de los *alarmistas*; otros 40 fueron desterrados; mandó construir una ciudadela para tener siempre en respeto al pueblo, y los magistrados y los habitantes de mas distincion de la ciudad se presentaron á implorar misericordia al Emperador en trage de penitentes, con la cabeza y los pies desnudos, y una soga al cuello.

«Señor, dijo Tirabeque, vea vd. una cosa que no la hacian los españoles, aunque supieran que los picaban vivo.—Y sinó, añadió el hermano Anselmo,

(1) El Emperador hablando en francés, usó el retruécano de *Gand, Gante, y Gant, Guante*, que en francés tiene la misma pronunciacion. «¿Combien de peaux d'Espagnols faudroient-elles pour faire un gant de cette grandeur?»

que viera el Sr. Emperador si se le humillaban asi las comunidades de Castilla.—Señores, si en mi relacion he ofendido á los españoles, dijo el guia, yo os pido bien que me perdoneis.—No, no, todo al contrario, le dije yo; no es que mis compatriotas se hayan ofendido, no hacen sino comparar sencillamente el caracter español con el flamenco.

Calderon de la Barca.

¿Cómo habia yo de pensar encontrarme aquella noche en el teatro de Gante con mi paisano Calderon de la Barca? Pero asi fue, que alli estaba en compañía del Tasso y otros hermanos de la cofradia dramática, y sobre los músicos Mehul, Bellini, Wéber y consortes. Y no tuve poco gusto por cierto en ver en tan lejanas tierras, aunque fuera en retrato, á nuestro autor de *la Dama Duende*, cuyos huesos hacia poco habian andado removiendolo en Madrid, llevándolos en solemne procesion del templo A para el cementerio X. Achaque de hombres grandes, que ni despues de muertos los han de dejar descansar quieta y pacificamente en un sitio.

La barba rubia y el mirar travieso del personaje que se veia pintado en el telon de boca no dejaban dudar que eran de Carlos V., porque los retratos de Carlos V. y los de Napoleon tienen una sin-

gularidad, y es que nadie acierta á hacerlos tan mal que no se conozcan y distinguan al primer golpe de vista de los de todos los otros hombres: sobre él se leía: «*La ciudad de Gante alienta las artes, la ciencia y la industria.*» Y encima las armas de la ciudad con el lema: *fides et amor*.

Una ópera en 3 actos, *Robert d' Evreux*, un drama en 2. *L'interdiction*, y un vaudeville nos soplaron aquella noche, con arreglo á la costumbre franco-belga de obsequiar con cinco horitas de funcion, y perdonen ustedes la cortedad. El teatro me pareció mejor que los actores: pero lo grande, lo bello, lo admirable y magnífico del teatro de Gante es el *foyer* ó sala de descanso: escede en mucho á los mejores *foyers* de París, y no sé si le habrá mas suntuoso en ningun teatro del mundo.

San Bavon, y San Babilés.

A ninguno de los cuatro españoles se nos olvidarán jamas las blandísimas, mullidísimas y comodísimas camas del hotel del *Leon de Oro* de Gante, ni á Tirabeque se le olvidará tampoco la apetecida y apetecible manteca que le pusieron y nos pusieron para el té matutinal.

Reconozco que esto nada tiene que ver con San Bavon, mucho menos habiendo sido San Bavon un hombre que renunciando espontáneamente á la

rica manteca de su país y á aquellas camas impetuosas, tuvo el capricho de alimentarse de yerbas silvestres y de vivir en el campo dentro del tronco de un árbol carcomido. Pero ya viene el *comisionaire* provisto de coche, y étenos que nos metemos en él, y somos llevados á visitar la Catedral de San Bayon.

Jamas me pudo pasar por las mientes que el templo consagrado á un santo cuyo nombre ni siquiera habia llegado á mis oídos fuese *uno de los templos mas ricos de toda la cristiandad*, como lo es sin disputa la catedral de Gante. ¡Qué prodigalidad de mármoles! ¡Qué abundancia de preciosas esculturas! ¡Qué riqueza de admirables cuadros! Fijémonos en uno solo; detengámonos en la 11.ª capilla; contemplemos ese cuadro del *Cordero*, que le dá el nombre; veamos esa obra maestra de los hermanos *Van Eyck*, inventores de la pintura al oleo; saciemos, si es posible saciarla, nuestra vista en ese que se cree el segundo cuadro al oleo que se hizo en el mundo: ¡qué frescura! ¡qué tintas! ¡qué vivacidad de tonos despues de cuatro siglos de antigüedad! ¡Ah! El secreto de *Juan Van Eyck*, aunque trasmitido á sus discípulos, no ha llegado hasta nosotros.

Todos los esfuerzos de los pintores modernos no han podido alcanzar este lustre, esta viveza de colorido de las obras de *Juan Van Eyck*. Todas las partes de la admirable composicion que tenemos á la vista están tratadas con el mismo ésmero, con

la misma superioridad. Las figuras tienen la nobleza y la gracia de la escuela italiana, aunque no estén del todo esentas de la crudeza del estilo alemán. La cabeza del Cristo respira una magestad verdaderamente divina. la vírgen es bella como las vírgenes tantos otros franceses, le echa honíticamente el guante en union con otras pinturas, y le lleva y coloca con mucha gracia en su gabinete de París, de donde pasó despues al de Mr. Dausaert-Engels de Bruselas, á quien hace poco se le compró el rey de Prusia, con el fin de unirle á los seis *volets* ó portezuelas originales que se estraviaron del cuadro de San Bavon, y que este monarca logró adquirir por la suma de 410,900 francos, es decir, por mas de millon y medio. Discurra el curioso lector, si los postigos solos del cuadro han valido mas de millon y medio de reales, ¡quién será capaz de apreciar *el cuadro de la capilla del cordero de San Bavon!*

Viene la guerra de la independéncia; y un general francés, curioso apañador de cuadros como de Rafael; la figura severa del Bautista forma un admirable contraste con el candor sublime de la madre de Dios, y entre los grupos de los apóstoles que adoran al cordero inmaculado se distinguen los retratos de los dos hermanos Van Eyck. Marayillosa es la ilusion que producen todos sus detalles.

Pero la mejor apología de este riquísimo cuadro es su curiosa historia. El rey de España Felipe II conoció bien que era una alhaja digna de un gran príncipe, y trató de comprárselo al cabildo de San

Bavon. Pero los canónigos que sabian bien lo que tenian en casa, le dijeron al hermano Felipe que escusaba de molestarse, porque no alargarian el cuadro por todo el oro del mundo. Viendo el Rey que los canónigos se le habian plantado, bajó la cabeza (y no era cabeza la de Felipe II que se bajára á un dos por tres) y se limitó á pedirles que le permitieran sacar una copia. Accedió á ello el cabildo, y en su virtud encomendó á S. M. católica esta obra difícil á Miguel Coxie, de Malinas, llamado el Rafael flamenco. Este ilustre artista, despues de haber pedido al Ticiano que le mandára de Venecia el azul que habia de emplear en el manto de la Virgen, dió al cabo de dos años de trabajo concluida su obra, la cual se halló tan acabada y perfecta, que la copia no se distinguia del original. Cuatro mil florines de oro le valió la obra, y el rey Felipe II enriqueció con ella la galeria de su Escorial.

Muchas otras preciosidades vimos en las 14 capillas de aquel gran templo, entre ellas el cuadro famoso de Rubens en la capilla 14 que representa á San Bavon en el acto de ser recibido monge en la abadía de *Saint-Amand*, cuya composicion es un prodigio de ciencia: los mausoleos del coro, el sepulcro del último Abad en la iglesia subterránea hecho de piedra de toque (*lapis lidius*), y otras mil riquezas que nos enseñó menuda y detenidamente un atento y obsequioso sacristan.—¿Qué te parece, le pregunté á mi lego, de la catedral de San Bavon?—No puedo decir á vd. mas, me respondió, sino que

en esta iglesia de *San Bavon* yo estoy hecho un *San Babilés*.—Y yo igualmente, añadió el hermano Isidro sin preguntárselo.» El hermano Anselmo y yo no lo decíamos por decoro, pero sin decirlo lo estábamos también.

—
**¡Santa Bárbara bendita!
¡y qué atrocidad de cañon!**

Desde la catedral nos dirigimos al *Mercado del Viernes*, ó sea la plaza así llamada del mercado, que cada viernes en ella se celebra. En una de las calles que desembocan en el Mercado, «ved, señores, esa pieza,» nos dijo el guía, muy sério y como quien enseña un objeto cualquiera. «Santa Bárbara bendita! exclamó Tirabeque, ¡y qué atrocidad de cañon!—¡Qué barbaridad! exclamó Isidro.—¡Qué disparate! exclamamos nosotros.—Estais viendo *la maravilla de Gante*, nos dijo el cicerone.—Mejor diréis, le repliqué yo, *la maravilla del mundo*.—Bien pudiera decirse así, contestó él, porque es el mas grande cañon que se conoce en Europa: él pesa 16,101 libras mas que el grueso cañon de San Petersburgo.—¿Pues cuánto pesa la cañita, si se puede saber?—Pesa 33,606 libras: tiene 18 pies de largo, 10 pies y 6 pulgadas de circunferencia, y el diámetro de su boca es de cerca de 3 pies: él data de los primeros años de la invencion de la artillería: su forma es casi igual á la de las piezas

que defienden la entrada de los Dardanelos; reparad, está forrado de aros de hierro.

Todos nos acercamos á verle y tocarle: el hermano Isidro le contemplaba con mas avidez que hubiera examinado Murillo un cuadro de Rafael, y de tiempo en tiempo exclamaba: ¡vaya, que ya hay aqui material con fuerza! ¡el diablo son estos extranjeros! —¿Y no tiene nombre este chismecillo? pregunté yo. —Sí, me respondió el *commisionaire*, se llama *Margarita la Rabiosa*.—Pues cuidado con una rabieta de doña Margarita! repuso Tirabeque.—¿Y no me diréis con qué objeto se fabricó este escándalo de hierro?—Os lo diré.

«Segun refiere Froissart, los Ganteses para proteger la guarnicion de Audenarde, acordaron construir una bombardarda maravillosamente grande, cuya espoleta era de 53 pulgadas, y con la cual pudiesen arrojar á los sitiadores gruesos y pesados peñascos. Asi lo hicieron, y era tanto el estruendo que la bombardarda hacía cada vez que se descargaba, que su estampido se dejaba oír á las cinco leguas de dia, y á las 10 de noche, tanto que como observa graciosamente el mismo Froissart, parecía que todos los demonios del infierno andaban en danza.—De modo, le interrumpí yo, que parece haberse hecho exclusivamente para pintar el estruendo de esta pieza aquel verso latino que dice:

Hórrida per campos bám bím bombardarda sonabant.

—No entiendo latin, respondió el *cicerone*.»
Y he aqui un *cicerone* que todo lo tendria menos lo

de *Ciceron*, — Lo que puedo decir es que en el año 1452 cuando habia en el *Mercado del Viernes* 12,000 paisanos amotinados y armados de garrotes claveteados de hierro para resistir las tropas de Felipe el Bueno, les hizo este cañon un gran servicio.

Yo invité á Tirabeque á que se embutiera el cuerpo dentro del cañon, como suelen hacerlo por capricho los ingleses, pero él me contestó con mucha viveza: «Señor, los ingleses siempre han tenido unos caprichos muy raros: yo no tengo por conveniente encañonarme de ese modo, porque supongo que lo mismo en Flandes que en España el diablo las carga; y denme lo que quieran con Margaritas de buen genio, pero con *Margaritas rabiosas* no quiero tratos tan íntimos.»

Las carniceras princesas.

La entrada en el *Mercado del Viernes*, teatro sangriento de los pronunciamientos de Gaute, nos dió ocasion para hablar de otros mercados, y entre ellos de los mercados ó abastos de la carne, ó sea de las carnicerías.—Oh! aqui los carniceros, nos dijo el conductor, son príncipes de la sangre.—No hablo yo, le dije, de los príncipes que han causado grandes matanzas y horribles carnicerías, que de

estos en todas partes los hay y ha habido, sino de los carniceros ó cortantes, de estos que despachan la carne de comer para el público.—Pues esos, me replicó, son aqui *príncipes de la sangre*.—Segun eso, repuso Tirabeque, las *carniceras* seran *princesas* tambien.—En efecto.—¿Tambien vd. quiere burlarse como el otro, señor comisionista? Pues vd. me parecía hombre mas formal.—Oh! yo no me burlo. Los carniceros, *los hijos del príncipe*, que asi son nombrados, han tenido grandes privilegios: ellos han tenido el derecho de llevar su estandarte de honor á las ceremonias públicas, el de asistir á la inauguracion de los soberanos, y el de hacerles la guardia de honor... ¡Oh! aqui las dos carnicerías que hay, *la gran carnicería* y *la pequeña carnicería*, han sido el patrimonio de unas pocas familias ricas, sin que nadie pudiese ejercer la profesion sino sus descendientes en línea recta.

«Hombre, por San Bavon y Santa Coleta haga vd. el favor de esplicarnos ese misterio.

—Yo os lo esplicaré.

«El emperador Cárlos V. era un monarca tan popular, que no tenia reparo en mezclar su sangre con la de las familias mas plebeyas, especialmente cuando la hermosura de alguna jóven... ¡Oh! señores, los emperadores tienen sus pasiones tambien.—Vamos, hombre, esplíquese vd. sin miedo, le dijo Tirabeque: eso sería que tubo algun trapillo con alguna carnicera de buenos bigotes que le gustó.—Eso es cabalmente lo que cuenta la histo-

ria aunque en ella no se lee que la tal jóven tuviera bigotes, antes al contrario, refiere que era de rostro hermoso y de tez muy fina y delicada.—Pues tambien eso es cabalmente lo que en España se llama tener buenos bigotes. Y siga vd., que en cada tierra se esplica la gente á su modo.

«Pues bien, de aquella desigual union resultó, dice la historia, un robusto infantito, que en lo rubio no desmentia el origen de la paternidad. El Emperador, en la alegría de verse reproducido, preguntó á la madre qué era lo que mas deseaba para concedérselo. Ella dijo que el privilegio esclusivo de vender la carne en toda la ciudad concentrado en los descendientes del fruto de sus amores. Asi se lo otorgó facilmente el emperador. Aquel pequeño hijo de príncipe tubo andando el tiempo otros dos hijos varones, y de ellos han descendido las dos familias que tienen hoy *la grande y la pequeña carniceria*. Desde entonces se llamó á los carniceros *principes de la sangre, ó los hijos de príncipe*, y fueron obteniendo todos esos privilegios de que os he hablado.

«¡ Lo que son las flaquezas humanas! exclamó el hermano Anselmo: está visto que los monarcas mas poderosos no estan esentos de las debilidades de la naturaleza.—¡ Lo que aprende un hombre viajando! decia Isidro.—¡ De lo que pende, bien pensado, dije yo, el origen de las clases y de las alcurnias!—¡ Lo que hace, concluyó Tirabeque, un carnicera de buenas carnes! »

Setecientas monjas y un fraile

¿Dónde nos lleva vd. ahora, conductor?—Estamos en la calle de *Bruges*, y vamos á entrar en el *Grand Beguinage*: es la hora de ver todas las hermanas reunidas en el templo.»

Me alegré, yo Fr. Gerundio, porque habia oído hablar mucho de las *Beguinas* de Bélgica, y sobre todo del *Grand Beguinage* de Gante. Ninguno de los compañeros sabia lo que íbamos á ver. Entramos por una puerta de arco, y nos encontramos como en una poblacion nueva dentro de la misma ciudad, pero separada de ella por medio de murallas y de fosos llenos de agua que la circundan. Es, digámoslo asi, una pequeña ciudad dentro de otra ciudad mayor, porque tiene la misma forma de calles y casas que otro cualquier pueblo, pero á la cual no hay mas que una entrada. Allí es donde vive la comunidad de las *Beguinas*, diseminadas por todas aquellas casas, cada una de las cuales lleva la advocacion de algun santo ó santa, cuyo nombre se lee sobre cada puerta.

«¿Qué es esto, señor? me preguntaba Tirabeque: no parece sino que hemos sido trasportados en cinco minutos á la tierra santa.—Este es, le dije, el convento de las *Beguinas*.—Señor, en mi vida he visto convento como este; esto es un pueblo.—Sí, pero las monjitas que habitan estas casas, se reúnen en el templo á rezar los oficios: ahora las verás.»

Entramos pues en el espacioso templo del *Grand Beguinage*. Admirable y sorprendente golpe de vista; bello y poético espectáculo ofreció á nuestros ojos una congregacion de *setecientas* hermanas vestidas de hábito religioso, unas con un velo negro y otras con una blanquísima cofia plegada sobre la cabeza, dejando apenas ver los rostros; muchas con un libro en la mano, y todas oyendo el sermón de un sacerdote que vestido de una especie de pelliz estaba predicando en flamenco. Yo leia la sorpresa en los semblantes de mis tres compatriotas, y ellos deberian leer en el mio una sensacion mezclada de admiracion y de placer. Arrimado á un rinconcito esplicaba yo en voz baja á mis compañeros lo que habia leido acerca del origen é institucion de estas *Beguinas*; que habian sido fundadas en Lieja por un tal *Lamberto Begg* ó *Begue*; y no por *Santa Bega*, como afirma Alejandro Dumas, confundiendo sin duda con otra institucion de jóvenes señoritas que fundó aquella santa: que hacian una vida retirada, religiosa y penitente, pero sin votos públicos; y que de consiguiente las *Beguinas* podian salirse de la comunidad, y volver al siglo, y aun casarse, si bien mientras permanecieran en el *Beguinage* tenian que obedecer á una priora ó superiora etc.

A este tiempo divisó Tirabeque un *frailé dominico* que sentado en un confesonario estaba.— ¡ Señor, señor, un fraile! y es dominico.— En efecto que sí.— Señor, ese fraile debe ser un *Bigardo*.—

:

¡Cómo un *Bigardo*, hombre! ¿Sabes bien lo que dices? — Pues diga vd. mi amo; ¿no me ha hablado vd, algunas veces de unos hereges que hubo en otros tiempos, que llamaban *los Bigardos*, y que eran compañeros de las *Beguinas*? — *Begardos* dirás, hombre que no *Bigardos*. En efecto hubo en el siglo XIV en Alemania unos hereges llamados *los Begardos y los Beguinas*, que enseñaban entre otras cosas que el hombre podia llegar en esta vida á tal estado de perfeccion que ya no podia pecar, y de consiguiente eran ya supérfluos los ayunos y todas las obras y ejercicios de virtud: estos hereges, llamados tambien *quietistas*, fueron condenados en el concilio general de Viena bajo el papa Clemente V.; pero aquellos *Begardos y Beguinas*, nombrados tambien asi de otro *Begg*, nada tienen que ver con estas *Beguinas*. — Señor, como se parecen tanto los nombres y yo no he estudiado mucho la historia de los hereges, no es estraño que lo haya confundido.»

Dedicóse luego á brujulear rostros por debajo de los velos, y no le desagradaron algunas fisonomías de las monjas flamencas.

Hay ademas en Gante otro *Petit-Beguinage*, por el mismo estilo que el grande, fundados ambos por la condesa Juana de Constantinopla; pero aunque llamado *petit*, no es tan pequeño que no conste la comunidad de 200 ó 300 hermanas. La institucion y existencia de las *Beguinas* son exclusivas de los Países-Bajos.

— La aparicion del fraile, primero y único que ha—

biamos visto hacía 6 años desde su supresion en España, dió ocasion á que fuéramos informados de la reaccion frailesca que se está obrando en Bélgica hace algun tiempo, especialmente en las dos Flandes y Ambéres, donde han reingresado ya en claustros una porcion de comunidades de franciscanos, dominicos, carmelitas, capuchinos y otros. Pero ni en Bruselas ni en otras grandes poblaciones han podido todavia hallar cabida los cerquillos.

Fábrica de paño continuo.

Pasando puentes y cruzando canales, fuimos llegando á la fábrica de fundicion de la *Compañía del Fenix*, á cuyo director íbamos recomendados por un rico comerciante de París. El edificio es vasto, y da de sí para entretenerse todos segun la aficion de cada uno. Dejemos al hermano Isidro cebándose en observaciones en los departamentos de las fabricaciones de máquinas: dejemos tambien á Tirabeque embobado en ver el gran receptáculo ó depósito de gas dentro del mismo edificio fabricado, y me voy con el hermano Anselmo y con el director á otra pieza, donde nos espera ser testigos de un nuevo é importante adelanto industrial; tan nuevo que era el primer día que se habia puesto su ensayo en ejecucion.

No podia discurrirse una cosa que mas pudiera interesar á mi compañero; porque era una máqui-

na al vapor nuevamente inventada para la fabricacion del paño fieltro continuo; máquina semejante en su clase en mecanismo y en resultados á las del papel indefinido. Hasta entonces parece que no se habia hallado ó al menos ensayado en Europa el medio de cruzar los hilos en este género de paño: aquel dia se habia empezado á poner en ejecucion con grandes probabilidades de buen éxito. El inventor y maestro, con quien tubimos el gusto de hablar, con mas la satisfaccion de oir las esplicaciones de su misma boca, era un inglés, á quien el director de la *Compañia del Fenix* habia hecho venir *ad hoc* de los Estados-Unidos.

Largo rato nos llevamos observando atentamente el progreso y resultado de las diferentes y admirablemente combinadas operaciones de la máquina, la cual movida por el vapor sin el auxilio de otros brazos que dos solas personas que ponian un trabajo ligerísimo, habia de dar al cabo del dia un número prodigioso de varas de paño perfectamente elaborado desde la lana en fieltro hasta ponerse en estado de echarle la tigura para vestir.

El hermano Anselmo lo contemplaba absorto, y yo lo veia no sin sorpresa y admiracion. No sé si el resultado del ensayo habrá correspondido á las esperanzas: si ha sido asi, las fábricas de paño fieltro deben producir una revolucion en el ramo de paños, como las del papel continuo la produjeron en el de papel.

Prision modelo.

No lejos de allí, y en la parte del canal de *Bruges* que con el nombre de *la Cortadura* sirve de paseo público, está la *casa central de detencion*, la gran prision de Bélgica, la carcel que puede servir y ha servido de modelo para las prisiones de los países mas cultos; la carcel cuya administracion y sistema penitenciario han ido á estudiar comisionados de los gobiernos de las naciones mas civilizadas; la que han imitado la Prusia, la Inglaterra, la Francia, los Estados-*Unidos* y otros diferentes reinos; la que finalmente ha examinado y estudiado con tanto celo y aprovechamiento nuestro ilustrado español *Lasagra*, si bien con el desconsuelo de que sus estudios y sus escritos no hayan servido sino para que en España se pueda conocer mejor y desesperar mas del triste y aflictivo contraste que con aquel modelo de prisiones forman (con poquísimas escepciones) nuestros hediondos calabozos, nuestras sucias mazmorras, y su abandonada y vergonzosa administracion.

Esta carcel pues, este vasto establecimiento fundado por Maria Teresa, y considerablemente agrandado por el rey Guillermo, es un inmenso octógono, dividido en ocho triángulos, cuyos remates desembocan todos en un patio central. ¡Qué orden! ¡qué aséol! ¡qué sistema tan sabio y tan concienzuda y escrupulosamente observado! Nosotros acompañados de uno de los conserges (militar retirado, como todos los empleados en aquella carcel) fuimos visi-

tando cada departamento de por sí. Habia mas de mil presos, de ellos unos 250 condenados á reclusion perpetua; y todos sin distincion estaban ocupados en los trabajos de los talleres de herreros, de carpinteros, de zapateros, de sastres, de tejedores etc. Todos visten uniformes con vestidos trabajados en el establecimiento. El conserge nos llevó á un gran depósito de camisas, pantalones y calzoncillos de buen lienzo.—He aqui, nos dijo, uno de los almacenes de ropas.—¿Y estas ropas son para los presos de la casa?—Ah, no; estas prendas son para el ejército, para la clase de tropa.—Y diga vd., amigo; pues qué, ¿los soldados en esta tierra gastan calzoncillos tambien?—Ah, si, todos: ¿en España nó?—En España....yo le diré á vd.; en España hace menos frio, y con ese motivo, no digo calzoncillos, sino ni aun casi pantalones gastan.—Oh! la España será un pais muy ardiente.—Sí señor, para la tropa muchísimo: alli en el mes de diciembre suelen andar los soldados de pantalon blanco, ya un poco trasparente á fuerza del uso.—Oh diablo! ¿qué pais tan ardorosol»

— Pasamos á la sala de los ancianos é imposibilitados, donde estaban los presos que por su edad ó sus achaques no pueden ya trabajar; y de allí á la enfermería. Yo no sé cuál de los dos salones me ofreció mas que admirar; si aseado y decente estaba el uno, limpio y curioso estaba el otro: si buenas camas tenían los ancianos, á las de los enfermos no les faltaban sus buenas sábanas y almohadas

de muy decente lienzo: si colgadura blanca tenían las unas, su pabellon blanco tenían tambien las otras; y cerca de la de enfermos se hallaba una bien surtida botica, regentada por un preso tambien.

—«Señor, me decía Tirabeque, ¿sabe vd. que en esta carcel se puede ser preso por gusto, y que casi debe ser una cucaña el que le metan á uno en chirona?—Sábetelo, Pelegrin, le dije, que no vas descaminado en tu juicio, pues ya me parece que te he indicado en otra ocasion que tanto se ha llegado á perfeccionar el sistema carcelario en estos paises, que es ya un problema si conviene ó nó tanta perfeccion, porque se sospecha y no sin fundamento, que muchos cometen delitos con el objeto de que los encierren en la carcel.—Y aun mas lo direis, añadió el conserge, cuando sepais la inversion que se da á los productos de los trabajos de los presos. Divídense aquellos en tres partes; una se destina á su mantenimiento diario; de la otra se va haciendo una caja de ahorros para cada individuo; y la tercera se les distribuye para sus gastos estraordinarios. Porejemplo, se permite á los presos beber vino en ciertos dias, aunque en tasada y módica cantidad: hé aqui la ventanilla del despacho del vino: el que quiere gasta en esto parte de su *plus*, y el que nó lo invierte en cigarros ó en cualquiera otra atencion lícita que sea mas de su gusto ó de su necesidad.

«¿Y qué tal alimento se les dá? le pregunté al conserge.—Tienen, me respondió, tres refecciones diarias: por la mañana pan con leche, al medio dia

sopa y legumbre, y á la tarde ó noche patatas. Tomáos la molestia de venir conmigo, y vereis la cocina y la despensa.» Fuimos en efecto, pero ya no nos sorprendió su aseo y limpieza, puesto que no hacía sino corresponder á la de todo el establecimiento. — «Ahora vereis, nos dijo, la pieza donde reciben los detenidos las visitas de sus familias ó de cualesquiera otras personas interesadas.» Era una pequeña habitacion con dos verjas separadas por un espacio como de dos varas. El preso y la persona que le visita, se colocan el uno á la reja interior, y el otro á la exterior, y por el espacio intermedio se pasea un celador que oye lo que entre sí comunican y les avisa cuando es pasado el tiempo que el reglamento carcelario les permite. — ¡Cuidado con ella! esclamaba Isidro: se parece esto á la carcel de mi lugar.»

Todo está allí por este orden. El comandante y el director de los trabajos viven dentro del establecimiento. En la consergeria tienen un libro en que los visitadores sientan sus nombres con las notas que gusten poner con arreglo á las observaciones que puedan haber hecho. Yo puse: «Aqui estuvo Fr. Gerundio de España con su lego Tirabeque y otros dos compatriotas en tal año, mes y dia. Mientras visitaron la prision estuvieron muy complacidos de ver su buen orden y su admirable sistema: al salir se acordaron de las cárceles de España, *et contristati sunt;*» en latin para que no lo entendieran los flamencos.

La muerte á caballo, una vieja y un hermafrodita.

De allí pasamos á la Universidad, que es un edificio clásico puro, que no tiene mas defecto que estar empotrado entre unas malas calles y entre unas malas casas. La fachada se compone de 8 columnas corintias en las proporciones del Panteon de Roma, y cuyos capiteles han sido amoldados por los de los templos de Antonio y de Faustina. El fronton representa el gobierno distribuyendo á la ciudad de Gante las fasces académicas. La entrada es soberbia, y en su pavimento hay un meridiano, compuesto de once especies de marmol, sacadas todas de las canterías de la ciudad. Le entra el sol por una ingeniosa y magnífica claraboya.

El secretario de la Universidad, que nos recibió, nos condujo á la *salle de Promotion*, sala de grados. Jamas he visto una aula mas bella ni mas grandiosa. Ella es circular, y está decorada de columnas corintias de estuco blanco pulimentado. Esta columnada, forma una magnífica hilera de palcos, los cuales se multiplican en otro rango ó hilera que hay mas abajo, formado por los pedestales de las columnas que se abren y se cierran por medio de bastidores. Las puertas de la galeria, que son de una madera preciosísima, están dispuestas con tal mecanismo, que se abren tambien y se cierran las dos hojas á un tiempo. El centro de la sala está en forma de anfiteatro. Y si la tribuna

del candidato y los asientos del público están todos forrados de terciopelo carmesí, se puede discurrir si serán lujosos los de los doctores, y si habrá magnificencia en los palcos del Rey y de las autoridades. Repito que no he visto aula mas bella ni mas grandiosa.

O el secretario tenía muchas matrículas que despachar, ó debimos parecerle gente de poco valer, porque él nos hizo allí un saludo de despedida, y nos dejó encomendados á una vieja, á quien encargó que nos enseñara el resto del edificio. Condujeronos pues la *Marizápalos* aquella al museo de historia natural, dividido en una porcion de salones, rica y abundantísimamente provistos de raros y preciosos objetos: y de allí pasamos al gabinete de Anatomía comparada, donde entre otras rarezas y curiosidades se nos ofreció á la vista un esqueleto á caballo con una gran guadaña en la mano.—¡Señor, exclamó Tirabeque, *la muerte á caballo!* Déjeme vd. reir; ya no faltaba mas que la hubieran puesto sentada en un coche-vapor viajando por caminos de hierro.» Y luego convirtiéndose á la muger, «diga vd. tia Colasa (le preguntó) ¿es el retrato de vd. este? Todos nos echamos á reir, la muger no comprendió la pregunta, y pasamos á la sala de Mineralogía, y de allí al salon de antigüedades y monetario, no menos rico que los anteriores.

Inútil era hacer preguntas á la muger. El «*je ne sais pas*» con que contestaba á todo nos conven-

ció bien de que no era una Minerva. Con este motivo nos divertimos con ella grandemente. «Dígame vd., la preguntaba mi lego, ¿ desempeña vd. alguna cátedra en esta universidad?—No, monsieur, no; respondia ella muy seria.—Vd. está bien, le decia yo, en esta sala de antigüedades.—Si señor, bien.—Oh! si; es vd. otra antigüedad mas. Y aun no estaría vd. mal en el *Panteon de Agripa*, que segun veo es ese inmediato.—Oh! tambien, monsieur: yo en todas partes estoy bien.—Y diga vd. le preguntó el hermano Anselmo; ¿no hay aqui *mómias*?—Oh, si, no teneis mas que venir conmigo.»

Y nos llevó efectivamente al gabinete de cirujia, donde ademas de una numerosísima coleccion de instrumentos quirúrgicos, habia una porcion de *mómias*, y monstruos humanos, entre ellos un *hermafrodita*. Objeto fué este que nos llamó mucho la atencion á todos. La existencia de los *hermafroditas* será una bella fábula inventada por los mitólogos, ó se disputará por los anatómicos y zoólogos cuanto se quiera: pero no sé lo que podria ser si no eran los dos sexos lo que en aquella *mómia* todos nosotros, al parecer claramente, distinguamos, y como tal se enseñaba tambien. Y no digo mas de la materia, por ser de un género doblemente delicado.

Las demas aulas no tenian mucho de particular. Al salir nos demostró la *seudo-Cicerona* aquella, que si no era arqueóloga ni entendia palabra de monedas antiguas, al menos de la moneda usual y corriente era mas que medianamente conocedora, pues

habiéndola alargado el hermano Anselmo dos francos, frunció el ceño y nos indicó que era poco por todos. Alargámosla pues otro franco, y Tirabeque se despidió de ella diciendo: «á Dios, hermosa literata; si todas las flamencas fueran como tú, ni patena en manos de cura escrupuloso queda mas limpia que saldría mi ánima de este pais.»

Los Bibliotecarios y la Bibliotecaria.

La Biblioteca de la Universidad está en otro edificio aparte, y bien distante por cierto. Ella ocupa la iglesia de la antigua abadía de los Benedictinos de Baudeloo, y se compone de unos 60,000 volúmenes y algunos curiosos manuscritos. Entre ellos tenia yo noticia de hallarse una Biblia del siglo XIII, obra maestra de calografía, y como tal llevaba mucha curiosidad de verla. De consiguiente fue lo primero porque le pregunté á un sacerdote que allí encontramos, y que por el puesto que ocupaba calculé seria uno de los Bibliotecarios.

El hombre se echó á discurrir en ademan de quien espera que una sensacion antigua vuelva á reproducirse en la tecla respectiva del órgano de la reminiscencia. Al cabo de un rato cargó con una escalera de mano y se dió á recorrer estantes y cajones. La escalera cambió seis ó siete veces de lugar y la Biblia no parecia. Al fin el hombre echó mano á un volúmen, y diciendo «*le voici*» le puso

en mis manos. Yo le tomé, le abrí, y vi que eran unos *Evangelios*, también manuscritos y de un mérito no comun. «Aun no es esto, le dije: ha de ser un tomito en 12.º que comprende ambos Testamentos.»

A este tiempo entró una muger de mediana edad: el sacerdote se dirigió á ella, le habló *sotto voce*, y en seguida la veo tomar la escalera y ponerse á buscar la Biblia.— ¡Vaya una Bibliotecaria! exclamó el hermano Anselmo.— Amigo, le dije yo, está visto que no solo en Francia, sino en Bélgica también á las mugeres se les da una universal intervencion, ó sea un entrometimiento universal en todas las cosas. Pero no se lució en verdad la hermana Bibliotecaria, porque tampoco dió con la Biblia: mejor hubiera atinado acaso con un paquete de corbatas en una tienda de comercio.

En esto entró otro Bibliotecario en traje profano: consultó con él el primero, y por fin, nosin algunas tentativas frustradas, pareció *la Biblia*. El eclesiástico no halló la Biblia, el profano sí. Es en efecto cosa admirable: en un tomito de pergamino en 12.º están manuscritos en letra clara y perceptible, sin abreviaturas, todos los libros del Viejo y Nuevo Testamento: cada página consta de dos columnas de á 46 líneas. Con este ejemplar me acabé de convencer del progreso descendente en que ha ido la calografía ó arte de escribir desde que se inventó la imprenta.

Preganté por libros españoles, y no me dieron

razon: me di á recorrer estantes en su busca, no los hallé, y me salí amostazado.

El Casino.

Los Casinos así en Francia como en Bélgica son un supletorio de las sociedades y tertulias de confianza que tenemos en España, y que en pocos mas países de Europa se conocen. De consiguiente suele haber mucho lujo en los Casinos, y el de Gante no le cede en magnificencia acaso á ningun otro, así en lo exterior como en lo interior. El salon de reuniones es mayor que el del Liceo de Madrid, y delante de su fachada se estiende un vasto jardin que sirve de paseo á los socios. Está sostenido por las sociedades de Botánica y de Música. Se dan conciertos cada 15 dias, y hay dos veces al año esposicion general de flores naturales. Es la primera corporacion de Europa que instituyó la esposicion de flores; y si alguno duda de la estremada aficion de los Belgas á las flores naturales que he indicado en otros capítulos, que vaya al Casino de Gante y alli verá si ha estado Fr. Gerundio exagerado.

Una cosa singular noté en aquel Casino. Hay en la antesala varios boquetes, de los cuales parten por dentro de las paredes unos tubos de lata que desembocan en la parte exterior del edificio. Al salir de las funciones las Señoras se acercan á aque-

llos boquetes, llaman desde allí á sus criados ó cocheros, y comunicándose rápidamente la voz por aquellos conductos interiores, cada uno acerca el carruage cuando es llamado por su nombre. Los Belgas parecen frailes en esto del estudio de la *comodité*.

Desmembramiento de la cuádruple alianza.

Vistas las cosas mas notables de *Gante*, los hermanos Anselmo é Isidro nos comunicaron llenos de sentimiento su necesidad y resolucion de regresar desde allí á nuestra comunpatria. La noticia (de que ya unos dias antes nos habian hecho indicaciones) fué una sensible y amarga intimacion para los otros dos miembros de aquella cuádruple alianza española, ya por la natural intimidad y cariño que engendra entre compatriotas el verse solos lejos de su pais, y ya tambien por la honradez y demas recomendables prendas de nuestros dos conviajantes, que nos hacian doblemente apreciable su compañía. Pero oidos sus motivos y reflexiones, hubimos de suspender las amistosas instancias que de proseguir todos juntos nuestra peregrinacion habiamos empezado á hacerles.

En su virtud dispusimos al dia siguiente nuestra partida simultánea de *Gante*, ellos en direccion á

Francia, y nosotros á la Flandes Occidental. La combinacion de horas de salida de los combeyes hizo que ellos emprendieran su marcha unos minutos antes que nosotros. Todos estabamos tristes: la campana dió su último toque de aviso; siguiéronse estrechos abrazos acompañados de mútuas y cariñosas protestas de no olvidarse jamás, y corriendo lágrimas por las mejillas de todos como si fuéramos cuatro niños, nos dimos el último á Dios. ¡En qué momento desaparecieron los dos compañeros! El vapor es enemigo de la contemplacion de los objetos que se aman. Al ver á Tirabeque llorando á lágrima viva: «no pensé, Pelegrin, le dije, que eras tú tan sensible!—¡Ah, señor! me respondió, ¡no se sabe lo que es despedirse de un buen paisano en tierras estrañas!»

A los pocos minutos ya íbamos los dos *rodando* por las planicies de la Flandes occidental.

BRUJAS.

«¿Y á dónde bueno vamos ahora por estas llanuras, mi amo?—A *Brujas*, Pelegrin.—Señor, mal nombre tiene el lugar; y si el hermano Quedo, ó como le llamaban á aquel hermano, no quería pasar por *Dueñas* (1) porque le sonaba el nom-

(1) Villa de Castilla la Vieja, provincia y á dos leguas de Palencia

bre á cosa mala, hágase vd. cargo si me dará á mi buenos barruntos ir á *Brujas*.—Per lo mismo no será malo que te vayas preparando con algunas oraciones contra maleficios: aunque yo tengo para mí que no te ha de desagradar *Brujas* tanto como de su nombre temes.»

Así íbamos marchando por aquellas vastas esplanadas, apenas interrumpidas por alguna ligerísima elevacion, divisándose solamente á la distancia de 3 ó 4 leguas la cordillera de pequeñas costas ó prominencias que las separan del mar del Norte, y á la hora y media de haber salido de Gante nos encontramos ya en el hotel de la *Fleur de Blé* de *Brujes*, ó *Brujas*, capital de la Flandes Occidental.

Desde luego empezó á no parecerle á Tirabeque tan mal como él se habia temido; y mas cuando vió el almuerzo decente que nos presentaron, y mucho mas despues que salimos á ver la poblacion, y se encontró con una ciudad de 45.000 almas, de calles anchas, rectas y muy aseadas; y mucho mas todavia cuando se fue haciendo cargo del *cariterio*, como él decía, de las mugeres, que con razon tienen fama de hermosas, pues por lo general se nota en las Brugenses una finura y perfeccion de facciones no comun, junto con un color sonrosado y una tez fresca y delicada, que resalta mas bajo los sombreritos anchos de paja y bajo las blancas y finas cofias con sus dos deditos salientes de rico encaje que generalmente usan. Ello es que ya me decia Tirabeque: «Señor, no me van pareciendo mal estas Bru-

jas: si son así todas, desde luego están demás para mí los conjuros que contra ellas tiene la iglesia, antes bien no me pesaría que me tentáran.—Pelegrin, Pelegrin! que te me deslizas; acuérdate de lo que eres y de lo que somos.—Está bien, señor, pero ahora veo que tenia vd. razon cuando decia en Bruselas: «déjate, Pelegrin, que no están lejos las Flamencas, y allá llegaremos si la caldera del vapor no se rompe.»

Efectivamente, si no todas las Brujenses son hermosas, se ven en lo general buenas caras, y es muy raro hallar una que pueda llamarse fea.

Brujas es el pueblo de Bélgica que conserva mas sabor, mas tintes, mas marcada la fisonomía de la edad media. Es menester irse deteniendo delante de la mayor parte de las casas á contemplar los lindos adornos, los trabajados y menudos bajos-relieves que las adornan. El viagero, en medio de aquellos antiguos palacios, de aquellas piedras y escudos de armas feudales, esperá siempre ver salir por aquellas puertas de arcos ogivos alguna dama con su capirote de terciopelo y con su larga cola remangada y llevada por un page. Mira hácia las ventanas, y se hace la ilusion de que va á vislumbrar detras de la reja ó de la celosia alguna Doña Blanca ó Doña Florinda. El aspecto de la ciudad de BRUJES interesa mas á un español que á todo otro extranjero.

Cuentos de Brujas.

Esto parece en verdad la historia antigua de BRUGES. Con dificultad poblacion alguna presentará en sus páginas históricas una serie de hechos mas raros y originales, de anécdotas mas curiosas y entretenidas, ni mas apróposito para ser escuchadas con la boca abierta por una tertulia de españoles de los que alcanzaron el uso del tontillo y de los cabellos empolvados. Referiré algunas de ellas como se las conté á Tirabeque. Nada inventaré; todo es histórico.

Han de saber vds. que antiguamente Brujas fue una ciudad muy populosa y muy rica. Solo en sus telares se empleaban mas de 50.600 tejedores, y las manufacturas de sus fábricas eran buscadas con avidez de la Inglaterra, de la Italia, de todo el Norte, y de la India. En tiempo de *Felipe el Atrevido* era tanta su prosperidad que cuando se supo que el duque de Borgoña *Juan Sin-miedo* habia quedado prisionero de los infieles en la batalla de Nicópolis, y que pedian por su rescate 200,000 ducados, un solo negociante de Brujas los aprontó en el acto. Cincuenta años mas tarde, necesitando Carlos V. dos millones de florines (mas de 8 millones de rs.), se los pidió prestados á un comerciante de Brujas llamado *Deans*, que al contado se los facilitó. El Emperador en demostracion de agradecimiento quiso hacer al comerciante el obsequio de ir á comer á su casa el mismo dia que recibió el préstamo.— Se-

ñor, me interrumpió aquí Tirabeque cuando se lo contaba; tenia un buen modo de obsequiar el Sr. Emperador! Tras de pedir dinero convidarse á comer: mas en el orden estaba que hubiera convidado S. M. al comerciante á comer en su palacio.—¿Qué quieres, Pelegrin? Los Reyes honran asi á los particulares. Y escucha, y oirás una cosa buena.»

El comerciante le dió un banquete espléndido y opíparo. A los postres echó mano al bolsillo, sacó la obligacion del empréstito, y la rasgó: y colocando los fragmentos en un plato, se le pasó al emperador diciéndole: «Señor, no es caro comprar en dos millones de florines el honor que V. M. me ha dispensado hoy.»—Campechano y rumboso era el tal comerciante, mi amo: se parece á los prestamistas que hay ahora en España, que si no ven al ojo el ciento por ciento de ganancia cierran la bolsa, y muérase la patria; compare vd. aquel *Dean* con estos *Arcedianos*; y á ver si entre todos ellos se encuentra un *Brujo* como aquel.»

Y han de saber vds. que el primer conde de Flandes en Brujas fué *Balduino Brazo de Hierro*. Después vino *Balduino el de la bella Barba*: en seguida *Balduino el del Hacha*, que en lugar de espada iba armado de una hacha de 30 libras de peso. Y ahora verán vds. el modo que tenia *Balduino el del Hacha* de hacer justicia con los ladrones.

Pues señor, en una ocasion sucedió que llegaron unos comerciantes de joyas á un pueblo, á tiempo que llegó á la misma posada con varios amigos Mon-

señor Enrique de Calloo, uno de los mas ricos y de los mas nobles señores del pais, pero que acababa de perder al juego una enorme suma. Vió los comerciantes y las alhajas, y tentóle satanás y le inspiró el pensamiento de robarles el dinero y las joyas. Pues señor, mi dicho y mi hecho. Cuando los comerciantes trataron de marchar, enviaron delante los criados para que les tuvieran preparado alojamiento. Dos horas despues salieron ellos, y Enrique de Calloo y sus amigos les fueron siguiendo la pista, y al atravesar un monte se echaron sobre ellos, los asesinaron, recogieron todo el oro y las joyas, escondieron los cadáveres entre unos matorrales, y siguieron disimuladamente su camino.

Al llegar á las puertas de la ciudad encontraron á los criados de los joyeros que estaban esperando á sus amos.—«Señores, han encontrado vds. á nuestros amos por casualidad?—Delante de nosotros salieron un buen rato; no hemos visto á nadie, y ya deben haber llegado á la ciudad.» Esta respuesta les puso ya en cuidado, y quedándose allí tres de ellos, los otros tres salieron camino de Brujas á ver si encontraban á sus amos. En llegando al monte, vieron la tierra teñida de sangre, siguieron el rastro, y encontraron los cadáveres, y sin pararse á más se fueron corriendo derechos á contárselo al conde *Balduino el del Hacha*. Lo oye *Balduino el del Hacha* con mucha atencion, se informa bien de todo, y va y dice: «encerrarme esos hombres en un castillo con guardas de vista, y ensillarme el ca-

ballo.» En seguida echa mano al hacha, monta á caballo, y la emprende solo y á galope tendido en busca de Enrique de Calloo. «Alguna cosa de bueno nos han de contar mañana del amo,» quedaron diciendo los sirvientes.

Pues señor, llega á *Thourout*, en ocasión que estaba casi todo el pueblo en la plaza, donde acababan de ejecutar á dos monederos falsos; y todavía estaban allí las cubas de aceite hirviendo en que los habían metido. «Alto, señores, dijo Balduino; no hay que quitar las cubas; ponerles fuego debajo para que el aceite esté en buen punto, que luego vuelvo yo.» Y se va derecho á la posada en que estaba Enrique de Calloo con sus compañeros: ellos habían salido, Balduino sube á su habitacion con el posadero, hace descerrajar sus cofres, y encuentra las joyas robadas. Busca en seguida á Enrique y sus cómplices, los hace arrestar, les toma declaracion, y no hallando que contestar á las pruebas que *Balduino el del Hacha* les presenta del robo, confiesan de plano. Entonces Balduino los hace llevar incontinenti á la plaza, y sin darles lugar á tomar ninguna disposicion, vestidos y armados como estaban, los manda arrojar en las cubas de aceite, y así perecieron *el noble Enrique de Calloo* y sus compañeros.—¡Caracoles, mi amo (me decia Tirabeque cuando se lo contaba), y qué breves eran los sumarios del Sr. *Balbino el del Hacha*! Aquel no gastaba tantos arrumacos con los ladrones como nuestros tribunales. ¿Sabe vd., mi amo, que pienso había

de venir grandemente un Hachero como el Sr. Balduino para ver si descastaba los ladrones de cierto país que yo me sé?

Pues señores, en otra ocasion venía *Balduino el del Hacha* de celebrar una asamblea de sus estados en Ypres, en la cual para hacer mas solemne la ceremonia, había armado de caballeros á seis de los mas nobles del país. Y cuando volvía á su castillo acompañado de los seis nuevos caballeros, al llegar á un monte encontraron una comitiva de boda. *Balduino el del Hacha* se dirigió á la novia, que era una jóven de mucha hermosura, y sacando una sortija de su dedo, le dijo: «pues que la casualidad ha hecho que vengas á tan buen tiempo por este camino, toma esta sortija, y si alguna vez necesitas de mí, envíame la sortija y reclama mi auxilio, que no te faltará.» A su ejemplo cada uno de los caballeros hizo una fineza á la novia; ella quedó muy contenta, y la cabalgata señorial prosiguió el camino del castillo.

Pues señor, á la media noche, cuando *Balduino el del Hacha* dormía el primer sueño, le despierta uno de sus escuderos, y enseñándole la sortija, «señor, le dice, un paisano que acaba de llegar al castillo lleno de polvo y jadeando de cansancio ha traído esta sortija de parte de la novia del bosque.—Que éntre el paisano, dijo Balduino.» Era el hermano del esposo. Los seis nuevos caballeros habían robado á la novia al tiempo que la llevaban á la casa nupcial, hiriendo á algunos de la comitiva que trataron

de hacer resistencia: y la pobre novia no tubo mas tiempo que para arrojar la sortija diciendo: «llevar esa sortija á *Balduino el del Hacha.*»

Arrójase el Conde de la cama: «¿hácia donde se han dirigido los raptores? le pregunta al paisano. —Hácia *la casa encarnada,*» le contesta; que era una taberna inmediata al castillo. Manda Balduino á diez hombres de armas que se armen inmediatamente, y tomen clavos y cuerdas, y salgan á *la casa encarnada*, que alli le encontrarán yá. Y toma el hacha, y monta á caballo. Las luces, y las risas, y los juramentos y blasfemias que vió y oyó en el primer piso de *la casa encarnada*, no le dejaron dudar de que alli se hallaban los criminales. Echa pié á tierra, ata el caballo á una de las argollas de la pared, llama á la puerta, y viendo que nadie le responde, la derriba de una patada, y entra. Sube á tientas por la escalera, y abre sin dificultad la puerta de la sala donde estaban los malvados; arroja una mirada, y ve á la jóven atada fuertemente mientras sus raptores la estaban jugando á los dados, á ver á quien le tocaba la prenda.

La aparicion de Balduino fué un rayo para los culpables, que dieron un grito de terror, á que correspondió la jóven con un grito de alegría. Viéndose perdidos, tratan de huir dirigiéndose á la escalera, pero Balduino se coloca á la puerta con el hacha levantada, y les dice: «al que se acerque le divido el craneo de medio á medio.» En esto se divisa resplandor de antorchas, y se oyen relinchos de caba-

llos. Eran los diez hombres de armas. Llegan, suben, se presentan á Balduino: «¿traeis clavos y cuerdas? les pregunta.—Si señor.—Pues bien, clavadlos en esa viga, y preparad las cuerdas.» Los caballeros paldecen, confiesan el delito y le piden perdon.—No hay perdon, responde Balduino: daos prisa á preparar esos cordeles.—Señor, ya están los clavos, y tambien los nudos corredizos.—Pues bien, arrimad ese banco, y ponedle debajo de las sogas. Suban vds. ahí, caballeros. Qué, ¿se resisten vds.? Ponérmelos sobre ese banco, quieran ó no quieran.—Ya están, señor.—Esas cuerdas al cuello.—Tambien están yá.

Echa Balduino una última mirada, los encuentra competentemente colocados, da un puntapié al banco, y quedan los seis caballeros ahorcados en toda regla. En esto se oye un gran ruido; era el novio que llegaba con todos los mozos de la villa armados de azadas y horcones. Balduino los hace entrar, y les enseña en un lado á la jóven, que restituye á su marido pura como se la habian robado, y en otro á los criminales ya decentemente castigados. La justicia de *Balduino el del Hacha* habia sido mas breve y ejecutiva que la venganza del marido. Con ejemplares como estos logró *Balduino el del Hacha* desterrar de la Flandes toda clase de crímenes.

«Señor, los pelos se me enrizan y se me ponen como los de un puerco-espín de pensar en el genio que tenia ese señor Balduino. Ese no se andaba con traslados á la parte, ni con «pase al fiscal,» ni con términos de prueba, ni con acuses de rebeldía

y esas otras zarandajas. A bien que no echarian mucho pelo los escribanos con el *Sr. Balduino el del Hacha*. Bien me decia vd., señor, que la historia de Brujas parecian cuentos de brujas.— Pues si te contara la historia de *Carlos el Bueno*, de *Luis el Gordo*, de *Santa Godelieva*, y otras, oirias cosas no menos estupendas y admirables; que te parecerian otros tantos cuentos de brujeria. Pero sabes que nos está esperando el *commissionaire* para llevarnos á ver las cosas notables de la ciudad.— Señor, me gustaban á mi esas historias, pero me hago cargo que necesitamos el tiempo para ver las cosas de Brujas:

Mas y mas Brujas.

Fuimos primero, por ser lo mas cerca, á la *Academia y Museo*, donde salió á recibirnos con el bocado en la boca y meneando las mandíbulas, signo demostrativo de estar almorzando una mujer, que llamaremos á lo Tirabeque una *Bruja*, pues nunca él se pudo acomodar á decir una *Brugense*.

Menos abundante que escogida es la coleccion de cuadros que alli se encuentra; si bien los inteligentes, hallando juntas las dos obras capitales de *Van Eyck* y de *Hemling*, tienen ocasion de poder comparar el mérito respectivo de los dos mejores pintores de la escuela flamenca del siglo XV. La

academia de nobles artes celebra en este local sesión pública tres veces al año.

De allí pasamos al *Hotel de Ville*, edificio gótico bien conservado y de un estilo puro, con biblioteca, y bastantes pinturas y retratos, entre los que se distinguía el de Napoleón, primer cónsul, con manto de escarlata. «¿Cómo es, le pregunté al guía, que todos estos nichos de la fachada están vacíos?—Antiguamente, me respondió, esos nichos contenían las estatuas de los condes y condesas de Flandes, en número de 33, todas de piedras pintadas y doradas según la costumbre de aquel tiempo, pero en diciembre de 1792 las tropas revolucionarias francesas mandaron bajar todas estas representaciones de tiranos, lo mismo que las armas que decoraban los espacios intermedios de las ventanas; y hechas pedazos, y mezclados sus fragmentos con los de la horca la rueda y el garrote, hicieron de todo una grande hoguera, y obligaron al verdugo Pedro Boskin á ponerlo fuego.»

Callé, y seguimos al *Palacio del Justicia*, donde hoy están el jurado y el tribunal de policía. Otra joven *Bruja*, por cierto de aquellas de quienes decía Tirabeque que no tendría inconveniente en dejarse embrujar, nos salió al encuentro con un manojo de llaves. Merece bien la pena de ser visitado el interior del palacio de Justicia, por admirar la obra maestra de escultura en madera, la obra con la cual en el común sentir no hay otra en el mundo que pueda entrar en cotejo, y cuyo autor desgra-

ciadamente se ignora. Está en la sala que llaman de la chimenea, y constituyen las estatuas, del gran-dor casi natural, de Carlos V. que ocupa el medio, de Maximiliano y María de Borgoña que tiene á su izquierda, y de Carlos el Atrevido y Margarita de Inglaterra que están á su derecha. Detras se ven los escudos de armas de España, de Borgoña, de Flandes, de Inglaterra y otros: y en un nicho á la espalda de Carlos V. unos medallones con los retratos de Felipe el Hermoso, su padre, y de Juana de España su Amadre. Ilí nos llevamos buen rato, no cansándonos de admirar el minucioso y delicado trabajo de aquellas esquisitas molduras.

Pasamos por la sala del jurado y por la del tribunal de policía, sobre las cuales no le ocurrió á Tirabeque otra observacion sino que bien podia tener las mas barridas la muchacha aquella; pues á juzgar por el polvo nadie pudiera suponer que aquella sala fuese de *policia*; cargo que en verdad no carecia de fundamento.

De allí nos dirigimos á la *capilla de la sangre* que está enfrente, y que con el *Hotel de Ville* y el *Palacio de Justicia* forman los tres ángulos de una plaza. Llámase así la capilla de San Basilio, porque en ella se hallan depositadas unas gotas de la sangre de Jesucristo, llevadas de Jerusalem por Thierry de Alsaces. Tambien aqui nos recibió otra *Bruja*, la cual nos llevó primero á una capilla baja, y despues á otra que está encima de esta, que es donde se halla la *sangre*, encerrada en una caja

de plata dorada y adornada de piedras preciosas, y aun muchas de sus partes son de oro mazizo. El peso total de la caja es de 769 onzas. Yo manifesté deseos de ver la *sagrada sangre*, pero la muger me contestó con un signo negativo tan agrio y tan resuelto, que no parecia sino que queria acreditarlos por su gesto de horror al nombre de *sangre* que no era verdadera bruja.

Como predicador que soy, aunque indigno, no pude menos de mirar con particular atencion el púlpito de aquella capilla, que era un gran globo teraqueo de metal, en que estaban perfectamente delineados todos los paises de la tierra, con la competente division y nomenclatura de reinos, de mares y demás. Entre los púlpitos raros y caprichosos que se encuentran por aquellos paises es el mas extraño y original de cuantos he visto. El predicador, al tiempo que truena contra las pasiones humanas, se encuentra metido de patitas en el mundo. Por apagada que sea su voz, tiene que oirse en todos los ámbitos del globo, y predicando á cristianos se hace oir en tierras de infieles. Cuando se baja de la cátedra, puede decir que se marcha del mundo, y lo dirá con verdad aun cuando se vaya á almorzar á su casa ó á recrearse en el paseo público.

El mejor campanario de Europa.

En algunos pueblos de Francia, en casi todos los de Bélgica, y en todos los de Holanda hay en las torres de los templos y de otros edificios públicos lo que llaman *Carillons*, ó sea campanarios cuyas campanas de diferentes tamaños y sonidos están ingeniosa y artísticamente colocadas en escalas musicales, y cuyos martillos movidos por las puntas ó martinetes de un gran cilindro producen con sus golpes sonatas armoniosas, que puestas en combinación y en dependencia con la máquina del reloj de la torre hace que en cada hora se oiga una música de campanas ruidosa y alegre y muchas veces agradable, pues algunos *carillons* tocan piezas de mucho mérito, y no es raro oír trozos de óperas muy buenos y de mucha ejecución.

Pero el mejor que se conoce en Europa es el de la *Tour des Halles* (torre del mercado ó de la Alhóndiga) de Brujas, que nos llevó á ver nuestro guía desde la *Capilla de la sangre*.

Si el mundo ha de perecer por fuego, como se supone, yo creo que el fin del mundo vá á principiar por esta célebre torre, porque tal lo hace sospechar su azarosa historia. En su principio fué de madera y contenía los privilegios de la ciudad; un incendio la redujo á cenizas en 1280. Se hizo nuevamente de ladrillo, y nuevamente la abrasó un rayo en 1493. Se volvió á levantar de nuevo, y en 1741 volvió á ser presa de las llamas. Ultimamente se volvió á ree-

dificar en el estado en que hoy se conserva, hasta que Dios que es el dueño del fuego como del agua, sea servido. Sobre esta torre dicen que estaba el dragon de bronce dorado del *Beffroi* de Gante, y de aqui dicen que le robaron los Ganteses. Bien dormidos debian estar los Brugenses, para dejarse llevar el dijecillo.

El *commissionaire* nos invitó á subir á la torre. Tirabeque bien lo sentía, porque la medía con los ojos, y si no geoméricamente, calculaba á su manera la altura *L* con la resistencia de las piernas *J* y *H*. Pero yo no pude resistir á la curiosidad de ver de cerca el célebre *carillon*, y decreté la subida. ¡Vamos que 402 escalones son capaces de fatigar los ambulativos mas sanos y robustos! Asi no era extraño que mi pobre lego tubiera que pararse tres ó cuatro veces á tomar aliento y descansar. Mas todo lo dió despues por bien empleado por el gusto de ver las 48 campanas, y sobre todo aquel magnífico y estupendo cilindro de cobre de 19.966 libras de peso, con sus 30.500 piezas ó martinetes para levantar los martillos, las cuales producen numerosas y muy variadas sonatas. Es la mayor atrocidad filarmónica que he visto.

Ademas de los aires y tocatas de cada hora, lo cual hace que continuamente esté sonando en los oidos música de campanas, se tocan separadamente tres veces por semana; y este ejercicio dá origen á certámenes facultativos entre los campaneros sobre quién posee mas conocimientos filarmó-

nicos y tiene mas ejecucion en la música cimbalaria, y ganan tambien sus premios como pudieran ganarse en cualquiera sociedad musical. Hay otra cosa todavia. Desde 1521 se acordó que en esta torre se hiciese la señal de los incendios, ó se tocase á fuego cada vez que este ocurriese. Con este objeto hay siempre y de continuo en la torre cuatro guardianes ó vigías, que se relevan como los centinelas militares; y para que el pueblo pueda descansar en su vigilancia y confiar en que no se duermen, tienen la obligacion de tocar la trompeta á cada hora. De forma que entre la trompeta y las campanas y las campanas y la trompeta es una gloria el ruido y la alegria musical de torre que divierte los oídos á todas horas en Brujas.

El obispo y los canónigos.

Pasamos por la plaza mayor; vimos la casa que habitó Cárlos II de Inglaterra en su emigracion, de la cual no ha quedado mas que la fachada, que se distingue de los demás edificios en su color oscuro y en sus ventanas góticas; y á los pocos minutos nos hallábamos en la Catedral, que nada notable tiene por fuera. Serian las tres y media de la tarde, y estaban en vísperas. La prohibicion de pasear durante los oficios nos hizo asistir á estos con mas devocion, y tambien nos proporcionó observar mas despacio sus ceremonias.

He notado que por aquellos países son los Obispos mas asistentes á los templos que en la España católica: no sé en qué consistirá. El de Brujas era un anciano venerable; sus vestiduras ni iguales ni muy diferentes de las de los nuestros. Los canónigos Brugenses llevan una muceta de piel, sino de chinchilla, bastante parecida á lo menos, y una especie de capilla grande semejante á las de nuestros frailes Agustinos. Si el sitio y lo sagrado de las vestiduras pudieran dejar duda de que aquello era una ceremonia religiosa, hubiera creído que tanto el Obispo como los capellanes, acólitos y demas sirvientes iban de baile, ó de visita, porque ni el mas esmerado elegante parisien pudiera gastar un guante blanco mas ajustado y mas fino que los que en sus manos dejaban ver aquellos ministros del altar. No tube quien me explicára la razón de ir tan de punta en blanco.

Hay en la Catedral de Brujas muchas y muy buenas pinturas, como que estamos en el centro de la escuela flamenca. En el coro se ven suspendidas las armas de los caballeros del *Toison de oro*, que asistieron al primer capítulo que en ella celebró *Felipe el Bueno*.— «Dígame vd., le pregunté á un sacristan despues de concluidos los oficios; ¿me hará vd. el gusto de decir qué es lo que encierra esa caja colocada sobre el altar de esa capilla?— Si señor, contiene los huesos de *Cárlos el Bueno*, Conde de Flandes, que fue asesinado en la antigua iglesia de San Donato.— Señor, me dijo oyendo esto

Tirabeque; por aqui ha habido muchos Condes y Príncipes *Buenos*, pero con toda su bondad los han asesinado en las iglesias.— Verdad es, Pelegrin, pero sin que esto sea aplaudir el hecho, ni creer que aquellos Príncipes fueran malos, en esto de los dictados y sobrenombres con que se bautiza á Reyes y Príncipes, suele haber mucho de *santo nombre en vano.* »

Pero otro templo nos aguarda que tiene mas que ver que la catedral.

Nuestra señora y su Gallo.

No siempre la idea del gallo ha de venir asociada á la de Cristo por aquello de la pasion: alguna vez ha de estar en relaciones con su santísima madre.

Es el caso que la iglesia de *nuestra Señora de Brujas* tiene una elevadísima torre, tan elevada que sirve de punto de direccion á los navegantes en el mar, á pesar de estar tres ó cuatro leguas apartada de la costa. Por cierto que tiene una lijera inclinacion hácia el sur, no tanta como la *Torre Nueva* de Zaragoza, pero lo bastante para que costára la vida al arquitecto constructor, que desesperado de haber cometido esta falta, dicen que se precipitó de lo alto de la torre, y no habiendo estado Dios de humor de hacer con él un milagro, cayó de modo que no volvió á hacer mas torres ni derechas ni torcidas, y

su cuerpo descansa en la misma iglesia bajo una vieja lápida de piedra azul.

Pues bien, sobre la flecha ó aguja de esta torre se colocó en 1711 una veleta en forma de *gallo*, de 15 pies de longitud, con una cruz de hierro de la misma altura. Cuéntase pues que un carpintero de Brujas llamado *Stevens*, conocido por su valor é intrepidez, se halló ausente de la ciudad al tiempo que se ejecutó este trabajo. Cuando regresó, sus compañeros empezaron á bromearle achacando la ausencia á miedo de que le hubieran encargado la arriesgada operacion de colocar el *Gallo*.

Picado el buen *Stevens* de las chufletas de sus amigos, determinó darles un solemne mentís. Y un dia, despues de encomendar su alma á Dios y de encarar á su muger que rogára por él, toma un manojó de cuerdas, se encamina á la torre, y sube hasta su última abertura, distante todavia 45 pies de la veleta. Cíñese las cuerdas al rededor del cuerpo, las va atando sucesivamente á las puntas salientes del canastillo que formaban las guarniciones de la aguja, y de este modo se encaramó hasta sentar el pie sobre la base de la veleta. Todavia no basta esto á su audacia; aspira á dominar el *gallo*, y llega en efecto á ponerse á caballo sobre el ave gigantesca.

A este tiempo cambia al aire; la veleta describe rápidamente un inmenso círculo, y el pobre carpintero se cree ya volando por los espacios. A pesar de esto no pierde la serenidad. Aguarda con fröscura á que cese el viento para prepararse á descender.

Pero el viento arrecia. El pueblo se apercibe del suceso; ve al pobre *Stevens* batallando con la ventisca allá en las nubes, y empieza á dirigir votos y oraciones al Dios de las alturas para que le dé un descenso feliz. Efectivamente, fuese su sangre fría, ó fuese que Dios quiso demostrar hasta donde llegaba su omnipotencia con un carpintero temerario, lo cierto es que tuvo la fortuna de ganar otra vez la tronera de donde habia salido; baja indemne de la torre, recíbele al pie de la iglesia una inmensa muchedumbre que le estaba esperando, y es llevado en triunfo y entre aclamaciones á su casa. Murió *Stevens* en 1746.

Esta es la historia del *Gallo de Nuestra Señora de Brujas*, que tambien parece cosa de brujería.

La Virgen de Miguel Angel, y las Brujas al anochecer.

Mucho y esquisito mármol, y muchas y excelentes pinturas de los mejores artistas de la escuela flamenca, es lo que en la iglesia de Nuestra Señora como en otros muchos templos de la Flandes encontrará el viagero.

Hay sin embargo en *Notre-Dame de Bruges* una alhaja digna de especial mencion, que es una estatua de la Virgen con el niño Jesus, obra del célebre Miguel Angel. La cabeza de la Virgen respira

toda la belleza italiana, belleza musculosa y atrevida, que se estraña entre las fisonomías del norte y bajo la influencia de la atmósfera flamenca. El niño tiene una espresion delicadísima y encantadora. Las manos de las dos figuras son admirables, y los vestidos de la Virgen están ejecutados con una delicadeza y una maestría que casi hacen dudar si aquello es tela ó es mármol. Horas enteras se lleva uno contemplando aquella virgen.

En otro altar del trascoro hay otra virgen de mármol blanco, que parece haberse puesto para que haga resaltar mas las perfecciones de la del célebre Toscano. Asi es que el curioso observador anda por un buen rato en continuo ejercicio de la segunda capilla de la nave transversal al trascoro, y del trascoro á la nave transversal, siempre comparando, y admirando siempre y cada vez mas la obra del italiano escultor.

Alli nos cogió el anochecer, y con eso tubimos ocasion de presenciar un espectáculo que no dejaba de ofrecer novedad. Al paso que la luz natural iba faltando, se iba encendiendo tal cual lámpara en la iglesia. Habia muchas mugeres orando, esparcidas acá y allá por las naves. Las Brugenses usan un manto negro, especie de capuchon de paño con que se cubren hasta la cabeza. Para orar se arro-dillan sobre las sillas, reclinándose ó apoyándose sobre su respaldo, y de consiguiente sin tocar al suelo. A la escasa luz de las lámparas se divisaban por todo lo largo de aquellas vastas naves multitud

de bultos negros que semejaban otras tantas apariciones fantásticas y aéreas; á lo cual añadido el misterioso silencio que en todo el templo reinaba, solo interrumpido por nuestros pasos que resonaban en aquellas bóvedas sombrías, daba á la iglesia un aspecto imponente y sublime.—Señor, me decía el buen Pelegrin, ahora si que me parecen todas estas hermanas brujas de verdad.—¿Y quién te ha dicho á tí, le repliqué, que las brujas visten de negro? Admirémos la devoción de estas gentes, é imitémoslas haciendo también oración.» Y en efecto, nos pusimos á orar por algunos minutos.

Carlos el Temerario.

Ya nos habían informado que en aquel templo se hallaban las tumbas de *Carlos el Temerario* y de su hija la *Archiduquesa María*, y aun las habíamos visto por fuera de la reja en la capilla contigua á la sacristía cubiertas con dos cajas de madera. Monumentos eran estos que yo no hubiera dejado de ver á cualquiera costa.

Aun se divisaba luz en la sacristía, y nos dirigimos allá. No estaba el capellán que tenía las llaves de la capilla, y aun nos manifestaron los sacristanes la dificultad de que nos fueron enseñadas las tumbas de noche. Pero esta dificultad no desesperaba yo de vencerla con el conocimiento que del valor de

los francos me habían hecho adquirir ya los viajes, y pedí las señas de la casa del capellan. Dadas que me fueron, me dediqué á buscarle; pero no estaba en casa. A la media hora envié á Pelegrin, y tampoco. Pero yo tenia capricho de ver aquella noche la tumba de *Carlos el Temerario*, y me empeñé en obrar á lo temerario ó á lo aragonés: al cuarto de hora volví yo mismo á su casa, y tube la fortuna de encontrar al capellan clavígero. Le manifesté mi objeto, me puso las dificultades que yo esperaba, y las vencí tambien por el medio que esperaba.

Salimos juntos en direccion de Nuestra Señora, entramos en la sacristia, manda encender luces, y étenos en la capilla de *Cárlos el Temerario* con un numeroso acompañamiento de antorchas y sacristanes. Alzanse las cubiertas, y se presentan á nuestros ojos los dos magníficos mausoléos. No digo cinco francos, sino cincuenta hubiera dado de buena gana por ver aquellos soberbios sepuleros. Ambos son de bronce dorado. «Ved, nos dijo el capellan; esta estátua de cobre dorado á fuego, que representa una hermosa jóven acostada sobre su tumba, las manos juntas y los pies apoyados sobre dos perritos, es la *archiduquesa Maria*. Ella murió el 27 de marzo de 1482 de edad de 25 años. Habia salido á caza de garzas reales á las inmediaciones de Brujas, se le desbocó el caballo, y la estrelló contra un arbol. Se hallaba en cinta: el pudor la retrajo de declarar su mal, y una fiebre ardiente seguida de la gangrena la llevó al sepulcro con universal amargura de

todos sus súbditos que la adoraban. Este monumento escede á cuanto se conoce en su género: ¡desgracia que no haya llegado á nosotros el nombre del autor! La lápida en que descansa la estatua es de piedra de toque.

«Ved estas figuritas cinceladas que rodean la tumba: reparad su espresion: ¡Oh! ellas parece que están animadas. Los ramos que sostienen, y de los cuales veis que uno sube y otro baja, son el árbol genealógico de los ascendientes paternos y maternos de la princesa, cada uno con su escudo de esmalte.

«Esta otra es la de su padre *Carlos el Temerario*, muerto en la batalla de Nancy contra Renato duque de Lorena. Su descendiente el emperador Carlos V. hizo trasladar sus cenizas que reposaban en la iglesia de San Jorge de Nancy, y Felipe II de España mandó construir para ellas una tumba semejante á la de su hija. Ved pues su estatua; separados estan su casco y sus manoplas; tomadlas en la mano si gustais.

«Reconozco, le dije, en su semblante el caracter violento del guerrero; los rasgos de su fisionomia me revelan al implacable enemigo de Luis XI, al terror de la Francia, al atrevido, al fiero, al temerario Borgoñon.» «Y agolpáronse segudamente en mi imaginacion las amorosas escenas y estrañas aventuras de *Carlos el Temerario* entre las negras rocas y espesos bosques de la antigua Helvecia, que tan bellamente nos pinta la florida pluma del vizconde de Arlincourt en su *Solitario del Monte Salvage*. Ya

me representaba al ilustre muerto cuando en el silencio de la noche seguía los pasos á la hermosa y tierna Elodía por los callados claustros de la abadía solitaria de Underlach. Ya me parecía estar oyendo su voz cuando con fatídico y misterioso acento le decia: «Huye, tierna flor del valle: es contagioso mi aliento y precursora de la muerte mi presencia. Paloma del monasterio, guárdate del *Pico terrible*; huye del *Monte Salvage*.» Ya me figuraba estarle viendo en el sotillo mortuorio de Herstatt, con el manto trapeado como la vestidura de los Césares, batiendo su desgreñado cabello sobre su frente varonil y descubierta, recostado en el árbol de los mausoléos. Ya recordaba los pavorosos avisos de la *Fantasma sangrienta* y las sombrías apariciones del *Osario de Morat*, y ya en fin me representaba á la tímida vírgen de la Helvecia arrodillada ante las aras de la capilla de Underlach, al tiempo de ir á enlazar su mano pura como la inocencia con la mano ensangrentada del terrible guerrero; y parecia resonar en mis oidos el zumbido estrepitoso del rayo mezclado con las terrorosas palabras del padre Anselmo: «Asesino de San Mauro! ¿Cómo te atreves á presentar en el altar del señor tu ensangrentada mano á la hija de tu víctima? ¡Sacrilego guerrero! escucha, ¿no oyes los gritos de todos los religiosos de este monasterio degollados en el *Pico terrible*? Elevo aqui mi voz delante del Eterno: ¡sea anatematizado el hombre criminoso, sanguinario conquistador, asesino, sacrilego é impío! Caiga so-

bre *Cárlos el Temerario* el anatema! el anatema!»

Como hubiese advertido una inscripcion que en derredor del sepulcro habia, supliqué al capellan me permitiese copiarla.—«Os costará trabajo leerla, me dijo, por estar en caractéres góticos harto complicados; si gustais, yo os la iré notando, y vos la podreis escribir.» Asi lo hice, y hé aqui tal como la copié en mi cartera, traducida al español. Se conoce que no la habia puesto el P. Anselmo.

«Aqui yace el muy alto, muy poderoso y magnánimo príncipe Carlos, Duque de Borgoña, de Lothricke, del Brabante, de Limbourg, de Luxembourg y de Gueldres, conde de Flandes, de Artois, de Borgoña, palatino de Henao, de Holanda, de Zelandia, de Namur, de Zutphen, marques del Santo Imperio, señor de Frisia, de Salins y de Malinas, el cual estando grandemente dotado de fuerzas, de constancia y de magnanimidad, prosperó largo tiempo en altas empresas, batallas y victorias, tanto en Mont-le-Hery, en Normandia, en Artois, en Lieja, como en otras partes, hasta que la fortuna volviéndole la espalda le oprimió la noche de Reyes del año 1476 delante de Nancy. Cuyo cuerpo depositado en dicho Nancy, fué despues por el muy alto, muy poderoso y muy victorioso príncipe Carlos, emperador de los Romanos, V. de este nombre, su nieto, heredero de su nombre, victorias y señoríos, trasportado a Brujas, donde el Rey Felipe de Castilla, de Leon, de Aragon, y de Navarra, hijo del dicho emperador Cárlos, le ha hecho colocar en esta tumba al lado de su hija y única heredera Maria, muger y esposa (*femme et epouse*) del muy alto y muy poderoso príncipe Maximiliano, archiduque de Austria, y despues rey y emperador de los Romanos.—Roguemos á Dios por su alma.—Amen.»

Otro semejante epitáfio tiene el sepulcro de la

Archiduquesa, que no copié por no molestar al capellan.

Cuando el Temerario de Francia, Napoleon, yendo en compañía de la Emperatriz Maria Luisa, visitó aquellas tumbas, hizo una espresion de 10.000 francos con destino al ornato de la capilla. Yo que no era Emperador, sino un pobre esclaustrado, ni iba en compañía de ninguna Emperatriz, sino de un miserable lego, no hice mas donativo que de 3 francos y 5,000 gracias al capellan por la molestia, y Tirabeque regaló tambien su par de medios francos á los sacristanes por el trabajo de habernos alumbrado, con lo cual ellos se mostraron muy contentos, y nosotros salimos no poco satisfechos de haber llevado adelante el empeño de visitar aquella noche la tumba de *Cárlos el Temerario*, y aun de haberse puesto Tirabeque una de sus manoplas, cosa que él no se habia podido imaginar jamás.

Un tesoro en un hospital.

El *Hospital* es el de *San Juan de Brujas*; el *tesoro* es una pequeña galería de pinturas que encierra, y la cual ella por sí sola merecería bien un viage desde España, no digo de parte de un profesor, sino aun de parte de un aficionado. Mucho bueno hay en aquello poco. Pero lo mejor, lo mas sobresaliente, lo esquisito son dos obras de *Hemling*, del famoso *Hem-*

ling, natural de Brujas; de aquel calavera que por su mala chola se vió obligado á sentar plaza; y que siendo soldado, por su poca aprension salió herido, y tuvo que ir á curarse al hospital de San Juan; y que despues de curado, prefiriendo el uso de los pinceles al de las armas, se las supo arreglar de manera que prolongó la convalecencia por seis años, en cuyo tiempo pagó la hospitalidad en moneda de artista, en cuadros.

— Pero vive Dios que la pagó mejor que si hubiera sido en oro puro, porque solo dos de ellos, *la Caja de Santa Ursula*, y el *Matrimonio místico de Santa Catalina* valen un potosí. El primero se enseña con mucho misterio por el guardian del hospicio, y á fé que lo merece bien. ¡Pero el segundo! Los pies de la Virgen sentada bajo un dosél, los cuales descansan sobre un tapiz, es cosa de echarles la mano para convencerse de que no son de carne y hueso. La verdad de las figuras escede á todo lo que uno pudiera esperar, y el vigor del colorido, despues de los siglos que por él han pasado, deja atrás á muchos cuadros modernos; y sin embargo *Hemling* no conoció el uso del oleo, inventado mucho tiempo despues por Van Eyck, es decir, que estos prodigios los hizo él con su mezcla de cola, goma y clara de huevo, que constituía el mordiente de sus tintas.

Nadie que entre en aquel hospital y pase por aquellos patios, ó por mejor decir, corrales, pensará encontrarse con este tesoro de pinturas.

El Capuchino español.

Nuestro conductor nos habia dado noticia de que en el convento de Capuchinos habia un padre español. Noticia era esta que no podia menos de interesar á dos religiosos españoles, y desde luego resolvimos pasar á hacer una visita al hermano compatriota, fuese él quien quisiera, que ya suponiamos sería algun emigrado carlista. En este concepto nos prevenimos haciéndonos nosotros tambien carlistas de repente, á trueque de inspirarle confianza.

Fuimos pues á Capuchinos. Nos abrió la puerta un anciano y respetable lego, con quien nos costó trabajo entendernos, porque hablaba un flamenco cerrado que daba gloria. Al fin percibió que preguntábamos por el padre español, y nos condujo á la huerta, donde en efecto se hallaba nuestro paisano con otros padres. Acercósenos este con su hábito pardo oscuro, su puntiagudo capuchon, su barba larga negra, y sus antiparras. Seria como de unos 36 años.—¿Es vd. el padre español?—Servidor de vds.; ¿y vds. lo son tambien?—Todos somos compatriotas.—¡Cuánto me alegro! Vamos á la pieza de locutorio.

Pasamos á una habitacion al lado de la portería, nos sentamos en unos bancos de madera, y comenzó este diálogo: «vd. se servirá dispensarnos esta libertad, le dije, nacida solo del deseo de saludar á un compatriota.—¡Oh! yo tengo mucho gusto en ello: ¿hace mucho que han salido vds. de España?—Algunos meses.—¿Cómo está ahora aqueilo? ¿Está

tranquilo?—Lo estaba cuando nosotros hemos salido de allá; pero ahora con motivo de los sucesos de octubre suponemos que se habrán inquietado un poco los ánimos. ¿Y vd. hace mucho que falta de España?—Como año y medio.—¿Pues cómo ha sido (si puedo permitirme esta pregunta) el haber tomado el hábito en esta casa?—Yo era ya capuchino: entré con otros prisioneros en Francia, estube en varios depósitos, recibíamos mal trato, y últimamente nos faltaron los recursos: tube noticia de que en este convento me darían entrada, y en efecto, me felicito de la determinacion, porque me hallo bien y bastante considerado.»

Al oír esto empezó Tirabeque á tirarme del gabán, como queriendo decirme que no nos habíamos equivocado en suponerle carlista, y tratando él ya de lucirse le dijo: «pues nosotros nos acogimos al indulto.—¡Hola! ¿vds. tambien estuvieron en el ejército carlista? ¿En qué país?—En Navarra.—Navarro soy yo tambien: ¿puedo saber la gracia de vds.?—Nuestros nombres (me anticipé yo á decir porque no me lo echára á perder Tirabeque) son Diego Lopez y Fernando Perez.—No conozco esos nombres.—No es fácil, repuso Pelegrin: entre tantos.... ¿Y qué tal se come en este convento?—Bastante bien.—Y á los legos ¿qué tal les va?—Tambien perfectamente. Pero aseguro á vds. que desearía en el alma volver á España. Si supiera que me habrian de dejar vivir tranquilamente en un rincon en cualquier país, por distante que estubiese del mio,

con la mejor voluntad dejaría este convento á trueque de vivir en mi patria, aunque fuese con la mayor estrechez.—¿Y qué noticias tiene vd. (le preguntó Tirabeque) de nuestro general Cabrera?—¡Oh! Cabrera! respondió como disgustado: ni le he conocido nunca, ni quiero saber nada de él. Protesto á vds. que estoy desengañado, y que mi único anhelo sería volver á España, y vivir retirado sin oír hablar de política.»

Entonces yo temiendo que Tirabeque llevara demasiado adelante la ficción del carlismo, mudé de conversacion, y le pregunté si habia muchos religiosos en el convento.—Somos 22, me dijo.—¿Y hay muchas comunidades religiosas en el pais?—Bastantes; y se van aumentando cada día. Solo en Brujas ha de haber ya 26: 22 de mugeres y 4 de hombres.»

Hice por cortar el diálogo y la visita, alegando la premura del tiempo. Nos despedimos pues del hermano Capuchino, haciéndonos mútuos y expresivos ofrecimientos, y salimos de allí, no sin reprehender á Tirabeque por la imprudencia de sus preguntas, y llevando una prueba mas de la influencia del amor patrio y de la decadencia de la causa carlista.

Entramos en el hotel, dispusimos nuestras maletas, pedimos la cuenta del gasto, que por mas señas fué la mas módica de toda la expedicion, y aun pudiera calificarse de escesivamente barata, y á la media hora ya estábamos fuera de Brujas.

OSTENDE.

En otra media hora nos pusimos en OSTENDE, bello puerto de mar, distante de aquella ciudad 4 ó 5 leguas, y celeberrimo en los fastos de las guerras españolas. Digo celeberrimo, porque bien merece serlo un pueblo que sostuvo uno de los sitios mas famosos de que habla la historia: sitio que comenzó en 5 de Julio de 1661 contra las tropas españolas mandadas por *Ambrosio Espínola*, el mas acreditado general de la época, y duró hasta el 22 de setiembre de 1664 (3 años y 77 dias). La ciudad se rindió por capitulacion, habiendo perdido los sitiados 50,000 hombres, y acaso mas los sitiadores. Se cuenta que el ruido del cañon se hacía sentir en Londres.

Hoy *Ostende* es una poblacion de 15,000 habitantes, modernamente fortificada, de bellissimo aspecto, con calles anchas, limpias y bien empedradas, y vistosos edificios, entre los cuales sobresale el Casino, que sirve tambien de salon de baile.

Alojámonos en el hotel *de los Baños* (que por cierto son de mucho nombre los baños de mar de *Ostende*), y al instante empezamos á conocer que nos hallábamnos en un pueblo que sostiene fáciles y frecuentes comunicaciones con la Inglaterra. Nuestro recibimiento ya fué bastante inglés, el almuerzo mas inglés todavia, y el precio inglés enteramente: en las 4 ó 5 leguas que hay de Brujas á Ostende parecía que habiamos andado 40 ó 50 por lo menos. Pedimos un guía y un coche, y el guia era tambien

inglés; el coche se nombraba *el Vigilante num 6*; lo tengo bien presente, porque nos fué cobrado el carruaje muy á la inglesa.

La muralla del muelle constituye un hermoso paseo, pero la entrada del puerto es muy mediana: casi siempre que hay temporal se experimentan en *Ostende* sus desastrosos efectos. A pesar de esto y de la estrecha empalizada que forma la bahía, y de las barras y bancos movibles de arena, y de otros muchos defectos que tiene contra sí, como que *Ostende* es el único verdadero puerto de mar de la Bélgica no deja de ser frecuentado de embarcaciones de todos paises, formas y tamaños: á lo que contribuye la comunicacion en que el camino de hierro le pone con el interior del país y con el Rhin. Hay un faro á la entrada del puerto y otro sobre el muelle. En este se hallan siempre de venta infinidad de cajitas, escapates, templitos, y otros curiosos artefactos hechos de mariscos, de que tubimos el gusto de traer tambien algunas muestras á España.

Visitados sus dos grandes estanques, su jardin público, sus hospicios, sus cuarteles, y sus fábricas de encajes, de cordeleria, de tabaco y de velámen, salieron nuestras dos humanidades españolas á las 12 y 19 minutos del siguiente dia, y metidos en el coche-vapor entre una colonia de ingleses, llegamos á Amberes á las 5 y 19 minutos de la tarde, despues de haber vuelto á pasar por Brujas, deteniéndonos un cuarto de hora en Gante, y media hora larga en la consabida Malinas.

AMBERES.

Su fundacion, historia y topografía.

Con harta y sobrada razon me punzaba, á mi Fr. Gerundio, el deseo, la curiosidad, y hasta la comencion de visitar la ciudad de AMBERES. Y bien justificó el resultado la impaciencia en que yo pasé la primera noche en el hotel *del Gran Labrador* plaza de *Meir*. Recomendábame Tirabeque desde la cama la belleza de las jóvenes patronas, la obsequiosidad de los *garzones*, y el buen gusto de los panecillos, especie de bollos de leche y huevo, que á la mesa nos habian presentado en lugar de pan: mas aunque las camas no eran tan régias como las de Bruselas y Gante, él se me quedó dormido como un cachorro con la palabra y los panecillos en la boca, y yo proseguí un buen espacio desvelado por la impaciencia y aun por el presentimiento de que habria de felicitar me de visitar la antigua *Autwerpia* de los latinos y la patria de *Rubens* y de *Van Dyck*.

Asi fué que al dia siguiente á primera hora, provisto del competente *commissionaire*, que era un atento Belga como de 50 años, muy decentemente portado, y sobre todo instruido y conocedor de la historia antigua y moderna de *Amberes*, salimos á lo que se llama *faire un tour* por la ciudad.

Las manos cortadas. Por signo de mal agüero tubo Tirabeque el encontrar por armas de la ciudad un castillo con dos manos cortadas encima.—«Se-

ñor, me dijo, sería de parecer que nos detuviéramos poco en este pueblo, porque tengo para mí que hemos de estar entre gente de malas mañas.» Yo también estrañé la singularidad de semejante blason, y sobre su significado pedí esplicaciones al *commissionaire*, el cual me satisfizo diciendo:

«Señores, es tradicion muy acreditada en el pais que allá en tiempos antiguos vivia á las orillas del Escalda un monstruoso gigante que con una cadena de hierro tendida de uno á otro margen del rio aprisionaba á cuantos al pasar se negaban á pagarle un tributo, les cortaba las manos, y en seguida los arrojaba al rio. De aqui se cree se derivó el nombre de *Han-Werpen*, como se llamaba antes la ciudad, que quiere decir en flamenco *mano arrojada*. De aqui el haber adoptado la ciudad las armas que vds. están viendo, y de aqui tambien la costumbre, que de tiempo inmemorial se conserva, de pasear por la ciudad en las procesiones solemnes al *gigante Antigono* arrastrando en pos de sí algunos cautivos con las manos cortadas.—¿Y hay algun valenton en el pueblo que se atreva á sugetar al gigante, y aun á cargar con él teniendo tan mal genio?—Es en estatua como se lleva, Sr. Tirabeque.—Eso es otra cosa: pero de todos modos paréceme que las fechorias que vd. nos cuenta del Sr. Gigante no eran méritos para tantos honores (1).»

(1) Otros opinan que la etimología de Amberes viene de *Aend-werp*, que significa *delante del rio*. En materia de etimologías siempre ha habido *libertad de imprenta*.

Vicisitudes. Con este motivo pedí á nuestro *Mr. Henri*, que así se llamaba el *commissionaire*, noticias históricas acerca de la ciudad; y con un desparpajo, que ya picaba en relacion de carretilla, me la traspasó en dos paletas del dominio de los romanos al de los lombardos, de estos á los francos, de los francos á los loreneses, de los loreneses á los condes de Flandes, de estos á los monarcas españoles, y de aquí á los alemanes, franceses, holandeses, y belgas. En cuyas vicisitudes percibí que jugaban los nombres de Godofredo de Bullon, de Carlos V. y Felipe II, del Duque de Parma y el de Malboroug, y que nombraba sitios y asaltos, guerras de religion, incendios y degüellos, el tratado de *ja Barrera*, la paz de *Aquisgran*, la capitulacion francesa, el tratado de la *Haya*, y sobre todo las sangrientas escenas y horrorosas mortandades que decía haber causado las tropas españolas en sus diferentes asaltos y ocupaciones; lo cual movió á Tirabeque á interrumpirle diciendo: «sí, sí, cargue vd. ahí la mano, Sr. Comisionista, que como les manden á vds. quitar el pellejo á los españoles...— Oh! perdon! yo no hago sino contar lo que he leído en la historia.—Lo creo muy bien, pero las historias de vds., en llegando al punto de los españoles, ya saben aumentar hasta veinte los escesos que podrian ser como tres; sí, sí, hacen vds. bien, aquí que no peco.»

Poblacion y figura. La poblacion de *Amberes* en el dia será de unas 80.000 almas: su figura es la de

un arco estendido cuya cuerda la forma el *Elcalda*, que tiene delante de la ciudad 180 varas de ancho por 15 de profundidad, y que internándose hasta el corazon del pueblo permite la entrada de buques de alto bordo hasta sus mismas plazas, estacionándose en el *grand bassin*, puerto, estanque ó bahía mandado construir por Napoleon.

Aunque distante todavía el Escalda 17 leguas de la embocadura del mar, su anchura y profundidad le hace navegable hasta de los mas grandes navíos, y convierte á *Amberes* en un verdadero puerto de mar, que es á lo que debe su importancia y prosperidad mercantil en medio de las guerras, y de las plagas, y de las visicitudes y trastornos que casi sin interrupcion la han trabajado. Y en todos tiempos *el rico comerciante de Amberes* ha hecho su correspondiente peso en las Bolsas de Europa, y en ningun tiempo ha dejado de hacer un papel muy principal en las comedias *la hija del rico comerciante de Amberes*.

Las calles son generalmente anchas, alineadas, y limpias; y el rio, y los canales, y las murallas, y la ciudadela la hacen tan fuerte como veremos después.

Recuerdos españoles.

No dábamos un paso por *Amberes* sin que Tira-
beque hiciera una exclamación de sorpresa y ale-

gría: «Señor, señor, mire vd. una casa como las de España.—Oh! sí, reponía en tono decisivo y magistrado *Mr. Henri*; aquí hay muchas casas y muchos edificios á la española: ved, todas estas son de la época y del gusto de los españoles (y señalaba precisamente á aquellas cuyas fachadas de ladrillo terminan en punta cortada en picos á manera de escalones, haciendo una especie de feston que se eleva á bastante altura de los tejados, y de cuya forma hay muchas en toda la Bélgica).—Perdone vd., *Mr. Henri*, le repliqué yo; en esto padece vd. un error grave, y le padecen vds. todos los belgas, incluso los historiadores y los autores de Guías. Estoy cansado de oír decirme en todas partes, señalándome las casas de esta figura: «he ahí el gusto arquitectónico que se conserva todavía de los españoles;» porque ha de saber vd. y todos los belgas, que nunca los españoles hemos edificado por este estilo; que las casas de fisonomía propiamente española son estas de puerta de arco, de rejas bajas y salientes, de escudos de armas y empresas nobiliarias con inscripciones latinas etc.

«Si señor, interrumpió Tirabeque; tiene razon el amo; y vds. cuando hablan de España dan por las paredes; ó por mejor decir, ni aun por las paredes saben vds. dar, porque las paredes españolas son estas de mampostería con estos nichos para colocar un santico, y con estas celosias, que pareceme estar viendo á un canónigo de Toledo ó de Valladolid salir por esta puerta; y tambien estos balconcillos de madera, que

¡cuántas veces he visto al ama del cura de mi lugar asomada á un balconcico como este! Y aun el amo se acordará acaso mejor que yo que la casa del mayoralgo de Campazas era al simil de la que se ve allí en aquel rincon, con su mirador y todo como aquella.»

El guía callaba como un muerto; y asi fuimos andando, y cotejando entre nosotros el sabor á es- pañolismo antiguo de aquellas casas con el gusto y elegancia moderna de las de la inmensa mayoría de la poblacion, hasta llegar al *gran puerto* de Napo- leon, precisamente tan á tiempo, que se estaba ha- ciendo el desembarque de una gran porcion de ca- jas de pasa de Málaga aportadas por un bergantin mercante holandés. Estraordinaria fué la alegría de Tirabeque al encontrarse con aquella mercancía nacional. «Señor, ¿cómo habia yo de pensar en hallar aqui *recuerdos de Málaga?*» Y se empeña- ba en hacer la recomendacion mas brillante del gé- nero á cuantos por allí cogía á la mano. «¿A que en- tre todos los frutos del país (añadia) no tienen vds. uno que le llegue á este ni de cien leguas?»

Pero toda esta satisfaccion se le convirtió súbi- tamente en caimiento de ánimo, cuando oyó decir á *Mr. Henri*: «¿veis esta soberbia obra, este magní- fico puerto interior? Pues esto lo hizo Napoleon con operarios de los prisioneros españoles.—Ya sé, le repliqué yo, que vds. acostumbra á emitir esta idea, pero es tan equivocada y tan falsa como la de las ca- sas en punta.—Así, así, mi amo, salga vd. á los

alcances á esta gente, que sinó en todo cargan el mochuelo á los españoles.»

Por lo demas es verdaderamente admirable la obra del puerto interior de *Amberes*. Napoleon, el verdadero gigante *Antígono* que allí se ha conocido, concibió el atrevido pensamiento de hacer en medio de las calles de *Amberes* un gran puerto interior para la marina militar amás del exterior para la marina mercante. Comerciantes, ingenieros, generales, todos intentaron disuadirle del proyecto pintándosele como impracticable ó temerario. Pero á Napoleon nada le convencía y nada le arredraba. Por último recurso el conde Decrés le hizo la reflexion de que, si por un acaso posible, aunque poco probable, la Bélgica se desmembraba algun dia de la Francia, fuera una lástima consumir tan cuantiosas sumas como eran indispensables, para la construccion de un puerto enemigo. Entonces fué cuando Napoleon soltó aquellas célebres palabras. «*La Bélgica no puede pertenecer nunca sino á un enemigo de los ingleses.*» Esto le bastaba.

Napoleon lo habia resuelto, y el puerto se hizo; porque Napoleon era hombre de: «*dixit et facta sunt.*» Al año se votaron ya al agua cuatro corbetas de guerra. En 1803 los Amberinos no tenian un buque propio: en 1807 diez navíos de línea se estaban construyendo en *Amberes*: en 1813 se habian votado al agua 30 navíos, uno de tres puentes y de 120 cañones, dos de 80, los demas de 74, y tres fragatas de guerra.

Allí tuvimos el gusto de ver y aun de visitar la hermosa fragata-vapor de guerra *British-Queen*, que el gobierno belga compró á los ingleses el año pasado, y cuya compra tan acalorados debates suscitó despues en las cámaras.

La ciudadela.

No sé si habra español, y aun europeo de edad de entrar en quinta, en cuyos tímpanos no haya sonado alguna vez el nombre de *la ciudadela de Amberes* desde los sucesos militares holando-franco-belgas de 1832. Por mi parte confieso que no veia llegado el momento de visitar la ciudadela de Amberes, y en consecuencia fue de lo primero que traté tan luego como me ví en aquella ciudad. Las diligencias del permiso, el regular paseo que la separa de la poblacion, todo se andubo sin pereza, y poco tardamos en estar á la vista del centinela, que era un flamenco mas cerrado que la ciudadela misma.

La de Amberes, como casi todas las ciudadelas, consiste en un recinto formado por cinco frentes de fortificaciones, ó sea un pentágono regular, cuyos dos lados miran al campo, otro al Escalda, otro á la ciudad, y otro á los fuertes de ésta que está destinado á proteger. Sepárala del rio un pequeño dique con una esclusa que facilita la introduccion de sus aguas en los fosos: otras dos esclusas construi-

das de cada lado de la plaza de armas proporcionan hacer salir ó entrar el agua en la direccion que se quiera, y por este medio se puede mantener en el foso una corriente viva, honda, é inagotable.

Fundóla el famoso duque de Alba *don Fernando Alvarez de Toledo* en 1568 para mantener siempre en respeto á los indómitos Amberinos. Y es curioso para un español encontrar todavía los baluartes señalados y conocidos con nombres espalones, pues el bastion número 1.º se llama el bastion *Hernando* (este es el que mira á la esplanada de la ciudadela;) el número 2.º el bastion de *Toledo*; el 3.º el bastion *Paciotto* (nombre del ingeniero director;) el 4.º el bastion de *Alba*; y el 5.º el bastion del *Duque*.

Yo hubiera deseado tener allí los periódicos del año 32, ó bien la obrita titulada *Descripcion histórica y topográfica de Amberes*, para enterarme sobre el terreno de todas las circunstancias de aquel memorable sitio. Pero afortunadamente tropecé con un oficial de la plaza tan instruido como atento, que se ofreció á guiarme é informarme de todo: y hé aqui el resumen de nuestra conversacion.

«Vos sabreis, me dijo, que los belgas en la revolucion del año 30 nos apoderamos de la ciudad ocupada por los holandeses, que desde el año 15 dominaban el pais.—En efecto, y tambien sé que las tropas holandesas al mando del general *Chassé* se refugiaron á la ciudadela.—Pues bien, cada ejército se fortificó cuanto pudo en su respectiva posicion: la ciudad hubiera podido ser hostilizada y ofendida,

pero no tomada, porque nosotros la llegamos á coronar con 400 piezas de cañon. En este estado de mútuo respeto permanecieron las cosas hasta el año 32, en que los gabinetes de Paris y Londres acordaron arrojar de la ciudadela á los holandeses á viva fuerza. A consecuencia de esta resolucion fué cuando el 28 de noviembre del mismo año ocupó la ciudad un ejército francés de 65,000 hombres á las órdenes del mariscal *Gerard*, y hallándose á las cabezas de sus divisiones los duques de *Orleans* y de *Nemours*.

«Los franceses (continuó) emprendieron los trabajos de aproximacion contra la ciudadela en medio de un horroroso temporal de lluvias. Otra lluvia de fuego los estuvo acosando desde el 30 á la media noche, dirigida de la ciudadela. Luchando contra estas dos lluvias continuaban los franceses en silencio sus trabajos. Hasta que el 4 de diciembre rompieron estos por su parte el fuego; fuego que duró por espacio de 19 dias con tan horrible vigor, que hombres y edificios se veian acribillados á balazos; el peso de las bombas aplanaba ya el piso de las plataformas; reparad, aun se nota el piso hundido en algunos puntos.—¿Pero está seguro, señor oficial? le preguntó Tirabeque.—No tengas cuidado, le respondí, que no te hundes. Y deja á este caballero que prosiga.

«El dia 22 (prosiguió) todas las baterías francesas y belgas, junto con las lanchas cañoneras que enfilaban á los fuertes, todas jugaban á un tiempo ha-

ciendo un fuego tan horroroso, que se calcula en 20,000 bombas las que arrojaron á la ciudadela, y en 54,000 ademas los disparos de cañon: ni un edificio les quedaba ya en pié á los sitiados en que albergarse, ni un palmo de terreno en la plaza que no estubiese cubierto de proyectiles; sin víveres, sin medios de defensa, fatigada, exánime, mutilada la guarnicion, asaltada la luneta de San Lorenzo, sin esperanza de socorro... al tiempo que los franceses iban á dar el asalto general al siguiente dia 23, se enarboló la bandera de capitulacion, y dos oficiales holandeses se presentáron como parlamentarios en el campo francés.

«Asi terminó aquella breve pero sangrienta campaña: el 24 entregó las armas la guarnicion en número de 5,000 hombres; posesionáronse de la ciudadela los franceses, y el 31 la entregaron á los belgas llevando ellos á París las banderas holandesas en testimonio de su conquista.—Recuerdo varias de esas circunstancias, le dije, y tambien algunas escenas sublimes que entre los valientes de una y otra parte tuvieron lugar. Por egemplo la del oficial que al tiempo de entregar la espada al vencedor hizo ademán de romperla con desesperacion, y á quien dijo el oficial francés: tened; sé que sois un valiente, y mereceis conservarla!» ¡La tierna escena entre los generales *Gerard y Chassé*! Ah! ellos eran dos bravos guerreros! El general *Chassé* habia hecho la guerra en España.—Señor, exclamó súbitamente Tirabeque, eso ya se me figuraba á mí. Cuan-

do les he oído ávds. contar esas cosas, estaba yo diciendo: «ese general tan valiente por fuerza estuvo en España: ¡sobre que yo no sé que tiene aquella tierra!.... (1).»

Temiendo á Tirabeque si le dejaba proseguir, me despedí del atento oficial dándole las gracias por su amabilidad, y salimos de la ciudadela, no sin volver la vista muchas veces, como quien no se ha saciado de ver aquellos al parecer inespugnables baluartes.

La catedral y sus adherentes.

Una obra de filigrana, alta, atrevida, esbelta y ligera, habia arrebatado nuestras miradas desde lejos. Y al modo que cuando se divisa el lujoso y elegante prendido de una jóven que pasea orgullosa, dominando con su enhiesta cabeza á las de la muchedumbre que la circunda, corren presurosos los jóvenes aguijados del deseo de averiguar si la hermosura del rostro corresponde al soberbio continente, así corrimos nosotros avivados de la curiosidad de

(1) El general *Chassé* era vulgarmente conocido por el general *Bayoneta*, en razón á lo aficionado y á lo inteligente y temible que era en las cargas de esta arma. Se halló en las batallas de Talavera, de Ocaña, y en casi todas las mas reñidas, distinguiéndose siempre por su valor y serenidad.

contemplar de cerca á la que de tal modo se ostentaba reina de la poblacion.

Pero si de lejos nos habia admirado su esbelteza, de cerca puedo decir que nos encantó su hermosura. Esta elegante y bella dama era la torre de la catedral de Amberes; torre que á semejanza de las verdaderas bellezas pierde siempre que la retrata el pincel. El arquitecto Amélio sobrepujó en una obra de piedra á cuanto un diestro dibujante pudiera hacer con el lapiz. Su cabeza es filarmónica en sumo grado, pues tiene un *carillon* nada menos que de 99 campanas, una de las cuales necesita la cooperacion de 16 hombres para tañirla, y cuyo padrinio de bautismo fué el emperador Carlos V. Diez y seis años hacía que se estaba restaurando la torre, y no se habia concluido la obra: esto dará bastante idea del ornato y altura de aquella incomparable torre. Tirabeque la quiso examinar con tanta atencion, que á fuerza de conservar una posicion supina se le envaró y entumeció el cuello en tales términos que no podia ya doblar la cabeza, y no la bajó sin experimentar fuertes y agudos dolores en el cerebelo y en los cartílagos del garguero y de la traquiarteria.

—¿Quiéren vds. ver, nos preguntó *Mr. Henri*, los milagros que obra el deseo de casarse? Pues lean vds. al pie de la torre el epitáfio de *Quentin Metsys*, y el verso latino que le sigue:

«Connubia lis amor de Mulcibre fecit Apellem.»

—¿Y que quiere decir eso, mi amo? me pregun-

tó Tirabeque, que yo el latin de esta tierra no lo entiendo muy bien.—Quiere decir, que el deseo de casarse hizo á este tal *Quintin Metsys* de simple herrero que era, un Apeles; esto es, un insigne pintor.—En efecto, añadió el guia; *Quintin Metsys* amaba una hermosa jóven; mas cuando la pidió en matrimonio, su padre le puso por condicion que para alcanzar la mano de su hija habia de reemplazar las tenazas con los pinceles. *Quintin* aceptó la condicion, abandonó el yunque, tomó la paleta, y habiéndose hecho un pintor sobresaliente, llegó á obtener la mano de su amada. En la plaza veremos despues un pozo cuyos ornamentos de hierro, trabajados á martillo y sin lima, fueron obra de *Quintin Metsys*; y dentro de la catedral veremos sus obras como pintor.—Hizo grandemente el señor *Quintin*, replicó Tirabeque; conoció que mientras fuera herrero todo lo que hiciera por casarse con la muchacha habia de ser *machacar en hierro frio*, y tomó otro rumbo.»

Entramos pues en aquel suntuoso y magnífico templo: nueve naves laterales de 230 arcos abovedados sostenidos por 125 columnas sirven como de cortejo á la anchurosa y vastísima nave principal. «En toda esta longitud, nos dijo *Mr. Henri*, habia 32 altares de mármol con ricos adornos y preciosas pinturas: contábanse 100 candelabros y cuatro antealtares de plata maciza; todo desapareció en tiempo de la revolucion por obra y gracia de Robespierre. ¿Veís el altar mayor, que es de mármol? Pues

podeis comprarle si gustais, porque está de venta. —¡Cómo de venta! ¿Pues tan pobre está la catedral que necesita enagenar á precio de dinero sus altares?—Al contrario; se trata de sustituirle otro de mas valor. Reparad que es del gusto moderno, y no hace buen juego con los demas que son del estilo antiguo.

«Pero nada de esto repareis: venid conmigo, y os enseñaré el *non plus ultra* de los cuadros de pintura de la escuela flamenca, la obra maestra del mas célebre de los artistas del país, el *Descendimiento de RUBENS.*»

Dirigióse *Mr. Henri* hácia la sacristía, y á los dos minutos volvió acompañado de un capellan, que armado de una larguísima vara con punta de horquilla dió principio á abrir los postigos ó portezuelas del rey de los cuadros. No diré que el primer golpe de vista fuera el que me causára mas admiracion, nó: la admiracion iba creciendo gradualmente segun que le iba contemplando; y lo que me admiraba mas era que hubiese pintores en el mundo que hiciesen viajes á Italia, y no los hicieran á Flandes. —¿Queréis saber, me dijo el capellan, la historia de este cuadro?—Con mucho gusto.

«Pues bien: RUBENS estaba para volver segunda vez á Italia, cuando á instancias de los archiduques Alberto é Isabel determinó fijarse en Amberes, y comprar aqui una casa. Hecha la adquisicion, quiso hacerse un obrador á su gusto; pero habiéndose intrusado en terreno que pertenecía á la Sociedad del

Juramento de los Arcabuceros, estos se quejaron á Rubens de la usurpacion, Rubens echó noramala á los arcabuceros, los arcabuceros le pusieron pleito, y viendo que éste llevaba trazas de encrespase, el burgomaestre de la ciudad que era al mismo tiempo gefe del Juramento y amigo de Rubens, discurreó un medio de transacion, proponiendo que Rubens por via de indemnizacion del terreno usurpado hiciese á los arcabuceros un buen cuadro que representára algun pasage de la vida de *S. Cristobal*, patron de los arcabuceros desde la invencion de la pólvora, no sé por qué. Conviniéronse todos en ello. Pero Rubens no hallando en la historia de *San Cristobal* un pasage acomodado á sus ideas del momento, tomó ocasion de la etimología del santo, *Chistophoros* en griego, que quiere decir *el que lleva á Cristo*, y dijo para sí; «pues hagamos un *descendimiento*, y pongamos media docena de hombrones cargando con el Cristo, que serán otros tantos *portadores de Cristo*, y de consiguiente otros tantos *Cristobalones*, y en lugar de un *S. Cristobal* daré seis á los arcabuceros, y no tendrán por qué quejarse.»

«Hízolo asi. Pero los arcabuceros que vieron el cuadro, y que asi entendian de etimologías griegas como de hacerse turcos, echaron de menos su *San Cristobal*, y pusieron el grito en el cielo y nuevo pleito á Rubens. Las contestaciones volvieron á agriarse, porque el pintor tenía mal genio y los arcabuceros no sufrian chanzas pesadas; pero el

burgomaestre, siempre conciliador, pudo reducir á Rubens á que pintára un verdadero *San Cristobal*, aunque fuese en una de las portezuelas por la parte exterior, pues por la interior estaban todas pintadas y no cabía ya el santo por mucho que su estatura rebajar quisiera. Asi lo ejecutó, dándose los arcabuceros por contentos, y es ese que veis ahí. ¿Pero no notais la figura de un *buho* en el cuadro?—Así es la verdad.—Pues ese *buho* le introdujo el pintor por burla y con alusion á la ignorancia de los arcabuceros, de lo cual ellos no se apercibieron.

«Aun os contaré (continuó el capellan) otra anécdota no menos curiosa acerca de este cuadro. Cuando Rubens estaba haciendo esta obra maestra, sucedió que un dia en que había salido de caza, sus discípulos consiguieron que el doméstico les permitiera entrar en el obrador de su maestro; y habiéndose puesto á retozar, uno de ellos empujado por los otros fue á caer sobre el cuadro, y borró el brazo de la Magdalena y la mejilla y la barba de la Virgen recientes todavía del pincel de Rubens. La consternacion fue grande, y cada uno trató de escapar: pero el doméstico, conociendo que la responsabilidad de la travesura habria de recaer sobre él: «alto aqui, señores, les dijo: de aqui nadie sale hasta que á la Magdalena se le restituya su brazo, y hasta que el rostro de la Virgen recobre su estado natural.» Los discípulos viéndose prisioneros de guerra capitularon como corderos. Se encomendó la obra al que entre ellos pasaba por el mas capaz, y el pobre mu-

chacho, todo trémulo, tomó la paleta y los pinceles de su maestro, y alentándole los compañeros trató de reparar el daño que habia causado, y lo hizo con tal perfeccion que el mismo Rubens no se apercibió de la novedad; antes bien al dia siguiente al continuar su obra se puso á contemplarla y dijo: «¡he aqui un rostro y un brazo que me salieron ayer muy bien!» El jóven á quien tocaba una parte de la satisfaccion que Rubens se atribuía á sí mismo, era *Van Dyck*.—¡Digno discípulo, dije yo, de tan buen maestro!—Pues algo de lo que él hizo, repuso Tirabeque, tambien yo lo hubiera hecho.—Qué, ¿te hubieras atrevido tú á restaurar la cara de la Virgen?—A restaurarla no señor, pero á borrarla sí.»

Nos llevó en seguida el capellan al otro lado de la nave, donde está la *Elevacion de la Cruz*, otro cuadro de Rubens, que hace juego con el *Descendimiento*. Solo RUBENS, el caprichoso y poderoso RUBENS, pudo atreverse á concebir, cuanto mas á ejecutar una obra de aquella naturaleza, y solo él acaso pudo hacer aquella cabeza de hombre-Dios, aquel rostro del Cristo en que se lee la espresion del dolor mas magestuoso y de la resignacion mas sublime que la imaginacion mas embebida en las ideas de la divinidad humana se pudiera crear.

Despues de estos dos cuadros es difícil hablar de tantas otras preciosidades artísticas como la catedral de Amberes encierra.

Santiago y Rubens.

Muchos grandiosos y lujosos templos hay en Amberes; los mármoles se disputan la prodigalidad á las pinturas de mérito: cada iglesia parece una cantería de preciosos mármoles y un museo de cuadros escogidos. Pero entre todas ellas llama principalmente la atención del viajero la de *Santiago*, tanto por ser todo su primer cuerpo y todos sus altares de mármol blanco y negro, como por hallarse en ella la capilla y sepulcro de Rubens; de Rubens que ha llegado como á destronar de la capilla á Dios y á la Virgen á quienes está consagrada. Porque todo, hasta el cuadro místico que constituye el altar y descansa sobre su mesa, todo hace allí acordarse del pintor olvidando la divinidad.

El cuadro representa *la Santa Familia*, pero *la Santa familia es la familia del pintor*. Porque Rubens bajo la imagen de Santa Marta y Santa Magdalena hizo los retratos de sus dos mugeres; el San Gerónimo es su padre, el Angel su hijo, el anciano que representa el Tiempo su abuelo, y él se retrató á sí mismo bajo la figura de San Jorge. Así es que en aquella capilla nadie hace cuenta de los santos; el curioso se acuerda de ellos solo por concomitancia; la imaginación y los ojos se fijan en la familia del pintor. Hasta una hermosa Virgen de mármol que hay sobre el altar, y que en otro sitio arrebataría la atención, como obra del famoso *Duquesnoy*, allí hace un papel desairado. Hasta un Salvador de

Van Dyck, que por ser de *Van-Dyck* merecería bien ser apreciado, allí es mirado con desden, ó acaso no se le dirige una mirada. Allí no se vé mas que á *Rubens* y su familia.

Una larga inscripcion se lee sobre la lápida de su sepulero.

Rubens y Van Dyck.

Indulgencia y perdon, lector amado, si aun me detengo en los dos célebres pintores. Estoy en la pátria de las bellas artes, y el entusiasmo de las bellas artes me arrebatá. Y qué, ¿cumpliría yo con el deber de viajero sino consagrára algunas páginas á la gloria de los inmortales artistas que ha producido Amberes? ¿No me acusariais desde vuestras tumbas, vosotros, matemático Ortelio, escultor Duquesnoy, historiador Grammaye, pintores Jordan y Crayer, David Theniers y Tomas Rombousts, y sobre todo vosotros, príncipes de la pintura de vuestro siglo, inimitables *Rubens* y *Van Dyck*?

Amberes es en Flandes lo que Sevilla es en España, la cuna de los pintores y el emporio de las pinturas. Y asi como en la ciudad del Guadalquivir hasta en la mas miserable casa se encuentra un Murillo ó un Cano, un Velazquez ó un Pacheco, un Moya ó un Castillo, asi en la ciudad del Escalda no se dá un paso sin toparse con un *Rubens* ó un *Crayer*, con un *Jordan* ó un *Van Dyck*, con un *The-*

nier ó un Van Oort. Con la diferencia que la Flandes ha sido regida por gobiernos protectores de las artes, que han sabido erigir en Amberes un museo digno de las genios que ha producido, y la Bética ha vivido bajo un gobierno que ha tenido en abandono las glorias artísticas de Sevilla, hasta ahora que sus mismos naturales por su propio impulso han levantado un museo donde depositar la inmensa riqueza que posee. Con la diferencia que los gobiernos españoles han estado y están viendo pacientemente el museo del Louvre vestido orgullosamente y engalanado con las obras de Velazquez, de Cano y de Murillo, y el gobierno belga ha hecho restituir mas que de paso á los franceses las obras de Rubens, de Van Dyck y de Theniers con que tambien tenian engalanado el Louvre. Con la diferencia que en Sevilla los nobles y el cabildo no escrupulizan, á trueque de empuñar algunos cuantos miles de pesos fuertes, en enagenar los tesoros de las artes al baron Taylor para que vaya á enriquecer con ellos las galerias de París, y el cabildo y los nobles de Amberes rechazan con indignacion las proposiciones que les hacen los franceses de cambiar sus lienzos por cofres atestados de oro, y los nobles amberinos ofrecen á la admiracion del estrangero multitud de galerias particulares que son otros tantos ricos é inapreciables museos. Sevilla pudiera ser mas que Amberes, Sevilla debiera ser mas que Amberes, pero el gobierno de España no es el gobierno de la Bélgica.

Rubens y *Van Dyck* son los dos ídolos de los Amberinos. Y bien merecen serlo tan gran maestro y tan grandiscípulo. Séame permitida una pequeña pinversion cronológica y vengamos primero al discípulo. *Van Dyck* nace á las artes, *Van Dcyk* crece en la pintura, *Van Dyck* llega á inspirar celos á *Rubens*; el maestro vé un rival en el discípulo: ¿de quién se cela mas, del pincel del discípulo, ó de su muger? No se sabe; pero puede ser bien uno y otro, porque ambos son fogosos amadores de las mugeres y de las artes.

Sin embargo los rivales se galantean con mutuas finezas; el discípulo regala al maestro un retrato de *Helena Formann* que despues vino á ser su esposa; el maestro regala al discípulo un magnífico caballo blanco árabe que habia recibido del rey de España.

El fuego de la juventud y el ardor del entusiasmo artístico hacen insoportable á *Van Dyck* la vida tranquila y sedentaria, y lleno de esperanzas y de porvenir monta en el caballo blanco y sale á correr aventuras. No tarda en encontrarlas: cerca de Bruselas tropieza con una graciosa aldeana y se enamora de ella: ¿qué le dará el pintor en precio de su cariño? Aun no posee oro ni brillantes; pero en cambio le pinta dos cuadros para la iglesia de su lugar.

En el primero representa á *San Martin* á caballo partiendo la capa con el pobre. Pero *San Martin* es el pintor, es el retrato del amante, y el caballo es su mismo caballo blanco. En el segun-

do pinta una *Santa Familia*, pero la Santa Familia es el retrato de su querida aldeana y los de su padre y su madre. Cuando la jóven amante vaya á la iglesia, á no dudar se encomendará muy devotamente á San Martín y á la Santa Familia. ¿Serán lícitas estas libertades á los pintores? ¿Entrará esto en el «*pictoribus..... quidlibet audendi semper fuit æqua potestas?*»

Parte despues *Van Dyck* á la poética Italia; iguala al Ticiano en la naturalidad de las carnes y á Pablo Veronés en la firmeza del colorido: va á Génova, á Roma y á Sicilia; vuelve á Amberes y pinta el *Cristo entre los dos ladrones*; pasa á Inglaterra; el rey Carlos I. le hace Caballero de la órden del Baño, y le dá una pension considerable. El pintor llega á adquirir todo lo que parece que pudiera desear, dinero, mesa y tren de príncipe, y una bella amante. ¿A qué aspira ya el pintor?—¿A qué aspira? A lo que aspira todo el que ve satisfechos sus caprichos: á un imposible. *Van Dyck* hace una cueva, compra crisoles, y se mete á alquimista: busca el medio de hacer oro, y no conoce que está desperdiciando en los hornos de su laboratorio arroyos de oro ganados con el pincel. El Rey le vé perder su fortuna en esperiencias insensatas y su salud en los placeres nocturnos, y le hace casarse con la hija del Lord Rut-hwen. Ya posee una de las jóvenes mas bellas, mas ricas y mas nobles de la Gran Bretaña. Pero *Van Dyck* no puede disfrutar mucho tiempo de tan loca fortuna: otras locuras han agotado sus fuerzas,

y á los seis meses no hay médicos, no hay cuidado esquisito que pueda salvar al artista: Van Dyck muere á los 42 años de edad.

Rubens es mas universal todavía: el maestro es mas hombre y mas pintor. *Rubens* se perfecciona tambien en Italia, donde se perfeccionan todos los pintores; pero *Rubens* se conquista luego un estilo propio. Como pintor, es llamado á París por Maria de Médicis, y le encarga una galería entera de cuadros para su palacio de Luxemburgo; *Rubens* pinta en 24 cuadros la vida toda de la Princesa, que son otros tantos cantos de su historia. Desde entonces todos llaman á *Rubens*, y *Rubens* no sabe á quién responder ni á qué pais acudir: todas las cofradías, todas las iglesias, todos los museos, todos los palacios y conventos quieren tener cuadros de *Rubens*; la Inglaterra le llama, la España le pide, la Italia le espera. Todos le ofrecen sumas de oro, pero el oro no seduce á *Rubens*, porque *Rubens* gana sin moverse 200 florines por dia. Como hombre de estado, *Rubens* llega á la corte del Duque de Mantua, y el Duque de Mantua le hace su gentil-hombre, y le elige para ser portador de un rico presente á Felipe III de España, y el embajador introduce entre los regalos su paleta y sus pinceles. El Duque de Buckingham le manifiesta el pesar con que veía la mala inteligencia que reinaba entre las coronas de España y de Inglaterra, y le da la comision de proponer los medios de paz y de presentarse como mediador entre las dos naciones.

Hay genios y talentos que son para todo, y Rubens era uno de ellos.

El hábil pintor también sabe ser hábil diplomático. Llega á España; préndase Felipe IV. de su mérito, le hace caballero y secretario de su consejo privado, y accede á todas sus proposiciones como negociador. Pasa en seguida á Inglaterra, y Carlos I. le hace también caballero, y en pleno parlamento saca la espada que llevaba ceñida y se la regala al pintor diplomático con el anillo de diamantes de su dedo y con un cordon guarnecido también de diamantes. Las buenas relaciones de amistad quedan restablecidas entre las dos coronas, merced á la diestra negociacion del pintor. Vuelve Rubens á España, y Felipe IV. le hace su gentil-hombre de Cámara y secretario de su Consejo en los Países Bajos. Los príncipes se honran á sí mismos honrando al artista. Restitúyese á Amberes y se casa con la hermosa *Helena Formann*. Cargado de honores y de riquezas, distribuye el tiempo entre la pintura y los negocios de estado. Los soberanos le visitan, personajes de todos países acuden á conocer el hombre distinguido, y él pinta cuadros para todas partes. Yo he visto mas de mil cuadros de Rubens: desde que emprendí mi viaje, empecé á ver obras de Rubens: todos los mejores museos, todas las mejores galerías particulares de Francia, de Bélgica, de Holanda y Alemania, las hallé sembradas de flores de su fecundo pincel; y para no perder nunca de vista á Rubens, cuando

volví á España y descansé en Valladolid, fui llevado á ver dos magníficos Rubens que entonces existían en la pobre iglesia de las pobres monjas de Fuen-saldaña, y ahora recientemente han sido trasladados al museo naciente de aquella ciudad de la Vieja Castilla. ¡En todas partes Rubens!

Nuestro *Mr. Henri* nos llevó á ver la estatua de bronce que los artistas de Amberes habian hecho construir en Lieja para honrar al príncipe de los pintores flamencos (1). Estaba junto al Escalda, no colocada todavía sobre el pedestal, por no haber alcanzado las cuotas de suscripcion, segun el conductor nos informó, á cubrir todas las atenciones del colosal monumento. No es estraño, porque la estatua es de 10 pies, y su peso 70,000 libras, que á razon de 2 francos libra de coste, suman 140,000 francos (560,000 rs.); cantidad no menguada para un gremio de artistas.

En el último aniversario secular de la muerte de Rubens, como el de la inauguracion de su estatua, las fuentes corrian vino y cerveza; las calles rebo-saban de gentes de todos los paises y de todos los idiomas; decoraban sus avenidas arcos triunfales, obeliscos y templetes alegóricos; las fachadas de las casas y edificios públicos estaban adornadas de vis-

(1) Aunque Rubens no nació en Amberes, sino en Colonia (Prusia), Amberes le ha adoptado por hijo suyo, porque al fin allí vivió, allí existe su casa, y allí descansan sus restos.

tosas colgaduras; las guirnaldas de flores volaban por los aires mezcladas con las odas y los himnos de alabanza; al tiempo que el retumbante estampido del cañon, el bullicioso y armónico juego de los *carillones*, el estallido de los fuegos de artificio, las aclamaciones de la multitud que victoreaba al héroe de la fiesta, el concertado estruendo de las músicas militares, el animado movimiento de las danzas públicas, las comparsas y gremios de artistas y comerciantes, y por último *el gigante Antígono* que con su correspondiente comitiva paseaba la ciudad, embargaban los ánimos de júbilo, y no habia corazón tan tibio que no exclamára lleno de entusiasmo: «¡gloria, honor á Rubens! ¡*Osanna* al triunfo de las artes!

Así honra Amberes á sus genios privilegiados. ¡Llor á la ciudad de Amberes que así sabe inmortalizar á sus artistas!

La Bolsa.

Cuando llegábamos cerca de la Bolsa, oímos sonar una campana.—¿Oís? nos dijo el guia: esa es la campana que anuncia haberse abierto la Bolsa; es la una en punto: todo el que éntre despues de este toque está obligado á pagar medio franco.—¡Cómolo exclamó Tirabeque; ¿y nosotros tambien si queremos entrar?—No, respondió *Mr. Henri*; eso se en-

tiende con los negociantes ó jugadores bolsistas: y se ha adoptado este medio para obligarlos á no faltar á la hora fija, asi como si alguno, dadas las dos, se quedase dentro algunos minutos mas de los que se conceden, pagaría 3 francos.—Que me place, dijo Pelegrin, esa manera de obligar á la gente á ser puntual; y tengo para mí que sería una de las buenas costumbres que harían bien en llevarse para allá los españoles; porque ha de saber vd., señor comisionista, que en España para juntarse media docena de hombres á las cuatro, es menester que se den la cita á la una y media, incluso unos que llamamos allí los representantes del pueblo.—Pelegrin, le dije al oido, mira que te vas olvidando de mis advertencias!»

En esto llegamos á la Bolsa. El edificio de la Bolsa de Amberes es de una estructura particular. Es un cuadrángulo, sostenido por 38 columnas de piedra azul, de un gusto extraño, cada una de diferente dibujo, como igualmente cada trozo de la techumbre de sus portales. Aquella variedad decia Tirabeque que le representaba la de las opiniones políticas de España, que cada uno de los hombres tiene la suya, y ninguna es igual á la del otro. A la inmediacion se hallan los tres telégrafos que corresponden á los tres de la Bolsa de Bruselas de que hablamos en su lugar, todos ellos por los sistemas de Chappe, de Ferrier y de Vanderrecht.

Lope de Vega.

«¡Há, já, já! exclamó Tirabeque con alborozo tan luego como nos acercamos al teatro: no todas las glorias han de ser para los extranjeros, mi amo, que algo nos ha de tocar tambien á nosotros. Y lo que menos importa es que esté mal escrito, que por Z mas ó menos no deja un español de ser quien es.»

La exclamacion de mi lego me hizo reparar en la rotonda exterior del teatro, y en efecto tube la satisfaccion de ver inscrito y tallado en piedra el nombre de nuestro *Lope de Vega*, del *Fenix de nuestros ingenios*, entre los de *Terencio*, *Racine*, *Moliere*, *Scheller*, *Mehul*, *Corneille* y *Esquiles*. El de *Lope* estaba el segundo, y le habian escrito *Lopez*, que era la z á que aludía Tirabeque. Indecible es el placer que experimenta un español amante de las glorias de su pais cada vez que en estraños climas encuentra honrado de este modo algun ingenio de su patria.

El teatro de Amberes es una obra maestra de arquitectura y de distribucion, y aventaja á los mejores teatros en la riqueza, elegancia y buen gusto de su ornato. ¿Se puede saber para qué ha sido tanto ornato, tanta elegancia, tanta riqueza, y tanta suntuosidad? Yo no lo sé, porque la mayor parte del año está cerrado, como lo estaba cuando mi paternidad andubo por allí. Mal concuerda tanto lujo en el edificio con tanto abandono en la escena. Y es que los pueblos mercantiles generalmente son poco

afectos á las representaciones teatrales. Con la gente del tanto por ciento poco han medrado siempre las compañías dramáticas.

Prepárense para marchar.

Visto lo mas notable de Amberes, me dí á mi mismo y di á Tirabeque la voz de: «preparen la marcha:» y mientras él hacía la maleta, yo me llegué á casa de *Mr. Loyaert*, rico negociante Amberino, para quien yo llevaba letra abierta y recomendacion cerrada, el cual despues de haberme habilitado de la competente provision de *florines*, signo monetario del país que me proponía visitar, y de letras de todas clases para las ciudades holandesas, se empeñó en no abandonarme hasta el momento de partir.

El nos vió tomar nuestra sopa de apio, yerbas y arroz; él nos acompañó á la diligencia, y nos recomendó al conductor (que por cierto en el uniforme y en el *coram-vobis* parecia un plenipotenciario), y á las 3 de la tarde

Salimos de Amberes

ó por mejor decir, á las 3 rodaba ya el carruaje, pero á las 3 y cuarto aun no habíamos acabado de pasar tantas líneas de fortificacion, y tantos fosos, y

tantos puentes levadizos, y tantas cortinas, y tantos rebellines, y tantas medias lunas, y tantos fuertes avanzados, y tantas estacadas, y tantos centinelas como defienden y guarnecen la plaza por todas partes.

Ibamos en compañía de dos estatuas, ó sea de dos taciturnos holandeses, que por no abrir los labios para nada, no se quitaban la pipa de la boca.

Los caminos de hierro habian concluido. A uno y otro lado del que ahora llevábamos se advertian muchos bosques nacies. Los pequeños pueblecitos que se encontraban, ya tenian otra fisonomía; las ventanas góticas de las casas las hacian parecer pequeñas ermitas ó templitos. Era ya noche cuando llegamos á la aduana de la línea holando-belga: el registro de los equipages no fué muy escrupuloso; el de los pasaportes lo fué algo mas (1). El reloj de *Breda* daba las ocho al tiempo que entrábamos en esta primera ciudad de los Países-Bajos.

(1) Sin duda sospechaban si alguno de nosotros sería el general *Vandersmissen*, á quien entonces deseaban echar el guante para darle su merecido por la intentona Orangista que habia hecho, y que cuando esto escribo acaba de escaparse de la prision de Bruselas disfrazado con los vestidos de su muger.

HOLANDA.

Ojeada histórico-geográfica.

Estamos en la Holanda, en ese pais singular que no tiene cosa que se le parezca á los demas paises que hasta ahora hemos visitado.

Hemos dejado la Bélgica al sur; tenemos al este la Prusia, y al septentrion el mar del Norte. Tres millones de habitantes ocupan un territorio de 80 leguas de longitud, y ancho de una mitad. Corta es la poblacion de la metrópoli; la tercera parte nada mas de la que tienen sus colonias de Africa, de América y de Oceanía. Los rios, lagos y canales que la riegan, sus producciones y costumbres, el caracter y ocupaciones de sus habitantes, todo lo iremos encontrando poco á poco. Echemos ahora una rápida

ojeada por su historia desde el punto que mas puede interesar á un español, desde el *Compromiso de los N saigo*, ósea desde la venida del Duque de Alba y de los castigos de los condes de Horn y de Egmond. En capítulo de Bruselas dije que el gefe principal de aquella rebelion habia logrado libertarse por medio de la fuga de la ferocidad del sanguinario Duque. Este intrépido gefe era *Guillermo de Nassau*, príncipe de *Orange*.

La venida del formidable ejército español, junto con el sistema de sangre y de venganza del de Alba, habia puesto en consternacion todo el país. Nadie pensaba ya mas que en someterse. En medio del general abatimiento, solo un hombre no desespera de la salud de la patria. Guillermo de Nassau vuelve á tomar las armas, y alienta á los Bátavos á sacudir el yugo español. No tiene tropas ni recursos pecuniarios con que resistir al mas poderoso monarca de Europa, Felipe II; pero las mismas persécuciones, la sangre misma de los dos primeros gefes de la sublevacion, le inspiran el valor, el corage de la desesperacion, y logra echar los cimientos de la república de las Provincias Unidas. Los estados de Holanda y de Zelandia reunidos en Dordrecht hacen causa comun con el Príncipe de Orange, y le reconocen por *Stathouder*. Decrétase que cada provincia, cada ciudad conserve sus privilegios, fueros y derechos, y se hace una liga ó federacion para socorrerse y auxiliarse entre sí. Desde este momento los Bátavos se creen libres y desobligados del jura-

mento de fidelidad que habian prestado al Rey de España; y al cabo de una guerra de ochenta años, en que se peleó de una y otra parte con un encarnizamiento de que ofrece pocos ejemplares la historia, los españoles se ven obligados á reconocer por el tratado de 1648 á las *Provincias Unidas* por un Estado libre, soberano é independiente.

Las *siete Provincias Unidas* comprendian los Condados de Holanda y de Zelandia; el ducado de Frisia, de Over-Yssel y de Groninga; les estaba anejo el país de Drenthe, y reconocian su autoridad el Brabante Holandés y la Flandes Holandesa.

Cerca de un siglo después, en 1747, el pueblo para recompensar á una familia que habia dado en todos tiempos tantas pruebas de decision por la causa nacional pidió que la dignidad de *Estatuder* ó el *Estatuderato* fuese vitalicio. Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, conocido bajo el nombre de Guillermo IV. es elegido por aclamacion *Estatuder* (1), y en seguida se decreta que el *Estatuderato* sea hereditario en la familia de Orange, aun para las hembras.

Guillermo V., hijo del precedente, era el *Estatuder* cuando las armas francesas invadieron y conquistaron la Holanda en 1795, y toma el país el

(1) Era áneja al *Estatuderato* la comandancia general de los ejércitos, el derecho de disponer de los empleos militares, la eleccion de los magistrados á propuesta de los pueblos, y la prerogativa de perdonar á los criminales

nombre de *República Bátava* hasta 1806, que erigida en Reino le tocó en las partijas que Napoleón hacia de las coronas entre la familia, á su hermano Luis Bonaparte. Así permaneció hasta el mes de noviembre de 1813. Las victorias conseguidas por los Aliados, ó por mejor decir, el cambio de fortuna que acarreó á Napoleón la derrota de sus ejércitos en España, fué volviendo á Holanda su nacionalidad; y en 1815 es nombrado Guillermo de Orange-Nassau por el congreso de Viena Rey de los Países Bajos, agregada la Bélgica á la Holanda. Viene la revolucion del año 30, erígese la Bélgica en reino independiente, y queda el reino de Holanda solo y aislado, tal como está hoy, y con arreglo á los límites que le señalaron los protocolos de Londres.

Reinó hasta el año 40 Guillermo I.; pero en este año, y á los 68 de su edad, y cuando acababa de nacerle un *biznieta*, dijo que le hacia mas gracia cierta condesa que la corona, y siguiendo el consejo de San Pablo «*melius est núbere quam uri*, mas vale casarse que abrasarse,» cambió el cetro por la condesa, y abdicó, conservando el título de Rey, en Guillermo II. su hijo que actualmente reina.

Hoy la Holanda está dividida en 9 provincias lo mismo que la Bélgica, á saber; La Holanda propiamente dicha, la Zelandia, el Brabante holandés, Utrech, Gueldres, el Overysse, Drenthe, Groninga y la Frisia.

BREDA.

Esto muda de especie.

Si los hombres-estátuas de la diligencia no nos hubieran anunciado ya bastante el cambio de clima y de costumbres que íbamos á experimentar, lo hubiéramos conocido tan luego como nos apeamos en el hotel de *Breda*, primera ciudad del Brabante Holandés, y cuya poblacion será de unos 5.500 habitantes.

Entramos en una sala baja de comedor, en la cual habia como media docena de holandeses pegados á otras tantas pipas, y sentados al amor del fuego de una cocinilla francesa. Pocas palabras salian de su boca, pero en cambio salia mucho humo: y si algo hablaban era en el idioma del país, del cual nos quedábamos en ayunas. Tambien pensamos quedarnos ayunos de cena, porque la mesa estaba por cubrir, y nadie nos invitaba ni se curaba nadie de nosotros. «Señor, me decia Tirabeque, esta gente sin duda se mantiene de fumar; pero bien debian hacerse cargo que los estrangeros, y mas los que no usamos pipa, nos mantenemos de comer.»

Ya observamos que á cada uno le iban sirviendo segun pedia, y nosotros pedimos tambien, empezando á valernos para nuestras comunicaciones del idioma francés, que (de paso sea dicho) es hoy el idioma general y al que tiene que recurrir el estrange-ro, pues aunque la lengua del país es la holandesa

ó neerlandesa, que no tiene absolutamente punto de contacto con las lenguas meridionales, las gentes instruidas regularmente saben el francés, y en cada hotel suele haber uno ó mas mozos que tambien lo hablan, para entenderse con los extranjeros. Esto no obstante, no le faltarán á Tirabeque sus apurillos para haber de traducir, como él decia, las gramáticas de aquella tierra.

Cenado que hubimos, y recibida la orden del conductor de estar listos á las 4 de la mañana, subimos por una escalera pendiente, y no de resolucion, á la habitacion de acostarse, y no de dormir. ¿Quién habia de dormir en aquellas medias camas, en que si el cuerpo habia de tomar la estension de reglamento tenian las piernas que decir un «á Dios» á la ropa? ¿Ni cómo consentir las piernas en una emigracion á la region del hielo? Porque region del hielo era toda la habitacion; no es extraño, puesto que aquella noche cayó una decente nevada, y la ventana era ni mas ni menos que nuestro sistema de aduanas y resguardos, pues se colaba tan frescamente hasta nuestros rostros un remusguillo de contrabando, que no habia modo ni manera de poder conciliar el sueño.

«Señor, me preguntaba Tirabeque desde su cama, ¿me hace vd. el favor de decirme si hemos dejado la ventana abierta?—Estoy seguro que nó, porque la he cerrado yo mismo. Pero tú que estás mas cerca de ella puedes cerciorarte para mayor seguridad, y poco te costará incorporarte y alargar la cabeza para verlo.—Señor, yo lo haría de buena

gana, pero temo que se me hiele en el camino.
—Vd. muy encogido, mi amo?—No es cosa; las rodillas están en contacto inmediato con la barba.
¿Y tú?—Yo, señor, *etcetera*.—¿Cómo *etcetera*?—Es decir, que mi cuerpo está hecho una *g'c*.—¡Ay, mi amo, mi amo! Esto muda ya de especie. ¿Qué se han hecho aquellas benditas camas de los hoteles de la Bélgica?

«Diga vd., señor, y vd. perdone: ¿no sabe vd. por ahí alguna historia de este pueblo que contarme, y en que poder pasar un rato de tertulia?—Algo sé, Pelegrin, y no tengo inconveniente en referírtelo; pero mira que no tendrá gracia que te duermas.—Gracia tendría, si señor; pero pierda vd. cuidado, que no está la noche ni la cama para permitirme esta gracia.

El caballo de Troya.

Tú habrás oído, Pelegrin, hablar algo del famoso *Caballo de Troya*.—Si señor, que he oído; ¿era acaso de este pueblo?—No, hombre, no empieces á disbarrar. Habrás oído que los griegos, fatigados de no poder tomar á Troya al cabo de 10 años de sitio, discurrieron construir un desmesurado caballo de madera, en cuyo vientre se encerró la flor de sus héroes: que habiendo presentado esta máquina delante de la ciudad fingiendo ser un voto hecho

á Minerva, los Troyanos creyéndolo de buena fé, no tubieron inconveniente en dejarle entrar hasta la ciudadela donde estaba el templo de la Diosa; y saliendo entonces de repente los guerreros armados, sorprendieron la guarnicion, y tomaron la ciudad. —Asi es la verdad, mi amo; y aun tengo entendido que un tal *Simon* tubo la culpa de todo.—*Simon* habrás oido, hombre, que no *Simon*. Efectivamente ese *Simon* fué el que mas contribuyó á engañar á Priamo.

«Pero diga vd., mi amo, y vd. me ha de disimular. ¿Què tienen que ver las historias de los griegos con las de los holandeses? A no ser que sea porque para mí todos hablan en griego...—Ahora te lo diré.

«Has de saber que en este mismo pueblo en que estamos jugaron los holandeses á los españoles una partida igual á la de los griegos con los troyanos. En el año 1590 el príncipe Mauricio hizo embarcar 80 soldados determinados en una barca de turbas (1). Antes de llegar á los muros de la ciudad un furioso temporal les obligó á detenerse y á estar ocultos por espacio de seis dias. El agua llegaba á las rodillas á los soldados, y uno de ellos tomó tan fuerte romadizo, que no podia menos de toser con frecuencia. Temeroso de que la tós pudiera descubrirlos, tubo el valor de presentarse á sus compañeros con un

(1) Careciendo los holandeses de leña y de carbon de piedra, les sirve de combústible la *turba*, conjunto de partículas de plantas, cuyos principios constitutivos inflamables y oleosos han sido alterados por la fermentacion, y que abunda en los parages ó paises cenagosos.

puñal en la mano, invitándoles á que le matáran: pero no hubo necesidad de hacerlo. Al dia siguiente entró la barca en la esclusa: vienen á buscar la *turba*, ó llamémosle leña necesaria para la guarnicion: el entablado que cubria á los soldados casi se queda al descubierto; pero el patron del falucho, hombre sagaz y tretero, halla el medio de distraer con cuentos y carocas á la guardia hasta ganar la noche: sale entonces el capitan Haranguer con sus soldados de su triste escondrijo; cae de repente sobre la guarnicion del castillo, que espantada de ver aquellos hombres y creyéndolos mas el número, abandona su puesto: hacen prisionero al gobernador, que no habia tenido la precaucion de romper ó levantar el puente que comunicaba con la ciudad, y se apoderan de la poblacion. El marques de Espínola volvió á tomar á Breda en 1625 despues de un sitio de 10 meses, y mandó quemar la famosa barca de las *turbas*. El príncipe Mauricio que defendia la ciudad murió de pesadumbre. Mira si fue un ardid parecido al del Caballo de Troya.

«¿Te has dormido, Pelegrin?—Señor, aunque el frio no me lo impidiera, veo que no es país este en que se deban dormir los españoles: y hágame vd. el favor de sonar la repeticion, que pienso ha de venir ya el dia.—Las dos y media no mas, Pelegrin.—No puede ser, señor; apriete vd. el piton con fuerza, que tengo para mí que se han de haber quedado por sonar tres ó cuatro campanadas: y si no es eso, será que se habrá helado el muelle.»

Así pasamos hasta las 4 que entraron á avisarnos; nos levantámos sin pereza, tomamos el té, y á las 5 salimos camino de Rotterdam.

LAS ESTACIONES.

I.^a estacion.—El paso de *Moerdyk*.

Desde que salimos de la fortificada y pantanosa Breda empezamos á conocer que nos hallábamos en los *Paises Bajos*. El camino estaba cubierto con una capa de nieve, y los campos laterales hechos un aguazal. A las 7 $\frac{1}{4}$, al llegar á la pequeña aldea de *Moerdyk* se nos mandó bajar de la diligencia.—«¿Qué tenemos que hacer aquí? pregunté.—Tenemos, respondió el conductor, que pasar el *Hollands Diep*.—¿Y cómo le pasamos?—En vapor: ved, allí nos espera ya el barco.—¿Y la diligencia se queda aquí?—Ah, nó, la diligencia pasa en el vapor tambien.»

Así fue. *Caballos y carruaje y viajeros* entramos en el vapor. El *Hollands Diep* es un respetable brazo de mar, en cuya travesía emplea el vapor de 20 á 30 minutos. Tirabeque iba asustado, y además aterido de frio, guareciéndose de la helada brisa al abrigo de la diligencia. Pero la mayor aprension le entró despues, cuando un jóven oficial de artillería que iba á nuestro lado nos dijo: «vds. sin duda son

extrangeros.—Si señor, le respondi.—¿Conocen vds. ya este país?—Nó; es la primera vez que venimos por este país.—Pues esta travesia es un poco peligrosa: aqui se ahogó *el Estatuder Guillermo el Frison*, príncipe de Orange, en el año 1711: ¡desgraciado! ¡despues que habia librado de la muerte en tantos combates!»

Noticia fue esta que hizo á Tirabeque dar diente con diente, no sé si sería tanto de frio como de pavora. Pero al fin nosotros ganamos la otra orilla sin novedad.

«Señor, me decia mi lego; ¡sobre que es imposible que una tierra tan húmeda me pruebe bien á la salud!» Pero entramos en una casita, tomamos otra taza de té, y se reanimó un poquito. Esta fue la 1.^a *estacion* de aquella mañana.

2.^a *estacion*.—El paso de *Dordrecht*.

Con la travesia del *Hollands Diep* y del *lago Zwaluwe* dejamos atrás la Flandes holandesa, y entramos en la Holanda propiamente dicha. El panorama que ofrecia á nuestros ojos este país era singular, extraordinario, sorprendente para el extranjero que le ve por primera vez, y magnífico é imponente á un mismo tiempo.

Las lluvias habían inundado ya los campos: los rios se confundian con los canales; los canales no se

distinguían de las lagunas, y las aguas detenidas formaban una masa comun con las corrientes. Solo sobresalian los diques con que aquellos laboriosos habitantes preservan sus campos de la inundacion; y á sus orillas asomaban las puntas de los arbus-tos y mimbres, y las copas de los árboles con que fortalecen aquellos baluartes artificiales. Todo lo demas estaba sumido en las aguas. El arrecife por donde marchaba nuestro carruaje, y que era de ladrillo como casi todas las calzadas de los Países-Bajos, apenas tenia una pulgada de elevacion sobre las mismas aguas, y á nuestra derecha divisábamos el golfo de *Biesbosch*, ó *bosque de los juncos*, distinguiéndose apenas las infinitas isletas que tiene en su derredor este peligroso golfo, formado por las inundaciones.

«¿Qué les parece á vds. de estas tierras? nos preguntaba el jóven y amable artillero.—Mejor fue-
ra, le respondió Tirabeque, que nos preguntára vd. qué nos parecia de estas aguas, porque aguas, que no tierras, es lo que yo veo aqui, y esto mas pare-
ce hecho para habitado por peces que por hombres.
—No es maravilla que vds. vengan admirados; á todos los extranjeros les sorprende el espectáculo que presenta el país en esta estacion. Nos hallamos en la parte mas baja de todo el mundo. El terreno por donde marchamos está bajo el nivel del mar, y solo le preservan de ser tragado por sus aguas los famosos diques con que los holandeses han logrado refrenar su furia; diques que prueban bien hasta

dónde mis paisanos han hecho llegar la industria humana. Ellos han conquistado tierras al Oceano, y le han hecho retirar sus límites.

«¿Veis (continuó) estos otros diques menores adornados de árboles y festoneados de tejidos de mimbres, que preservan nuestros campos de la inundacion de los rios? Pues en la estacion del verano veriais dentro de ellos tierras de labor esmeradamente cultivadas, ó bien praderas las mas risueñas del mundo.—Ya se conoce, la dije yo, en algunos trozos que aun dejan descubiertos las aguas.—Señor, exclamó mi lego, ¡qué verzas tan atroces se crian en este país!»

Efectivamente en los parajes no inundados se veian las verduras y hortalizas creciendo con una lozanía admirable y con una vegetacion robustísima.

Asi fuimos entreteniendo el camino, unos ratos incomodándonos la niebla, otros templándonos el calor del sol, unas veces enfriándonos la ventisca, y otras gozando de un temple atmosférico agradable (porque no hay temperatura mas inconstante que la de los Paises-Bajos), hasta llegar á *Dordrecht* á las 11 de la mañana.

Figúrate en tu imaginacion, lector amado, una poblacion de 20,000 almas, limpísima, nueva, con calles enladrilladas, cuyas casas son tambien de ladrillo de diferentes colores, encarnadas unas, verdes otras, unas azules y otras jaspeadas, algunas de madera bellamente esculpida; fundada toda sobre estacas clavadas en el rio; desde cuyas ventas

nas se llenan á mano las vasijas del agua del Mosá, y á las cuales se aproximan las embarcaciones en términos que desde las mismas ventanas se pueden tambien cargar y descargar, y tendrás una idea de lo que es la pintoresca y anfibia DORDRECHT.

Pero figúrate tambien, lector hermano, que te dicen en la pintoresca y anfibia *Dordrecht*, ó *Dort*, como pronuncian por abreviar los naturales: «¿Veis esta bella ciudad taraceada de colores como una alfombra? Pues esta ciudad está fundada sobre una pequeña isleta que formó la terrible inundacion del siglo XV, que se tragó toda una hermosa y floreciente comarca, que se absorvió muchos palacios, setenta y dos pueblos, y mas de cien mil personas. Discurre, hermano lector, si con estas noticias estaria tranquilo Tirabeque en *Dordrecht*; Tirabeque, hombre continental por esencia y de tierra firme por todos sus cuatro costados.

No daba un paso que no temiera se abriese bajo sus pies la boca de un abismo; no se atrevia á pisar fuerte, porque le parecia que el suelo se cimbreaaba con su peso como un puente de alambre. En el rato que allí permanecimos traté de entretenerle diciéndole: «este pueblo, Pelegrin, ha sido muchas veces foco de grandes revoluciones y teatro de desórdenes sangrientos. Aqui fué donde se tuvo la primera asamblea de los estados generales y donde el príncipe de Orange echó los cimientos de la poderosa república de las Provincias-Únidas.—Echaría, si señor, pero valiera mas que hubiera echado otros ci-

mientos mas sólidos á la ciudad, y con eso no tendría yo como tengo ahora el alma en un hilo.—Y aqui fué tambien, Pelegrin mio, donde se agitaron en el siglo XVII las famosas cuestiones de la *predestinacion* y de la *gracia*, que siendo una vana disputa de escuela llegaron á hacerse un violento negocio de partido: y aqui fue donde tubieron los Calvinistas el famoso Concilio en que fueron condenados los Arminianos ó Remonstrantes.—Todo eso está bien, señor; ¿pero cuándo salimos nosotros de este pantano?»

En esto nos avisó el conductor que el barco estaba ya dispuesto. Entramos pues otra vez *caballos y carruage y viajeros* en otro vapor, y asi pasamos del otro lado del Mosa, que fue la 2.^a *estacion* de aquella mañana. Aqui los caballos no se desengancharon de la diligencia.

3.^a *estacion*.—El paso de *Isselmonde*.

«Aqui de don Quijote, mi amo: ¿poder de Dios, y qué cosecha de aventuras hubiera podido recoger el hermano manchego si hubiese venido por aquí!» De esta manera exclamó Tirabeque al ver desde el vapor los grupos de molinos de viento que á las márgenes de uno y otro lado del Mosa hacían la visibilidad mas original que imaginarse puede. A fé mia era singular el espectáculo. En primer lugar ya era

notable y raro hallar en un país donde tanto sobra-
bunden las aguas un género de maquinaria que has-
ta entonces solo habíamos visto empleado en los paí-
ses secanos como supletorio á la falta de los rios.
Mas luego reconocimos que eran imposibles los mo-
linos de agua donde los rios no tienen la mas pe-
queña vertiente, donde no hay declive, donde todo
es llano, donde todas las aguas parece estar re-
balsadas.

En segundo lugar era para nosotros tan nuevo
como vistoso el ver los molinos de viento sobre las
mismas casas, constituyendo su segundo ó tercer
piso. La mayor parte de ellos servían de techumbre
á las casas, y crecía mas nuestra admiracion al ob-
servar que generalmente estas no tenían otros ci-
mientos que los gruesos estacones clavados sobre el
alveo mismo del rio. Y como aquella mañana corrie-
se algun viento, el incesante juego de las aspas ha-
cía una visualidad difícil de describir.

¿Pero creará el lector que todos aquellos eran
verdaderos molinos de viento, aunque tales parecían
por su movimiento y su forma? Asi lo creia yo tam-
bien, hasta que fué informado por los compañeros
de viage que si bien algunos de ellos eran verdade-
ras fábricas de harinas, la mayor parte no eran sino
máquinas para aserrar madera, lo cual fué para mí
otra no menos sorprendente novedad.

Puestos allende el rio, continuamos nuestra mar-
cha por aquellas llanuras, siempre viendo agua,
siempre encontrando canales, siempre pasando puen-

tes, siempre divisando isletas, y siempre marchando sobre arrecife de ladrillo, hasta entrar en *Isselmonde* y dar vista á *Rotterdam*. Pero aun nos faltaba la 3ª *estacion* de aquella mañana, que era volver á embarcarnos en vapor *caballos y carruaje y viajeros* para pasar el brazo mas robusto del Mosa, que tiene por allí una media legua de ancho.

«Señor, me preguntaba mi lego: ¿esto es rio, ó es mar?—Es rio, hombre, ó por mejor decir, es un brazo de rio.—¿Y dónde tiene el cuerpo el riachuelo éste? Porque si esto no es mas que un brazo, tengo para mí que para navegar por el cuerpo será menester proveerse de municiones de boca para unos dias. ¿Y cómo se llama el arroyito?—Se llama el rio *Mosa*.—¿Pues no hemos pasado ya el Mosa esta mañana? ¿ó cuántos Mosas hay?—No hay mas que uno, pero este se divide en varios ramales luego que entra en los Países-Bajos.»

Embarcámonos pues, y á eso de las once y media ya estábamos en el hotel de *San Lucas* de *Rotterdam*. Si alguno estraña que en medio de tantas *estaciones* pudiéramos andar en una mañana tan largo calvario como el que hay de Breda á *Rotterdam*, hágase cargo si ayudarán á la celeridad aquellas hermosas calzadas de ladrillo, sin un tropiezo, sin una desigualdad, sin un bache, sin un desnivel (1).

(1) Los ladrillos están colocados de canto, y estrechamente unidos sin que quede entre ellos hueco ni intersticio alguno. Son gruesos y muy cocidos, en lo cual tienen una ventaja los hornos de Holanda. Su dureza y

y por las cuales marchan los caballos y ruedan los carruajes con toda la apetecible soltura y facilidad.

ROTTERDAM.

La flema holandesa empezó á sentirse en el portal mismo del hotel. Acostumbrados en Francia y Bélgica á la bulliciosa y zalamera obsequiosidad de los *garzones* que se disputan la primacía en servir al huésped y prevenirle los deseos y necesidades, nos daba un si es no es en ojos la pachorra con que los mocitos del hotel de *Rotterdam* veian viajeros y bagajes en expectativa de colocacion, sin que á aquellos les dirigiera nadie la palabra, ni á estos les echára mano nadie.

«Diga vd. mi amo, me preguntaba Tirabeque, y esto dice vd. que ha sido un mismo reino con la Bélgica alguna vez?—Nada menos que 15 años, Pelegrin.—Señor, parece imposible que los belgas y los holandeses hayan podido estar unidos ni por 15 dias, porque asi se parecen ellos en maldita de Dios la cosa como puede parecerse un ruso á un extremeño de nuestra tierra.—Asi es la verdad, Pelegrin, pero de estas cosas vemos tambien en nuestra España,

union hace que sean eternos, ó al menos de muchísima duracion, si bien tan costosos como se deja discurrir; y en cuanto á comodidad nada dejan que apetecer, teniendo la ventaja de que no molesta en ellos el ruido del carruaje.

porque no he hallado yo todavía cosa en que se parezca un Catalan á un Guipuzcoano, ni un Gallego á un Andaluz, y sin embargo todos pertenecen á una misma nacion.—Dice vd. bien, mi amo, pero yo estoy muerto de frio, y tengo una hambre bastante viva, y no veo que esta gente se cuide de acomodarnos ni menos de preguntarnos si queremos almorzar.—Ese es punto aparte, Pelegrin, pero muy fundado en razon.»

Rogamos pues á uno de los sirvientes tubiera la bondad de acomodar nuestras personas y equipages, pero nos contestó en el idioma del país, y probablemente tanto entendió él lo que le pediamos como nosotros lo que él nos respondía. Llamó á otro que hablaba francés, y aquel nos condujo á un tercer piso, poniéndonos en inmediata comunicacion con los tejados de la vecindad. Ni por eso la habitacion ofrecía los mayores atractivos; sin estufa, sin llave para la puerta, el hotel de *san Lucas* era para nosotros un albergue de verdadero evangelista.

Pedimos de almorzar; al cabo de un buen espacio fuimos llamados á un comedor del piso bajo donde ya habia buena lumbre de *turbas*, y al cabo de otro espacio nos fué presentada la vianda en la mesa. Yo Fr. Gerundio, hombre pacífico è incruento, enemigo de la sangre por temperamento y por profesion, nunca he sido mas sanguinario que aquel día; el cuchillo con que partí la carne parecia haberse convertido en cuchilla de sacrificador; el plato se llenó de sangre como si se hubiera inmolado en él una vícti-

ma. Pero tanto Tirabeque como yo, nos hicimos cargo de que como cristianos de la nueva ley no nos comprendia el precepto de la antigua de abstenerse «á sanguine et suffocatto», y apoyando esta reflexion con el poderoso argumento del hambre que nos dominaba, nos embaulamos sin aprension un par de trozos de la sanguinolenta carne, cuidando, sí, de aplicar á su crudeza el correctivo que aconseja el refran: «*post crudum purum,*» siendo este *purum* un regular vino de Burdeos, que alli vale un par de florines (como unos 17 rs.) la botella.

Una vez corroborados, era menester ayudar á la digestion; á cuyo efecto determinamos salir á reconocer el pueblo, para lo cual nos suministraron en concepto de *cicerone* un viejo, pequeño, calvo, un poco sordo y un mucho tonto, con la gracia además de que apenas hablaba y apenas entendia el francés.

Casas, canales y comercio.

Decia Voltaire que solo habia hallado tres cosas en Holanda, que todas empezaban con unas mismas letras, á saber: *canaux, canards et canalle.*» El Sr. Voltaire me perdonará que le diga, que sacrificó la verdad á una pseudo-gracia alfabética. En cuanto á *canales* conviene desde luego Fr. Gerundio con el filósofo de Ferney: en cuanto á patos ó ánades (*ca-*

nards), si bien es cierto que no escasean en Holanda, tambien lo es que he visto mas en otras partes; y en cuando á *canalla*, yo le preguntaría al Sr. Voltaire al oido y asi para *inter nos*, dónde habia hallado mas, si en la patria de los Oranges ó en la patria de los Orleans.

Yo tambien, siguiendo en parte la identidad de principio en tres vocablos, voy á hablar de las *casas*, *canales* y *comercio* de ROTTERDAM: le añadiremos otro mas, las *calles*.

Las calles por lo general son largas y tiradas á cordel, empedradas unas y enladrilladas otras. Las casas presentan desde luego la fisonomía característica, original del país. Casi todas son tambien de ladrillo, y casi todas construidas al gusto antiguo holandés, esto es, con fachadas en forma de espadañas, con su feston piramidal cortado en escalones, que se elevan á distancia de algunos pies sobre el plomo de los edificios, como queriendo asomarse á ver lo que pasa en el campo ó sobre el tejado del vecino. Una cosa nos llamó en ellas estraordinariamente la atencion, tanto en ROTTERDAM como en otros muchos pueblos de los Países Bajos, á saber, el desnivel que presentan muchísimas de las casas en su parte superior, que parece estar amenazando desplomarse: desnivel tan sensible á la vista, que al que no tiene conocimientos de arquitectura, le cuesta trabajo acostumbrarse á andar con confianza por las aceras de las calles, y Tirabeque por si iban mal dadas, tenia buen cuidado de marchar siempre

por el medio, sin que le hubiera para hacerle arrimar á las aceras: miraba al alto, se estremecía, y se separaba todo lo posible.

Verdad es que en los pueblos de Holanda no se puede caminar de seguido por las aceras, en razon á hallarse estas cortadas ó interrumpidas frecuentemente por las ante-casas, que son una especie de pequeños pórticos anchos como de dos pies y medio á tres, cerrados por medio de verjas de hierro esmeradamente trabajadas y bordadas, con sus correspondientes portezuelas, las cuales dan entrada á una escalinata de piedra, comunmente de mármol, que hay que subir para entrar en las casas. Todo contribuye á dar á las casas holandesas aquella fisonomía singular, que las distingue de las de otro país. Sin embargo son menos elegantes que cómodas: del aseó y limpieza no se diga; es muy merecidamente proverbial el de los Países Bajos.

Dicen que son 7 los canales que cruzan por el recinto de *Rotterdam*, ademas del rio *Rotte* que la atraviesa. Yo no sé cuántos podrán ser; solo sé decir que en nuestro primer paseo contamos mas de 70 puentes, ó de piedra ó levadizos; que toda la poblacion estaba cuajada de embarcaciones, y orladas las calles de arboledas que crecen á las orillas de los fuertes malecones que canalizan las aguas.

Pasamos por la Bolsa, en cuya fachada hay un *Carillon*, ó campanario de música, cuyas campanas están á la vista; y salimos al magnífico muelle. ¡Asombroso, encantador espectáculo se presentó

á nuestros ojos! Por todo lo largo del Mosa se estiende un terraplen de una milla de longitud, plantado de anchas hileras de olmos, orlado de soberbios edificios, que no ceden en magnificencia á los mas bellos de las plazas de Londres, á cuya estremidad se divisa el *Almirantazgo*, vasto y suntuoso sobre todos los demás, que sirve de almacén para maderas de construcción, de arsenal marítimo, de cuartel, y de museo para todos los modelos de embarcaciones que emplean todas las naciones del mundo; y todo esto dando vista al anchuroso Mosa, en cuyas aguas varaban infinidad de buques, que habian arribado de todos los mares del globo. No estraño que digan que el paseo de *Boompjes*, ó *muelle de los árboles* de Rotterdam es considerado como uno de los puntos de vista mas bellos de toda Europa. El muelle de Santander con sus edificios modernos, es aunque muy en miniatura, un ligero bosquejo del de *Rotterdam*.

«¿Qué os parece de esto? nos preguntaba el guía. Grandemente, le respondíamos. Y díganos vd.: ¿es cierto que mucha parte de esta hermosa poblacion que estamos viendo ha sido conquistada sobre las aguas del Mosa?—*Oui, Monsieur, celle-ci la Meuse, celui-la l' Amiraute*.—Ya sé que este es el Mosa y aquel el Almirantazgo; pero preguntaba si es cierto lo que he leído, que una parte de este terreno lo ha conquistado la industria de estos habitantes á las aguas del Mosa.—*Oui, Monsieur, la Meuse. C' est là l' Amiraute*.—Señor, repuso Tirabeque, no pre-

gunte vd. mas á este tonto, porque si sigue dando esa respuestas, me temo que no he de poder resistir á la tentacion de bautizarle á él en el Mosa, á ver si despeja un poco; y vámonos por ahí á ver algo mas.»

Dimos en efecto otra vuelta por el pueblo. La actividad comercial de ROTTERDAM se desplegaba por todas las plazas y por todas las calles. Habitada ROTTERDAM por 80.000 almas, favorecida de uno de los mejores y mas seguros puertos de Europa, intersecada de rios y canales en todas direcciones que proporcionan á los buques el trasbordo de sus mercancías en la puerta misma de los almacenes de los comerciantes y consignatarios, ROTTERDAM es por su poblacion, comercio y riqueza la segunda ciudad de Holanda, la que sigue á AMSTERDAM.

Erasmo.

¡Holal! ¿Quién es este eclesiástico que se halla en medio de este puente, con sus negras sopalandas, su sombrero de tres vientos, y su libro en la mano derecha en que parece leer con atencion? ¿Qué hace aqui este doctor en medio del hormiguéo mercantil de Rotterdam, inmóvil entre tantos yentes y vinientes, los unos con fardos y mercancías, los otros con sacos de florines, los otros con letras de cambio, los unos que sacan de los almacenes los gé-

neros de exportacion , los otros que llevan á los almacenes los artículos que acaban de llegar de la India, todos con grave y frio continente , calculando en silencio las pérdidas y las ganancias , pensando en el tanto por ciento , y repasando en la memoria los números que acaban de trazar en el mostrador? ¿Qué hace aqui este sacerdote á presencia de los barcos que suben y bajan por el canal? Qué significa ese libro que tiene en la mano y en cuya lectura parece embebido? ¿Es acaso un libro de partida, doble?

No, su semblante tiene una espresion dulce y espiritual; su nariz remangada y puntiaguda es el signo ordinario de un génio burlesco y zumbon; su boca está soltando una risa satírica y prudente, y se bislumbra en su mirar la llama de un pensamiento pronto y brillante que le domina. ¿Quién será pues este personaje , escepcion singular de esta gran plaza de mercado?

«Oiga vd. , Sr. cura (le apostrofó Tirabeque) ¿se ha tomado vd. la tarea de leer la doctrina cristiana á la gente que pase por aqui? ¿O les está vd. predicando acaso sobre la vida eterna? Pues tenga vd. entendido que maldito el caso que le harán, y aunque predique en poblado, le será lo mismo que si predicára en desierto. Si vd. les hablára de los algodones ingleses , ó de las maderas de la India, ó de los vinos y aguardientes de Francia , ó del cáñamo, y del tabaco , y de la manteca , y del azucar y otras cosas así , y les dijera vd. los precios que tienen en

cada parte, todavía puede que reuniera vd. un buen auditorio.»

Entonces miré á las inscripciones en versos latinos y holandeses que en derredor de aquella estatua colosal de bronce habia, rodeada de una balaustrada tambien de bronce, y al tiempo que el viejo conductor empezaba á decir; «señores, esta es la estatua de...—Sí, le interrumpí yo, de *Erasmus*, del famoso *Erasmus de Rotterdam*, del único hombre de letras que ha salido de esta poblacion tan abundante de librerías como escasa de literatos: ahora ya conozco el libro que tiene en la mano; alguno de los 10 tomos en fólío que escribió la fecunda pluma de este personage, cuyo nacimiento se disputaban las ciudades, á semejanza del de Homero. ¡*Erasmus*! ¡á quien los reyes consultaban sobre las cuestiones de teología, de política y de derecho! ¡el sabio mas espiritual y mas universal de su siglo! ¡el favorito de Leon X, y de Carlos V.! el que se esforzaron por atraer á su partido Francisco I de Francia, Henrique VIII de Inglaterra, Fernando de Hungría y Segismundo de Polonia! ¡el enemigo terrible de los reformadores! ¡Oh! aun me acuerdo de aquella su sentencia satírica. «Dicen que el Luteranismo es una cosa muy trágica: yo creo al contrario que nada hay mas cómico, porque el desenlace de la pieza es siempre alguna boda.

«Venid, si gustais (nos dijo el guia,) y os enseñaré su casa.» Pasamos en efecto á ver la casa en que nació. Es pequeña; sobre la puerta hay otra

estátua tambien pequeña del hombre querido de la ciudad de Basilea, donde vivió largo tiempo, con esta inscripcion:

Hæc est parva domus, magnus quæ natus Erasmus.

Esta es la pequeña casa en que nació el grande Erasmo.

¿Y qué os parece, hermanos carísimos, que es en el dia la casa en que nació *el gran Erasmo*? Pues es *una taberna*. Concertadme ahora los honores de las estatuas y de las inscripciones con el destino que han dado á la casa del escritor, y decid conmigo de lo íntimo de vuestros corazones: «Señor mio Jesucristo, Dios y hombre verdadero, viajando se aprende que todo el mundo es patria, y que en todas partes hay *vice-versas*. Amen.»

El lienzo en el aldabon.

Conforme íbamos andando por la *Calle Alta*, advertí la aldaba de una puerta cubierta con una pieza de lienzo *finísimo* (como que estábamos en Holanda,) y adornada de encajes y bordados.—¿Qué significa esto? pregunté al guia. Y de su chapurrada esplicacion vine á comprender que aquello era signo demostrativo de que en aquella casa habia una reccion parida. No satisfecho de la contestacion, y temeroso de haber entendido mal, pregunté de nuevo

en el hotel, y fui informado de que en efecto es costumbre del pais cuando nace al mundo un holandés forrar del modo indicado el aldabon de la puerta de la casa, para que no haga ruido al llamar y para anunciar á la simpatía de los transeuntes la casa de la recién parida.

Pero esto se entiende cuando la madre es muger de legítimo matrimonio bendecido por la iglesia; que si la criatura fuese fruto del amor de meros aficionados, no habria lienzo en el aldabon de la puerta. Asi el alumbramiento de *Erasmus* no fué anunciado con el lienzo, en razon á que parece que nació por obra y gracia de un ciudadano de Turgon (que despues se hizo monje sin saber que tenia un hijo) y de una muchacha soltera, hija de un médico, que segun cuentan era una niña de muy buenas costumbres, y que no saben cómo fue el haber tenido aquel tropiezo, por lo cual diz que podia decir como Dido.

Huic uni forsam potui succumbere culpa.

Acaso es el solo deslíz en que he caído en toda mi vida.

Pero en estas materias el bribon de Cupido parece que tiene gusto particular en hacer que la mancha caiga en el mejor paño, y como dice el viejo del sainete; «Dios nos libre á todos de una tentacion.» Y al fin y al cabo casi se puede disculpar á la muchacha por haber echado al mundo un hombre de quien mas de cuatro hubieran querido ser padres.

Pot-pourri de religiones.

Preguntábame Tirabeque si pensaba decir misa algun dia en ROTTERDAM.—Quiera Dios, hermano Pelegrin, le contesté, qué haya algun templo católico donde poder asistir al sacrificio, ya que celebrarle no fuese.—Pues que, mi amo, ¿no es católica cristiana esta gente? ¿O qué religion es la que se profesa en esta tierra? ¿O viven sin religion estos hombres? Pero alguna deben tener, porque yo he visto iglesias por ahí.—En Holanda, Pelegrin mio, hay de todas castas de religiones, y no hay ninguna: es decir, no hay religion del estado; aqui cada uno profesa libremente la religion que le acomoda, y la libertad de cultos es completa y absoluta.—Eso no puede ser, mi amo, y vd. perdone, porque estas libertades absolutas téngolas yo por imposibles donde hay un gobierno absoluto, y segun á vd. mismo le he oido, el gobierno de Holanda es absolutista.—Asi es la verdad, Pelegrin, aunque eso admite todavia algunas esplicaciones, pero de estos vice-versas se encuentran en los viajes. ¡Cosa singular! ¡No haber libertad en política, y haberla desmedida en punto á religion!»

Nos informamos de las especies de templos que habia en Rotterdam, y resultó un verdadero *pot-pourri* de religiones; pues hay *tres* iglesias católicas, *cuatro* de calvinistas reformados, *una* de walones, *otra* de episcopales ingleses, *otra* de ingleses presbiterianos, *otra* de presbiterianos escoceses, *otra* de

luteranos, *dos* de armenianos, *una* de anabaptistas, *dos* de jansenistas, y por último *dos* sinagogas de judíos.

¡Vivo y excelente argumento en favor de la *Historia de las Variaciones de los Protestantes* del hermano BOSSUET!

Suponiendo que mas adelante tendríamos ocasion de visitar templos de todas estas sectas, nos limitamos en ROTTERDAM á ver la *grande iglesia*, que es de *Calvinistas reformados*, como casi todas las grandes iglesias de Holanda, puesto que de todo el *pot-pourri* de religiones es la mas generalizada y dominante.

Vimos que el conductor y el sacristan entraban con el sombrero puesto á lo judío, y nosotros le conservamos tambien.—Pelegrin (le dije tan luego como entramos), las bóvedas se me caen encima de pesadumbre.—Cuidado con eso, mi amo, mire vd. que las bóvedas son de hierro (y asi era la verdad). ¿Y porqué se aflige vd. tanto, señor?—¡Por qué! ¿No conoces desde luego que este ha sido un templo católico? ¿No ves todavia altares católicos, sepulcros católicos, órgano católico, inscripciones católicas, y toda la forma y todos los accidentes del templo católicos? ¡Ah! este templo ha sido usurpado por los protestantes á los católicos.»

Era asi efectivamente: la iglesia habia estado dedicada á San Lorenzo, y los católicos la habian perdido como tantas otras en las guerras de religion: el órgano era de una dimension gigantesca: las ver-

jas y las arañas de bronce, con labores de muchísimo trabajo; pero mas trabajo nos costaba á nosotros entender al viejo conductor; y en cuanto al sacristan era escusado hacerle preguntas ni dirigirle la palabra, porque su educacion científica no se habia estendido mas allá de su idioma natal, y fastidiados de no entender ni ser entendidos nos retiramos al hotel á disponer la continuacion de nuestra ruta.

Agua y mas agua.

Dejamos pues la patria del sábio *Erasmus* y del pintor *Van-der-Werf*, y nos encaminamos á la patria del pintor *Juan Steen* y del sábio *Hugo Grotio*; la ciudad de **DELFT**; poblada de 15.000 habitantes y distante tres leguas de **ROTTERDAM**.

De dos modos se puede viajar en Holanda, por agua y por tierra. No hay ciudad, no hay pueblo que no se comunique con otro por medio de algun canal; á todas partes se puede ir por canal. Sirven para este uso los *trekschuytens*, especie de barcas cubiertas, y sirgadas por uno ó dos caballos al trote corto. Este medio de transporte es el mas económico que pudieran desear los profesores de la mas estílica economía, pues viene á salir su coste á un *sou* por milla, ó sea á 30 céntimos de florin por legua poco mas ó menos. Pero tambien es la única ventaja que ofrece. En cambio tiene la contra de emplear-

se doble tiempo que en la diligencia , de ser mas monotono , de tener que aguantar el fumigatorio de una coleccion de pipas en continuo ejercicio , y de no permitirse á las barcas penetrar en lo interior de las poblaciones , y de consiguiente en un viage un poco largo tener que saltar muchas veces á tierra, atravesar á pié una ciudad, y salir á ganar otra barca que espera del otro lado.

Es preferible pues, como le preferimos nosotros, el viage por tierra : y mucho mas de la manera que está montado el sistema de diligencias en Holanda, sobre el cual llamo la atencion del lector español, por ser cosa desconocida en los paises meridionales, inclusa la misma Francia.

Allí ningun viajero deja de salir á la hora que se propone , se entiende de las determinadas por reglamento. De ROTTERDAM á LA HAYA , por ejemplo , salen diligencias á cinco ó seis horas ó siete al dia ; á cualquiera de estas horas que se le antoje al viagero tomar la diligencia , esté seguro que tendrá plaza , con tal que se haga presente un cuarto de hora antes en la oficina del despacho. Cualquiera que sea el número de viajeros , los empresarios están obligados á poner cuantos carruages se necesitan: ¿hay un solo viajero demás? pues para este solo viajero ponen otro carruage. Tirabeque y yo comparábamos esta comodidad con lo que mas de una vez nos habia sucedido en España, y con lo que mas de cien veces sucede á cada prójimo, tener que tomar el billete con un mes de anticipacion , ó antes si es-

pera haber peligro de mucha concurrencia; y de esto á poder salir con seguridad de cada pueblo 5 ó 6 veces al dia, sacábamos una diferencia cómo de 1 á 150 ó 180. ¡Y la Holanda es un pais regido por gobierno absoluto! Pero detengámonos poco en diferencias que ponen de mal humor.

«¿Qué ves por ese lado, Pelegrin? le preguntaba yo á mi lego.—Agua, señor, me respondia. Y por la derecha ¿qué se vé, mi amo?—Agua tambien, le respondia yo; agua y mas agua.»

Sin embargo sobre esta misma agua, y á un lado y otro de los caminos y los canales, vamos encontrando bonitas casas de recreo, con bellos jardines y hermosas y pintadas azotéas, que en la estacion de verano deben convertir aquel camino en un paseo delicioso. La noche y nosotros entramos á un mismo tiempo en la ciudad de DELFT.

No nos detubimos en ella sino á relevar el tiro. Entre los caballos nuevamente enganchados habia uno tan rebelde, que á la salida de DELFT y al pasar un puentecillo nos puso á dos dedos de caer en el canal. Los flemáticos Holandeses que iban con nosotros toleraron pacientemente por la primera vez la transgresion de ley del indócil rocinante. Pero á poco rato se repitió la escena, con la diferencia que si antes hubimos de precipitarnos en el canal de la derecha, la segunda vez estuvimos espuestos á bautizar nuestras humanidades en las aguas de la izquierda y regularmente á morir de un bautismo que hiciera inútil la extrema-uncion.

Entonces el apostolado holandés que allí venía (pues eran doce) dió una prueba de que no era todo humor limphático-phlegmoso lo que por sus venas corria, y que tambien al cachazudo holandés se le sube á las veces á las narices la mostaza y la pimienta que en las comidas usa, pues amostazáronse todos en términos que me temí tubiéramos que detenernos á hacer las exequias fúnebres al conductor. Paró este el carruage, saliéronse los viajeros, y entablóse entre el conductor y conducidos una acalorada discusion, de la cual solo pude percibir por los ademanes (pues las palabras todas eran enigmas para mí) que la cosa habia tomado un caractér sério. Volviéronse los doce hácia DELFT, sin duda á dar queja á la administracion, y á reclamar otro carruage ú otros caballos, y nos quedamos Tirabeque y yo solos con un jóven francés (todavía me acuerdo de su nombre, *Mr. Poron Sausier*, guantero en Troyes), que no entendiendo como nosotros una palabra de aquel *holandi-matias*, quiso correr nuestra suerte, tratándonos el francés y los españoles nada ménos que de paisanos: ¡lo que hace verse en un país cuyo idioma no se conoce!

El conductor nos indicó por señas que volviéramos á entrar sin cuidado en el carruage, pero Tirabeque miraba al caballo, miraba tambien al agua de ambas orillas, me miraba á mí, y cada mirada de estas significaba bien claramente un «yo no entro.» Pero el francés y yo le hicimos cargo de que, habiéndose marchado ya los demas conviajantes, lo

peor de todo sería quedarnos en el camino solos, de noche, y sin saber siquiera preguntar á nadie. Volvimos pues á entrar no sin recelo, y tubimos la fortuna de que al caballo le dió gana de no separarse mas de la senda de la ley, y de llegar ilesos á *La Haya*, dando fondo en el hotel del *Mariscal de Turenna*.

LA HAYA.

A la media legua del mar del Norte, á las 92 de París, y á los 52 grados de latitud septentrional, en un terreno delicioso y al lado de un bosque que acaso no reconoce igual en frondosidad y belleza en el mundo, habia en otro tiempo un miserable lugarcillo donde los condes y príncipes de Holanda iban á pasar algunos dias de montería. Atraídos de la amenidad del sitio los *Estatuders*, hicieron en aquella aldea una casa de campo, y mas adelante construyeron un palacio donde pasaban sus temporadas de recreo.

Los palacios de los príncipes son como los árboles lozanos y corpulentos en el campo, en cuyo derredor retoñan multitud de hijuelos que con el tiempo van formando una floresta. Asi en derredor de aquel palacio fué creciendo una poblacion, que no tardó en llamarse *la aldea mas grande de Europa*; poblacion que siendo todavía aldea, era envidiada de las ciudades populosas por la anchura y alineacion de sus calles, por la igualdad y regularidad de sus edificios,

y sobre todo por el aséo, frescura y pulcritud que toda ella respiraba.

¿Qué sería despues que empezaron á tenerse en ella los estados generales de las Provincias Unidas? ¿Qué cuando erigida en ciudad fue centro de las negociaciones de las potencias de Europa? ¿Qué cuando alternaba con Bruselas en la celebracion de las asambleas de los dos reinos unidos? ¿Y qué ahora que es la residencia fija de los reyes de Holanda, poblada por 60,000 habitantes?

Esta linda ciudad es LA HAYA, capital de los Países-Bajos; la tercera del reino en poblacion, la primera en elegancia y hermosura. *Amsterdam* es la capital mercantil de la Holanda; es la Holanda comercial concentrada en un punto. LA HAYA es el centro de la grandeza, del señorío y del buen gusto: *Amsterdam* es la capital sin título; *La Haya* es la corte (1).

(1) Nada hay que describa mejor la hermosa sencillez de *La Haya* y otras ciudades de los Países Bajos, que los siguientes versos:

L' œil sans cesse s' arrete sur des beautés utiles,
vous admirez la main qui dessina ces villes,
cet ensemble imposant de régularité,
riche d' économie et de simplicité,
dont la grâce uniforme et la grandeur austère
d' un peuple sage et froid peignent le caractère.

ESMINARD. *la Navigation.*

«La vista está incesantemente entretenida en bellezas útiles; se admira la mano que delineó aquellas ciudades, aquel conjunto imponente de regularidad, rica de economía y sencillez, cuya gracia uniforme, cuya austera grandeza pintan bien el caracter de un pueblo sabio y frio.»

Eseusado es decir que está tambien cruzada de canales interiormente; es ciudad de Holanda, y no se da ciudad de Holanda sin canales.

¿Cuál es la religion dominante en *La Haya*? Ninguna; el mismísimo *pot-pourri* que en Rotterdam. Cinco capillitas tienen los católicos; los grandes templos se los han repartido los protestantes á quien mas ha podido.

Nuestro encargado de negocios.

Como españoles, como viajeros, y como recomendados, era nuestro deber presentarnos inmediatamente al representante de la nacion española cerca del Rey de Holanda. El amable D. Ramon María Bazo manifestó recibir un verdadero placer de la visita; y un placer de sorpresa, puesto que segun nos informó, un viajero español por puro recreo en LA HAYA era un peregrino en Jerusalem, como asi constaba ademas en su libro de registro de pasaportes. Preguntámosle por el secretario de la legacion, y nos contestó que hacía tiempo no le tenia.—¿Con que está vd. solo?—Solo absolutamente.—¡Que me place, añadí, la importancia y magestad que se dá en las cortes estrangeras la nacion española (1)!»

Ya habrá visto el lector lo pregunton que estube

(1) Posteriormente ha tenido nuestro gobierno el talento de mandar sucesivamente de secretarios de legacion á la corte de la nacion mas flemática, severa y formalota, dos jóvenes y alegres poetas.

en Bruselas acerca de los honorarios que disfrutaba allí el representante de nuestra nacion y gobierno; de consiguiente no estrañará que estuviera igualmente curioso sobre el mismo punto con el agente diplomático de LA HAYA. Pero si allí la respuesta del hermano Cuadrado me puso el corazon tamaño como una avellana, aqui la contestacion del hermano Bazo me le dejó como una cabeza de alfiler. Además del mezquino premio con que el gobierno español remunera aquel cargo importante, llevaba el hermano Bazo un año justo de atraso en la percepcion de sus haberes. ¿Con qué querrá el gobierno que se sostenga un funcionario de esta categoría á las 400 leguas de su patria y en un pais acaso el mas caro del continente européo? Afortunadamente el señor Bazo durante su larga estancia en aquella corte habia sabido conquistarse con sus buenas prendas personales y con su juicioso y prudente comportamiento un aprecio y una consideracion que el gobierno que representaba no ha sabido ó no ha querido dar al destino. Sin embargo ¡qué de compromisos me refirió! Pero otra vez doblé la hoja al hablar de esta materia, y ahora conviene al decoro nacional doblarla tambien.

Diga vd., Sr. Embajador, le preguntó Tirabeque: ¿cómo se llama el Rey de estos Paises Bajos?—El Rey actual, le respondió, es *Guillermo II.*: el Rey padre, que abdicó el año pasado, era *Guillermo I.*—¿Y el *Guillermo* que ahora reina tiene hijos?—Tiene cuatro, que son *Guillermo Alejandro Pablo,*

Guillermo Alejandro Federico, Guillermo Federico Enrique, y Guillermina María Sofía. Y aun tiene tambien un nieto, que es Guillermo Niclas Alejandro.—Y dígame vd., y vd. perdone, porque en esto de familias reales siempre fui yo muy curioso: ¿tiene tambien hermanos el Rey?—Tiene dos; Guillermo Federico Carlos, y Guillermina Federica Luisa; y tiene tambien tres sobrinos, hijos del primero, que son Guillermina Federica Alejandrina, Guillermo Federico Nicolas, y Guillermina Federica Ana.»

Le acometió á mi lego con esta esplicacion un acceso de risa que no podia contener. Despues de un poco repuesto, «¡vaya, vaya (esclamó), que está buena la letanía de los *Guillermos* y las *Guillermi-nas*! Pues yá se yo de memoria todo el calendario real de esta tierra. Se parece á la familia de los *Pelerines* que decia el otro.—Suplico á vd., señor Bazo, le dije, se sirva dispensar á este sandio sus simplezas.—Ah! me respondió; no me diga vd. eso: ¿no ve vd. que sé ya quien es Tirabéque? ¡Oh! le conozco de mucho tiempo, y celebro en gran manera verle por aqui.»

Esto me tranquilizó algun tanto, á mí Fr. Gerundio, y aun me causó cierta satisfaccion el ver que el nombre de Tirabeque era conocido en tan remotos climas.

**El Museo,
y las vacas de Paul Potter.**

Entre los obsequios que nos dispensó el hermano Bazo fue uno el de ofrecerse á acompañarnos á ver las cosas notables de la ciudad, obsequio que admitimos con el mayor placer.

Salimos pues. Recorrimos varias plazas, entre ellas la de *Vyberberg*, que tiene á un lado un delicioso paseo de lozanos árboles, y al otro un vasto estanque circundado de suntuosos edificios. Visitamos el *Binnenhof* ó sea antiguo patio interior del Palacio de los Príncipes de Orange, y al rededor del cual están los vastos edificios modernos ocupados hoy por los estados generales, y por los ministerios; la sala gótica en que se hace la estraccion de la lotería nacional, que se juega cuatro veces al año, y en la graderia de cuya sala fue decapitado el famoso *Juan Barneveld el Viejo*, el mas acalorado republicano holandés del siglo XVII, y el que negoció la tregua de 12 años con la España, que por fin reconoció la independendencia holandesa.

Pasamos por la calle *Voorhout*, la calle mas anchurosa y de mas magnífico caserío de LA HAYA; calle y paseo al mismo tiempo, pues está plantada de árboles seculares de una altura prodigiosa que con su frondoso ramaje protegen un cespel siempre fresco; y por último recaímos en el *Museo*.

Dice *Mr. Ferrier*, autor de la *Guía pintoresca* y

artística de Holanda, que el Museo de *La Haya* es uno de los mas ricos de Europa. Si la riqueza se refiere al mérito de los cuadros, bien podrá tener razon el hermano *Ferrier*, al menos en los de las escuelas holandesa y flamenca, que es en lo que mas abunda. Pero si quiere hacer la riqueza estensiva tambien al número, no sé yo cómo pueda ser uno de los Muséos mas ricos de Europa el que encierra poco mas de 400 cuadros.

Seguramente es una coleccion selecta de pinturas la del Museo de *la Haya*; y entre ellas tubimos el gusto de hallar 3 cuadros españoles; 2 de Velazquez, 2 de Murillo, y uno de Matías Cerezo.

Al entrar en una de las piezas, Tirabeque dió dos pasos atrás como asustado. «¡Hola, señores! dijo; con esto no contaba yo. Señor Embajador, bien podía vd. habernos avisado que viniéramos prevenidos. —¿Pero de qué? le preguntamos los dos á un tiempo. —¿De qué? De que andaban por aqui estos animales; atrás, mi amo, que con gente que no se confiesa no hay que gastar chanzas.» Asombrados estábamos de tan estraño lenguaje, sin saber á qué atribuirlo, hasta que el señor Bazo, prorrumpiendo en una fuerte risotada, «ya sé lo que es, dijo; es el *novillo de Paul Potter* lo que ha temido el buen Tirabeque. Adelante, adelante, no hay que tener miedo.»

Era el famoso cuadro del famoso pintor *Paul Potter*, que representa un novillo en su grandor natural, y tan al natural todo, que efectivamente parecía tener vida y animacion; parecía que se le veía

respirar, que se le veía mover, que iba á embestir.

Es cuadro al que por mucho que uno se acerque, no pierde nada de la ilusion, porque se está tocando, y cuesta trabajo persuadirse que no pueda empuñar las astas, ó levantar y oprimir entre los dedos los pelos de la piel. Pienso que es imposible imitar mejor la naturaleza. El cuadro del *novillo* es tenido por la obra maestra de *Paul Potter*; sin embargo yo me vería perplejo para escojer entre el *novillo* y *un pastor guardando vacas*, que hay en la propia sala del mismo autor. A las vacas de *Paul Potter* no les falta mas que mugir. El susto de Tirabeque se convirtió en admiracion. «Señor, decía, si estas vacas las llevarán al campo, yo apuesto á que mas de una aldeana habia de acudir con el cántaro pensando que le iba á llenar de leche.»

Curiosidades.

No son pocas las que se encuentran en el Gabinete Real de este título que ocupa el piso bajo del Muséo. *Setecientos sesenta y siete* objetos raros y curiosísimos contiene aquel gabinete, especialmente de trages, muebles utensilios y artefactos de la China, del Japon, del Indostan, del Senegal, de Guinea, de Ceilan, del país de los Cafres, del de los Hotentotes, de la Tierra Santa, de la Australia, y por decirlo de una vez, de todas las partes del mundo.

¿Qué diremos de los 100 mil volúmenes de la Biblioteca Real? ¿del precioso manuscrito original del tratado conocido por *La Union de Utrecht*? ¿de las 35,000 medallas, y de la coleccion de monedas egipcias, y otra que abraza todo el periodo de los Reyes de Macedonia desde Filipo y Alejandro hasta el último de sus sucesores?

El bosque de hayas en La Haya.

«¿Quieren vds. ver, nos dijo despues de todo esto el Señor Bazo, el famoso bosque que hace el encanto y el orgullo de los habitantes de esta capital?—Con mucho gusto, le respondí.—Vamos pues, y no nos descuidemos, porque segun veo el horizonte, tengo para mí que va á nevar muy pronto.»

Figúrese el lector un bosque de una legua de circunferencia, plantado de las hayas mas esbeltas y copudas que se conocen en Europa; una floresta silenciosa, un follage verde y sombrío, unos sitios agrestes y salvages, cortados por anchas calles de arena cuyo término no se alcanza á ver, y por donde corren y triscan á su libertad los ciervos y los gamos; plagado de blancos cisnes y de sonoros ruiseñores; cortado por puentes rústicos que dan paso á las abundantes aguas que le riegan; todo conservado y entretenido con un esmero superior al de los mas bellos parques de Inglaterra, y con un arte que oculta por todas partes la mano del hombre, de-

jando á la naturaleza desplegar todos sus recursos; terminado el bosque por un jardin reservado que encierra el pabellon levantado por la princesa Amelia para honrar la memoria de su esposo y llorarle en la soledad y en el retiro: y todo esto á dos pasos de la ciudad, á los bordes de un mar helado, y en medio de un pais de praderas y de aguas, y tendrá una idea del bosque de las *hayas* en LA HAYA, y no se admirará de que los habitantes de aquella capital tengan su bosque por la octava maravilla del mundo, y que los príncipes escogieran aquellos lugares encantados para fijar en ellos su residencia real.

«¿Qué les parece á vds.? nos preguntó nuestro diplomático amigo.—Paréceme, le dije, que me hallo en un bosque Druida, ó mas bien en aquella selva melancólica y sombría de Virgilio:

«Et caligantem nigrá formidine lucum;»

y paréceme tambien que estoy viendo á un calmoso y meditabundo holandés, para quien parecen hechos aquellos versos de Boscan:

«Solo y pensoso en prados y desiertos
mis pasos doy cuidadosos y cansados,»

paseando por esta silenciosa umbría selva, meditando las ganancias que le dejará el buque que está para arribar de la India ó pensando en algun grave negocio de estado.—Asi es la verdad, dijo nuestro

compatriota.—Y diga vd., preguntó Tirabeque; ¿no vendrán hoy por aquí de paseo las damas elegantes de LA HAYA? porque aquellas *Hayas* y no estas serían las que me divertirían á mi.—No solo no vendrán, respondió el señor Bazo, sino que nosotros debemos apresurarnos á salir del bosque. ¿Ven vds. que empieza ya á nevar?»

Asi era en efecto. Salimos del bosque de las *hayas*, y por mas que aceleramos el paso, cuando llegamos al hotel llevábamos ya una capa de nieve.

A las 2 horas habia ya medio palmo de ella. El frio era intenso; la nieve caía acompañada de una helada brisa. Al dia siguiente habia ya cerca de una tercia. ¡Y estábamos á principios de noviembre todavía!

Las botas de mi lego.

Los que conocen ya el caracter de Tirabeque, podrán discurrir cuál se hallaría su espíritu cada vez que contemplaba que en el mes de noviembre se encontraba en la helada capital de los Países-Bajos, con una tercia de nieve en las calles, sin trazas de cumplirse el «*jam satis terris nivis*» de Horacio, antes por el contrario, arreciando cada vez mas el viento, y todo esto á las 400 leguas de su patria, y en un país bajo y pantanoso, casi todo inundado yá, y cuyos caminos amenazaban ponerse intransitables.

Asomábase con frecuencia al balcon del hotel, y los copos de nieve helada que se estrellaban en los cristales, le cegaban la vista y le helaban el corazon.—Señor, me decia alligido, ¿á qué tierra me ha traído vd.? Vamos á tener que pasar el invierno en LA HAYA, y cuente vd. con que una mañana amanezco agarrotado de frio.—No te allijas, hombre, no te allijas, que la temperatura de Holanda, es muy variable, y cuando menos lo pienses Dios y el sol mejorarán nuestras horas.—Asi sea, mi amo, y asi se lo pido con todo el fervor de mi alma, si es que en esta tierra puede haber ni alma ni cuerpo que tenga fervor, á ver si quiere su divina Magestad que podamos aprovechar un clarito para volvernos desde aqui á España.—Ah, en eso no pienses todavía: hallándonos aqui, fuera una cobardia imperdonable volverse sin ver á *Amsterdam*: ¡volverse sin ver la poblacion mas importante de Holanda, teniéndola á las doce leguas! ¡Oh! seria un sentimiento que me duraria toda la vida.—Señor, hágase lo que vd. quiera, que si está de Dios que háyamos de morir helados ó tragados por las aguas, de poco servirán los esfuerzos de un pobre lego.»

Una vez acordada la continuacion del viage, aunque con harta repugnancia por parte de Tirabeque y no sin algun recelo por la mia, nuestra primera atencion y necesidad era proveernos de los medios de abrigo. Al efecto encargamos al *Commissionaire* nos tragera chaquetas interiores de estambre, pantalones, babuchas, zapatos de goma, y otros varios

utensilios y menesteres. Entre estos nos presentó algunos pares de botas de piel sin trasquilar, anteriormente adobadas pero conservando toda la lana de la parte interior, apropósito para calzar por encima del pantalon y de otras botas, con suelas de dos pulgadas, pero de tan enorme tamaño y magnitud que parecian hechas para piernas de gigantes. Tu- bimos el gusto de pesar algunos pares, y no hubo ninguno que bajára de la media arroba. El mueble no podia ser mas apropósito para el abrigo, porque era menester un frio de 25 grados para que pudiese penetrar unas piernas asi forradas. Yo las deseché por su gravedad específica; pero Tirabeque, que hi- zo la prueba de un par, sintió tal consuelo y tal fo- mento en los ambulativos, que desde luego optó por ellas, pero con tanto entusiasmo, que al instante empezó á echar piernas diciendo que con aquellas botas ya no tendría él inconveniente en ir hasta la misma region del hielo, si era menester.

Quise darle gusto, y le tomé un par, solventan- do por ellas 20 florines (mas de media onza de Es- paña). Pero era el caso que las mas pequeñas le lle- gaban á la cintura, y como al calzárselas no pudie- sen pasar de la ingle, le quedaban haciendo en las piernas tantas arrugas que semejaban dos fuelles de órgano. Agregado á esto la desigualdad de sus tibias, la circunstancia de su cojera, y su zapato ordina- rio de cinco suelas, sobre hacer la figura mas ridí- cula del mundo, apenas podia dar con ellas un paso; refamos todos; pero él á todo contestaba con el ada-

gio español, «ande yo caliente y ríase la gente.» Y sobre todo, añadía, el camino no le he de andar á pié, y para ir embaulado en una diligencia horas y mas horas sin sentir el frio, cada bota de estas es una pieza de rey».

Si alguno cree que exagéro al pintar la magnitud de las dichosas botas, tenga entendido que no hay nada de hipérbole. Aun las conservo por curiosidad, y tendria gusto en que cualquiera se acercára á verlas. Es una clase de botas que fabrican los ingleses con destino á los que viajan en invierno por el norte. En los pueblos de España en que despues de nuestro regreso las han visto, han andado enseñándose de casa en casa como dos objetos notables, y en el resto de nuestra expedicion fueron el blanco de las miradas, de las risas y de la admiracion tanto en los pueblos como en los caminos, y si muchas veces nos sirvieron de diversion, no pocas nos produjeron tambien incomodidades y desazones.

En los carruages, especialmente cuando acaecía ir llenos, siempre venía estrecho el local por causa de las piernas de Tirabeque; los conviajantes no hallaban donde colocar las suyas, y esto los hacía prorrumpir en ternos y espundias contra las postrimerías del extranjero que tanto les embarazaban; pero nosotros á fuer de extranjeros que no comprendíamos el idioma del país nos hacíamos tambien los desentendidos de sus interjecciones, y callábamos, y nos sonreíamos interiormente.

Sucedió en una ocasion que al ir á tomar los bi-

lletes de la diligencia, el administrador que vió el volúmen que hacian las piernas de mi lego, se empenaba en que este habia de pagar dos plazas, y poco nos faltó para dirimir la contienda por vías de justicia. Otras veces se resistian los demas viajeros á entrar en el carruaje mientras Tirabeque no se descargára las piernas de aquel balumbo, y lo hiciera colocar en el sitio destinado á los bagages y mercancías.

Muchas veces para ir desde el hotel al establecimiento de donde partian los carruajes, ó vice-versa, habia que atravesar una parte del pueblo, y en estos tránsitos acaecieron escenas dignas de reir. Por de contado no habia nadie que no se detubiera á contemplar el fenómeno; formábanse corrillos, oíanse risotadas, escuchábanse burletas, y seguíanos los chiquillos. No sabemos lo que dirian, pero por la algazára se dejaba conocer que les divertía en gran manera el estrangero de tan altos coturnos, y yo aseguro que si como eran muchachos de flema holandesa ó de pachorra alemana hubiesen sido muchachos españoles, Pelegrin hubiera sido apedreado como San Esteban; y si cuando hicimos el viage á Andalucía hubiera llevado aquellas botas, probablemente no hubiera escapado sin ser manteado como Sancho.

Lo cierto es que puedo decir con verdad que llamó la atencion en todas partes, y que hasta en París, donde creia yo que nada habia que pudiera llamarla, consiguió á nuestro regreso ser el objeto

de mil satíricos comentarios, que como hechos en un idioma que ya no le era tan desconocido le hicieron entrar un poco en sí, y desde entonces determinó que los borceguíes constituyesen parte del exceso de peso en el equipage.

Leida, ó Leiden.

Inundacion anti-española.

Mis esperanzas sobre el cambio de temporal se cumplieron. Al mediodía dejó de nevar; salió el sol; templó la atmósfera, y la nieve comenzó á deshacerse: con esto y con las botas Tirabeque se reanimó, y la mañana del siguiente dia salimos en direccion de Amsterdam.

No solo tuvimos la fortuna del tiempo, sino tambien la de tocarnos de compañero de viaje un joven holandés, de tan arrogante y hermosa figura como de amable trato y fina conversacion. Jamás podré olvidar los buenos oficios que nos hizo el apreciable é ilustrado *M. Soetens*. Siete años de estancia en París le habian hecho perder la frialdad y taciturnidad holandesa, y á la honradez del pais natal agregaba las maneras cultas de la sociedad parisienne. Gozaba ya de un nombre literario en Holanda por sus producciones y escritos sobre la industria y agricultura. Con este motivo nuestra conversacion fué tan animada y tan franca, como divertido y ameno el camino.

A la izquierda veíamos las playas del mar del norte; á la derecha íbamos dejando multitud de quintas ó casas de campaña circundadas de flores-tas y jardines; bordaban las orillas del camino dos hileras de robustos árboles; á un lado y á otro quedaban espesos bosques de nueva plantacion, sumidos hasta la mitad de su altura en las aguas, y cruzaban el camino multitud de canales, por los cuales se veian deslizarse acá y allá numerosos barcos de transporte. El amigo *Soetens* nos entretenía explicándonos el sistema electoral del país para el nombramiento de diputados de los estados generales, y el modo como la eleccion tenia que resultar siempre monárquica; nos habló no muy satisfecho del carácter del Rey, y todavia menos satisfactoriamente de los compromisos á que los habia llevado el genio duro y escesivamente tenaz del Rey padre, especialmente en la cuestion holando-belga: nos preguntaba noticias de España, y asi entretenidos, á las tres horas de haber salido de *La Haya* dimos vista á una poblacion grande.

«¿Qué pueblo es este que se alcanza á ver? pregunté á *M. Soetens*.—Es la ciudad de LEIDA, me respondió: es una bella poblacion, que tendrá cerca de 30,000 habitantes. ¡Oh! ahora que me acuerdo, esta ciudad tiene recuerdos históricos muy curiosos é interesantes para vds. los españoles.—¡Para los españoles!—Oh! sí.—Decidlos pues, si gustais.—Con el mayor placer.»

«LEIDA sostubo en el siglo XVI un sitio contra

los españoles. Un bloqueo de cuatro meses tenia la ciudad en un estado de hambre horroroso, la habia reducido al extremo á que puede llegar una ciudad sin víveres. En tan apurado trance todos sus habitantes, hombres, mujeres, viejos y niños se agruparon en la plaza pública pidiendo con desesperados gritos al burgomaestre *Van der Werf*, los unos la rendicion de la ciudad, los otros un pedazo de pan. Aquel valiente ciudadano se presentó á los grupos, y desembainando con una mano la espada, y enseñando con otra su pecho, les dijo con un acento firme y calmoso: «pan no tengo que daros, pero si mi muerte os puede aliviar, tomad esta espada, matadme, haced pedazos mi cuerpo, y divididle entre vosotros.»

«Pero el príncipe de Orange, con quien los sitiados se comunicaban por medio de palomas-correos, sabedor de su apurada situacion, propuso á los estados generales socorrer á los desgraciados Leidenses por un medio que reguramente os sorprenderá: á saber, que se rompiesen los diques del Yssel y del Mosa, y se inundaran 20 leguas en circunferencia, á saber, todo el territorio comprendido entre Delft, Gouda, Leida y Rotterdam; que se fabricasen 200 lanchones chatos y de muchos remos, y que esta flota llevase víveres y refuerzos á los sitiados. El atrevido pensamiento se aprobó y ejecutó. Construyéronse las barcas, rompieronse los diques, el pais se inundó, el almirante de Zelandia, *Boilot*, partió desde Rotterdam al socorro de la ciudad llevando en la impro-

visada escuadra mas de 100 piezas de artillería, y 800 remeros soldados, en cuyos sombreros se leia la divisa: «antes Turcos que Papistas»; un viento sudoeste les ayudó á llevar las aguas hácia Leida, y los españoles sorprendidos con la repentina inundacion levantaron el sitio apresuradamente: el socorro llegó á Leida en ocasion que habian perecido ya 6,000 personas de hambre y de enfermedades. La ciudad celebra todos los años con fiestas públicas el aniversario de su libertad.»

Tirabeque habia estado escuchando con mucha atencion el relato histórico de nuestro *Soetens*, y luego que concluyó, ¿lo ha oido vd. mi amo? me dijo: el diablo me lleve si las traigo yo todas conmigo por estos aguazales; y quiera Dios que si saben que venimos por aqui dos españoles no les dé gana de romper el dique de cualquier riachuelo, que para ahogar á dos españoles poco es necesario, pues tengo para mí que esta gente no ha de ser muy adicta que digamos á los españoles.—Por lo que hace á la plebe, contestó *Mr. Soetens*, no va vd. descaminado, porque aun conserva cierta antipatía tradicional hácia los que en otro tiempo fueron sus conquistadores, y de quienes (con perdon sea dicho de mis dignos compañeros de viaje) no fueron tratados con la mayor consideracion. Pero las gentes de educacion del país no tienen la mas pequeña prevencion hácia los españoles: saben bien distinguir de tiempos y de circunstancias, y al contrario los tienen en buena estimacion y concepto: algo menos devotos son

de los franceses; así pues, no tengais cuidado, y podeis viajar con toda confianza.»

Al llegar á la ciudad, «entramos, dijo el ilustrado holandés, en la cuna de los hombres ilustres, en la Atenas de Occidente; oh! vos no podreis menos de haber oido hablar y aun de haber leído mucho de la afamada Universidad de *Leiden*: ella cuenta entre sus hijos al sabio Descartes, á los célebres Hugo Grotio, Justo Lipsio, Goldmith, Escalígero, Vossio, Gomar, Juan de Lucas, al famoso médico Boerhave, al pintor Rambrandt, al físico Muschembroek.....¿conoceis la física de Muschembroeck? —Oh! casi demasiado: en los tres años del 20 al 23 que la España fué regida constitucionalmente, la física de Muschembroeck fué uno de los libros de asignatura que se señalaron para servir de testo en las aulas de las universidades españolas por el plan de estudios de aquel tiempo: yo estudiaba entonces filosofía, y algunos ratos me devané los sesos con la física de Muschembroeck. En ese caso conoceréis la *botella eléctrica* de LEIDEN.—Y aun aprendí á ejecutar con ella algunos experimentos.—Pues bien, aquí teneis la ciudad donde se inventó, y la patria de su autor.»

En esta conversacion pasamos sus muros y sus fosos, y llegamos al hotel. Poca mansion hicimos en Leida, de consiguiente no pude visitar sus ricos muséos y gabinetes de objetos artísticos y literarios, pero fué lo bastante para admirar una poblacion que es un conjunto de islas formadas por el caudaloso

Rhin, que da cien vueltas y revueltas por su casco interior, saliendo á unirse todos sus brazos fuera de la ciudad, y cuyas isletas están unidas por 145 puentes de piedra de talla.

El mar de Harlem.

Tres nuevos viajeros se nos agregaron en Leida; dos jóvenes señoritas, de buenas facciones, blanco y sonrosado color, y frescas y robustas carnes, como son en lo general las holandesas; y un ciudadano de no muy atractiva catadura, y cuyas maneras no le hacian tampoco mas atractivo á sus bellas colaterales, puesto que repantigado en su asiento con toda la pachorra de un legítimo holandés, todo el obsequio, todo el galantéo que les dirigía era un continuado zahumerio, una fumigacion casi no interrumpida de tabaco, merced á una especie de estufa que en concepto de pipa de la boca hasta el suelo pendiente llevaba. Esto de lanzarse dos jóvenes solas en un carruage, en España sería sospechoso, alli es una cosa muy comun: no sé si consistirá mas en la influencia de la educacion que en la frialdad del clima.

Mostrábanse las niñas poco cómplicas de su *adlátere*; ni les hacian tampoco el mejor oficio las voluminosas piernas de mi lego; éste por su parte hubiera deseado no solo no llevar las colosales botas, sino ni piernas tampoco, si fuese posible, á trueque de no incomodar á tan agraciadas hermanitas; pero su

sentimiento era no poder mutilarse de repente, ni poder siquiera pedir mil perdones por la molestia á causa de no saber esplicarse en la lengua que ellas hablaban; en cambio les significaba su sentimiento con gestos y señas que á todos nos hacian reir. De esta situacion se aprovechaba muy bien nuestro compañero *Soetens*, que á lo ilustrado reunía lo galante: poseedor de ambos idiomas, hablaba con las jóvenes en holandés, hablaba en francés con nosotros, y era el alma de aquella viandante sociedad. La conducta del fumador le dió á *Soetens* ocasion á referirnos tal cual anécdota de su vida, revelándonos que el haber librado en un caso semejante á una *prima donna* de París de otro fumador importuno le habia valido tener asiento gratis en la grande ópera por algunos años; amen de lo que tubiera por prudente callar.

Asi marchábamos agradablemente distraidos: y en verdad que todo hacía falta, porque el horizonte habia vuelto á enmarañarse; á poco rato se levantó una ventisca furiosa, y poco despues comenzó una lluvia de agua-nieve, que no cesó en todo el dia, escediendo en crudeza al anterior, tanto que segun despues supimos, en el gran canal de Amsterdam naufragó aquel dia un buque á causa del deshecho temporal, ahogándose ocho ó nueve marineros.

En esto, á nuestra derecha y á los pocos pasos del camino llegamos á divisar una gran masa de agua, cuyo oleage semejaba al del mar.—¿Qué es esto? preguntamos Tirabeque y yo á *M. Soetens*, no po-

co asustados uno y otro.—Este, respondió, es el *mar de Harlem*, ó sea el *gran lago* de 12 leguas de circunferencia. ¡Oh! este es uno de los grandes enemigos interiores que tiene el país, además del grande Occéano que esteriormente le está siempre amenazando. Os contaré su historia.

«En el siglo XV una gran parte del Rhymland y del Amstelland fué tragada por esta vasta estension de aguas que ahora se llama *mar de Harlem*. Sin embargo entonces no pasaba todavía de una gran laguna. Pero en el siglo XVI otra terrible inundacion reunió cuatro diferentes lagos distantes unos de otros, aprisionando una porcion de pueblos, á quienes impuso una existencia anfibia, dejándolos mitad dentro y mitad fuera del agua.—Señor! exclamó Tirabeque; sobre que digo yo bien, que aqui tenemos que quedar para pasto de peçes! Diga vd., buen amigo, ¿llegarán aqui las olas de ese lago? Porque ya poco les falta.—No tengais recelo alguno; ¿no veis que están contenidas por un dique? Y ahora asombráos de lo que os voy á decir. Ése gran lago, ese pequeño mar, tal como le veis, tenemos los holandeses el proyecto de desecarle, y de hacer tierras de labor el vasto territorio que cubre ahora ese abismo. Temeraria y loca os parecerá la empresa; temeraria y loca sería en efecto para otros que no fuesen los laboriosos y perseverantes holandeses. Si volviérais por aqui dentro de 4 ó 5 años, acaso encontrareis ocho mil héctares de tierra labrada en lo que ahora es un piélago de doce leguas de circuito.»

Y fue así, que nos pareció el proyecto excesivamente agigantado ; pero ¿qué cosa hay imposible para un pueblo que ha llegado á poner puertas al mar y que le hace retirar sus límites?

El vendabal arreciaba en términos que los caballos apenas podían hacer pié, la nieve caía en gruesos copos que se estrellaban y se quedaban pegados á los cristales del carruaje, las aguas del gran lago parecía venírsenos encima, el frío casi penetraba los gruesos cueros que forraban las piernas de Tirabeque, y en este estado llegamos á la aseadísima ciudad de HARLEM.

Otro célebre sitio español.

En HARLEM nos detubimos á calentar el cuerpo y refocilar el estómago, que bien lo habían uno y otro menester. Deshacíase Tirabeque en obsequios pantomímicos con nuestras bellas acompañantes, mientras el amable *Soetens* me contaba á mí uno de los sucesos históricos de aquella ciudad mas curiosos para un español.

Habia puesto sitio á la ciudad en el año 1572 el famoso D. Fernando de Toledo, Duque de Alba. HARLEM estaba entonces poco fortificada, y su guarnición no pasaba de 4000 hombres. Pero cada ciudadano se hizo un soldado para defender su patria, y las mugeres mismas siguieron su ejemplo. Una de ellas cuya familia existe todavía en Amsterdam, á la

cabeza de 300 heroínas, secundaba las operaciones del sitio, y el batallón imberbe compartía las fatigas con la guarnición. Diferentes veces intentaron en vano los españoles asaltar la ciudad por las puertas de San Juan y la Cruz: después de siete meses de infructuosos ataques tubieron por prudente convertir el sitio en bloqueo. Temerosos de que los Holandeses recurrieran al medio de romper los diques para inundar la comarca, como habían hecho en Leida, acordaron hacer entrar buques de guerra en el *gran lago de Harlem*, y circunvalaron por todas partes la ciudad.

Los sitiados pidieron capitulación: pero no habiéndola obtenido con condiciones honrosas, determinaron hacer una salida desesperada, y colocando las mugeres y los niños en el centro de las filas, marcharon frente al enemigo. Noticioso el Duque de Alba de tan desesperada resolución, consintió en capitular, á condición de que le fuera entregada la ciudad, con mas 57 de los principales habitantes en rehenes. Cuando los españoles entraron en HARLEM, hallaron reducida la guarnición á 1.800 hombres. «El modo como el Duque de Alba observó las condiciones de la capitulación (añadió el prudente *Soetens*), yo se lo contaría á otros que no fuesen españoles. Pero vos sabeis bien lo que era el Duque de Alba. Así no estrañareis que los recuerdos tradicionales de su ferocidad hayan dejado en las masas del pueblo, que no se paran á hallar diferencias entre los españoles del siglo

XIX y sus gefes militares del XVI, la prevencion poco favorable que antes he indicado.»

Y yo Fr. Gerundio, español del siglo XIX, me encojé de hombros y callé.

Capítulo para músicos y organistas.

Una curiosidad de HARLEM nos anunció *M. Soetens*, que á toda costa me propuse satisfacer. La proporcion de tomar carruaje á cualquiera hora me hacía no sentir mucho el que la diligencia que hasta alli nos habia conducido y que tenia pagada hasta Amsterdam se fuera sin nosotros. *Soetens* nos hizo tambien la fineza de quedarse á acompañarnos.

Esta curiosidad, esta maravilla de HARLEM, es el órgano de su grande iglesia protestante (católica en otro tiempo tambien), la mayor de toda Holanda. El órgano, obra de *Cristian Muller* en el siglo XVI, pasa por el mas grande y mas bello que existe en el mundo; pues aunque los dos nuevamente contruidos en York y en Birmingham tienen algunos tubos de mas dimension, su conjunto no iguala al de HARLEM. Este consta de 5.000 tubos ó cañones, y de 12 fuelles. Tiene (en términos de organista) 60 voces, algunas de las cuales hacen un efecto extraordinario y desoido, como el *bordon*, la *viola de Gamba*, el *trueno*, la *trompeta*, la *campana*, la *voz humana*, y todos los instrumentos de una orquesta.

Aunque el amable *Soetens* me habia dado todas estas noticias orgánicas revestido de una formalidad todo holandesa, yo habia suspendido el juicio, ya que algo mas allá no fuese mi incredulidad. Mas luego añadió: «¿quereis oir un concierto cual no le habreis oido ni acaso le volvais á oir en la tierra? Avisaremos al organista.—¿Y se prestará á darnos este gusto el Sr. Organista? le pregunté yo. —Oh! sí, está siempre dispuesto á ello por el precio de 12 florines (como unos 100 rs. de España), que es la tarifa de estos conciertos.—Pues bien, repuse, á trueque de oir esa maravilla los daré de buen grado.»

Salimos á buscar al organista, no sin una fuerte resistencia de parte de Tirabeque, el cual me decia: «Señor, está visto: vd. pierde la cabeza en los viajes: ¿será posible que vaya vd. á dar cinco duros por oir un órgano? Por bueno que sea el órgano de *Harlem*, ¿erec vd. que será mejor que el de la catedral de Palencia? ¿Y piensa vd. que el organista lo hará mejor que el Padre Chano del convento de Sahagun? Mire vd., señor, que mejor que aquello es imposible: contemple vd., mi amo, que cuesta cinco duros; y sobre todo, que me temo que estos holandeses con toda su formalidad se están burlando de vd., señor: volvámonos, mi amo Fr. Gerundio, que esos cinco duros me están abriendo á mí las cinco llagas de nuestro Padre San Francisco.»

Inexorable estube á las reflexiones de mi lego:

buscamos al organista, y efectivamente *Mr. Schumann* (que así se llamaba áquel hábil profesor) se prestó desde luego á ir en el acto con nosotros á la iglesia, añadiendo que era la hora mas oportuna puesto que no habria nadie en el templo, que era lo mejor para gozar el efecto del órgano en toda su plenitud.

Entrado que hubimos en la iglesia, *Mr. Schumann* cerró las puertas como tiene de costumbre en tales casos, y subió al órgano. El programa de estos conciertos á puerta cerrada suele ser; un *adagio*, una larga pieza militar, un trozo de Mozart ó de Wéber, una composicion titulada *ranz des vaches*, otra nombrada en el idioma del pais *God save the king*, y una pastorela con tempestad, todo lo cual dura como una hora. Ciertamente no he oido cosa mas grandiosa en punto á armonía; el alma se sentía embriagada de un placer inefable. En la pieza militar se percibia con una naturalidad prodigiosa las voces de las trompetas, los redobles de los tambores, y hasta el estampido del cañon. Pero sobre todo la pastorela! ¡aquella pastorela compuesta expresamente para el órgano de HARLEM! ¡aquella pastorela, en que no se sabe qué admirar más, si el poder prodigioso del instrumento, ó el talento y habilidad música del artista!

La calma de los campos, el calor de la atmósfera, la sencilla alegría de los aldeanos, el caramillo de los pastores, la vuelta del ganado sonando sus cencerros, el toque de la campana, la oracion can-

tada á coro, la aproximacion de la tempestad, el ruido en fin del trueno, el estallido del rayo, todo se pinta, todo se distingue perfectamente, y todo causa en el alma una emocion, un terror al que es imposible resistir, y que aumenta la magestad del sitio. Cuando el trueno retumba, cuando se oye la detonacion que lanza el rayo, entonces el espíritu estremecido se figura ver desplomarse las robustas columnas del desierto templo, y desgajarse las bóvedas á la voz terrible de la venganza divina.

Concluido que hubo, «¿qué os parece? me preguntó *M. Soetens*.—¿Qué me ha de parecer? le respondí: el asombro de que estoy embargado dirá mas que las palabras.—Señor, añadió Tirabeque, bien empleados sean los cinco duros, lo primero porque los ha ganado bien el organista, que no pensé yo que habia teclero en el mundo capaz de hacer tantas atrocidades, y lo segundo en accion de gracias por haber salvado con vida de la tormenta, que bien pensé que nos íbamos á merendar con Cristo á toque de órgano.»

Bajó *M. Schumann*, le felicitamos por su maestría artística, le dimos las gracias por el buen rato, y salimos del templo llenos de admiracion.

Capítulo para impresores y libreros.

Profesores del arte de *Guttemberg* se han llamado siempre los que ejercen el arte tipográfico, por

creerse universalmente que la imprenta fué inventada por Juan Guttemberg, natural de Mayenza en Alemania. No lo creen así los habitantes de HARLEM, que reclaman á capa y espada este honor para su compatriota *Lorenzo Coster*; y dicen, y aseguran, y sostienen que el *Guttemberg* recibió los tipos de un criado del *Coster* que se los había robado, y que él no hizo más que unirlos y coordinarlos, verificándose el *tullit alter honores* de Virgilio. Y en prueba de ello enseñan en la casa de ayuntamiento una cajita de plata que encierra el primer libro impreso por él (dicen) en 1440, titulado SPECULUM HUMANAE SALVATIONIS.

Y si señor; y en fé de ello han levantado en la plaza mayor una estatua á *Lorenzo Coster*, teniendo en una mano un cuño marcado con la letra A, y en la otra *unas pruebas*. Y se atienen á lo dicho, y en testimonio de verdad le enseñan á vd. enfrente la casa en que vivió, y en su fachada la siguiente inscripción en letras de oro:

Memoriae Sacrum.

*Typographia, ars artium omnium conservatrix,
hic primum inventa,
circa annum M. CCCCXX.*

Templo consagrado á la memoria.

La tipografía, arte conservadora de todas las artes,
nació aquí
hacia el año 1420.

Y lo dicho die ho; y el año 1820 celebró la ciudad de HARLEM con fiestas públicas el cuarto aniversario secular de la invencion de la imprenta.

No será yo Fr. Gerundio el que me empeñe en quitar la gloria al hermano *Guttemberg* para dársela al hermano *Coster*; allá se las campanéen Holandeses y Alemanes, aunque veo el pleito perdido por parte de aquellos: como decia mi Pelegrin, cualquiera que haya sido el inventor, no sabe bien la herencia que nos ha dejado, y los años de vida que pierde un pobre lego que tiene que lidiar con cajistas y prensistas etc. etc.

Capítulo para jardineros,

y aficionados á flores.

¡Rarezas y singularidades tiene HARLEM por vida mia! Increíbles si no se vieran, pero ciertas y positivas porque se ven.

Una de las celebridades de HARLEM es el esquisito cultivo y el inestimable aprecio que hacen de las flores, especialmente de los *tulipanes* y *jacintos*. ¿Cuánto les parece á vds. que vale allí un buen *tulipan*? ¿Creerian vds. que se pagaba en HARLEM hoy en el dia por un buen *tulipan* 100 florines, como unas 3 onzas españolas?

«¡Oh! eso es imposible, dirán muchos.—¿Es imposible? Pues voy á demostrar á vds. histórica-

mente que el precio actual de 100 florines es una miseria con respecto al valor que tenían antes. Llevado, yo Fr. Gerundio, de la misma incredulidad, he leído varios autores holandeses, y he visto que todos de conformidad me dicen; que un *tulipan* llamado *el Virrey* se vendió á cambio de los objetos siguientes:

	RS. VN.
Cuatro toneles de trigo, valuados en.	3,600
Ocho id. de centeno, en.	4,560
Cuatro bueyes, en.	4,000
Ocho cerdos, en.	2,000
Doce carneros, en.	1,040
Dos toneles de vino, en.	600
Cuatro id. de cerbeza, en.	280
Dos id. de manteca de vaca, en. . .	1,600
Mil libras de queso, en.	1,000
Una cama completa, en.	860
Un lio de ropa, en.	720
Un vaso de plata, en.	520
TOTAL.	20,780 rs.

Y veo que todos á la una me refieren que una cebolla de *tulipan* llamada *el Almirante Liesken* se vendió en 4,400 florines, 36,000 rs. Y veo que todos convienen que otro *tulipan* nombrado *el Semper Augustus* valió en venta 5,300 florines, unos 48,000 rs.

¿No lo creen vds. todavía? Pues oigan vds. la siguiente curiosa anécdota, que prueba hasta dónde llegaba en HARLEM el embeleso, la locura por los tulipanes, hasta qué punto llevaban la tulipomanía(1).

Un florista de HARLEM tenía un tulipan que hacía todo su orgullo, las delicias de su vida, porque la flor era hermosa, era perfecta. Todos le envidiaban, muchos le aborrecían porque era feliz. Pero una noticia funesta vino á amargar todos sus gozes; un viajero á quien enseñó su tulipan le dijo que había visto otro igual en París en el boulevard del Temple. El hombre se quedó mustio; el tulipan perdió para él toda la ilusión. Un día ya no se pudo contener y sale en dirección de París. Llega, compra el tulipan en 3,000 francos, le pisotéa, y se vuelve feliz, porque ya posee el único de aquella clase.

El valor de los tulipanes se cotizaba diariamente en las bolsas de Harlem y Amsterdam como los fondos públicos: se negociaban y vendían á plazo y al descubierto antes de saber donde se podría tomarlos,

(1) ¡Coincidencia singular! El día que esto escribo, que es el 8 de diciembre de este año de 1842, leo en los periódicos de España, copiado de los de Londres, que un inglés acaba de comprar un tulipan en 640 libras esterlinas (61,000rs. vellón). ¿Si habrá pasado la tulipomanía de Holanda á Inglaterra? Con este motivo dice un periódico inglés, y tiene razón: «¡qué de patatas no hubiera podido comprar el botánico *Gentelman* para saciar con ellas el hambre de un sinnúmero de infelices que diariamente perecen de inanición!»

y á veces se habian vendido mas de los que pudieran producir todos los jardines reunidos de Holanda. Semejante furor llamó ya la atencion del gobierno, que se ocupó en discurrir cómo poner término al escandaloso tráfico; y ademas reunidos en Amsterdam los principales cultivadores de *tulipanes* á fines de 1737, trataron ya de poner coto á un frenesí, que no solo se habia apoderado de los ricos, sino que cundiendo por todas las clases de la sociedad, empezaba á producir los mas perniciosos efectos. Habia muchos jardineros que ya no querian trabajar, prefiriendo correr el riesgo de esta especie de comercio. Por lo que convinieron, de acuerdo con las autoridades y magistrados del reino, que en lo sucesivo no pudieran venderse *tulipanes* sin conocimiento de la autoridad, y que en caso de negarse á ejecutar los convenios de venta espresados en 24 de febrero de 1837 pudiese ser indemnizado el vendedor con el 10 por ciento á costa del comprador. Esta medida dió tal golpe al tráfico *tulipanesco*, que pocas semanas despues se compraban por 25 florines *tulipanes* que antes costaban 3,000.

**Para ministros de Gobernacion,
y directores de caminos y canales.**

Tomamos otra diligencia, y salimos de *Harlem*. El camino de alli á *Amsterdam* no es mas que la ci-

ma del inmenso dique que separa el lago de *Harlem* del famoso golfo de *Zuyderzée*. La seguridad del país en diez leguas en circunferencia pende de la conservacion de este dique. Si se rompiera, sería todo presa de las aguas, incluidas sus grandes ciudades.

Yo hubiera deseado llevar conmigo por allí á todos los ministros de la Gobernacion de España habidos y por haber, y á todos los directores de caminos y canales, para que vieran lo mucho que hay por el mundo y lo muy mal repartido que está. Allí una riqueza de medios de comunicacion que ya degenera en lujo; aquí.... lo que ellos y yo sabemos y sería una superfluidad decir: allí de *Harlem á Amsterdam*, en un ancho de 200 pasos, y en tres líneas rectas y paralelas, una calzada de ladrillo para diligencias guarnecida de dos hermosas hileras de árboles; á su lado un ancho canal de navegacion, y al lado de este un camino de hierro: de modo que en el referido espacio de 200 pasos ó menos se vé marchar simultánea y paralelamente á un mismo punto las diligencias, los buques, y los coches de vapor: aquí..... puntos y mas puntos: allí los ministros del Fomento dan pocas proclamas y pocas circulares y pocos proyectos de ley, y haen muchas calzadas y muchos canales y caminos de hierro: aquí no hacen canales ni caminos de hierro, pero quitan y ponen muchos gefes políticos. Allí sobra lo que aquí falta: ¡cómo ha de ser! Siempre en el mundo hubo mucho y mal repartido.

Mirémonos en este espejo.

Voy á dar una idea de la poblacion de Holanda, de ese país estéril de suyo, y que no sería sino un gran charquetal, un vasto pantano, una inmensa laguna ó una marisma intransitable, inculta, sin la incansable laboriosidad de los holandeses. La siguiente-pequeña estadística probará el partido que han llegado á sacar aquellos naturales de su ingrato y pantanoso suelo.

En una linea de 26 leguas que hay desde Breda á Amsterdam, es decir, en seis leguas menos de distancia que hay de Madrid á Valladolid, se encuentra las ciudades y con la poblacion siguiente:

Breda.	5,500	habitantes.
Dordrecht.	20,000	
Rotterdam.	80,000	
Delf.	15,000	
La Haya.	60,000	
Leida.	10,000	
Harlem.	21,000	
Amsterdam.	220,000	

Mirémonos en este espejo: calculémos la poblacion que podria tener la fertilísima España, y notemos la diferencia que va de trabajar á no trabajar.

AMSTERDAM.

Teatro de Variedades.

Llegamos á AMSTERDAM de noche y lloviendo. Desde el sitio en que nos apeamos hasta el hotel del *Gran Doelen* á que nos condujo nuestro buen *Soetens* habia una distancia regular. Al atravesar un puente, mi pobre Pelegrin que ya iba andando con bastante trabajo, resvaló, y dió con sus botas y su humanidad en tierra, ó por mejor decir en lodo; levantámosle entre los dos, y le llevamos hasta el hotel asido de los brazos, ni mas ni menos que como en las plazas de toros de España se suele conducir á un picador que acaba de sufrir un porrazo solemne. Entramos en el hotel, nos acomodamos en la cámara núm. 32, se mudó Tirabeque de ropa, nos calentamos, bajamos á comer, y acabada la comida, á propuesta de *Mr. Soetens* nos fuimos á pasar la noche al *teatro de Variedades*.

Pero antes, tambien á invitacion suya, entramos en el *Café francés de Hamell*, el mas concurrido de la mas florida juventud de AMSTERDAM. Tomamos nuestro té y pasamos al teatro. Hay en AMSTERDAM tres teatros, el francés, el aleman y el holandés que era este. *Quince sous* cuesta la entrada con asiento de luneta ó de galería, pero son *quince sous de florin*, que equivalen á unos 6 ó 7 rs. de España; si bien alli 15 *sous* son tan friolera como serian aquí 6 ú 8 cuartos; todo consiste en el pre-

cio respectivo de las cosas con arreglo al valor de las monedas. Asi la Holanda es carísima para un español, puesto que 10 pesetas de aquí hacen menos de 5 florines allá , y con 5 florines allá no se hace tanto como con 3 ó 4 pesetas acá, por manera que ó yo me engañé mucho en mis cálculos, ó viene á resultar una diferencia de carestía de España á Holanda como de 4 á 10. Observacion , que pienso no es indiferente para quien se proponga viajar.

Pero vamos á nuestro teatro.—«Guardad esos billetes , nos dijo *Soetens* , para el uso que despues os diré.» En electo no hicimos mas que enseñarlos á la entrada, y los guardamos en seguida. Tomamos tres asientos seguidos de luneta , los primeros que se nos depararon , porque tampoco están numerados allí. El teatro no era grande , pero se notaba que la sociedad era bastante escogida. Dió principio la representacion , que consistió en dos *Vaudevilles* , alternados entre canto y declamacion como en Francia. Los actores se conocia que ejecutaban con propiedad , gracia y desembarazo , mas para nosotros no pasaba de una pantomima , puesto que la representacion era en holandés , y no podiamos comprender una sola palabra.—¿Entiendes algo , Pelegrin? le preguntaba yo á mi lego.—Señor, me respondia, lléveme el diablo si hasta ahora he podido entender mas de toda la comedia , sino que hay una dama vestida de hombre , y un amante que rabia de celos , lo eual me indica que los celos son una enfermedad rabiosa hasta en Holanda.»

La pieza debía estar sembrada de chistes , porque de tiempo en tiempo los serios holandeses daban de mano á su natural gravedad, y reian con toda su alma. Las señoras y caballeros que estaban cerca de nosotros, creyéndonos tambien holandeses, solian mirarnos como quien desea compartir con otros los goces de una sal cómica; yo reia tambien con ellos sin saber de qué, y Tirabeque lo hacía tan á lo vivo , que logró llamar la atencion con sus risotadas, y luego añadia: «¡qué graciosa es la comedia, mi amor! ¡cómo me divierte!» Pero una cosa vino impensadamente à alegrarnos mas que á todos los holandeses juntos; y fué que uno de los aires cantables del Vaudeville era el de nuestra antigua cancion española:

General Santocildes;
con tus soldados etc.

Trailo, Marica, trailo,
trailo, Marica.

Tirabeque saltaba del asiento, y confieso que á mí tambien me alegró el diablo de la cantinela, tan plebeya como ella es, por el placer de verla adoptada en un pais y en un sitio donde no podia esperar. No faltó sin embargo un holandés á quien debió hacer mas gracia que á nosotros, puesto que se puso á acompañar en alta voz á los cantantes, lo cual produjo que un agente de policía le echára mano y le hiciera salir del teatro con mucha compla-

encia del público. Yo no sé si en el entusiasmo de aquel hombre tendria mas parte el vinillo que un resto de afición de los naturales del país á los aires musicales de los españoles que por allá en otro tiempo andubieron.

Concluyóse un acto, se bajó el telon, y entonces fué cuando ví la cosa mas nueva y menos usada que en materia de teatros he presenciado. Caláronse todos los sombreros (esto no es nuevo); en seguida cada uno fué sacando su puro ó su pipa (esto ya es nuevo;) y comenzaron á fumar de lo lindo (esto es mas nuevo todavía.) Mas de 400 pipas humeaban en el salon; la atmósfera se fue condensando, y las hermanas holandesas sufrían la humareda con una impasibilidad admirable, como quienes á ello estaban muy acostumbradas. Del rigor inexorable del sistema prohibitivo de la Francia en materia de fumar en sociedad, hasta la libertad completa y absoluta que reinaba en aquel teatro de la ciudad mas considerable de Holanda, vean vds. si hay grados de distancia, y si habrá diferencia de costumbres de pueblo á pueblo.

No paró en esto todavía.—¿Qué es lo que queréis tomar ahora? nos preguntó *Soetens*.—Yo nada, le respondí.—Huriais mal; vos no debeis perder el derecho que es da vuestro billete; no teneis sino entregarle, y pedir (sin que nada os cueste) ó bien un ponche, ó una botella de zerbeza, ó unas copas, ó lo que mas os acomode.—Bien, le dije, saldremos á tomarlo.—Ah, nó, aquí mismo.»

En efecto, de trecho en trecho entre las mismas lunetas hay unas mesitas de muelle, las cuales se suben, y sobre ellas se sirve lo que pide cada uno á la presentacion del billete, que se entrega definitivamente entonces, sin mas coste que el de los 15 sous de entrada. El salon se convirtió instantaneamente en café de confianza: todos fumaban y bebian, y nosotros bebimos y fumamos tambien, con arreglo al «*dum Romæ fueris.*» Los tres golpes de anuncio de levantar el telon intimaban poner término al refresco; los mozos acudieron á limpiar las mesas; se bajaron estas, se levantó el telon, dió principio el 2.º acto, y asi continuó poco mas ó menos el resto de la funcion hasta las 11, que salimos muy complacidos de haber visto una novedad teatral.

Idea general de la poblacion.

Eso fué lo que procuramos al dia siguiente, formar una idea de aquella ciudad bajo mil aspectos notabilísima. El amigo *Soetens* no nos pudo acompañar, por tener aquel dia ocupaciones perentorias. El guía ó *commisionaire* que nos tocó no podia ser mas cortado para el objeto: él se las podia apostar á desgarbado al mas desgarbado holandés, pero vive Dios que en punto á andar cada zancada suya nos hacia á nosotros echar un medio galope: incansable

y nada compasivo, nos molió, fatigó y asendereó muy á su sabor, como si se hubiese propuesto decir «¿queréis ver á AMSTERDAM? Pues yo os haré ver mas AMSTERDAM de lo que desear pudiérais.» Y lo cumplió á las mil maravillas, pese á nuestras piernas.

AMSTERDAM, ese gran depósito mercantil del Norte, y uno de los primeros del universo, esa gran plaza de mercado del continente europeo, esa ciudad-isla que sostiene relaciones comerciales con todos los pueblos conocidos del globo, está toda fundada sobre estacas en un terreno fangoso mas bajo que el nivel del mar, entre el lago de Harlem, el lago mucho mas estenso todavía del Zuiderzée, y entre los rios Amstel é Y ó Wy: cruzada en su interior por cuatro anchísimos canales que corren paralelos al foso que la circunda, amen de otros mil canales que dividen la poblacion en 95 islas, unidas por 290 puentes de piedra ó de madera, contruidos de modo que dejan paso á las embarcaciones, de manera que por las calles de AMSTERDAM andan los buques de arriba abajo ni mas ni menos que cruzan los coches por las calles de Madrid. ¡Espectáculo nuevo y singular para un español!

Hacíaseme inverosímil y difícil de creer, á mi Fr. Gerundio, eso de que 30,000 casas y multitud de otros vastos y soberbios edificios hubieran de estar fundados sobre estacas clavadas en el cenagoso suelo: mucho mas cuando al entrar en el Palacio Real me decian: «este palacio está sostenido

por 13,695 estacas ;» cuando al visitar el Palacio de la Marina me decian tambien: «18,000 estacas sostienen este edificio.» Pero no tardé en convencerme de la verdad, puesto que yo llegué en ocasion que se estaba echando los cimientos del gran edificio que ha de servir de Bolsa en sustitucion de la antigua : y tube el gusto de ver por mis mismos ojos clavar en el agua las estacas que le habian de servir de cimiento. Eran estas de unos 50 á 60 pies de largas , es decir, eran árboles enteros , é introducíanlas con el ausilio de una máquina manejada por diez ó doce hombres que trabajaban al son de una cantinela del pais cantada á coro , tan pausada como el caracter de sus habitantes , y cuyos compases marcaban los golpes de los operarios.

La existencia de AMSTERDAM es un prodigio diario. Mirada desde la torre del palacio real, se la vé interior y esteriormente como embutida en agua ; y lo que es mas , se alcanza á ver el mar del Norte como suspenso sobre toda la Holanda septentrional, amenazando desplomarse sobre ella, tragarla, sumirla, ahogarla bajo el peso de sus flotas. ¿Quién contiene, quién refrena las aguas del amenazante Oceano? Los *diques* , esa obra atrevida de los emprendedores holandeses. Si los diques se rompieran , si descuidáran su esmerado entretenimiento por algunos meses no mas , ¡ay de ellos y de su pais! El mar se lanzaría sobre ellos y se absorvería poblaciones y habitantes. De vida ó de muerte espera ellos el asiduo entretenimiento, la buena conservacion de los

diques. Millares de florines consume cada día; millones y millones de florines invierte cada año la sola ciudad de **ATSTERDAM** en el entretenimiento y conservación de los grandes diques.

El que separa las aguas de su puerto consiste en dos líneas de estacadas, á distancia de 80 pies, dejando abiertas para la entrada de los buques 21 embocaduras, que se custodian con mucho cuidado durante la noche, y que constituye al mismo tiempo uno de sus mas deliciosos paseos. La ciudad está circundada de un foso guarnecido de 26 bastiones, cada uno de ellos con un molino de viento. Y el pueblo tiene la configuracion de una herradura, ó mas bien del salon de un coliséo por dentro.

Calles, casas, coches y carros.

Por fortuna el tiempo se habia declarado otra vez en bonanza. Desde el momento que salimos del hotel halló Tirabeque no poco que admirar, y no poco sobre que hacer preguntas, lo cual nos convino muy mucho para conseguir algunas pausas de nuestro escesivamente andante *commisionaire*.

Cuando él vió las casas de *Amsterdam* (casi todas de ladrillo con su remate en festones), tan altas y supinas, y con mas inclinacion todavía en su parte superior que las de *Rotterdam*, como amenazando desplomarse sobre los transeuntes, «Señor, me

dijo, en el medio consiste la virtud.» Y se me plantó en medio de la calle —Ven aquí, hombre, le decía yo, que bien sé que te ha de gustar ir por estas anchas aceras de ladrillo colocado de plano, por el cual se anda lo mismo que por una sala.—Así será, mi amo, y yo iría por ellas de buena gana, y así podría seguir mejor á este desdichado de *comisionista*, que sin duda se ha figurado que venimos á ganar algún jubileo á AMSTERDAM.—Mira, desde aquí se goza todo el efecto que hacen las casas del otro lado, con sus fachadas pintadas al oleo y barnizadas, con sus soberbias ventanas de grandes y clarísimos cristales.—Si señor, que son muy bonitas, y hacen una vista hermosa, pero crea vd. que las veo perfectamente desde el medio de la calle.

«Oiga vd., Sr. Comisionista (añadió); hágame vd. el favor de no correr tanto. ¿Me dirá vd. qué significan aquellas ruedas que se ven en todas las casas casi debajo del alero del tejado?—*Oui, Monsieur; elles son des poulies.*—Que son *pulidas* ya lo veo yo; pero quería saber qué servicio hacian.—No te ha dicho que sean *pulidas*, hombre, sino *poléas*, trócleas ó garruchas, que servirán para hacer subir á los últimos pisos de las casas lo que sea necesario.—Es verdad, repuso el *commisionaire*; aquí apenas se sube cargamento alguno por las escaleras; todo se hace por medio de esas garruchas, que es mas económico, mas sencillo y mas breve.

«Dígame vd., querido (le pregunté yo despues): no habiendo visto una sola piedra ni grande ni chica

en todos los Países-Bajos, y hallando ahora empedradas las calles de AMSTERDAM, ¿se servirá vd. decirme de dónde se trae esta piedra?—Oh! sí, esta piedra se trae de Suecia ó del Luxemburgo.—¡Oh diablo! esto será muy costoso.—Al contrario, los buques lo traen de lastre, y cuesta una friolera. En tal caso mas os admirará lo que os voy á decir. ¿Veis esta poblacion tan numerosa, y tan rodeada y empapada de aguas por dentro y fuera? Pues aquí no hay agua potable.—¡Comol! ¡Una poblacion de 220 mil almas no tiene agua que beber!—Absolutamente: en vano el gobierno ha intentado muchas veces hacer venir la de *Utrecht*, que es exquisita. Se recoge la que se puede de las lluvias en bellas y vastas cisternas: la demás se va á buscar ó bien al pequeño rio *Veckt* distante 2 leguas de aquí, la cual es mediana, ó bien á *Utrecht*, que dista 10, y es mejor; pero la multitud de canales, la facilidad y baratura de los trasportes hace que los muchos artículos de que carecemos los tengamos abundantes y á un precio módico.»

Hablando esto íbamos por la anchurosa calle de *Heeren Gracht*, larga como de media legua, cuando de repente da Tirabeque un grito de sorpresa diciendo: «¡Señor, señor, un coche andando sin ruedas!» Así era la verdad. Usanse en AMSTERDAM una especie de coches sin ruedas (*traîneaux*), tirados por uno ó dos caballos, en que la caja descansa sobre dos varas que van arrastrando por el suelo, y por consecuencia sin hacer oscilacion ni ruido alguno. Son

muy comunes en AMSTERDAM, pero no podrian usar se donde el empedrado fuese de piedras prominentes como en España, y no planas como alli. Los coches de ruedas se usan poco, y aun antes eran prohibidos, á causa de la poca solidez de terreno, escepto para algunos grandes señores que gozaban de este privilegio.

No menos le admiró á Tirabeque la figura de los carros del país, todos pintaditos de verde y muy limpios, sin timon, y sin que los caballos vayan uncidos á él, sino delante marchando libremente sin el peso del carro. El carretero es el que gobierna con sus mismos pies una especie de timon corbo, con el que da al carro la direccion que le conviene ó acomoda, lo cual tampoco podria hacerse sino en un terreno como aquél, todo llano y sin la mas pequeña cuesta ni descenso, sin el mas pequeño declive.

Ellas y ellos.

Mucho reparas, Pelegrin, y con mucha detencion observas las hermanitas de este país.—Señor, ¿qué cosa mas natural en un extranjero?—Y bien, ¿qué te parecen?—Señor, parecenme bastante bien en lo general y en lo particular, y nunca pensé yo encontrar en una tierra tan pantanosa y tan húmeda unas habitantas tan frescas, tan sanotas, tan coloradas y tan robustas.—No lo son solo ellas, sino que tambien

los hombres lo son en lo general.—Señor, en ellos no he reparado, pero bien podrá ser, porque como dice el refran español: «donde buenas yeguas paren, buenos potros se crian.»—Plebeyo es el refran, Pelegrin, y de estilo en demasía humilde.—En un lego todo está bien, mi amo; cuanto mas que aqui no hay quien me pueda corregir la plana, y lo que importa es que nos entendamos los dos, que pienso habrá vd. entendido bien lo que he querido decir.—Sí, sí, demasiado.»

«Señor ¿y qué casta de mugeres serán esas que llevan una patena de plata ó de oro en cada sien, y una especie de tirabuzon ó sacatrapos del mismo metal, que en otras parece tambien un muelle de acero, como si fuera un muelle de un reloj?—Muchas mugeres del país usan ese género de adorno, pero las que mas comunmente le gastan son las Frisonas.—¿Las de la tierra de los caballos *frisones*?—Eso es, de la *Frisia*, una de las provincias mas septentrionales de Holanda.—Señor, así son ellas tan mugeronas y tan rollizas.—En la Frisia todo es de mucha talla, Pelegrin: la raza humana, la de los caballos, la de los carneros, las de las vacas, todo es corpulento, aunque no todo igualmente robusto.»

Seguramente es particular el prendido de las mugeres de los Países-Bajos, especialmente de las Frisonas y de otras provincias limítrofes. Consiste este en una cofia de finísimo lienzo y muy ajustada á la cabeza con un anecho y fino encaje que cae sobre la frente, y unas láminas ó planchas de pla-

ta ú oro que pasan formando un semicírculo por detras de la cabeza viniendo á rematar en forma de patenas sobre las sienes, y á cuyas estremidades arrancan dos especies de tirabuzones ó sean dos espirales del mismos metal, de los cuales cuelgan dos largos pendientes. Estos adoruos suelen costarles 20 ó 30 doblones de nuestra moneda. Y como generalmente son de plata ú oro, y ellas los llevan siempre tan limpios y tan bruñidos, relumbran las cabezas de las holandesas á larga distancia que parece que llevan en ellas dos luceros.

Esto y un zagalejo de percal, con su jubon de guarniciones, que bajan desde la cintura como una cuarta ó media tercia, es el traje comun de las mugeres del país. Y su aséo en los vestidos guarda perfecta armonía con el aséo de las casas,

Los holandeses con sus anchos pantalones de pana azul, sus sombreros de copa y alas tambien anchas, y su andar pausado y sin gallardía, remedan á algunos mercaderes ambulantes de Galicia y de Castilla la Vieja. Y aun el vestido del dia de fiesta de los paisanos del *Rhynland* y del *Delfland*, con su sombrero de tres picos, su calzon corto con cuatro grandes botones de plata en la pretina, y su chupa de calamaco con espesa botonadura de metal, trae á la memoria mas de cuatro tipos españoles, y representan una página vieja y bien conservada del libro de nuestra antigua dominacion.

Se entiende que se habla de la clase comun del

pueblo. Por lo demas las señoras no se distinguen en el gusto y maneras de vestir de las francesas y españolas, sino en el uso de ciertas telas de mayor abrigo; y los diarios de modas de París están tan difundidos entre las familias ricas como lo estan para felicidad y ventura de la España! entre las nuestras. Los señores holandeses son mas dados á vestir, vivir, y comer á la inglesa que á la francesa. En Holanda se ve mas la Inglaterra que la Francia, y aun á mi juicio los holandeses son una media tinta entre los ingleses y los alemanes.

Comercio. industria, y riqueza.

Se ha dicho hace mucho tiempo que los holandeses son los traginantes del comercio marítimo de Europa. Asi es, y no puede menos de ser; porque los habitantes de un país donde á veces se suele pagar 40 florines, ó sea mas de media onza española por una libra de uvas, no parece que se podrán dedicar mucho á cabar viñas. Asi pues colocados á la orilla del mar y á la embocadura de grandes rios que penetran en el corazon de la Europa, se han hecho los arrieros del comercio, y con sus buques chatos y barrigudos, tan pesados como ellos, pero tan seguros como ellos, llevan mas cargamento que los de ninguna otra nacion; y esto unido á la facilidad de su maniobra hace que nadie pueda trasportar tan

barato como ellos, y se han hecho dueños del cabotaje de toda Europa.

Pues bien; la Holanda es un país mercantil; AMSTERDAM es el gran mercado de la Holanda, es el puerto de sus puertos, es su emporio comercial, con que bien puede el lector discurrir lo que será AMSTERDAM. Supónese que el ilustre autor de *Telémaco* tenía á la vista el puerto de AMSTERDAM cuando describió este interesante cuadro de la ciudad de Tiro: «Yo no podía saciar mis ojos del espectáculo magnífico de aquella gran ciudad donde todo estaba en movimiento. Yo no veía allí como en las ciudades de la Grecia holgazanes y curiosos que acuden á saber noticias á la plaza pública, ó se entretienen en pasar revista á los extranjeros que arriban al puerto (1). Los hombres están ocupados en descargar los buques, en trasportar las mercancías ó en venderlas, en arreglar sus almacenes, ó en ajustar cuentas con los negociantes extranjeros.»

¿Y qué hubiera dicho el hermano Fenelon, si como Fr. Gerundio hubiera visitado el *arsenal de la marina*? Por cierto que el muy reverendo arzobispo francés podía contar con ser tan mal recibido del conserje como lo fué el menos reverendo fraile español; porque si bien creyéndonos franceses frunció el ceño y se nos mostró no nada simpático, cuando

(1) De buena nos libramos con no haberle dado al Sr. Fenelon el antojo de venirse por España en lugar de ir á la Grecia, que sinó, mas cerca había comparacion.

le dijimos que éramos españoles no se manifestó mas adicto y devoto; españoles y franceses le hacíamos poquísima gracia; pero al fin, aunque harto recalcitrante, nos otorgó bruscamente un permiso para visitar el establecimiento.

¡Qué cosa tan vasta y tan magnífica es el *arsenal de la marina* de AMSTERDAM! Aquello es una poblacion entera. Como unos 3000 operarios trabajaban en la construccion de multitud de buques de todas clases y tamaños, entre ellos varias fragatas y un navío de tres puentes y de 95 cañones: la hermosa fragata *Doggersbank* de 60 cañones se iba á botar al agua la semana próxima. El ruido del martillo y de la sierra retumbando en los vientres de aquellas grandes máquinas que dentro de poco tiempo habian de surcar los mares de uno á otro extremo del globo, me hacian recordar tristemente, á mí Fr. Gerundio, el inanimado silencio que siete meses antes habia observado en el *arsenal de la Carraca* de Cadiz.

Salimos de allí, y pasamos á ver el *gran depósito mercantil* de AMSTERDAM. Consiste este en dos larguísimas hileras de edificios unidos, á un lado y otro de un ancho canal, en que se depositan los géneros y mercancías de todas las principales ciudades mercantiles del mundo. Cada una de ellas tiene un almacén particular, que se distingue por el nombre de la poblacion escrito sobre la puerta correspondiente. Buscamos las de España, y se nos hizo no poco extraño no encontrar á *Barcelona*, mucho

mas habiendo visto á *Cadiz* y alguna otra plaza española de comercio. No pudimos averiguar la causa de esta falta. El aspecto de este *gran depósito*, de una estension que se pierde de vista, es tristísimo. El pardo-oscuro de las fachadas de los edificios y el color casi negro de las puertas y ventanas, entristece tanto al observador como alegrará á los dueños la riqueza que dentro de ellos hay encerrada.

Entre los ramos de comercio de esportacion de los holandeses, ademas de los finísimos lienzos, del precioso papel de Holanda, y otros artículos conocidos y sabidos de todos, merece particular mencion la *pescas del arenque*, pues como decia muy bien *Voltaire*; «la pesca del arenque, que parece una cosa de bien poca importancia en la historia del mundo, ha dado á la Holanda marinos intrépidos y temibles, acostumbrados á una vida dura, sobria y activa, á una disciplina severa, y á una grande economía.»

Mas de 2.000 barcos destina sola la ciudad de **AMSTERDAM** á la pesca del arenque: el arte de salarlos y conservarlos fue inventado por un tal *Guillermo Beukels*. Parece que un inventor de salar arenques no debia hacer gran figura entre los hombres célebres: sin embargo la memoria de *Guillermo Beukels* está en gran veneracion entre los holandeses, y el mismo Emperador Carlos V. no se desdeñó de visitar la tumba del autor de un descubrimiento que tanta riqueza ha reportado á la Holanda. La

noche de San Juan, á las 12 de ella, cuando en España empieza la gente á entregarse á la broma y al jaléo de la verbena, entonces es cuando en Holanda se da principio cada año á la pesca del arenque. En España la noche de San Juan se gasta el dinero en pescar monas, en Holanda se pescan arenques que les valen dinero: cada país tiene sus usos y costumbres, y cada país es tan rico ó tan pobre como le lleva el genio, y vamos andando, que mas goza el pobre que se divierte que el rico que cabila y se afana.

Habíamos observado mucho traer y llevar de una parte á otra una especie de herradas de madera barnizadas de verde por fuera y de blanco por dentro, sin atinar lo que en tales vasijas llevaban las mugeres. Al tiempo que íbamos á preguntárselo al *domestique* aparecióse nos nuestro *M. Soetens*, que nos andaba buscando. Hicimosle la pregunta, y nos respondió que todo lo que en aquellos recipientes veíamos trasportar era leche.—¡Poder de Dios! exclamó mi Pelegrin, ¡y qué abundancia de leche! ¿Y donde hay vacas para dar tanta leche?—En primer lugar, Sr. Pelegrin, las vacas de Holanda dan mas leche que las de otros países, tanto que aqui una vaca mantiene una familia; lo cual no solo consiste en los buenos y abundantes pastos, sino tambien en el esmero é inteligencia con que se las cuida. En segundo lugar, Sr. Pelegrin, todos los años traemos de Jutlandia un número considerable de vacas, que engordan en nuestras praderas.

y con sus productos constituyen uno de los principales ramos de riqueza del país.

«¿Y no me dirá vd. *Sr. Soetens*, qué hacen vds. aqui con las vacas para que engorden tanto y den tanta leche?—Por decontado aqui nunca se las maltrata; jamás ni el pastor ni el labrador las castigan con golpes como en otras partes.—Mire vd., *Señor Soetens*, eso va en genios; me alegrára que viera vd. las tundas que las sacuden allá en España: alli el pastor ó el mozo de labranza que no tiene fuerzas para romper una buena vara de acebo sobre las costillas del animal no sirve para el oficio. Aqui miman vds. mucho á los animales.—Oh! eso no lo sabeis bien. Aun se miman mas á las abejas: porque otro de los ramos de la riqueza del país es la educacion de las abejas, en lo cual se ocupan muchos cantones de las provincias de Over-Yssel, de la Gueldre, de la Holanda y la Zelandia; y aun la mejor miel es la que se coge aqui cerca de AMSTERDAM. ¿Quereis saber cómo se transporta las abejas de una á otra provincia, para proporcionarles el necesario alimento? Como las abejas son enemigas del movimiento y de la inquietud, se conducen las colmenas sobre unas angarillas con muchísimo cuidado y con infinitas precauciones.

«Paréceme, *Sr Soetens*, que los ramos de riqueza de vds. no valen entre todos ellos un comino. Leche, miel, quesito, algun ganadillo..... en España sin tanto trabajo ni tantos arrumacos cogemos mucho pan, mucho vino, mucho aceite, tenemos muchos rebaños de ganado lanar y vacuno, mucho gar-

banzo, mucha perdiz, mucho pavo..... aquella es la tierra de Dios, *Sr. Soetens*; allí es el vivir.— Que la España es país mas fértil que el nuestro no os lo negaré yo, *Sr. Tirabeque*, si bien aquí se suple bien la falta de pan con el arroz y la patata, la del vino con la cerbeza, y con el anisete y el curazáo, que son muy afamados los de Holanda, y así de lo demás; el arte suple también en mucho á la naturaleza, á él debemos el coger los frutos en un país tan frío como este, con mas anticipacion que en otro alguno; y sobre todo, los artículos de que carecemos nos los proporcionamos á poca costa por medio de nuestros buques que nos traen facilmente las producciones, los artefactos, los objetos todos de necesidad, de comodidad, y aun de lujo de todos los países del globo. De nada se carece en Holanda; aquí hay todo lo que puede alhagar la sensualidad del rico: vos habeis visto y estais viendo la opulencia que respiran nuestras ciudades: pues bien, las aldeas no son menos ricas respectivamente: un labrador, un artesano holandés disfruta de mas comodidades en su casa, posee un menaje mas decente, goza de un pasar mas seguro que las clases mas regularmente acomodadas de Francia; aquí no hay masas de indigentes como en Inglaterra; un aldeano holandés pasaría en otra parte por un rico particular. Y es que aquí se trabaja sin descanso, se saca todo el partido posible del terreno, y se surca arrojadamente los mares para buscar en el último confin del mundo lo que la naturaleza haya negado á nuestro suelo.»



Ni Tirabeque se atrevió á replicar, ni yo tenía que responder á esto, porque efectivamente veíamos y palpábamos la verdad del razonamiento de *Mr. Soetens*, y lo veíamos y palpábamos no con poca envidia.

Adfabulatio.

Ahora bien; apliquemos la moral de esta historia. ¿Qué parte le toca á la España de la opulenta *AMSTERDAM*? ¿Dónde estan, preguntaba yo, los españoles que deberían acrecer este gran mercado á que concurren los comerciantes de toda Europa, los de la América, del Asia y de la India?

En vano los busqué. En aquella ciudad mercante, que un tiempo fué nuestra como todo el país, ¡ni siquiera tenemos ahora un *cónsul*! O se le había hecho retirar por *innecesario*, ó le había sido *necesario* retirarse por *desatendido*. No pensemos en la moral de la historia.

Las fieras.

Pasamos por el *Muelle Imperial*, por el del *Príncipe* y el de *los Caballeros*, que son los mas anchos y suntuosos. Cruzamos el *Puente de los enamorados*

sobre el *Amstel*, de 35 arcos, y como unos 700 pies de longitud. Recostados sobre su barandilla de hierro me decía Tirabeque: «Señor, pareceme que los enamorados holandeses no han de ser de genio de tirarse al rio; tengo para mí que no se ha de contar de muchos que se arrojen de este puente por amores.— ¿Y por qué nó?—Señor, porque es tierra ésta muy húmeda y muy fria, y calienta poco el sol. ¡Con qué sabe Dios lo poco que sucede ya de esto allá donde el sol achicharra, cuanto mas.....—Vaya, vaya, déjanos ahora de esas materias.»

Seguimos un rato por las frondosas afueras de **AMSTERDAM**, y luego nos internó otra vez *Soetens*, llevándonos á la historia natural, jardin botánico y casa de fieras. No he visto en parte alguna, creo que incluso el Jardin de plantas de París, una coleccion de fieras mas rica y numerosa, ni mejor atendida y cuidada. Divirtiósese Tirabeque muy á su sabor en los departamentos de los monos, que los habia por centenares de todas castas, familias, figuras y tamaños. Imposible parece que los holandeses sean tan aficionados á monos. El conserje nos avisó que iba á dar de comer á las fieras, por si gustábamos presenciar el espectáculo. Así lo hicimos, teniendo el gusto y el disgusto al mismo tiempo de ver á los tigres y hienas, de que habia tambien poca abundancia, devorar docenas de cuartos de carnero; que en todas partes, no que en España solo, mantienen los hombres por recreo las fieras dañinas, y las alimentan con carne de animales ino-

centes, por efecto de la civilización que hemos ido alcanzando.

Vimos los animales queridos de Robinson, los *llamas*; el *pelicano*, símbolo del amor maternal que se abre el pecho para alimentar á sus hijos; y por último el departamento de los testáceos y reptiles, donde se hallaban varias especies de galápagos, cocodrilos, salamandras, serpientes-piton etc. todos vivos, y envueltos entre cobertores que juraría ser de nuestras fábricas de Palencia. Estremecíase Tirabeque de ver á las serpientes vibrar sus guijos de tres puntas, recuerdo del *linguis vibrantibus ora* de Virgilio, y asustóse mas cuando vió al conserge rodearse las serpientes á los brazos haciendo de cada uno de ellos un caducéo sin temor de que le picára, que tanto llegan á familiarizarse los hombres y los animales venenosos á fuerza de trato y comunicacion.

Museo, academias, templos, sociedades.

Salimos de entre las fieras, no con poco placer de Tirabeque, en cuyo semblante se notaba un «*timeo quidem, timeo*,» que no podia disimular, y habiéndonos encontrado con un jóven abogado amigo de *Soetens* y que llegó á hacerse nuestro tambien, visitamos todos juntos el *Museo de pinturas*, fundado por Luis Bonaparte, y compuesto de

poco mas de 400 cuadros escogidos, casi todos de la escuela holandesa; el *Ateneo*, rico en preciosos manuscritos; la *Academia Real de bellas artes*; la sociedad *Felix Méritis* y otras varias instituciones.

Entramos en seguida en algunos templos protestantes, haciéndome notar en el llamado *Oudekerk* (que es el mayor) á nuestro Felipe II. en el trascoro firmando el tratado de Munster, por el que reconocia la independendencia de las Provincias Unidas, y renunciaba su derecho á ellas. En la cristalería de sus ventanas estaban pintadas las armas de todos los Burgomaestres de la ciudad. La *Sinagoga de los judios portugueses*, la mayor y mas bella de todas las sinagogas de Europa; bien que tambien es AMSTERDAM el pueblo en que hay mas judíos, pues se acercan á 30.000. El templo católico de la calle de *Doelen*, donde se hallaba un sacerdote predicando en alba y estola á un bastante crecido auditorio. Ni una palabra entendimos sino las pocas que nos tradujeron *Soetens* y el jóven abogado su compañero.

Por la noche nos llevaron nada menos que á dos tertulias; y á fé que en ellas se acreditaron nuestros dos hermanos holandeses de conocedores del país, y de hombres de buen gusto en el trato social, pues en una y otra habia una coleccion de jóvenes señoritas de lo mas escogido que en el extranjero habíamos visto. No era en verdad demasiado brillante el papel que en aquellas sociedades hacíamos los españoles, puesto que apenas se encon-

traba alguna que otra persona con quien pudiéramos entendernos en el mal francés que nosotros ha blábamos.

A pesar de todo, Tirabeque tubo el atrevimiento de hacerme allí mismo proposiciones de alargar nuestra permanencia en AMSTERDAM; por lo que me ví en el caso, sino de hacer lo que Mentor hizo con Telémaco en la isla de Calipso, porque allí no habia proporcion de arrojarle al mar, pero sí de anticipar nuestra salida de la última tertulia y de llevarle al dia siguiente fuera de AMSTERDAM al pueblo que luego diré.

BROEK:

Pueblo raro, singular, y notabilísimo.

Dos escursiones aconsejaria hacer á todo extranjero que llegase á AMSTERDAM, una á *Saardam* y otra á *Broek*; y aun las dos poblaciones pueden verse en un mismo dia, aprovechando los vapores que para una y otra salen dos ó tres veces al dia de AMSTERDAM.

Nosotros nos limitamos solo á *Broek*, en razon á lo crudo que el dia se puso, por lo que hubimos de renunciar al placer de ver la casa que habitó en *Saardam* el Czar Pedro I. de Rusia, y la lápida que hizo colócar en ella el Emperador Alejandro, asi como sus 400 ó mas gigantescos molinos de

viento, destinados unos á moler trigo, otros á aserrar maderas y mármoles, y otros en fin á la fabricacion de aceite, de tabaco, de albayalde ó de papel: este último es el que desde allí sale á estenderse por toda Europa, por América y por Levante.

Broek está dos leguas N. E. de AMSTERDAM. Dificil, si no imposible, nos hubiera sido ver á *Broek* en toda su originalidad y belleza si no nos hubiera hecho el obsequio inapreciable de acompañarnos el amable *Soetens*; por eso dije en capítulo anterior que jamás podría olvidar los buenos servicios que nos habia dispensado: él llevaba relaciones con uno de los ricos capitalistas que viven retirados en *Broek*, y á eso debimos la especialísima gracia de ver por dentro algunas casas del pueblo; y digo *especialísima gracia*, porque esto es tan difícil, que se cuenta que habiéndolo pretendido el emperador José II, no lo pudo conseguir.

Llegamos á *Broek*..... «¡qué es esto!» exclamé yo asombrado, sorprendido, arrobado de admiracion. Tirabeque se quedó inmóvil, sin acertar á preguntar nada; y á la verdad no lo estrañé: la sorpresa que causa el aspecto exterior de *Broek* es inesplicable. Las casas son generalmente de madera, y pintadas con tanto gusto, esmero y regularidad, que toda la villa presenta el aspecto de una decoracion teatral. Las calles están enladrilladas con baldosas de diferentes colores, que se barren y friegan todos los dias como un salon. ¿Qué estraño es que *Broek* tenga fama y ecelebridad en toda Europa por el aseó y lim-

pieza de sus casas y de sus calles? Sin embargo no sé si á España habrá llegado su celebridad: por mi parte confieso que *nec si Broek erat audivimus*, ni siquiera tenia noticia de que hubiera *Brock* en el mundo. «Y bien, ¿qué os parece? me preguntaba *Soetens*.—Creo que en el semblante, le respondí, podreis leer sin dificultad mi admiracion.»

Cada casa está situada entre dos jardines, en que se cultivan las flores mas raras que se puede pensar; pero mas raros y mas singulares son todavía los adornos que los embellecen. Con las plantas y con las flores hacen en ellos las combinaciones y figuras mas estrañas, representando aqui un cuervo blanco, alli un conejo amarillo, acá un par de tigres azules, allá unos zorros verdes, y aqui y allá vasos de la China y del Egipto con todas sus caprichosas formas, que le dejan á uno tan absorto como embesado.

Ya avisa *Soetens* á su amigo *Roeland*. Llega éste y nos saluda afectuoso. Dirígenos los dos á una de las casitas del pueblo, y para entrar en ella, se acercan á la puerta trasera. «Vos estrañaréis, nos dijo *Roeland*, que vayamos á entrar por esta puerta y no por la principal.—Verdaderamente, le respondí, que no deja de parecerme algo desusado.—Pues bien, os daré la razon de ello, y no dudo que os habreis de maravillar. Habis de saber que las puertas principales ó delanteras de las casas de este pueblo no se abren mas que tres veces ó en tres ocasiones para una misma persona, que son el dia

del bautizo, el día de la boda, y el día del entierro. —¿Es posible?— Oh! sí; y es costumbre que se observa muy escrupulosamente.—Así es la verdad, repuso *Soetens*; podeis creerlo por mas que os admire: preguntadlo en todo el país.—Perdonad, les repliqué; me satisface el que me lo asegureis vos.—Señor, añadió Tirabeque, cuando lo contemos en España nos van á tratar de cuenteros embrollones.—¿Y qué? Por eso no habremos de dejar de decir la verdad.

Salió á recibirnos una paisana que se hallaba ocupada en hacer quesos, de esos quesos redondos de Holanda conocidos y honrados por todo el mundo, que es la ocupacion de la mayoría de los 800 habitantes de *Broek*, ó por mejor decir, de todos, excepto los ricos propietarios y negociantes que viven allí retirados.

Y aqui viene otra de las rarezas y singularidades de *Broek*. Para entrar en cualquiera casa del pueblo hay que calzarse una especie de zuecos ó pantuflos semejantes á los que nos pusimos para andar por el palacio del Príncipe de Orange en Bruselas. ¿Es tambien algun palacio el que vamos á visitar? No; es la pequeña casita de un fabricante de queso de *Broek*; sin embargo no hay remedio sino someterse á esta formalidad: el mismo Napoleon, el mismo emperador Alejandro, cuando visitaron á *Broek* se sujetaron á ella. Y es que el pavimento de estas pequeñas casas es de mármoles de color, cuidadosamente pulimentados y bruñidos. Tirabeque y yo no acabábamos de admirarnos, no podia-

mos disimular el asombro, y nuestros dos acompañantes se sonreían de nuestro estado de continua sorpresa sin estrañarla.

Llega á tanto la *aseo-manía* de los habitantes de *Broek*, que las salitas de este modo compuestas no las habitan por no ensuciarlas, y duermen y viven en unos estrechos aposentos, no sin alguna incomodidad, sacrificando la holgura que podían tener al estremado aseo de que quieren hacer muy justo alarde y ostentacion. Dos casas visitamos, y ambas estaban así. Sin embargo el aspecto de la poblacion, aunque bellissimo, no es alegre, por la costumbre de tener siempre cerradas las ventanas exteriores.

La hora y el temporal, y mas que todo la salida del vapor, nos intimaron el regreso á AMSTERDAM. Las exclamaciones de admiracion proseguían en el camino; Tirabeque empezó á comparar á *Broek* con las villas y lugares de igual poblacion en España, pero yo le dije: «dejemos eso, Pelegrin, que las comparaciones siempre son odiosas.» Con lo que calló como un muerto. A las 5 de la tarde estábamos de vuelta en AMSTERDAM.

Broek, ó *Brük* como pronuncian los habitantes, fue el término, el *non plus ultra versus-nortem* de nuestro viaje. Desde allí tocamos retirada hácia el mediodía, en busca otra vez de nuestra España, porque la estacion iba avanzando demasiado, y no convidaba á alargarse mas hácia el septentrion.

Imposible es que se nos olvide jamás el singularísimo pueblo de *Broek*: mil veces hacemos me-

moria y conmemoracion deél; y desde entonces ha tomado Tirabeque tal afición á los quesos redondos de Holanda que no hay medio de verle ahíto de queso: él dice que no es por el queso, sino por las reminiscencias que le suscita de *Broek*.

La jornada mas deliciosa.

Aquella noche nos despedimos con sentimiento del amable *Soetens* y del jóven abogado su compañero, de cuyo nombre siento no acordarme. Al dia siguiente nos levantamos con el sol, que amaneció mas claro de lo que nosotros esperábamos y él tenia de costumbre, y á las 9 de la mañana estábamos camino de **UTRECHT**.

¡Jornada deliciosa y pintoresca! La mas amena, entretenida y agradable de toda Holanda. Desde que se sale de **AMSTERDAM** se empieza á ver una vasta estension de *polders* ó lagos accidentales, siendo el principal de ellos el *mar de Diemer*, que está 16 pies mas bajo que el nivel del mar, y hasta 30 en las maréas vivas. El lector podrá discurrir si se necesitarán diques para preservar el país de ser tragado por el mar, y qué sería de él si los diques no fueran.

Al mismo tiempo de un lado y otro del camino se empiezan á encontrar pequeñas y lindas casitas de ladrillo fundadas sobre el agua, y tan bien conservadas, que todas parecen acabadas de construir. En

tre ellas me llamó particularmente la atención una sobre cuya puerta se distinguían estas tres iniciales: D. O. M: las mismas que encabezan las conclusiones públicas de los actos académicos en las universidades y establecimientos literarios de España, para significar DEO OPTIMO MAXIMO. Sin embargo la casita no debía ser ninguna aula ni academia literaria, si hemos de juzgar por los demás emblemas que á la puerta tenía, que eran unas mesitas con botellas de vino y cerbeza, quesos y platos de pescado.

Conforme se va avanzando, el camino se va haciendo gradualmente mas delicioso. Las casas de campo de derecha é izquierda, pertenecientes á los mas ricos negociantes de AMSTERDAM, van siendo cada vez mas magníficas; rodeanlas vastos jardines, frondosos bosquecillos, y bellísimos prados artificiales,

«verdes et bien sencidos,
de flores bien sembrados,»

como dice el hermano Juan de Mena. Y como estas posesiones no están guardadas por altas cercas ni por espesos setos, sino por fosos circulares llenos de agua con sus puentes levadizos, la vista no encuentra estorbo alguno que la impida gozar de lleno de todo cuanto poseen de agradable estas hermosas quintas, generalmente circundadas de azotéas, miradores y galerías pintadas de verde. En la planicie que antecede á las fachadas se ven mil caprichosas figuras formadas con la arena; y los pabellones rústicos, los chinescos, los asiáticos, ya en forma de ro-

tondas, ya de sexágonos, ya de octógonos, llegan hasta las mismas orillas del camino, como avanzándose á saludar al viajero, que por la frecuencia con que estos objetos se le presentan puede decir que va marchando por un continuado vergél.

¿Y qué diremos de las aldeas que se encuentran en esta jornada? Lo que decia Tirabeque: «estas no son aldeas, sino por ser mas pequeñas que las ciudades.» Y era exacta la observacion. Las aldeas de aquella parte de Holanda solo se distinguen de las ciudades en su menor estension, y en ser las casas generalmente de un solo piso. Por lo demas la misma limpieza, el mismo gusto en los rotulages de las tiendas y de las posadas ú hoteles: las calles igualmente empedradas ó enladrilladas, y las aceras de un mosaico menudo de piedrecitas de colores figurando aves, flores, animales ó personas humanas; todo tan limpiecito y tan lavado, que Tirabeque decia que comería cualquiera cosa sin escrúpulo sobre aquel empedrado.

«Señor, añadía, me vuelve á mí loco esto de no encontrar por estos lugarcillos una sola casita que no tenga sus buenos cristales en las ventanas, y sus pabelloncitos blancos detras de las vidrieras.» Al decir esto solía dejarse ver entre cristales y cortinas alguna fresca y robusta labradora, con su correspondiente papalina y sus adornos de encaje, que se asomaba á ver pasar la diligencia.—Repáre vd., mi amo, repáre vd. esa aldeana: si la viéramos en otra parte, ¿no diríamos que era una señora? Parece á

nuestras inquilinas de la Mancha ó de tierra de Burgos, ó á las paramesas y montañas de tierra de Leon y de Santander.—Lo que esto prueba, Pelegrin, es el bienestar de que gozan estos habitantes, y el estado de prosperidad y riqueza de los pueblos hasta en sus clases mas ínfimas: á lo cual debe contribuir no poco el respeto que se conoce se guarda aqui á la propiedad. ¿No ves sinó esas ventanas tan bajas que casi tocan al suelo, sin una mala reja, sin un solo defensivo, sin otro amparo que los cristales y unas delgadas portezuelas de madera?—Asi es la verdad, señor: ya he observado que en Holanda tampoco hay mas *ladrones* que aquellos juegos de espejos que empezamos á ver en Bélgica.»

Hácia la mitad del camino, en una linda villa llamada *Nieuwersluis*, nos salió al encuentro un posadero ofreciendo, como tiene de costumbre, á los viageros un gran plato de anguilas fritas. Ibanselo á Tirabeque los ojos tras ellas, pero el conductor no estaba de humor de pararse, y aqui no dejamos de echar de menos la condescendencia de nuestros mayores españoles.

Proseguimos nuestro viaje. Desde la salida de *Nieuwersluis* vemos muchas gentes cruzar los caminos á pié: los hombres con sus anchos pantalones de pana ó de paño azul, sus levitones no nada elegantes, aunque decentes, ó bien sus chaquetas tambien azules, sus chalecos de tripe ó de calamaco, y sus zapatos de madera, segun la clase ó categoría, pero todos con su andar grave y desairado: las

mujeres con sus bonetes blancos ajustados á la cabeza, sus sombreros de paja no nada modernos, y sus capotillos de percal de colores que les cubrían medio cuerpo, semejantes á los *camais* que ahora usan nuestras elegantes. Preguntamos al conductor la razon de encontrar tantas gentes, y nos dijo que eran los habitantes de todos aquellos caseríos, que iban ó venían de los templos de las aldeas vecinas, como domingo que era.

Conforme nos acercábamos á **UTRECHT**, el terreno se iba elevando un poco, aunque tan imperceptiblemente, que solo se notaba por las inmensas praderas que se iban descubriendo, y que en el hecho de no estar inundadas de agua, nos indicaba bastante que se aproximaba la salida de los llamados propiamente Países-Bajos. A la una nos apeamos en el hotel de *Bella-Vista* de **UTRECHT**, saliendo á recibirnos su linda, amable, y joven dueña.

UTRECHT.

La comida.

«Señor, estamos grandemente: he preguntado á la patrona á qué hora se come y me ha dicho que á la una y media.—Pero hombre, ¡qué en todas partes no has de pensar en otra cosa que en comer! En vez de preguntar ¿qué poblacion tendrá **UTRECHT**? ¿en qué consistirá su industria y su comercio? ¿qué

hombres célebres habrá producido? ¿qué establecimientos públicos tendrá? ¿á qué se redujo la famosa *paz de Utrecht*, tan nombrada? y otras preguntas por este estilo muy propias de un viajero....—Crea vd., mi amo, que todo eso pensaba yo preguntarlo despues de comer, porque cuando tengo el estómago vacío no se me quedan las cosas en la memoria: y por ahora hágame vd. el favor de ayudarme á sacar las botas, que yo no me encuentro con fuerzas bastantes para ello.—Pues mira, llama á un *garzon* que te ayude, que yo no estoy para hacer esos oficios.

Llamóse á este, dióse principio á la operacion, no sin escitar grandemente la risa del sério holandés, y cuando se concluyó, la campana de aviso convocaba ya á la mesa redonda: es decir que se empleó cerca de media hora en descalzar á mi lego. Cuando entramos en el comedor, nos hallamos ya con una de esas orquestas ambulantes que andan de hotel en hotel filarmonizando las comidas. Componíase aquella de tres violines y una guitarra, y se conocía constituir las cuatro personas una familia: el padre, la madre y una hija tocaban el violin, la otra tañía la guitarra, y cantaba tambien algunas arietas y cancioncitas en francés. Las dos jóvenes pasaban ya de la edad en que empieza á obligar el ayuno á los católicos cristianos, y como decía Tirabeque, á cualquiera de ellas se la podia dar un florin prestado aunque no le volviera.—¿Y por qué no dices, le pregunté yó, un pan prestado, como en España se acostum-

bra?—Señor, me respondió, ¡ojalá pudiera decirlo! pero así diera yo aquí un pan como un ojo de la cara, que me estoy temiendo no tener bastante para mis necesidades con todo lo que veo sobre la mesa.»

Antes de llegar á los postres la música calló, destacóse uno de los miembros de la cuádruple alianza de familia, y el platillo de las ánimas comenzó á recorrer las filas de los comensales: ¿quién le presentaba? ¿Acaso el padre ó la madre, ó la menos agraciada de las hijas? Miró Tirabeque á la demandante y dijo: «¡cáspita, y qué bien entiende esta gente la diplomacia de la cuestacion! Señor, estos saben mas que los frailes franciscos: ¡cómo escogen la lega de mejor palmito para pedir! Toma, hija, toma; y bien haya los padres que tan buen oficio te enseñan; toca, toca el violincíco y pide, que buen camino llevais todos para la gloria.»

Ni Tirabeque ni yo quedamos descontentos de la mesa de UTRECHT.

El Domkerk,

y el templo Jansenista.

Siendo domingo aquel día, debíamos aprovechar las horas para visitar los templos, si habíamos de alcanzar en ellos los oficios. Así lo hicimos tan luego como acabamos de comer.

Hay en UTRECHT (ciudad de 45.000 habitantes)

22 templos; 8 católicos, 7 protestantes, 1 walon, 1 luterano, 4 jansenistas, y 1 anabaptista. Nuestro *commissionaire* nos dirigió al *Domkerk*, ó grande iglesia, antigua catedral, y hoy la principal de las protestantes. Asi es que aun se ven en ella muchos sepulcros de mármol de obispos católicos; y aun encontré unas inscripciones latinas, en que constaba el nombre del fundador (el rey Dagoberto 1.^o), el año de la fundacion, el número y clase de los ministros y sirvientes, el asignado de cada uno, y el modo de distribuir el sobrante de las rentas de la catedral, que asi quisiera yo verlo en todas las catedrales de España, para que al gobierno, al pueblo, y al clero mismo les constase la verdadera inversion de la dotacion de cada iglesia, y con esto no habria tantas quejas y reclamaciones, ni tantos expedientes en los Ministerios de Hacienda y Gracia y Justicia.

El órden de asientos, tribunas y galerías presentaba mas aire de teatro que de templo. Nosotros nos colocamos en la galeria destinada á los estrangeros, y con el sombrero calado como estaban los demás asistimos un rato á los officios, en los cuales no hallamos ceremonia que esencialmente se diferenciára de tantos otros officios protestantes como habiamos visto.

Salimos de allí, y subimos á la gran torre, separada del cuerpo de la iglesia por obra y gracia del huracán de 1674. La subida no era cosa muy grata para quienes acababan de comer, pero des-

pues á fé que nos alegramos. Con dificultad habrá en la tierra edificio alguno, por elevado que se halle, desde donde se abarque con la vista tanta estension de terreno como desde la gran torre de la grande iglesia de **UTRECHT**. *Veinte grandes ciudades* se alcanzan á ver desde allí. La pequeña elevacion del terreno de la provincia de **UTRECHT** le proporciona ya dominar todos los *Paises-Bajos*, sin la mas leve prominencia que lo estorbe. La jóven hija del campanero (cuya familia tiene su habitacion en la misma torre) nos habia deparado un hermoso antejo, y ella misma nos indicaba los puntos á que habíamos de dirigir la visual. «Desde aqui, Pelegrin (le decia yo), desde aqui si que se ve bien la multitud innumerable de rios, de mares, de lagos y canales que inundan la Holanda: ¿los ves bien?—No señor, no veo gran cosa.—Pero hombre, ¿cómo has de ver sino cierras uno de los ojos?—Es que ambos me hacen falta, mi amo: el uno le dirijo al antejo, y el otro á esta linda muchacha, que juro por mi ánima que por mucho que pueda ver desde la torre, no veré cosa que me guste tanto como la torrera.—Ya se vé; en ese caso escusado es que te molestes en echar el antejo.»

La torre estaba en reparacion, y por supuesto no podia faltarle su *carillon* ó campanario de música como todas las torres de Holanda. Habiéndonos cogido alli la hora de las tres, tubimos el gusto de verle sonar una tocata, si bien no con poco atronamiento de nuestros tímpanos.

Desde allí nos fuimos á uno de los templos *Jansenistas*. No es estraño que haya cuatro iglesias *Jansenistas* en *UTRECHT*, habiendo pertenecido *Jansenio* á su universidad. La que nosotros vimos era pequeñita: desde luego se la distinguía de las protestantes en el hecho de tener altares, y muchos cuadros de san Agustín, cosa muy propia de un templo que llevaba el nombre del célebre autor del *Augustinus*. Cuando nosotros entramos, todos los concurrentes se hallaban sentados con la espalda vuelta hácia el altar mayor. Poco faltó para que Tirabeque armara allí un escándalo con este motivo. «¡Habrás visto (decía) irreverencia igual! Señor, ese *Jirsenio* ó *Jarsenio*, ¿fué acaso algun hereje que enseñara que se debía volver la espalda al altar, como lo hacen estos parroquianos? Porque en esto de herejías, mi amo, ha habido tantas barbaridades.....!—De herejes (le respondí) califican los Jesuitas al famoso Obispo de Ypres, y por tales tienen las cinco célebres proposiciones sacadas del *Augustinus* de *Jansenio*, apoyándose en las bulas de Inocencio X. y de Alejandro VII: pero otros, Pelegrín, sostienen que *Jansenio* y los *Jansenistas* son la quinta esencia del mas puro catolicismo. De todos modos esto de volver la espalda al altar y al sacramento estoy seguro que no hace parte de la doctrina del compilador de san Agustín.»

Pero yo estrañaba como Tirabeque aquella manera inusitada de sentarse en el templo. Pedí á nuestro *commisionaire* la razon de ello, y no supo dár-

mela. Pregunté á otras varias personas de las que allí habfa, y todas me hablaban en holandés. En esto entró el sacerdote: á su entrada se levantaron todos los que estaban sentados, y volviendo caras al altar, se arrodillaron sobre las mismas sillas apoyándose en su respaldo. Entonces ya comprendimos Tirabeque y yo el misterio de la anterior postura, y ya le comprenderá el lector tambien. Durante las vísperas todo el mundo estuvo *flexis génibus* y con la mayor devocion; pero concluidas que fueron, los que quedaban esperando en el templo la salida de los otros, volvieron á sentarse en la misma forma que anteriormente.

Sobre el asiento de la silla cada uno tenía su almohadoncito correspondiente, y no habia nadie, especialmente las señoras, que no tubiese tambien su calentador ó rejilla de hoja de lata con fuego para los pies. Parecióronme, á mi Fr. Gerundio, estas comodidades no muy arregladas á la austeridad evangélica de que lleva tanta fama el Jansenismo.

La ceremonia de las vísperas, salva sea la mayor concurrencia, no se diferenciaba mucho de las vísperas católicas rancias de por acá.

Gabinete de agricultura.

— El palacio que habitó Luis Bonaparte en UTRECHT cuando fué Rey de Holanda se halla actualmente destinado á *Gabinete de Agricultura*, ó sea á Con-

servatorio de toda clase de modelos de los ramos de agricultura, ganaderia, horticultura y demas que con estos tienen alguna analogía, parentesco ó relacion.

Allá fuimos aquella tarde. Un jóven conserge, tan amable como instruido, se tomó el trabajo de explicarnos minuciosa y detalladamente la procedencia, uso y aplicacion de cada uno de los utensilios é instrumentos pertenecientes á cada ramo de industria. «He aqui la sala de los arados: este es el arado de Suiza; este el de Dinamarca; este el de Polonia, este el de Suecia; este otro el de Italia; aquel ótro el de Inglaterra; el de mas allá el de Francia; aquel el de los Estados Unidos... he aqui el modelo de otro que acaba de inventarse en Alemania: ved el que tenemos adoptado en el pais.—Segun eso, aqui teneis modelos de los arados que se usan en cada reino ó estado.—De todos los del mundo.—¿Y dónde está, preguntó Tirabeque, el arado de España?—Oh! perdon le respondió: de España no tenemos aqui: ¿se ha inventado alguno que ofrezca ventajas?—No señor, respondió Pelegrin: alli siguen usándose los primeros que hubo en el mundo, pero cogemos mucho pan!!

Del salon de los arados nos llevó al de los modelos de sembraderas; y tomando en la mano puñados de granos, simientes ó legumbres, nos explicaba prácticamente el método adoptado en cada pais.—Tampoco tenemos, añadió, el modelo de sembraderas de España; vos pudiérais acaso darme una idea de él.—Si señor, respondió Tirabeque.» Y to-

mando una almuerzo de grano, la derramó por todo el salon. El conserge se quedó mirándole, como sorprendido de verle tomarse aquella libertad. «No me mireis, le dijo Tirabeque, que así se siembra en España.—¡Diablol—No hay diablo que valga; allí se tira el grano á puñados, ¿entiende vd.? en seguida se echa el labrador á dormir, y *laus deo*: llega el tiempo de la cogecha, y viene tanto pan que no sabemos donde meterlo.—¡Diablol! Pues si allí se cultiváran las tierras con arreglo á los adelantos que se han hecho en el ramo agrícola, seria país que pudiera abastecer de cereales á toda Europa.—Y mas también, si señor; pero á los españoles no hay que sacarlos de arar y sembrar como sembraron y araron sus bisabuelos, y quieren mas 4 holgando que 8 trabajando, y aquella es gente que se contenta con poco; y cojan ellos pan para el año, y *consumatum est*; que si en otra partes no lo cogen, que coman patatas, que ellos no se lo han de ir á llevar, porque esto de hacer viajes es cosa que incomoda, y para cuatro días que se pueden vivir es una simpleza darse malos ratos.»

Oía el conserge sorprendido las verdades de Tirabeque sin acertar á comprenderlas. Y sin replicar palabra nos fué llevando de salon en salon, y enseñándonos aqui la coleccion de modelos de toda clase de trillos; alli cuantas formas de carros se han inventado; acá un depósito de todo género de hoces ó segaderas; allá un almacen de bieldos y aventadores; y en seguida todas las especies conocidas de col-

menas, de establos, y pesebreras, de todo en fin lo que se ha descubierto de mas útil y ventajoso, de mas económico y sencillo, para las labores de la agricultura, para la criá y conservacion de los ganados, y de cuanto con estos ramos tiene alguna afinidad y analogía. No sé que pueda haber un Gabinete de agricultura mas rico. No se ha inventado sistema, no se ha descubierto utensilio, no se ha adoptado instrumento de labranza en país alguno, de que no haya modelo en el gabinete de UTRECHT.

¿Para qué están allí estos modelos? ¿Acaso los tienen solo por lujo y ostentacion? Nada menos que eso. El gobierno de Holanda los hace ensayar, y aquel que se encuentra mas ventajoso, aquel que dá mejores resultados, aquel manda adoptar en el país, y aquel adoptan docilmente los naturales. Asi la agricultura y la ganadería se encuentran en Holanda en el estado mas floreciente que imaginarse puede. Por eso dije en capítulo de *Gante* que aun habíamos de topar con tierras mejor labradas que las de Bélgica.

Lo que á Tirabeque y á mí nos desconsolaba, lo que nos abrasaba y consumia no haber hallado en aquel inmenso gabinete uniersal un solo modelo de instrumentos agrícolas de España, uno solo siquiera, nadie lo puede calcular bastante. «Señor, me decia, ¿qué no tuviera yo aqui una azuela ó un diablo, y un madero cualquiera, para hacer un arado ó siquiera una ahijada, y dársela á este conserge para que la pusiera a hí en un rincon y pudiera decir: «este es

el modelo de la ahijada con que los labradores españoles arrear los bueyes!»

Con esta idea y con la noche que eran dos oscuridades á un tiempo, salimos del conservatorio de agricultura, y nos retiramos al hotel.

El papa Adriano VI.

Acostámonos temprano, no pesándoles de ello á nuestras corporales humanidades que sin esperarlo se encontraron sobre blandísimos colchones de pluma. Y siguiendo nuestra costumbre de platicar un rato de cama á cama, «estamos, Pelegrin, le dije, en la patria del papa *Adriano VI*, único pontífice que ha salido de los Países-Bajos.—Señor, ¿y qué tenemos nosotros con el papa Adriano VI?—Una friolera, hombre. Se trata precisamente de un sugeto, que de *hijo de un carpintero* de *UTRECHT* llegó á ser *Regente de España*.—¡Hola, hola, mi amo! Eso ya es otra cosa. ¿Con qué ya hemos tenido en España otro Regente hijo de carpintero? ¿Y cuándo fué eso, señor? Cuénteme vd.—Te diré; en tiempo de Fernando V. fué Adriano embajador de España: aquel monarca le hizo Obispo de Tortosa; despues fué Regente del reino con el cardenal Jimenez de Cisneros, y por último Carlos V. le hizo virrey ó vice-gerente suyo poco antes de ser nombrado Pontífice. En Vitoria fué donde se vistió por primera vez de pontifical. Con que mira tú si tiene por

qué interesar á los españoles la historia de este hijo de UTRECHT.

«Y diga vd., mi amo; ¿qué tal Regente hizo el Sr. Adriano?—Por de contado, Pelegrin, su máxima favorita era, *«que debian buscarse hombres para los empleos, no empleos para los hombres.»*— Señor, con eso solo me va oliendo á mí ya á buen Regente; y ojalá se le pareciera en eso el otro Regente que tenemos ahora en España.—Fue hombre, Pelegrin, que murió diciendo: *«la mayor desgracia que he experimentado en el mundo es haber tenido que mandar.»*—Para eso yo estoy libre de esas desgracias, señor; toda la vida estoy pidiendo á Dios que me haga desgraciado, y no lo puedo conseguir. Ahora vd. me dirá si en el tema ese se parecia el Regente de España de aquellos tiempos al Regente del dia.—Así lo manifiesta tambien el nuestro, Pelegrin. Pero lo que puedo decirte es que á pesar de tan buenas máximas, y de las costumbres puras que atribuyen á Adriano VI, todavía hubo quien á su muerte escribió sobre la puerta de la casa de su médico: *«Al libertador de la patria.»* Para que veas si los que mandan pueden contar siempre con enemigos, por buenos Regentes que sean. Bien decia él que era una desgracia el mandar.»

Un ronquido de Tirabeque me aviso de haberse dormido, y se acabó la conversacion.

La paz de UTRECHT.

Dos grandes acaecimientos han hecho célebre á la ciudad de UTRECHT; acaecimientos trascendentales para toda Europa, mas trascendentales todavía para España. En UTRECHT fue donde los estados de los confederados declararon las Provincias Unidas independientes de España y echaron los cimientos de su poderosa República. En UTRECHT fué donde dos siglos despues (año 1713) se firmó el famoso tratado conocido con el nombre de *Paz de Utrecht*, que puso término á las sangrientas guerras de sucesion, y que forma una de las épocas mas memorables de la historia moderna.

Pues bien, al siguiente dia de mi llegada á UTRECHT me levanto temprano, llámo á Tirabeque, hacemos acudir á nuestro guía, y juntos nos dirigimos á la casa de ayuntamiento ú *hotel de ville*, en uno de cuyos salones se firmó la famosa *Paz* (no habiéndolo verificado el dia antes, como en mi impaciencia hubiera querido, en razon á que en el palacio municipal se estaba de obra, y como domingo que era no se trabajaba, y se hallaba cerrado). Una nueva y bellísima fachada de piedra acababa de hacerse en la casa consistorial de UTRECHT: los salones interiores se hallaban todavía en reparacion; se habia dado al edificio una nueva forma. El guía nos llevó á una sala baja, y nos dijo: «ché aqui la sala en que se hizo el célebre tratado de que vos tendreis noticia.»

Hállome pues, yo Fr. Gerundio, dentro del salon en que se firmó la renombrada *Paz de Utrecht*. ¿Creeréis acaso, hermanos míos, que me encuentro rodeado de viejos archivos, de retratos de embajadores y plenipotenciarios, de reyes y príncipes? Pues nó, que me hallo estre pedazos de maderos viejos, entre ladrillos partidos, y entre fragmentos de escombros, lleno de polvo, y espuesto á que me aplane un trozo de su techumbre. El salon del Tratado va á ser reformado tambien: el lujoso ornato del gusto moderno va á reemplazar sus antiguas severas formas. Perdonen los holandeses si en este punto un humilde español se atreve á hacerles un cargo de profanacion á la venerable antigüedad. Los lugares históricos son como los poemas épicos; el tinte y sabor al *vetus et antiquum* es el que les da la ilusion: en entrando el *nova sint omnia*, la ilusion desaparece.

«Diga vd. mi amo, (me preguntaba Tirabeque): ¿no podrá vd. esplicarme á qué diablos se redujo esa *Paz de Utrecht*, que yo tambien he oido nombrar muchas veces sin entenderla nunca?—Te diré, Pelegrin.

Hácia fines del siglo XVI el Rey de Francia Luis XIV al frente de un ejército de 100 mil hombres se hizo dueño de la ciudad de UTRECHT y de muchas otras de Holanda, con tal rapidez, que á sus conquistas se compuso el siguiente dístico:

*Una dies Lotharos, Burgundos hebdomas una,
Una domat Batavos luna; ¿quid annus erit?*

Que traducido al español, quiere decir:

Conquistó la Lorena en solo un dia,
la Borgoña domó en una semana,
en un mes de la Holanda se hizo dueño,
¿qué fueran en un año sus hazañas?

Pero tan rápidas como fueron las conquistas fueron despues las pérdidas, que asi pasan las glorias de este mundo, Pelegrin. Lo cierto es que á principios del siglo XVII la Francia y Luis XIV se vieron á dos dedos de su perdicion, que en tal estado llegó á ponerlos el Duque de *Marlborough*, que mandaba el ejército de los aliados. Las guerras de sucesion traian entonces enredada y revuelta toda la Europa, y andaba un lío y un zipazape entre el Austria y la España, entre la España y la Holanda, entre la Holanda y la Inglaterra, entre la Inglaterra y la Francia, y la Francia y Cataluña, y entre Felipe V, y el archiduque Carlos, y el Archiduque Carlos y Luis XIV., y Luis XIV. y la reina Ana, y la reina Ana y la Duquesa de *Marlborough*, y el Duque de *Marlborough* y los torys y wigs y los alemanes y los austriacos y los holandeses y los españoles y los franceses y los ingleses y los catalanes, que era una gloria el ver como se degollaban unos á otros á quien mas podia, y sobre quién se habia de calzar esta ó la otra corona, ó dos á un tiempo si la fortuna se les mostraba tan larga como la ambicion.

El Archiduque de Austria Carlos aspiraba á la

corona de España, y ayudado de los Catalanes sacudía el polvo á Felipe V, y Felipe V á su vez ayudado de los franceses solía cascar las liendres al Archiduque Carlos; pero todos temian á un tiempo: Luis XIV. temia que Felipe V. reuniera la corona de Francia á la de España, para lo cual ya no habia mas estorbo que el hijo segundo del Delfin, que era enfermizo y enteco por demás y estaba hecho un enclenque: temíase tambien que si el Archiduque salia vencedor reuniera las dos coronas de Austria y España, y todos eran temores por todos lados, *y todo era guerras y batallas y desolacion y mortandad y ruina.

Muere en esto el emperador José de Austria, y recae la corona en su hermano el Archiduque; y esta y otras combinaciones que sería largo de referir, inspiraron el pensamiento de arreglar todas las diferencias por medio de un tratado. Celebráronse las conferencias en URRECHT, y se firmó la famosa Paz bajo estas principales bases: que se reconocia á Felipe V. por rey de España y de las Indias, con la condicion de que cediese Gibraltar y Menorca á los ingleses; la Sicilia al duque de Saboya; Namur y el Luxemburgo al Elector de Baviera, y los reinos de Nápoles, Cerdeña y ducado de Milan á la casa de Austria: y entonces fué cuando Felipe V. para alejar toda sospecha de que aspirase á reunir la corona de Francia con las de España se empeñó en hacer la famosa *Ley Sálica*, por la que quedaban las hembras sin derecho á suceder á la corona, y que tan mal oficio nos ha hecho hasta en nuestros

dias: que al Archiduque Carlos se le reconoceria por Emperador de Austria: que los alemanes se obligarian á evacuar la Cataluña: que á Luis XIV se le restituirian varias plazas de la Flandes francesa, y que los ingleses serian los únicos que pudiesen vender negros en la América española.

A esto vino á reducirse, Pelegrin, la famosa *Paz de Utrecht*, con la cual todos se conformaron mas ó menos, escepto el *Duque de Marlborough*, valiente guerrero y entusiasta de la libertad. En prueba de ello te contaré una anécdota muy curiosa.

Cuando murió el duque, la duquesa su viuda ofreció una suma considerable al que hiciese el mejor epitafio para su esposo. Hicieronse muchísimos, se cotejaron, y se escogió por mejor.... ¿cuál dirás? el que habia hecho su esposa, que era como sigue:

«Aquí yace Juan, Duque de Marlborough, que no dió batalla que no ganára, que no sitió ciudad que no tomára, que no emprendió negociacion que no tubiera un éxito feliz.»

«Oh tú, cualquiera que seas, si la Europa es libre, -i tú lo eres, agrádescelo á Juan, duque de Marlborough.»

Le doy á vd. las gracias, mi amo, por todas esas noticias; y supuesto que ya *la paz* queda firmada, sería yo de parecer que nos fuéramos á almorzar *en paz* y en gracia de Dios.—Hombre, ya que estamos aqui, debemos antes ver la Universidad, si no

está lejos.—En efecto, respondió el *commissionaire*, no está distante.—Ea, pues vamos allá.

La universidad.

Aun no estaba abierta, pero llamamos en casa del conserje, el cual á la primera insinuacion nuestra echó mano á las llaves y salió acompañándonos.

Nos llevó primero á una sala baja, adornada con los retratos al oleo de todos los doctores antiguos y modernos. «Aquí (nos dijo) tan pronto como uno se gradúa se saca su retrato y se coloca en esta sala.» Léanse entre ellos nombres muy respetables y muy conocidos en la república literaria, especialmente en la carrera de la legislación, en cuya enseñanza ha sobresalido la Universidad de UTRECHT tanto como ha sido afamada la de LEIDA en el ramo de medicina.

Entramos en la *sala de promociones*, ó sea aula de grados, decorada con las banderas de las provincias—Unidas, y bordado en ellas el blason de las armas de Holanda, á saber, los dos leones con el lema: «JE DEFIENDRAI.» En el lienzo ó pared fronteriza del aula se veía pintado un *Sol* alegórico con esta inscripción: «*Sol Justitiæ illustranos.*» —Señor, exclamó Tirabeque, aunque como he dicho á vd. antes entiendo poco el latin de los Países Bajos, paréceme que el Sol de Justicia no ha alumbrado gran cosa á los doctores de esta Universidad,

á lo menos con los rayos de la ortografía, porque si la ortografía de aqui es como la de allá, tengo para mí que en el *Justitiæ* debería haber una *coma*.—Así es la verdad, Pelegrin; y veo que estás hoy mas docto de lo que de costumbre tienes.—Señor, es que como no he almorzado, tengo los sentidos muy espertos.—Comprendo la insinuacion, Pelegrin, y espera un poquito, que ahora irémos.

«Ved aqui, nos dijo el conserge, el traje de ceremonia de los doctores.» Era una especie de baidrandan con mangas perdidas y cuello blanco semejante al de los clérigos, y un bonete con borlas.—«Estos son los sombreros del graduando y del doctor padrino.» Eran unos sombreros de tres picos de una forma rara y particular.

Visitamos otras aulas, gabinete de fisica, biblioteca etc. y al despedirnos del conserge le pusimos un par de florines en la mano. Los recibió sin repugnancia, y nos dijo: «tomáos la molestia de llegaros aqui conmigo.» Andubimos unos 20 pasos, y acercándose á un cepillo que en el claustro habia, depositó en él los florines y añadió: «esto es para los pobres, que este destino damos aqui á las propinas que dejan los estrangeros que visitan la Universidad.—Pláceme, le respondí, en gran manera el uso que de ellas haceis.»

Y hecha la despedida, nos dirigimos al hotel á almorzar, y lo que es mas, á disponer la continuacion de nuestro viaje, aprovechando la diligencia que á las 12 salia para NIMEGA.

ZEYST.

Los hermanos Moravos.

A las 2 leguas de **UTRECHT**, y en medio de un vasto oquedal ó bosque de altísimos árboles sin yerba ni mata alguna, se encuentra el pequeño y lindo pueblecito de *Zeyst*, del cual no haría mención si en él no se hallase un establecimiento digno en sumo grado de la atención del viajero, y único de su clase que he visto, aunque dicen que también los hay en Irlanda, Alemania, Dinamarca, Rusia y otros puntos.

Es una asociación ó cofradía de hermanos *Moravos* ó *Moravitas* que en número de unos 300 viven dentro de un edificio, llamémosle pueblo-palacio ó digámosle un *Falansterio*, semejante al de los *Fourrieristas* de que hablé en el tomo 1.º de estos *Viajes* (1).

Los hermanos *Moravos*, derivación de los antiguos *Hussitas*, ó hereges sectarios de *Juan Huss*, que como los judíos han andado emigrados y errantes de nación en nación y de reino en reino, perseguidos por tal gobierno, espulsados por tal príncipe, y tolerados ó protegidos por otros gobiernos y otros reyes, son en el día, al menos los de *Zeyst*, una colonia de artesanos que viven en comunidad, dedicados á la fabricación de varios y muy diferentes ar-

(1) Tomo 1.º pág. 347 y siguientes.

tefactos, como alhajas de oro y plata, objetos de vidrioado, guantes, medias, jabon, velas y cien otras mercancías. Los edificios de la comunidad son vastos, de bella y elegante construcción, sumamente aseados, y de tal manera distribuidos que hay departamentos separados para cada clase: los muchachos, los jóvenes solteros, los casados, los viudos y viudas, cada uno habita el cuartel correspondiente á la clase en que le coloca su estado ó su edad.

El celibato es mal mirado entre los hermanos *Moravitas*: en llegando á la edad nubil se hace entre ellos punto de honor el no permanecer solteros; pero ninguno puede casarse sino con una hermana de la *Union*, á no renunciar á la sociedad, lo cual equivaldria á cargar con una especie de infamia. Las clases de mugeres se distinguen por el color de la cinta con que atan debajo de la barba la cofia ó bonete que llevan todas en la cabeza. La de las niñas hasta los 12 años es color de rosa: reemplázale el encarnado oscuro hasta los 18: desde esta edad hasta que se casan vuelven á tomar el color de rosa: las ya casadas usan la cinta azul celeste, y las viudas se distinguen por la cinta blanca.

Con ávida curiosidad examinábamos los dos esclaustrados españoles una comunidad de un género enteramente nuevo para nosotros. Un anciano, un sacerdote, y un robusto holandés que nos habia acompañado en la diligencia, nos guiaban en aquel convento-pueblo.—«Supongo (preguntó Tirabeque) que aquí serán vds. todos católicos cristianos.—Per-

don, (le respondió el sacerdote): nosotros profesamos la Confesion de Augsburgo: en los oficios cantamos los himnos Luteranos, se predica y se lee la Biblia. Para dar la comunión nos vestimos un ropaje talar blanco, sugeto con una cinta encarnada, y nos ponemos un bonete color violeta.—¿Y cómo se rige y gobierna esta comunidad? pregunté yo al anciano.—Tenemos (me respondió) un reglamento, y ademas se nombra de entre los mayores de edad una junta, que llamamos colegio, encargada del régimen y administracion de la Sociedad, con arreglo á nuestras constituciones. Yo tengo el honor de ser uno de ellos. La mayor pena que podemos imponer es la excomunion ó esclusión de la Sociedad; pero apenas ha llegado nunca el caso de tener que recurrir á este castigo; aquí los delitos no se conocen; jamás hay que reprender sino ligeras faltas: la mala fé, el engaño, el hurto, la ofensa de hecho, la infidelidad, son cosas desconocidas y estrañas enteramente á la asociacion. Nuestras rentas se componen de cuatro contribuciones voluntarias, en que cada miembro pone la parte que su posibilidad ó sus medios le permiten; jamás nadie se ha negado á contribuir á los gastos de la comunidad; verdad es que todos palpan su justa y escrupulosa inversion. La ho'ganza está desterrada de estos lugares: las horas de trabajo estan distribuidas de modo que alternando entre diferentes ocupaciones ninguna de ellas se haga enojosa: los más aplicados ó mas diestros utilizan mas de sus artefactos. Creedme, vivimos felices, y no halla-

reis un solo descontento entre toda la comunidad.

«Si eso fuera cierto (repuso Tirabeque,) yo me quedaría aquí, aunque fuera en la clase de lego que he tenido en otras comunidades de España, y mas despues que he visto las hermanitas de la cinta color de rosa que quedaban en aquel claustro de la izquierda haciendo guantes: pero eso de rezar en Luterano es lo que no va conmigo. Si vds. quisieran seguir aqui la regla de mi padre San Francisco, añadiéndola el capítulo de las hermanas, ya seria otra cosa.—¡Oh! eso no es posible, respondieron el anciano y el sacerdote. Mas ya que os han llamado la atencion (añadió el primero) las hermanas color de rosa, venid conmigo, y veréis si os gustan los guantes que ellas fabrican.»

Volvimos á aquel departamento; tomamos unos pares de guantes, pagándalos al doble precio de su valor por vía de fineza á la sociedad, y me costó no poco trabajo arrancar á Tirabeque del taller de las hermanas *Moravas* color de rosa.—Señor, me decia, conozco que nos ha dicho la verdad el viejo éste; ¿no vé vd. qué gordas, y qué coloradas, y qué contentas se conoce que están todas? Por fuerza debe vivir muy feliz esta gente, señor.—Ah! eso no lo dudeis, repuso nuestro gordo acompañante: todo el país habla de la felicidad de los hermanos *Moravitas*.»

Despedímonos de los dos respetables hermanos; y yo Fr. Gerundio dije para mi: «he aqui una asociacion que parece acreditar que no es imposible en

la práctica la *Teoría Societaria* del hermano *Fourrier*: ¿qué es el pueblo-palacio de *Zeyst* sino un *Falansterio*? ¿qué viene á ser la comunidad de *Moravos* sino una *falange de Falansterianos*? Los *Moravos* viven felices; ¿por que no podrian vivir felices tambien los *Fourrieristas*?

Cerros, bosques y tabaquerias.

Tomamos otra diligencia, y proseguimos nuestra ruta en compañía del hombre gordo. Continúan los lindos y aseados pueblos con sus empedrados de menudo y finô-mosáico en lugar de aceras. El terreno se vá elevando á la izquierda del camino, y empezamos á encontrar bosques y matorrales, cerros y colinas, que luego degeneran en montañas, primeras y únicas que en toda la Holanda hemos hallado, y que anuncian los lindes extremos de los Países-Bajos. A la derecha prosiguen los canales y los rios, rios y canales en abundancia, que todavia nos obligaron á embarcarnos dos veces en aquella tarde *caballos y carruage y viageros*.

Hemos pasado de la provincia de *Utrecht* á la de la *Gueldres*, célebre por las numerosas piaras de ganado vacuno y lanar que pastan en sus praderas, por sus muchas cervecerías, y por el increíble producto que reporta de un ramo de industria insignificante al parecer, el de las abejas. Pero lo mas notable del

resto de la jornada nos lo hizo advertir nuestro gordo holandés. «¿No habeis reparado, nos dijo, esa multitud de edificios rústicos, que de uno y otro lado del camino y á las entradas y salidas de los pueblos se encuentran, todos con sus bajas y toscas puertecitas cerradas?—Lo he notado en efecto, le respondí, pero temía molestaros con preguntas.— ¡Oh! perdon: yo tendré un placer en informaros de todo lo que gustéis. Pues todos esos son almacenes de tabaco en rama; las tierras que hemos ido dejando atrás, y las que tenemos á la vista por espacio de algunas leguas, todas se plantan de tabacos. Reparad, aun veréis en ellas muchos troncos, y no pocos retoños.—En efecto es así. Segun eso se hace en el país gran cosecha de tabaco.—Por la muchedumbre de almacenes que habeis visto, y por los que veréis todavia lo podreis conocer. No solo dan para el consumo del país, sino para hacer una regular exportacion.

«Lo que yo advierto, añadió Tirabeque, es que las puertas no son muy seguras, y que algunas de ellas tienen agujeros por donde puede muy bien énterar un hombre con tal que no sea tan gordo como vd. Por fuerza habrá un guarda en cada almacén, porque sinó pronto se quedarian sin tabaco.— ¡Cómo!— ¡Cómo, cómo! robándolo.— ¡Oh! perdon: aqui no se roba.—Pues mire vd.: solo por parecerme vd. un hombre muy formal le creo. Y no estrañe vd. que me esplique asi, porque si esos almacenes con esas puertas estuvieran en otra parte, esté

vd. seguro que de la noche á la mañana, y si me apura vd. un poco, de la mañana á la noche, se quedaban mas limpios que casa deshabitada.»

A las dos leguas antes de llegar á *Nimega*, se concluye la calzada de ladrillo, y sirve de arrecife el *grandique*, obra maestra de la arquitectura hidráulica, construida, segun se cree, en tiempo de los romanos para contener el Rhin, é impedir que sus aguas inunden la provincia toda.

Eran las 7 y media de la noche cuando llegamos á la segunda ciudad de la *Gueldres*.

NIMEGA.

El jorobado y las Damás.

Alojámonos en el hotel de la *Diligencia de Rotterdam*, (1) cuya patrona en su espresiva obsequiosidad parecía mas bien francesa que holandesa; tanto, que no sé si por efecto de su amabilidad escesiva, ó acaso (lo que creo mejor) por dar un poco de rienda á su caracter, á lo que se traslucia, chun-gon y burlesco, se prestó ella misma á ayudar á sacar las enormes botas de Tirabeque. La risa mas

(1) Esto es lo que nos dijeron significaba: *Logementho-uder in den Rotterdamsecenh Wagen in NIMEGEN.*

bien que la falta de fuerza hacía inútil nuestro trabajo, y en su vista la jóven patrona llamó á uno de sus dependientes en nuestro auxilio.

Presentóse pues un enano, jorobado y contrahecho por demás, un completo Esopo, que en el palacio de un rey de la edad media hubiera hecho un bufon sobresaliente, y que visto por D. Quijote hubiera llevado una buena reprimenda por no haber tocado la trompeta para anunciar nuestra llegada al castillo. Tiraba el enano de las botas, tiraba Tirabeque de una pernada al enano, y reíamos la patrona y yo á costa del contrahecho holandés y del no muy bien hecho español con el más sano y franco reir del mundo. Por último se invocó la cooperación de otro dependiente, y con este refuerzo pudo lograrse descalzar á Tirabeque sus voluminosas botas.

Cenamos con apetito, y nos fuimos con sueño á la cama. Pero no bien se hubo acostado Tirabeque cuando ya me dijo: «Señor, lléveme barrabás si no se han propuesto jugar conmigo en este hotel: ¿pues no me han dado la cama del enano?—¿Por qué dices eso, hombre?—Señor, porque esta cama es tan corta, que si me estiro, la mitad de las piernas se me quedan fuera.—Lo mismo me sucede á mí, Pelegrin: acá tenemos otras camas como las de *Breda*: no parece sino que la primera y última ciudad de Holanda quieren dejarnos recuerdos por el mismo estilo.

«Señor, hága vd. el favor de dar un repaso

á las fojas de su memoria, á ver si encuentra vd. alguna historieja de NIMEGA con que quedarme dormido.—Hombre, de NIMEGA no sé sino que aqui se firmaron tambien dos tratados solemnes de *Paz*, el uno en 1678 entre España, Francia y Holanda, y el otro en el año siguiente entre España, Francia, Suecia y el Imperio.—¿Y qué mas, mi amo? —No me acuerdo de mas, porque tengo mas sueño que tú.—Pues en ese caso, mi amo, escoga vd. la *Paz* que guste de las dos, que yo me quedaré con la otra, y vamos á dormir los dos *en paz*; y hasta mañana, señor, *requiescant in pace.*»

El relox del Ayuntamiento ,

y el pabellon del Duque de Alba.

No era maravilla que cada noche nos acostáramos rendidos de cansancio, puesto que cada dia hacíamos una jornada, ó en diligencia por los caminos, ó á pié por los pueblos, á trueque de ver todo lo mas posible en el menos tiempo posible. Asi nos sucedio en NIMEGA al siguiente dia de nuestra llegada. Ver mucho, aunque nos cueste andar mucho; este era nuestro sistema.

Aunque NIMEGA es una ciudad que no pasa de

18 mil habitantes, su movimiento y animacion comercial la hace parecer mas poblada. Fundada como Madrid sobre 7 colinas, colocada entre una porcion de grandes rios, el Rhin, el Wahal, el Mosa y el Issel, y á la frontera del reino de Prusia, su comercio es activo, el tránsito por ella incesante, y en la estacion del verano es tanta la afluencia de extranjeros que acuden á visitar las orillas del Rhin, que suele no haber albergues para tanta gente, teniendo muchos que dormir á bordo de los vapores. Como plaza fronteriza, hay la mayor escurpulosidad en esto del refrendo de los pasaportes.

Nosotros visitamos aquel dia todas sus fortificaciones exteriores, tan sólidas como bien conservadas; un pequeño y lindo templo luterano; la grande iglesia calvinista, donde se halla el sepulcro de Catalina de Borbon, todo de bronce, y grabado sobre él el retrato de la Princesa: en seguida de lo cual nos llevó nuestro *commissionaire* al palacio ó casa del Ayuntamiento, el edificio mas notable que tiene NIMEGA.

Decóranle las estátuas de muchos Emperadores: la sala primera está destinada al tribunal de Justicia: debajo de la estátua de esta virtud se lee; «*utramque partem audite: oid á las dos partes.*» Hallábase reunido el tribunal: oímos hablar á uno que se nos dijo ser un abogado: no entendimos una palabra, y subimos á una galería, en cuyas paredes se hallaban incrustadas porcion de antigüedades romanas, sacadas de los alrededores de la ciudad. En

la pared ó lienzo de enfrente había una colección de armas antiguas: «¿Veis (nos dijo nuestro guía) aquella cuchilla que está en medio? Pues nes la cuchilla con que fueron decapitados en la plaza de Bruselas los condes de Horn y de Egmond por orden del duque de Alba.—¿Es posible, mi amo, exclamó Tirabeque, que en todas partes hemos de encontrar rastros y reliquias de las atrocidades del duque de Alba?—¿No te acuerdas, le respondí, que así te lo previne en Bruselas?» Distinguíanse aun en la cuchilla las manchas de la sangre, y rogamos al guía nos llevara cuanto antes á otro sitio.

«Venid, añadió este. Y conduciéndonos á un salon cubierto con preciosos tapices de la célebre fábrica de los Gobelinos de París, «aquí teneis, nos dijo, la sala en que se firmó la *Paz de Nimega*: ved los retratos de los embajadores y plenipotenciarios que la firmaron.—Señor, este es el de España, dijo súbitamente Pelegrin; le conozco yo en la vestimenta.» Así era la verdad, que se le distinguia fácilmente entre todos.

Pero de cuanto vimos en el palacio municipal de NIMEGA nada le ha quedado tan presente á mi lego como el *reloj* del piso dajo. La máquina está en el portal, ó sea en una especie de entresuelo sobre la izquierda. De ella parte un ramal á cada departamento del palacio ú hotel, donde hay su correspondiente campana. Cuando da la hora, comunicase simultáneamente el movimiento de la máquina á todas sus dependencias, y suena al mismo tiempo

en todas y en cada una de las habitaciones del palacio. Es un gefe cuyas órdenes son ejecutadas por todos sus subalternos á una voz de mando, si bien en vice-versa, porque aqui el reloj-gefe está abajo, y los dependientes y subalternos arriba.

Bajamos al muelle, cuyos malecones azotan las aguas del caudaloso Rhin, cruzado siempre de barcos y faluchos mercantes y de vapores de transporte. Y en seguida subimos á la parte mas alta de la ciudad: al bello y frecuentado paseo de *Hoenderbeg*. «Aqui teneis, nos dijo el guia, los restos de dos torres romanas. Ved este bosque de tilos; ellos cuentan mas de siglo y medio de antigüedad. Pero si quereis gozar de uno de los mas deliciosos puntos de vista que puede desear un viajero, acercáos conmigo á esta otra torre ó mirador: es el pavellon nombrado el *Belvédere*..... ¡Oh! ahora que me acuerdo, vos sois españoles, y este pavellon os debe ser interesante, porque fué construido por el Duque de Alba, y aun se nombra tambien *el pavellon del Duque de Alba*.»

Deseos tenía en verdad, yo Fr. Gerundio, de hallar algun recuerdo del famoso Duque que no llevara asociadas las ideas de sangre y crueldad, y entramos con gusto en el pavellon de *Belvédere*. Hay en él dos lindos y bien adornados gabinetes, y está todo circundado de cristalería. ¡Delicioso y entretenido es á fé mía el panorama que se descubre desde el pavellon! A nuestros pies veíamos serpentear las aguas del brazo del Rhin llamado Wahal; la vista abrazaba al mismo tiempo el curso magestuoso del

gran Rhin, las caudalosas corrientes del Mosa, las abundantes aguas del Yssel, los canales de la Guel-dres, las calles de Nimega, el bosque frondoso de los Tilos, las montañas de Cléves y de Elten, las agu-das flechas de los templos y palacios de Zutphen y de Doesbourg, los confines de la Bélgica y de la Prusia.

Tirabeque gozó también completamente de aque-las pintorescas vistas, en razón á que allí no habia una torrera como la de Utrecht á quien dirigir la visual.

Era ya tarde, y nos retiramos al hotel. Habien-donos informado de que no habia en NIMEGA otra cosa alguna singular y notable que mereciera pro-longar nuestra estancia, y con noticia de que la di-ligencia-correo salia aquella noche para Prusia, re-frendamos nuestros pasaportes, tomamos nuestros billetes y nos dispusimos para dejar el reino de *Guillermo II*, y entrar en el de *Federico Guiller-mo IV*.

PRUSIA.

¡Ay qué noche!

Al llegar en estos mis apuntes de viaje á la memorable noche en que los dos viandantes exclaustrados hicimos el tránsito de Holanda á Prusia, yo debería esclamar con el hermano Ovidio.

*Cum subit illius tristissima noctis imago,
cum répeto noctem quá tot mihi cara reliqui,
lábitur ex oculis nunc quoque gutta meis.*

Cuando recuerdo la maldita noche
en que dejando los Países-Bajos
á Alemania pasé, casi á mis ojos
sin poderlo evitar asoma el llanto.

Y aun pudiera decir con la Virgen: «¡oh, voso-

tros todos los que andais por los caminos! atended y decid si es vuestro dolor como mi dolor.»

Apuro 1.º De dos modos se hace el viaje de *Nimega* á *Prusia*, ó en vapor por el Rhin arriba, ó en la posta ó diligencia-correo por tierra. Pero el rio bajaba casi desbordado por efecto de las anteriores lluvias, y teniendo el vapor que navegar contra la corriente tardaba mas que la diligencia. Preferí pues ésta, y nos acomodamos amo y lego en la berlina, que aunque estrecha era bastante cómoda para los dos á pesar de los voluminosos coturnos de Tirabeque. No bien comenzáramos á felicitarnos de ir los dos solos con tal cual holgura, cuando empezó Cristo á padecer embutiéndonos dentro el conductor, que no era un alfeñique, y poniéndonos en prensa de tal modo que parecia haberse propuesto litografiar el brazo derecho de Tirabeque en el izquierdo mio. Yo le espuse la incomodidad que nos causaba, y me contestó en aleman lo que él sabia y yo no he podido saber hasta ahora. No sé mas sino que no nos entendíamos. Para consuelo nuestro entraba y salia cada seis minutos, y cada vez que entraba y salia, entraba tambien un vientecillo nocturno que nos baldaba.

Asi siguió hasta la raya de Prusia, en que salió para no volver, pero no sin reemplazarle un dependiente de la aduana armado de todas armas; nosotros nos armamos tambien, pero fué de paciencia. A las 9 de la noche llegamos á la primera aduana de Prusia. Apeámonos viajeros y bagages para el

oportuno reconocimiento. Esta fué la única estacion de que salimos felizmente librados aquella noche: nuestros equipages fueron los únicos que no se bajaron, ni fueron reconocidos. Los dependientes nos dirigieron varias veces la palabra: nosotros contestamos otras tantas con el «*je ne comprende pas*», porque así era demasiado cierto: y ellos amostazados sin duda de no entendernos á nosotros, nos dejaron por cosa perdida. Ello es que ni nos registraron ni nos pidieron los pasaportes.

La hermana aduanera. El reconocimiento del de los demas, hasta 12 que eran nuestros compañeros de viaje, fue escrupuloso y detenido. Notamos que todos los géneros de adeudo se pagaban al peso, lo mismo las telas, que los quesos, que los barriles de vino, y que otras varias frioleras que nuestros conviajantes llevaban. Tres eran los dependientes; el uno registraba, el otro pesaba, y el otro anotaba: item mas *una hermana aduanera*, que todo lo usmeaba; que en todo ciscoleteaba, que en todas las operaciones intervenia, y que se mostraba mas escrupulosa y mas intolerante que todos juntos. En Francia, Bélgica y Holanda habiamos visto á las mugeres desempeñar oficios varoniles en los comercios, en los cafées, en los templos, en los museos, en las bibliotecas y universidades, pero en las aduanas ni las habiamos visto ni nos lo habiamos nunca imaginado. Pedimos aclaraciones sobre el empleado-hembra á dos de nuestros compañeros, y ambos nos contestaron en alemán: nos con-

vencimos de que en aquella jornada ni nos entendían ni entendíamos, y no volvimos á hacer mas preguntas.

Al cabo de media hora larga proseguimos nuestro viaje, y á eso de las diez y media llegamos á CLEVES, ciudad de 8.000 habitantes y capital del antiguo ducado de este nombre, en el centro de una floresta, que dicen ser el *sacrum nemus* de Tácito.

Apuro 2.º Allí tubimos que tomar nuevos billetes, lo cual nos hicieron entender por señas. Dirigímonos al despacho, porque allí se dirigían los demás. Un empleado debió preguntarnos para dónde queríamos los billetes, pues habiendo contestado yo por conjetura, «para *Dusseldorf*,» se puso á estenderlos, y los pasó á mi mano, pronunciando algunas palabras entre las que percibi «*thalers* y *good-groschen*:» esto y el señalarme á las monedas me dió á entender que aquellas palabras marcaban el precio de cada billete. Pero ni yo llevaba moneda del país, ni sabia entonces lo que valía un *thaler*, ni un *good-groschen* ó *silbergros*, ni menos los *thalers* ni *silver-gros* que por cada billete me habia pedido. Saqué pues unos cuantos *florines* de Holanda, y púselos sobre el mostrador, para que él los redujera á moneda del país, y cobrára de allí su importe á buena conciencia.—Señor, me decía Tirabeque, vd. parece tonto; ¿no ve vd. que si mucho dinero da mucho tomará el administrador este? No, sino que

serán bobos los señores alemanes.» Pero aun me fueron devueltos un *Frederik* y algunos *bons-gros*.

En *Cleves* se hizo el primer cambio de carruaje. Hasta allí habíamos ido todos en una misma diligencia: de allí partieron tres coches á un tiempo: el uno tiró sobre la izquierda; los otros dos marcharon de frente, y el nuestro se dirigió por la derecha: era una berlina de 5 asientos, abierta por delante; entraba un aire frío que nos helaba: me quejé de ello á los tres nuevos compañeros que llevábamos, me contestaron no sé que en alemán, y con esto, y con la oscuridad de la noche, y con el nortecillo fresco que entraba, y con el humo de sus tres pipas, y con no saber si íbamos perdidos ò acertados, y con preguntar si íbamos bien para *Dusseldorf*, y con no comprender lo que nos respondían, la marcha ¡voto á mi padre San. Francisco! era divertida y amena á no poder más.

Apuro 3.º El tercer apuro de aquella noche toledana fué en SANTEM, que dicen ser la *Sancta-Troya*, ó *Secunda-Troya* de Tácito, ó sea la *Colonia Trajana*, signo verdadero de haber habitado aquellas tierras en otros tiempos los romanos. ¡Ojalá las hubieran habitado todavía! A lo menos hubiera podido entenderme con ellos mejor que con los alemanes. Allí nos volvimos á apearse, y después de habernos hecho tomar el fresco en la calle por espacio de un cuarto de hora mientras ellos hacían sus cambios de carruajes, vimos partir dos de estos. A nosotros nadie nos decía una palabra. «Conductor,

¿cual es nuestro coche?» Nada. El silencio y el misterio era su contestacion.

Por fin se presentó otro coche: nos intimaron por señas que subiéramos á él: subieron antes otros dos. Yo al tiempo de hacerlo, entregué al conductor mi paraguas, un cestito en que llevaba dos mapas, algunos libros para mi entretenimiento en cuanto fuera de día, y algunas otras baratijas que al viajero conviene llevar á la mano. Luego que me acomodé, reclamé al conductor las prendas que acababa de entregarle; no sé que me contestó; lo que sé es que las prendas no volvieron á parecer.

Cum repeto noctem quá tot mihi cara reliqui...

Apuros 4.º y 5.º Rompió á andar el coche. El conductor sabría donde nos llevaba, que nosotros nó. Otros dos relevos nocturnos nos quedaban todavía, ó lo que es lo mismo otros dos apuros, uno en Eschemberg, y otro en *Urdingen*. En ambos pueblos se repitió el cambio misterioso de carruajes. El frio era intenso: nadie nos entendia; á nadie entendíamos; nadie nos hacía caso; Tirabeque rabiaba con desesperacion; yo me reia desesperadamente; él se daba á los diablos; yo repartía los «por-vidas» entre Belcebú y mi padre san Francisco; y nuestro solo y único consuelo era cuando yo le decia al conductor: «*Monsieur le conducteur, á Dusseldorf,*» y él me respondia: «*Oui, Monsieur, DUSSELDORF.*» Unicas palabras francesas que sabía, pero al fin las suficien-

tes para tranquilizarnos de que nos llevaba á *Dusseldorf*, y no á los infiernos.

Los carruajes los veíamos cambiar, pero jamás vimos trasladar los equipages: preguntábamos por ellos, pero era escusado; ó no nos respondían, ó era igual que nos respondieran ó nó; de consiguiente los contábamos ya con los difuntos. Por fin de fiesta antojósele á Tirabeque ponerse malo: acometiéronle fuertes dolores de vientre, que sufrió (porque no tenía otro remedio) hasta el pueblo en que se hizo el último relevo nocturno. Allí entramos en la casa administracion, pedimos á una muger una taza de café ó té: no sé lo que la muger respondió, porque no la entendí; lo que entendimos fue la seña del conductor intimándonos volver á subir al carruage. Este fue el 6.º apuro.

Si alguno cree que el viajar por paises estraños es todo placer, y todo tortas y pan pintado, acuértese de la noche del tránsito de Fr. Gerundio y Tirabeque desde Holanda á Alemania, y diga con Pelegrin: «¡Oh vosotros todos los que no sabeis lo que es andar por los caminos, atended á estos apuros, y contemplad si es todo diversion y gloria!»

Al fin quiso Dios que viniera el dia, que ya llegábamos á sospechar si las noches toledanas serian cortas con respecto á las noches prusianas; salió el sol; y poco faltó para que en nuestra alegría le adoráramos como divinidad *more gentílico*. Hallámonos á la orilla izquierda del Rhin; pasamos el rio por un puente de barcas, y llegamos á las 9 de la mañana

á la casa de postas de *Dusseldorf*. Tirabeque se sintió algo aliviado; yo creo que su dolor de vientre era una corajina. Nuestro equipage fue el primero que se bajó del coche: cómo le habian trasladado tantas veces de uno á otro carruaje sin verlo, es cosa que no he podido apear hasta ahora.

DUSSELDORF.

Su categoría.

No habia yo creido que DUSSELDORF tubiera el rango y la importancia que tiene entre las ciudades prusianas. Pero ella es la capital del Gran Ducado de *Berg*: y aunque no lo es de la provincia de *Cleves-Berg* á que pertenece, es cabeza de regencia y de círculo, y comprende en su jurisdiccion 25 ciudades, 9 villas y 4450 lugares ó aldeas, divididas en 12 círculos.

Porque es de saber que los Estados-Prusianos (PREUSSISCHEN STAATEN) están divididos en 10 provincias, 27 regencias y 337 círculos. Y no es extraño que la regencia de *Dusseldorf* abarque 25 ciudades y solo 9 villas, porque en el reino de Prusia, al revés que en todos los demas sucede, son menos las villas que las ciudades, como que tiene nada menos que 1.021 ciudades y solamente 292 villas. Asi es que la mayor parte de los Prusianos viven en ciudades populosas.

Si importante es DUSSELDORF por su rango y categoría, no lo es menos por su industria y su comercio. Ella es una de las 18 plazas mercantiles que se cuentan como principales en Prusia: ella es el depósito general de las mercancías de Holanda, Alemania y Suiza; y favorecida por su posición á la margen derecha del Rhin, su puerto está constantemente cuajado de vapores y de buques mercantes. Ella es el centro industrial de las celebradas manufacturas de hierro del país de Berg, de los abundantes tejidos de hilo, lana y algodón de la provincia de Cleves-Berg, y solo en la regencia de DUSSELDORF han llegado á contarse 5,504 telares de seda.

Considerada con relación á su belleza, *Berlin*, *Postdam* y *Dusseldorf* son las tres ciudades de Prusia que se citan como las más hermosas de aquellos estados. Así debe ser en efecto, porque solo sus 44 calles anchas y tiradas á cordel y sus 9 paseos públicos bastan para confiarla entre las poblaciones más bonitas de Europa.

La fonda y el mercado.

De la casa de postas nos trasladamos á la fonda ú hotel de las *Tres Coronas Imperiales* en la plaza del Mercado. Púsose Tirabeque á mirar el magnífico rótulo que en el gran tablon de sobre la puerta había, y se encontró que decia lo siguiente:

GASTHOF zu den

DREI REICHSKRONEN

bei C. Beekinge in DUSSELDORF.

«¡Ay, mi amo, mi amo! exclamó: poco entendia yo ya el latin de los Países-Bajos, pero lléveme el diablo si del latin de Prusia entiendo una sola jota. —Eso no está en latin, simple, sino en aleman; ¿no ves que estamos en Alemania?—¿Cómo en Alemania, señor? ¿pues no estamos en Prusia? ¿en qué quedamos? Unas veces dice vd. que estamos en Prusia, otras que en Alemania: he mirado los dos mapi-mundis que traíamos antes de perderse, y en uno he visto á *Dusildor* en Alemania, y el otro me pone al mismo *Dusildor* en Prusia: ¿se puede saber de cierto en qué tierra se encuentra un hombre?—En Prusia y en Alemania á un tiempo, Pelegrin, y ambos mapas tienen razon, porque la Alemania es hoy una parte del Reino de Prusia, y estas provincias del Bajo-Rhin, que se nombran Prusia Rhenana, están en la Alemania.—Acabáramos de entendernos, señor: crea vd. que me tenia á mi medio loco esa ortografía.—Geografía dirás, hombre, que no ortografía.»

Entramos en el hotel: un apuesto *garzon* salió á recibirnos, y nos preguntó no sé qué en aleman: díjele que no entendiamos el aleman, y nos habló en inglés; le dije que tampoco éramos ingleses, y entonces llamó á otro compañero que poseía el francés, y con él nos entendimos, y con él subimos

á la habitacion que se sirvió destinarnos. Subió tambien al momento el patron á preguntarnos si queriamos almorzar, si queriamos lavarnos y afeitarnos, si queriamos fuego ó queriamos dormir.— Todo lo quiero, si señor, respondió Tirabeque, porque todo me hace falta, pero principalmente almorzar y dormir, que en esta Prusia hace un hambre y un sueño que no se aguanta.»

Oida esta respuesta, un sirviente pasó á preparar el almuerzo, otro se quedó á hacer las camas, y otro se ocupó de poner lumbre en la estufa, que eran nuestras tres primeras necesidades. En las fondas de Alemania hay tantas estufas como habitaciones; pero de tal modo dispuestas que todas tienen comunicacion con los pasillos, y desde fuera, sin necesidad de entrar ni incomodar al huésped, las encienden y atizan.

Nos calentamos, almorzamos y dormimos hasta la hora de comer. Luego que nos levantamos, Tirabeque se asomó á la ventana, y llamándome presuroso, «Señor, señor, me dijo lleno de alegría, venga vd. acá verá vd. un mercado como los de España.—Eso es, le dije, que estabas soñando con España, y aun no has despertado bien.—Señor, venga vd. y lo verá.»

Me asomé, y era así en efecto. No he visto cosa mas parecida á los mercados españoles que el mercado de **DUSSELDORF**. Figurábaseme estar viendo la plaza de una de nuestras ciudades de Castilla en dia de mercado. El mismo estilo, el mismo bullicio, cá-

si los mismos trages: las mugeres del pueblo con sus pañuelos de cuadros á la cabeza, sus mantones estampados de lana, y sus zagalejos y medias de lana tambien: las señoras con su vestido y su sombrero de media gala, seguidas de la correspondiente doméstica armada del infalible cesto de la compra: las fruteras y verduleras acurrucadas en el suelo al lado de su cesta de fruta ó de hortalizas; las aldeanas con un par de gallinas en la mano, y en fin aquel no sé qué, que marca el parecido de una á otra fisonomía, y que es difícil explicar en sus pormenores. Grandemente nos complacíamos Tirabeque y mi Reverencia en haber hallado aquella similitud ó trasunto de las costumbres populares de nuestra patria, tanto, que apenas nos fijábamos en lo que en aquella plaza llamaría principalmente la atencion de todo otro viajero, á saber, la estatua de bronce, de grandor natural, del elector Juan Guillermo, protector de las artes, y á quien la ciudad debe su esplendor. El héroe está á caballo, armado de coraza, y con el baston de mando en la mano.

La campana del consuelo nos llama á la mesa. Bajamos al salon de comedor, que á beneficio de tres estufas tenia una temperatura deliciosa. El patron, ó dueño del hotel esperaba vestido de toda etiqueta, ni mas ni menos que pudiera ir á un besamanos en dia de córte. Reunido el suficiente número para poder constituir mayoría, se declaró abierta la sesion manducatoria: el patron se sentó de cabecera de mesa, y el Sr. Presidente principió el ejer-

cicio de su cargo, que era el de hacer platos y trinchar. Cinco ó seis *garzones*, todos tan elegantemente vestidos, que considerados fuera de aquel servicio podrian pasar por muchachos de fina educacion (y en verdad que no habrá muchos jóvenes de carrera en España que como algunos de aquellos sirvientes posean tres ó cuatro idiomas), eran los que asistian á la mesa, dos de ellos hijos del patron, que allí no se desdeñan los *caballeros fondistas* de educar á sus hijos bajo este sistema, para que algun dia colocados en la presidencia de la mesa, sepan dar decoro al establecimiento. Bajo este pie de elegancia están montadas las mesas de los hoteles alemanes.

No nos disgustó la comida; si bien allí no es tan abundante como en Francia y Bélgica, puesto que en Alemania hay ya la costumbre de cenar. Bebimos cerbeza alemana y vino del Rhin: no puedo decir lo que cuesta una comida en DUSSELDORF, porque ni entendí nunca la nota, ni mis conocimientos numismáticos alcanzaban á poder reducir al justo importe de moneda española la algaravía de *thalers*, *frederiks*, *silvergros*, *dollars* y *pfenings*.

San Francisco volando por los aires.

Despues de comer, salimos á ver la galería de pinturas. El guía que nos regalaron era un viejo co-

mo de unos 65; á los primeros pasos se paró y se puso á mirar de hito en hito á Tirabeque, y balbuciendo un mal francés le manifestó sus sospechas y aun su resentimiento de que le hiciera burla: que si la naturaleza le habia dado un defecto, bastante desgraciado era él, sin que un extranjero viniera á abochornarle de una falta que no estaba en su mano evitar.—Oiga vd., señor mio, le contestó Tirabeque; vd. es el que se burla de mí, no yo de vd.»

Ibanse agriando las contestaciones, hasta que aclarándose su origen, resultó que el gufa era cojo como Tirabeque, y como cada uno ignoraba la cojera del otro, cada cual creía que el otro se mofaba de él. Una vez convencidos los dos de su comun propiedad claudicatoria, convirtiéndose el enojo en risa, y diéronse desde entonces el título de compañeros y amigos.

Junto á la escalera de la galería hallamos un fraile en escultura en actitud de orar, y cerca de él un grupo de hombre y muger abrazándose desnudos: los rostros los tenian tiznados de carbon. Al verlo exclamó súbitamente Pelegrin:

Contemplad, almas piadosas,
en la primera estacion
dos abrazándose en cueros,
y un fraile haciendo oracion.

«Rece, rece, hermano (añadió), que todo les ha de hacer falta á ese par de manebos, y tengo pa-

ra mí que aun no les ha de alcanzar, y que estos tiznones que sin duda algun muchacho les ha hecho en la cara no son mas que el anuncio de los tizonazos que les esperan en el infierno, y aun quiera Dios no alcancen tambien al director del museo que ha tenido la ocurrencia de poner aqui semejanie retablo.»

Riendo del apóstrofe de Pelegrin subimos á la primera sala de la galería. «Esta *Asuncion* es de RUBENS,» le digo al *commissionaire* asi que vi el cuadro.—Pronto le habeis conocido.—¡Oh! no se me despintan ya las obras del artista de mas fecundo pincel.—Es la sola de RUBENS, añadió el guía, que ha quedado en este muséo: antiguamente habia muchas, pero han sido trasladadas á *Munich*.» La galería no es abundante, pero entre sus bellos cuadros no puedo menos de hacer especial mencion de uno moderno que me llenó de admiracion y entusiasmo: es obra del año 39, y su autor *C. Sohn*, hijo de la misma ciudad. Representa al *Tasso* con su querida y su criada: el poeta está sentado con un libro en la mano y un lapicero, pero ni lee ni escribe; está pensativo y cabiloso: ¿le inspira su amada Leonor, ó le estorba acaso? ¿ó es la criada la que le estorba alli? ¿en qué piensa el poeta Sorrentino? ¿piensa en su *Aminta*, en su *Jerusalen*, en las gracias de su *Leonor*, ó en el destierro y las persecuciones que sus amores con ella le han de acarrear? Yo no sé cuál de estos pensamientos entraría en el del artista: cualquiera que fuese, el pintor de DUSSELDORF es digno del poeta de *Sarrento*.

Despues de aquella sala fuimos conducidos á otra, donde se ofreció á nuestros ojos lo mas singular y mas raro que en su género se puede ver ni aun imaginar. Dejo á un lado la coleccion de 23,445 estampas de antiguedades romanas, que suministran un estudio arqueológico interminable. Párome solamente en los 14,241 dibujos, que son 14,241 caprichos y estravagancias que solo ha podido inventar la imaginacion febril de un artista diabólico: ¿quién es capaz de acordarse de lo que representan mas de 14 mil diabluras dibujadas? El cuadro de las *tentaciones de San Antonio* que los pintores parece haber escogido para desplegar todo el desórden de que su imaginacion puede ser capaz en los momentos de un risueño delirio artístico, no es mas que una unidad de las 14 mil de aquella coleccion. Yo solo recuerdo el *Juicio final*, la *Pesca de las almas*, muchos pasages de la *vida de Jesucristo*, y muchos tambien de la *vida de San Francisco*, en que se ve á nuestro Seráfico Padre unas veces marchando en una magnífica carroza, otras galopando en un brioso caballo, seguido de una comunidad tambien al galope; otras volando por los aires, sirviéndole de alas las anchas mangas etc. etc.

Era de oír á Tirabeque reír á carcajada segun que iba recorriendo los cuadros de una vida de Nuestro Padre tan nueva y tan desconocida para nosotros.—«Señor, me decia despues, bueno es viajar para conocer los hombres y los santos: ¿qué quiere vd. apostar á que Nuestro Padre se hizo el po-

brecito en España, y luego á semejanza de los ministros se vino á Alemania á gastar alegremente los ahorros, y aqui se echó coches y carretela y buenos caballos, y pasó una vida como un príncipe dejándonos allá las penitencias y los ayunos, y mandándonos que ni siquiera gastáramos camisa?—No creas tál, Pelegrin; ¿no ves que son cuadros de puro capricho y estravagancia como todos los de la coleccion? Lo que estraño es que á los formalotes alemanes les haya dado por esponer al público tan estrambótica galería.»

Subimos en seguida á la Biblioteca, que tiene 30 mil volúmenes, y está abierta todos los dias, cual compete á un pueblo que aunque mercantil pertenece á un reino de tan reconocida fama por sus adelantos en las ciencias, y por el sólido y profundo saber de sus hombres de letras.

Mientras se hacia noche nos dimos á visitar algunos templos, entre ellos el del Colegio de Jesuitas, el de los Caballeros de la Cruz, la Colegiata, donde está la tumba de la inocente y desafortunada Jaquelina de Bade, y alguna otra iglesia protestante. Sigue en Prusia la libertad de cultos, pero aunque la religion del estado es el prótestantismo, acaso mas de la tercera parte de la poblacion es católica.

El jardin de la Corte.

Uno de los mas bellos paseos de DUSSELDORF es el *Jardin de la corte*, llamado alli *el jardin inglés*,

hecho por Napoleon. Allá fuí con mis dos cojos. Espacioso y vasto es el parque: adórnale frondosas alamedas, risueños prados artificiales, estanques anchurosos, y palacios magníficos. «Compañero, ¿qué palacio es aquel? le preguntaba Tirabeque al guía.—¡Oh! es toda de una pieza, le respondió: el que la hizo estaba sentenciado á pena capital.....—¡Cómo! le interrumpí yo: ¿ese palacio es todo de una pieza?—Perdonad; creí que mi compañero me preguntaba por aquella estátua de brouce á caballo, que es toda de una pieza: el artista que la fabricó estaba sentenciado á muerte, y esa obra le valió el indulto, pero no volvió á hacer otra igual.

«Eso está bien, y os agradezco la noticia, pero preguntaba Tirabeque de quién es ese palacio.—Há, ese palacio es del príncipe Federico, hermano del rey: él es coronel de un regimiento de cazadores.—Compañero, ¿hay mucha tropa aqui en Prusia?—Sí señor, da en él dos bailes cada semana, los domingos y los jueves.—Compañero, ¿ó Vd. se está burlando de nosotros, ó es Vd. mas tonto de lo que yo había creído. Le pregunto á Vd. si hay mucha tropa en Prusia.—Perdonad, ya debereis haber advertido que soy un poco sordo. El ejército prusiano se compone de unos 120 mil hombres, pero en tiempo de guerra se pueden armar hasta 500 mil. Habrá unos 20 mil de caballería: ¡oh! los caballos prusianos son muy ágiles y muy fuertes para la guerra.—No me han disgustado, respondió Tirabeque, los

que he visto por ahí, pero no se los cambiamos á VV. por los de España.»

Una decente lluvia vino á interrumpir nuestro paseo y nuestro diálogo por el parque inglés, y nos hizo retirar á casa apresuradamente. En el camino hallamos un lucido escuadron de cazadores, que por el mismo motivo se retiraba de hacer sus maniobras en un campo inmediato. Supusimos que serian del regimiento del príncipe Federico.

EL RHIN (1).

Nos hallamos á la orilla del caudaloso RIN, de ese hijo orgulloso de las altas montañas del país de los Grisones, que despues de pasear sus poderosas é impetuosas ondas por una carrera de *mas de trescientas leguas* viene como todos los rios á hallar su tumba en el Oceano; de ese famoso rio de Alemania, de quien dijo *Despréaux*:

*Au pied du mont' Adule entre mille roseaux,
le RHIN, tranquille et fier du progrès de ses eaux,
appuyé d' une main sur son urne penchante,
dormait au bruit flatteur de son onde naissante...*

Epist. 4.^a

(1) O digámosle *Rin* sin *h* en español.

Al pie del monte Adula,
entre cesped y cañas,
tranquilo y orgulloso
con sus ondas de plata,
el *Rin* duerme apoyado
sobre su urna inclinada
al ruido lisongero
de sus nacientes aguas.

Sigamos el curso de este poderoso gigante desde su cuna.

En una de las comarcas salvages y agrestes del país de los Grisones, á la falda del monte Adula, se ve brotar de los grandes depósitos de la naturaleza tres abundantes y cristalinos arroyos, cuya reunion forma el que los alemanes llaman *Vorder-Rhein*, ó *Rin anterior*. Desde otro punto de aquella montaña imponente se desgaja el *Rin del medio*. (*Mittel-Rhein* que ellos dicen). Pobre arroyuelo en su principio, bien pronto se robustece con la reunion de muchos otros, precipitándose de la altura de una roca al valle de Meddels; y á las 8 leguas del lago de Toma se incorpora con el *Rin anterior*, tomando el nombre de este y perdiendo el que antes llevaba. Este doble rio arrastra desde entonces sus impetuosas olas cubiertas de espuma bajo multitud de copudos álamos, y se precipita soberbio sobre mil y mil rocas. Forma despues una isla cubierta de árboles magníficos. Las montañas son gigantescas, pero de un aspecto agradable. Do quiera que se dirija la vis-

ta, se encuentra con las verdes praderas de los Alpes, plagadas de rebaños de carneros y piaras de ganado vacuno. Todo respira tranquilidad, todo indica fertilidad. Por esta pacífica comarca lleva el *doble-Rin* sus aguas á unir las con el *Rin posterior* (*Hinder-Rhein*).

Nace el *Rin posterior* de la parte mas elevada de la floresta desierta llamada *Rhin-wald* (floresta del Rin). El manantial sale del centro de una enorme montaña de hielo, en cuya cima se ve un monstruoso banco de granito. La comarca regada por estas aguas es una de las más notables de la Suiza. Por una estension de 8 leguas no se ve mas que montes y mares de hielo. El invierno allí es larguísimo. Sin embargo vive en aquel helado país desde el siglo XII una colonia de Suabos, fuertes, robustos, vigorosos y opulentos. Es el camino que en los meses de verano llevan los caballos de carga de Italia, pasando por el Splügen y el gran monte de San Bernardo, cuyo tránsito es de una inmensa utilidad para los habitantes de aquel valle que arriendan sus sustanciosos pastos á los ganaderos italianos de Bérgamo.

Recoge en la rapidez de su curso otros 16 grandes torrentes, y penetrando al través de espantosos abismos forma lo que se llama *Via mala*, una de las maravillas de Suiza. La *Via mala* es una monstruosa garganta de rocas, en la cual llevan las aguas del *Rin* 600 pies de profundidad. Pasa luego á un delicioso y soberbio valle, donde la calma y la belleza reaparecen, donde todo es vida, todo fertilidad, todo

hermosura. Allí se unen sus sombrías aguas con las cristalinas del *Rin anterior*.

Desde este punto el río, uno y trino, serpea con magestad á través del soberbio valle de *Rheinthal*, recibe las aguas impetuosas del *Plessur*, en seguida las de otros 30 gruesos arroyos, se arroja en el lago de *Constanza*, le atraviesa en toda su longitud, deslízanse sus flotas apacibles y tranquilas hasta *Schaffhouse*, y cerca de esta ciudad, sobre cuatro hileras de peñascos, forma la catarata mas bella y magestuosa de toda Europa. Durante esta carrera reasume todas las aguas de la cadena de los Alpes septentrionales, recibe las del monte Jura, entra en Alemania con una rapidez asombrosa, y acreciendo su raudal con los de mil otros rios, apareciendo y desapareciendo montañas, regando unas veces frondosos valles, otras veces encantadoras planicies; pasa por *Basiléa*, *Strasburgo*, *Manheim* y *Mayenza*; fertiliza el *Paraiso de Alemania*: continúa creciendo en su marcha, pasa por entre dos cadenas de altas montañas, y llega á *Coblenza*. Crece de nuevo con el *Mosela*, vuelve á salvar altas montañas, pasa por *Bonn*, y baña los muros de *Colonia* y *DUSSELDORF*.

Yo veo aqui al gigante en toda su robusted (porque luego que entra ya en los *Paises-Bajos* se divide en dos ramales, que son los que hemos visto en *Nimega*, *Leida* y *Dordrecht*, de cuyos últimos puntos sale para morir tranquilamente en el *Oceano*). Aqui veo flotar por sus aguas embarcaciones

de ocho y nueve mil quintales. Presentemos una breve tabla del acrecimiento gradual de este soberbio hijo de las montañas.

De las 303 1/2 leguas alemanas (436 españolas le dan algunos autores) que corre el *Rhin*, son:

1.º no navegables	20 leg.
2.º navegables para pequeños buques	24
3.º para grandes buques	18
4.º de navegacion interrumpida, peligrosa ó difícil	65
5.º segunda parte de gran navegacion	176 1/2
Total	303 1/2

El total de leguas navegables, contando las 15 de navegacion interrumpida á trechos, es de 280.

Poesía del Rin.

Generalmente los rios son el alimento de las imaginaciones poéticas: apenas habrá riachuelo tan desgraciado, ni arroyo de tan desdichada suerte, que no haya sido, sino divinizado, por lo menos humanizado siquiera por la pluma de algun enamorado vate que ha ido á llorar cantando á sus orillas los desdenes de su dama, ó á confiar á

sus aguas, como amigas que sabe no han de revelar el secreto, las cuitas ó las satisfacciones, los proyectos frustrados ó los triunfos conseguidos en sus amorosas conquistas. Que el río sea claro ó turbio, que arrastre arenas de oro, ó que no recoja sino las sustancias que le regale plebeya lavandera, para el poeta siempre serán cristalinas linfas, plateadas olas, y argentadas perlas. Testigo el que con el título de Manzanares hace una especie de curso académico por las afueras de Madrid, cursando como los estudiantes desde octubre hasta San Juan, y tomándose en seguida su correspondiente temporada de vacaciones.

Ello es que no se da río sin coplas; y aun cuando el poeta tenga al lado del tintero una botella de Champagne ó una trinidad de copas de Jerez para humedecer el paladar al compás que moja la pluma, eso no quita para que sobre el papel una bella *Amarilis*

orillas del Manzanares
vista armiños por trofeos,
pise espumas por ultrage.....
nectar beba numeroso
entre perlas y corales.

Goxe.

O para que

Serpée entre la yerba el arroyuelo,

en cuya linfa pura

mezclado resplandezca el claro cielo
con la grata verdura.

MELEND.

Riachuelo hay á quien los cantos de los poetas han dado tanta fama, que el que no le ha visto se le representa lo menos como un brazo de mar. Cuando yo Fr. Gerundio, ocho ó nueve meses antes de hallarme á las orillas del *Rin*, visité la poética Granada y me enseñaron por primera vez el Darro y el Genil tan celebrados de los vates granadinos, quedéme estupefacto de encontrar dos arroyuelos en los que yo me habia figurado un Danubio y un Misisipí.

Discurra pues el hermano lector, si siendo el *Rin* tan caudaloso y tan variado en su larga carrera, y siendo las provincias Rhenanas la Andalucía de los alemanes, habrá sido y será el *Rin* manantial inagotable de poesía para las imaginaciones poéticas de aquellos habitantes. El *Rin* es todo para los alemanes, como el Nilo era todo para los egipcios. Es un emblema universal: el *Rin* es el símbolo de la fuerza: el *Rin* es el geroglífico de la independencia: el *Rin* es el lema de la libertad: el *Rin* es el signo de la fecundidad y de la riqueza. El *Rin* es un anciano, es el viejo padre de los rios, que descansa sobre un lecho de flores, coronado de rosas, teniendo por cabeza la urna consabida de donde se derraman las perlas y la plata á borbotones. El *Rin* es un gigante que defiende el pais contra ambiciosos y malandri-

nes conquistadores, y que sin duda dormia como un cachorro cuando las águilas de Napoleon echaron la garra al gigante, y le sugetaron como á un muchacho. El *Rin* es un genio superior, á quien hacen la corte otros genios subalternos buenos y malos, y en cuyo seno se abrigan tropas de ninfas y de náyades que de dia se ocultan entre los pliegues de sus olas y de noche vagan errantes por sus orillas.

El *Rin* es finalmente para los alemanes una divinidad, es un Dios; pero un Dios que tiene de todo. Un Dios que acaricia y protege, pero que tambien bufa y rechaza cuando está de mal talante. Asi unos ven en el *Rin* un númen protector, un principio de amor y de vida: otros le miran como un abismo poblado de horribles monstruos, como un principio de odio y de muerte. El habitante de las comarcas por donde corre magestuoso como un monarca, silencioso como un cartujo, y lento y perezoso como un aleman, fertilizando sus campiñas, ve en el *Rin* un Dios bueno, protector, eXcelente con X mayúscula. Pero el pobre pescador que se arroja con su barquilla á pescar salmones en una de sus gargantas, y que se ve estrellado contra una roca á impulsos de una tarascada de su fuerte genio en dias de mal humor, este mira al *Rin* como un dragon infernal, enemigo implacable de su bienestar y de sus intereses, y da al diablo las risueñas imágenes y la florida nomenclatura con que se le pintan y nombran los señores poetas de la Germania; que no hay poe-

sía que consuele al pobre que va con ánimo de pescar prosáicamente unas carpas ó unos salmoncillos, y se ve de un azotazo del Sr. Padre de las Náyades estrellado contra un peñasco y hecha pedazos su barquilla.

La poesía del *Rin* ha aumentado por una parte y disminuido por otra desde el establecimiento de los vapores. Los poetas ven en ellos un nuevo ejército de monstruos anfíbios, de dragones que van azotando las aguas con sus aletas de hierro y vomitando humo por la boca; pero los prosistas vemos solamente un nuevo medio de hacer nuestros viajes con mas comodidad y prontitud que en los buques de vela. Y á fé que no he visto servicio mas regularizado que el de los vapores del *Rin*: sobre haberlos en abundancia, con buenas cámaras, buenas fondas, comidas de diferentes precios fijos, horas de salida marcadas y seguras, y buen orden en las jornadas, hay la ventaja de que con un solo billete pagado de una vez se puede recorrer todo el *alto y bajo Rin*, deteniéndose lo que á cada viajero acomode ó convenga en cada pueblo, volviendo á presentarle en cualquier otro vapor en que quiera continuar su navegacion, en el cual le admiten á la presentacion del billete sin que por él tenga que pagar nada de nuevo; pues siendo los vapores de una misma empresa, han querido dejar toda esta libertad al viagero, que de ello se dá por muy contento, por que se ahorra una porcion de incomodidades.

Insensiblemente he ido pasando de la poesía del

Rin á su parte prosáica. Y ya que á este punto he llegado, añadiré que Tirabeque y yo nos embarcamos muy prosaicamente en el vapor *Elberfeld*, y en él nos trasladamos en pocas horas y con la comodidad de dos patriarcas desde *Dusseldorf* á *Colonia*, donde llegamos á las 9 de la noche.

COLONIA.

Trato en el hotel.

Alojámonos en el hotel *de Mayence*, cerca de la direccion general de mensagerías, á cuyo patron íbamos recomendados por el de *Dusseldorf*. No bien se habia acomodado nuestro equipage cuando subió uno de aquellos elegantes, finísimos y agasajadores sirvientes que se encuentran en las fondas de Alemania á decirnos que bajáramos á cenar si gustáramos. «Santa palabral exclamó Tirabeque; ¡y bendita sea la tierra donde llaman á cenar así que uno se apéa!» Pero esto no fue mas que el preludeo del trato que despues fuimos experimentado en el hotel. Las provincias del Bajo Rin son el país en que mas á gusto se ha encontrado Tirabeque por el sistema de yantar que en ellas rige. Allí se menudean las comidas que es una gloria. Por la mañana temprano, apenas se han abierto las pestañas, se sirve el café, por supuesto con sus correspondientes tostadas de mantequilla: á media mañana se toman las once, ó sea *la ley*

que dicen en nuestra Navarra: á la una se hace la pequeña comida: á las tres la comida formal, y entre nueve y diez de la noche despues de venir del teatro se cena; sin perjuicio de tomar el que guste entre dos luces el té ó algun otro pistillo, para no desfallecer de necesidad. La baja Alemania es la Navarra de la Europa central en punto á la bucólica. Cuando en este último verano hemos recorrido Tirabeque y yo la Navarra, y hallamos dividido el dia en cinco periodos, á saber, el chocolate, *la ley*, la comida, el refresco y la cena, amen de algun bizcocho y alguna copita en los lúcidos intervalos, recordábamos á todas horas la Prusia Rhenana, y exclamaba Pelegrin: «juro por mi ánima, mi amo Fr. Gerundio, que los alemanes y los navarros son los hombres mas completos de la tierra, y con quienes yo congenio mejor.»

Y no son caras por cierto las comidas en COLONIA. Pero lo célebre y lo chistoso fue cuando Tirabeque echó de menos el pan en la mesa, hallando en su lugar unos bollitos de huevo y manteca. «Señor, esto es muy bueno para postre; yo voy á pedir pan, Garzon, traigáme vd. pan.—Qué, ¿no os gusta la *brioche*? Yo os traeré otra cosa que os agradará mas.» Y trayendo un panecillo redondo, «tened (dijo): hé aqui un buen *poumpernick*.—¿Y qué significa eso de *pampernil* ó *pan de pernil*?—¡Oh! el *poumpernick* es una cosa buena: él es un relleno de frutas secas; cascadle, y dentro de la corteza hallaréis una sabrosa masa de peras machacadas, higos, pasas de corinto, y otras esquisitas frutas.—Pues mire vd.,

hágame la gracia de llevarse el *purpundrin*, y tráigame vd. pan, pan, ¿lo oye vd?—Bien, yo os traeré pan: ¿lo quereis moreno, ó blanco?—¡Garzon! ¡que me quita vd. la vida, hombre! Tráigame vd. por Dios pan blanco, lo mas blanco que vd. tenga, mas que cueste á onza de oro el panecillo; porque ha de saber vd. que yo soy español castellano viejo: ¿entiende vd?—¡Oh! vos sois españoles; entonces yo os traeré pan blanco.» Y al fin nos trajo pan blanco, de que recibimos no poco consuelo.

«¿De qué vino gustais? ¿Quereis vino blanco del Rin? Os costará de 2 á 7 francos la botella: tenemos tambien buen champagne á 4 francos; y hay otros vinos de varios precios hasta 17 y mas francos botella (es decir hasta mas de 70 rs. de España).

Bebimos el celebrado vino del Rin, que aunque no nos pareció malo, está lejos de corresponder, á lo menos para el paladar de un español, á la fama que tiene. Las orillas del Rin son el último territorio de Europa en que se coje vino.

Agripina.

«Señor, ¿hay algo que contar de este pueblo?—Eso me indica, Pelegrin, que ya estás descansando sobre la almohada.—Asi es la verdad, mi amo: por mí ya puede vd. apagar la luz.—Nó, que voy á leer algo de la historia de COLONIA.—Señor, en ese

caso haga vd. el favor de leer de modo que yo oiga, ó á lo menos de contarme la sustancia, que ya sabe vd. que me gustan las historias.—Bien, pero ha de ser con la condicion de no dormirte hasta que concluya.—¿Es larga?—Me reasumiré todo lo posible.—Pues diga vd., señor, que no me dormiré.

«Por lo que aqui veo, Pelegrin, el pueblo en que nos hallamos fue en su principio un campo romano fundado por Marco Agripa, en donde despues el Emperador Claudio fundó una colonia que llamó *Colonia Agripina*, en honor de haber nacido en él su muger *Agripina*, y de esto le viene á la ciudad el nombre de *Colonia*.—¿Y qué tal señora fue esa Doña Gripina ó Crispina, mi amo?—¡Oh! la famosa Agripina, hermana de Calígula y madre de Neron! ¡Digna hermana de tal hermano, y digna madre de tal hijo! Ella envenenó á su esposo con un plato de setas con el fin de que su hijo subiese al trono, y despues el hijo asesinó á la madre.—Por mi ánima que fue una familia lucida la de la Sra. Gripina, mi amo. Y siga vd., que no lleva mal principio la historia.

«En COLONIA fue proclamado Emperador Vite-lio. De COLONIA salió Trajano cuando fué llamado á Roma por el Emperador Nerva para dividir con él el imperio; y desde entonces fue COLONIA la capital de la Gaula Rhenana inferior. Asi es que la ciudad está todavía llena de restos de antigüedades romanas. En el año 508 fue proclamado Clovis Rey de los Francos en esta ciudad: y Pepino antes de ser

rey de los Francos fue duque de COLONIA.....¿Te has dormido, Pelegrin?—No Señor.—Me parece que sí; ¿de quién estaba hablando?—Decia vd. que en esta ciudad habia buenos pepinos.—¡Badulaque que tu eres! Del rey Pepino hablaba, el hijo de Carlos Martél y hermano de Carlo-Magno, no que de pepinos: y Carlo-Magno tambien visitaba con frecuencia esta ciudad, que despues Othon el Grande reunió al Imperio Germánico, concediéndola grandes privilegios.

«En la edad media era COLONIA el mas poderoso apoyo de las ciudades anseáticas. Entonces podia armar ella sola 30 mil guerreros: tenia 11 cabildos, 58 conventos, 19 parroquias, 49 capillas y 16 hospitales. En el siglo pasado hizo parte de la República francesa: en 1814 la ocuparon los Rusos, y al año siguiente la cedieron á los Prusianos, que desde entonces la conservan, siendo ahora capital de la provincia de Cleves-Berg, y estando poblada de unos 70 mil habitantes, que viven en 7,500 casas.»

«¿Oyes, Pelegrin? Pelegrin, ¿duermes?—Quién llama?—Nada, nada, prósigue en tu sueño venturoso.»

Y apagué la luz diciendo: «viaje vd. y dése malos ratos por aprender las historias de los pueblos; y luego cuénteselas vd. á los legos, que ellos se quedarán dormidos.»

La obra del Diablo.

Salimos al día siguiente temprano á recorrer la ciudad, acompañados de nuestro correspondiente *domestique*, el cual llevaba su gran placa colgada de un ojal de su levita. En Alemania este servicio de *domestiques de place* ó *commissionaires*, guías ó *cicerones*, es un ramo regularizado. Ellos son nombrados por la ciudad, y se distinguen por una placa en que consta el número y cuartel respectivo de cada uno: ¡oh! Dios librára á quien no estubiese investido de su gran d'ploma de intrusarse á hacer oficios de *cicerone* con cualquier extranjero!

«¿Qué es lo que gustais ver antes? nos preguntó el nuestro.—Visitaremos (le respondí), si os parece, la catedral.—¡Oh! *Le dôme de Cologne!* Ciertamente es cosa que admiran todos los viajeros: está bien, yo os llevaré á la catedral.»

Despues de revolver una porcion de calles, á la verdad no muy rectas ni limpias, oyendo continuamente los toques de trompeta que anuncian la incesante entrada y salida de diligencias y coches-correos, dimos vista á la famosa catedral de COLONIA, obra maestra de la arquitectura teutónica, ó por mejor decir, obra maestra del diablo, por mas que parezca impropcedente que el diablo se haya metido nunca á arquitecto de catedrales. He aqui el motivo de haber sido obra del diablo la Catedral de COLONIA, segun lo refieren las leyendas y crónicas del país.

Habia ya concebido el arzobispo Engelberg, llamado el Santo, la idea de hacer una catedral en COLONIA; pero quien mas seriamente pensó en la ejecucion, fué su sucesor el arzobispo Conrado. Este se propuso levantar un templo-metrópoli, una basílica que escudiese en grandeza, belleza y suntuosidad á todo lo que se conocía de mejor en materia de templos. Para ello puso á su disposicion y le abrió sus arcas el cabildo, uno de los mas ricos del mundo. Publicóse el programa, y empezaron á llover planes y diseños de catedrales enviados por todos los mejores arquitectos de Europa. Ninguno llenaba la santa ambicion del prelado: ninguno le satisfacía: todos los iba desaprobando.

Picó esto y mortificó de tal modo el amor propio de un jóven arquitecto de la ciudad, que se resolvió á proponer al arzobispo que se encargaria de hacer un diseño que habria de satisfacer sus deseos, con tal que le proporcionase fondos para visitar y estudiar los templos de Alemania, de Francia y de Inglaterra. «Concedido, dijo el prelado; aqui teneis esta bolsa de oro: andad, y volved presto.»

Hizo mi buen arquitecto su largo viage facultativo: regresó á COLONIA, y confiado en sus estudios de viaje, y pensando siempre en su plan de catedral, salió una tarde al campo, y sentado sobre una piedra á la orilla del Rin, comenzó á trazar líneas con su lapicero. Perfilaba fachadas, campanarios, torres góticas, arcos ogivos, bóbedas y flechas; todo le parecia incompleto y mezquino: borraba, vol-

via á hacer líneas, rompía un papel, dibujaba en otro, y se quemaba y se consumía, porque nada salía á su gusto. Ya por fin á fuerza de tentativas logró hacer un diseño en que le pareció hallar grandeza y magestad; y cuando él comenzaba á felicitarse de su obra, oye detras de sí una voz cascajosa que acompañada de una risa sardónica le dice: «¡bravísimo, amigo! acabas de trazar la catedral de STRASBURGO.»

Vuelve súbitamente la cabeza, y ve un viejo, pequeño, feo, de ojos saltones y puntiaguda barba, vestido de un balandran negro, que casi apoyado sobre su espalda reía malignamente. «A fé, dijo para sí el arquitecto, que la figura no es para escitar simpatías; pero él tiene razon.» Borra su catedral, empieza á delinear otra, y le vuelve á decir el viejo con la misma maligna sonrisa: «muy bien va eso, joven, pero llevas traza de diseñar la catedral de REIMS.» Reflexionó el arquitecto, y se convenció de que el anciano decia verdad. «Pues á otra cosa.» Y empezó otro dibujo. «Joven, le dijo el ente misterioso, tú no has viajado solo por Francia, sino que tambien has visitado la Inglaterra.—Cierto, ¿pero de qué lo sabéis vos?—Lo infiero, porque estás haciendo el plan de la catedral de CANTORBERY.»

Amostazado el jóven de la impertinente pero verdadera crítica del viejo, arroja desesperadamente el papel y el lapiz, dando un gemido de sentimiento y de rabia.—A fé, le dijo el anciano, que te desesperas por bien poca cosa: nada mas fácil

que la obra que estás encargado de hacer.—¿El plan de una catedral para COLONIA que sea mejor que todas las catedrales conocidas es cosa fácil?—No puede serlo mas.—¿Os atreveriais vos á hacerle?—¿Y porqué nó?—Pues bien, hacedle; Monseñor Conrado escogerá despues entre el vuestro y el mio.—Acepto.»

Y sacando el viejo de debajo del balandran una varita, en un minuto trazó en la arena la flecha mas elegante y esbelta que se pudiera concebir.—¿Quién sois vos, exclamó el arquitecto, que tan fácilmente ejecutais lo que los hombres ni siquiera se atreverian á imaginar?—¿Yo? Nada mas que un pobrecito viejo que sabe lo que valen las bravatas de los jóvenes.—¿Y no podriais, buen viejo, confiarme el diseño de vuestra catedral? Vos me hariais feliz.—Firma en este pergamino, y te le daré.—¿Qué me pedis con esa firma?—Poca cosa; nada mas que tu alma.»

Lanza el pobre jóven lleno de pavora un «Vade retro,» y trata de huir diciendo: «este viejo es el mismo Satanás en persona.—Sí, Satanás soy; pero vuelve, jóven incauto, vuelve; ven acá: ¿te parece cara una catedral que valdria bien las almas de todo el cabildo, y yo te la doy por la tuya sola? Mira el conjunto de toda la catedral y reflexiónalo bien.» Y en el mismo instante traza Satanás en la arena un templo mágico, lo mas perfecto y acabado que idearse pudiera. Pónese á meditar el arquitecto mas tranquilo, y determina jugar una treta

al diablo. «Está bien, le dice; dadme vuestra catedral, se la llevaré al arzobispo, y si en virtud del diseño me encarga la obra, yo os ofrezco mi alma. —¡Pobre mozol ¿piensas engañar al diablo? Firma, y te daré la catedral.—Eso nó.—Pues la catedral antes de la firma tampoco. Piénsalo bien, consúltalo con la almohada, y hasta mañana á media noche en este mismo sitio.--Bien, hasta mañana á media noche.»

Despidiéronse así. El arquitecto corre presuroso á contar al arzobispo la aparicion diabólica; le entera del maravilloso plan de catedral que Satanás poseía; el arzobispo se sorprende; reúne el cabildo, lo pone todo en su conocimiento, se discute entre todos el medio de arrancar la catedral de las garras del diablo, y se resuelve que acuda el arquitecto á la cita convenida armado de un relicario de Santa Ursula, que presentará al espíritu maligno tan luego como haya logrado atraparle el ansiado diseño.

Acude el artista la siguiente noche á la hora y sitio señalados, confiado en la proteccion de su sagrado talisman. Esta vez no es un viejo estravagante el que se le aparece: es un angel con alas de fuego bajo la figura de un jóven alto y robusto, de ancha frente y de mirar sombrío, que con el plano en una mano y el convenio en la otra le dice: «jóven artista, firma el pacto y toma la catedral.» El arquitecto tiembla; pero el relicario le infunde valor, y agarrando el papel de la catedral con una mano, y dando con la otra á Satanás con *Santa*

Ursula en los hocicos, «retírate, espíritu de las tinieblas, le dice con hueca y esforzada voz.» Satanás se queda un rato inmóvil; y en seguida con rabioso acento le dice: «jóven, algun clérigo te ha aconsejado; esta es una treta eclesiástica: pues bien, me retiro, pero la catedral que me robas no se acabará nunca, y tu nombre quedará ignorado entre los hombres.»

Huyó Satanás envuelto en una negra nube de denso humo que le arrastró hácia el rio. El arquitecto corre desalentado á la capilla de Santa Ursula, donde le aguardaba el cabildo reunido: «Señores, aqui está la catedral que acabo de arrancar de las uñas del demonio.—¡Gloria al arquitecto! esclamaron todos los canónigos á una voz.» Pero, ¡cuál fue el general desconsuelo cuando al desarrollar el pergamino se encontraron con que el diablo se había llevado entre las uñas un pedazo de catedral! Falta una torre: en vano el pobre artista consumió sus vigiliass en diseñar otra torre que estubiese en armonía con el cuerpo del edificio: gastó sus dias en hacer líneas y combinaciones, y viendo que le era imposible armonizar diseño alguno con la obra diabólica, murió de pesadumbre. Su nombre ha quedado ignorado, y la catedral por concluir, con arreglo á la profética amenaza del diablo que la dibujó.

Esta es la historia de la famosa catedral de COLONIA, tal poco mas ó menos como la cuentan las leyendas y tradiciones del país.

Sin embargo, cuando yo Fr. Gerundio la visité, se estaba continuando la obra con ánimo resuelto de concluir la y de dejar al diablo colgado de las agallas como se merece. ¿Lo conseguirán? El tiempo nos dirá quien tiene mas poder, si el diablo ó el cabildo de COLONIA. Entretanto se trabajaba con ahinco. El mismo Rey de Prusia contribuye cada año con una cantidad considerable para la obra: el año pasado de 1841 habia dado 50 mil *thallars*. Y yo Fray Gerundio tengo tambien el honor de haber contribuido con mi bolsillo á la obra de la catedral de COLONIA, pues á ello se destinan las propinas de los estrangeros que visitan el templo, cuyas visitas se han tasado en 2 escudos de Prusia cada una, que hacen mas de 8 pesetas españolas.

Los Reyes Magos,

y las once mil vírgenes.

Con motivo de la obra estaba todo el cuerpo interior de la catedral obstruido con andamios, garuchas, caballetes y demas mueblage de la carpintería y albañilería. Celebraba al cabildo sus officios en otra capilla inmediata, no en la capilla y altar mayor, que se hallaban cubiertos con un gran tablado; pero aun se veía la alta bóveda del coro que sube magestuosamente hacia el cielo, los grupos de esbeltas columnas que se lanzan atrevidamente á

una altura prodigiosa, la famosa cristalería, y otras bellezas artísticas que fuera prolijo enumerar.

«Venid, nos dijo el guía, á la capilla que está detras del altar mayor, y veréis el sepulcro de *los tres Reyes Magos*.—¡Cómo! ¡los tres Reyes Magos están enterrados aquí!—¡Oh! sí, ciertamente; aqui reposan los huesos de los tres Reyes que fueron á adorar al niño Dios.—¿Y cómo han venido á parar aquí los restos de sus Magestades?—Os contaré su historia.

«Cuando Federico I de Hohenstaufen conquistó y desvastó á Milan, se apoderó de los huesos de los tres Reyes Magos que descansaban allí, no sé con qué motivo, y los regaló al arzobispo de Colonia Reinaldo, el cual loco de contento con la posesion de tan preciosas reliquias, trató de levantar un templo digno de ellas. El plan fue trazado, se buscaron obreros, y se puso mano á la obra. Los operarios salieron un poco mas haraganes de lo que el celo del arzobispo podia sufrir; y el prelado, que era un caballero antiguo, y habia manejado antes la lanza que el cayado, acordándose mas de lo que habia sido que de lo que era, tomó por costumbre imprimir la aficion al trabajo á los obreros á fuerza de bastonazos que diariamente les regalaba. Cansados estos de sufrir tan significativas insinuaciones, y apreciando en mas sus costillas que la vida de Monseñor, tramaron una conspiracion y resolvieron deshacerse de él á toda costa. Un dia pues, poco antes de la hora en que el celoso prelado acostumbraba á visi-

tar los trabajos del templo, le esperaron escondidos tras de un andamio, teniendo delante un gran rímero de piedras.

«Llega el arzobispo; y cuando le tubieron á tiro, y cuando él miraba á todos lados buscando sus operarios, ¡ira de Dios! descarga sobre su apostólica humanidad una borrorosa lluvia de piedras, y acertándole una peladilla en el sitio destinado al solidéo, dá con su Illma. en tierra. Avalánzase entonces á él el ejército coligado, y á martillazos ponen fin á sus dias. Pero tras del pecado les vino la pena. Orgullosos los obreros con su triunfo, salen como locos por la ciudad dando descompasadas voces, é incomodando al vecindario. Exaspéranse los habitantes con tan irregular comportamiento, reúnen, emprenden con la turba de obreros, y los cazan y asesinan como á bestias feroces.

«La vindicta pública quedó satisfecha, pero los tres reyes quedaron tambien sin asilo. Trasladóseles despues á una iglesia provisional, donde se les construyó una magnífica caja guarnecida de planchas de oro é incrustada de piedras preciosas: sobre sus tres cabezas se pusieron tres coronas de oro, de peso de seis libras cada una, y adornadas de una porcion de diamantes y de perlas, debajo de las cuales se escribió con letras formadas de rubíes les nombres de GASPAR, MELCHOR Y BALTAZAR.

«Tan pronto como la catedral estuvo habitable, fueron trasladados á ella los tres Reyes; y el elector Maximiliano Enrique de Baviera les hizo cons-

truir un bello monumento, que es el que veis. Sus Magestades descansaron en paz hasta el año 1794, en que viendo la guerra que los franceses habian declarado á las testas coronadas, creyeron necesario emigrar, y se retiraron á Westphalia huyendo del ejército francés, y acompañándolos el arzobispo que no quiso apostatar del partido monárquico. En 1804 regresaron los Magos á Colonia, pero tan mal parados como habian quedado en aquella época la mayor parte de los reyes vivos. Habian perdido las coronas y casi todas las alhajas. El cabildo las ha hecho reemplazar posteriormente con coronas de perlas imitadas y de piedras falsas; pero Sus Magestades, que no deben entender gran cosa del ramo de bisutería, parece que se hallan tan contentos como si conserváran las antiguas.»

La relacion del *Cicerone* tenia á Tirabeque con la boca abierta, y á mi me convenció de la certeza de lo que ya habia leído, á saber, que por Alemania no se puede dar un paso sin encontrarse con una leyenda antigua. La Alemania es el país de las leyendas.

«En esta misma capilla, añadió el guía, están depositadas la entreañas de la célebre *María de Médicis*: ved allí la caja que las encierra. ¿Quereis ver prosiguió, las *once mil vírgenes*?—¡Como es esol exclamó Tirabeque: ¿tambien andan por aqui las once mil vírgenes? ¿y dónde hay sitio para tantas hermanas? Si es cierto, veámoslas, que si están odas, aun será obra de largo rato el pasarlas re-

vista.—«Oh, ellas están enterradas en la capilla de *Santa Ursula*, distante algun trecho de aqui: toda la iglesia está llena de los huesos de las santas doncellas. Pero en una capilla del coro de esta misma catedral vereis un gran cuadro que representa su arribo á *Colonia*; porque habeis de saber que los habitantes de *COLONIA* tenemos el honor de que en nuestro territorio fueron martirizadas *SANTA URSULA* y sus *once mil jóvenes* compañeras.—¡Pues no está malo el honor por vida mía! repuso Tirabeque; el honor fuera si vds. les hubieran salvado las vidas; pero decir que es honor el haber dado martirio á once mil doncellas!—Perdon; quien las martirizó no fuimos nosotros, sino los Godos que se apoderaron de la ciudad: los Germanos la defendieron con todo el valor posible.»

Asi hablando llegamos á la capilla; y cuando contemplábamos el grandioso cuadro, «¿y no podrá vd. decirme, Sr. comisionista (le preguntó Tirabeque), quiénes fueron y qué hacian por aqui tantas muchachas juntas? Porque yo he oido mucho de las once mil vírgenes, y nunca he podido saber qué cosa fueron las tales niñas.—¡Oh! las once mil vírgenes fueron once mil damas de honor, hijas de las familias mas nobles de la Gran Bretaña; escogidas por los Reyes de aquella nacion para que acompañasen y sirviesen de cortejo á su hija la Princesa Ursula, á quien un angel habia comunicado de parte de Dios que aceptára la mano del Príncipe Coman, hijo del príncipe Ger-

mano Agripino, que la solicitaba por esposa. La jóven y hermosa Princesa partió para Roma acompañada de sus once mil damas nobles con objeto de recibir un segundo bautismo del Papa Ciriaco.

«Hecho esto, las once mil vírgenes se volvieron á embarcar en el Rhin; el Papa Ciriaco con una gran parte del clero vino acompañándolas. Al llegar á Mayenza les salió al encuentro el Príncipe Coman, pretendiente de Ursula, el cual encantado de su belleza dijo: «imposible es que el Dios á quien adora una criatura tan hermosa no sea el verdadero Dios:» y en el momento resolvió hacerse Cristiano. Bautízale el Papa incontinenti; prosigue la santa comitiva su navegacion hasta *Colonia*, con ánimo de celebrar aqui el matrimonio, y entran las *once mil vírgenes* en la ciudad. A este tiempo cae sobre *Colonia* un ejército de Godos; los habitantes, mandados por Coman, hacen una vigorosa defensa, mientras las once mil vírgenes se ocupaban en rogar á Dios por la salvacion de la ciudad; pero el cielo habia decretado que los Godos vencieran: entraron estos, pusieron á las once mil vírgenes en la alternativa, ó de casarse con once mil godos ó de sufrir el martirio. Las santas doncellas prefirieron este último estremo, y fueron todas degolladas en un dia.

«¡Bárbaros! exclamó Tirabeque dando un grito de indignacion: no creí yo que los tales godos eran tan feroces: ¡degollar once mil hermosas mu-

chachas!!! ¿Pero cómo podrian reunirse tantas dorcellas, mi amo?—Autores hay, Pelegrin (le dije yo), que sostienen no haber sido *once mil*, sino *once* solamente; y que la equivocacion nace de la circunstancia de llamarse una de ellas *Undecimilia*, cuyo nombre dió ocasion á que creyera el vulgo que eran *once mil*, ó sea en latin *undecim mille*.—¡Oh! perdon, repuso seria y agriamente el gusa: es fuera de toda duda que eran *once mil*.—Once mil serían, mi amo, no lo dude vd., que asi lo reza tambien el calendario de España; y aunque á primera vista parecen muchas, tengo para mí que en aquellos tiempos debian abundar mucho mas las vírgenes que ahora: que si ahora volvieran los bárbaros de los Godos, pareceme que no habian de encontrar tanta cosecha de vírgenes en que cebarse.—Señores, (añadi yo Fr. Gerundio), la opinion que he manifestado no es la mia; he dicho que así lo sostienen graves autores: por lo demás no niego yo que fueran *once mil*.»

El pleito del arzobispo.

Mil veces habia yo leído en los periódicos de España largos y frecuentes artículos relativos á las serias contestaciones que mediaban entre el Papa, el rey de Prusia y el actual Arzobispo de Colonia. Mas aunque por su lectura conocia que era una cuestion gravísima la que entre estos tres altos personajes

se agitaba, la habia mirado siempre con aquel frio interés con que solemos mirar los españoles los negocios y diferencias que en países lejanos ocurren, y que en nada se rozan con los asuntos propios. Asi pues no me habia yo curado de sondear el origen y esencia de la cuestion del *arzobispo de Colonia*, y quizá lo mismo que á mí, sucede á muchos de mis paisanos. Natural era que hallándome en Colonia procurára ponerme al corriente del origen y causas de tan importante debate. Asi fué en efecto, y hé aquí las noticias que adquirí.

Los colonienses son generalmente católicos, pero todos los extranjeros que allí residen son luteranos; y en el código que el rey de Prusia ha dado á las provincias del Rin en reemplazo del código de Napoleon que las rigió por espacio de 20 años, se dispone que los hijos de padre protestante sigan la religion de su padre. Contra este artículo es contra el que se pronunció con todas sus fuerzas CLEMENTE AUGUSTO, actual arzobispo de COLONIA, que ha querido hacerse mártir en una época en que parecia no estar en uso el martirio. Apoyado en el poder espiritual que habia recibido del papa, se declaró abiertamente en oposicion al poder temporal del rey, protestando que no autorizaria á sus sacerdotes á bendecir ningun matrimonio misto sin que los padres, al revés de lo dispuesto en el ordenamiento real, se comprometiesen formalmente á educar sus hijos en la religion católica; que si para ellos el matrimonio no era mas que un contrato y no un sacra-

mento divino, sacerdotes luteranos tenían que lo autorizáran, de ningun modo él ni su clero, á no ser con aquella condicion.

Hé aqui el origen de la famosa cuestion *sobre matrimonios mistos*; que ha valido al actual arzobispo de COLONIA persecuciones y arrestos en fortalezas militares, que ha producido envíos de tropas, rechazamientos de estas por el pueblo, graves conmociones en el país, contestaciones serias, fuertes y pesadas entre el Papa, el Rey y el Prelado, que ha podido ocasionar fatales escisiones, y que últimamente para bien de la iglesia y del estado parece tocar á un desenlace menos funesto de lo que se podia temer.

Agua de Colonia.

«Señor, (me dijo Tirabeque apenas salimos de la Catedral), diga vd. á este doméstico que nos lleve, antes que á otra parte alguna, á ver esa famosa *agua de Colonia* que tanto nombre tiene por el mundo; y ahora es la ocasion de llevarnos para España algunos cubetos de ella, que supongo no nos costará mas que la vasija y el porte.—Pues qué, ¿crees que el *agua de Colonia* es acaso la que lleva el *Rin*?—No señor, pero por fuerza habrá alguna fuente muy abundante, puesto que dá para surtir todas las perfumerías del mundo, y cada uno podrá llevar los cántaros que le acomode en tocándole su vez. En

llegando á España, mi amo, hasta los hábitos voy á empapar en agua de Colonia, para que oliéndome desde media legua digan: «¡qué perfumado va Tirabeque! Bien se conoce que acaba de llegar de Alemania, y que ha traído agua de Colonia por mayor.»

Hícele presente á nuestro guia el deseo de Tirabeque. «Está bien, me respondió, ahora mismo os conduciré al almacén de *Juan María Farina*, sucesor de *Paolo Féminis*, inventor del famoso cosmético), que es el almacén mas surtido y acreditado de la ciudad.» Nos condujo pues frente al mercado viejo (*Altenmarkt*).—«Entremos aquí, nos dijo.—Señor, me decía Pelegrin, yo hubiera querido cargar en la misma fuente, pero en fin, si es por tomar al mismo tiempo la vasija, no tengo inconveniente que llevemos de aquí algunas pipas ó barriles, aunque salgan un poco mas caros.—Estos señores, (dijo el *domestique* á una gruesa dama de mostrador) son estrangeros y quieren llevar á su pais agua de Colonia.—Y bien, ¿cuánta gustan llevar?—Señora, contestó Pelegrin, cuatro, seis, ó doce cubetos, que con tal que tengamos para una buena temporada, por barril mas ó menos no hemos de reparar.»

Figúrese el lector cuál se quedaría mi lego al ver que en lugar de cubas ó toneles nos presentaban unos pequeños frasquitos, muy historiados sí, pero de pocas onzas de agua.—Señora, le dijo, no aude vd. con miserias; nosotros la queremos por mayor, por mayor.—Y bien, ¿cuántos cientos quereis?—Eche

vd. ochocientos ó mil. ¿A cómo es cada añagaza de estas?—A dos francos y medio cada uno.—Señora, ¿piensa vd. que aunque extranjero en el país, soy de los que se maman el dedo? Un frasquito de estos cuesta en Madrid en la calle del Caballero de Gracia 6 rs. ó sea franco y medio; conque es decir que aquí.....—Conque es decir, les respondió la hermana Coloniense, que aquella no puede ser verdadera Colonia.—¡Señora....!!! Vd. ataca el honor nacional español!—Lo que puedo decir á vds. es que son precios fijos.»

No hubo remedio: el precio no se bajó; y sin embargo compré algunos frascos por el gusto de traer *agua pura y legítima de Colonia*, tomada del fabricante mas acreditado y del almacen mas surtido de la misma ciudad, no con poco sentimiento de Tirabeque, que habia creído iba á cargar cubas enteras de agua de Colonia, de valde *vel quasi*; y que cada vez que desde entonces la ve anunciar en España á tan módicos precios como se vende, dice para sí: «¿legítima de Colonia, y á mi me la dan á 6 rs. el frasco? *Nequaquam mihi*: que lo crea el que no haya estado en Colonia en el almacen de *Juan Maria Farina*.»

**Dietas, bailes, conciertos,
máscaras, esposicion y loterías.**

Para todo esto y mucho mas sirve un vastísimo salon del *Gürzenich* ó antiguo *palacio del comercio*, á que fuimos llevados por nuestro *commisionaire*. —¿Cuántas personas hace el local? le pregunté yo. —De 3500 á 4000 pueden estar cómodamente. —¿Y qué objeto decis que tiene este salon?—Antiguamente se tubieron en él muchas dietas.—Diga vd., buen amigo (preguntó Tirabeque): ¿y se acabaron ya las dietas? porque si aun prosiguen, estoy porque nos retiremos cuanto antes del salon, que los viajeros no estamos para dietas.—No has de ser majadero, le dije: las dietas que aqui se han tenido no son dietas de comer, sino dietas germánicas, ó sea el congreso ó asamblea general de los círculos de Alemania.—Así es, repuso el guia. Posteriormente (añadió) ha servido para bailes de máscara en los carnavales.—¡Hola, amigo! ¿Tambien por aqui los salones del congreso sirven para salas de máscara? Yo creía que solo en España habia esto.—¿En España tambien?—Si señor, con la diferencia que aquello fue primero salon de máscaras, y despues se ha destinado á templo de las leyes, y aqui sucede al revés.

«¿Con qué tambien se celebra en Alemania el Carnaval?—Oh, sí: pero esclusivamente el lunes y martes; se paga un *thaler* por la entrada, y se cena

aquí, pero cada concurrente tiene que venir provisto de cubierto.—¡Cosa rara en verdad! ¿Y tiene algun mas uso este salon?—Oh! sí: aquí se celebran los famosos conciertos que cada tres años vienen á dar los músicos de Viena: ¿veis aquel departamento adornado de antiguas molduras doradas del género gótico? Pues allí se coloca la numerosa orquesta. Tambien se hace en él la esposicion pública anual de pinturas: estos tablados que veis, aun son restos de la que recientemente ha tenido lugar este año.

«Decidme; ¿qué significa este gran cilindro de madera que hay en médio?—Esa es la caja en que se insaculan las bolas de la loteria del Estado, cuya estraccion se hace tambien aquí.—Luego tambien en Alemania se juega á la lotería?—Ciertamente: ella es una de las cuatro fuentes de las rentas públicas de los estados prusianos; que son los correos, las contribuciones, la lotería y el monopolio de la sal.—Pues dígole á vd. exclamó Tirabeque, que es un comodin el saloncito este.»

Abogado hablador.

«¿Gustais, nos dijo en seguida el cicerone, visitar el *oberlande-gerichte*?—¿Y quién es, preguntó Tirabeque, el señor *obrandogeriche*? ¿Es algun personage de la familia real?—¡Ah! perdon: es el tribunal superior de esta regencia.—Pues hubiera vd. dicho la audiencia ó chancilleria, y nos hubiéramos

entendido, y no el *obrandogiriche*—Que me place, le dije yo.» Y nos dirigimos allá.

El edificio es una magnífica galería moderna semicircular de un solo piso. Entramos en la sala 1.^a del tribunal, donde se estaba viendo un pleito sobre daños causados por un barco á otro. La sala era sencillá, con pavimento en declive como el de los teatros: siete jueces, dos abogados, dos procuradores y un alguacil circundaban una mesa, donde se veían algunos libros, y unos tinteros negros, sumamente sencillos, y hasta pobres. El traje de los jueces era la toga con manga larga; el de los abogados se distinguía en dos ó tres pielecitas blancas sobrepuestas á una especie de manga prendida á la espalda, y en una golilla tambien blanca semejante á la de los clérigos franceses. Habia bastante público, y aunque nos encontrábamos bien en razon á la buena temperatura que daban á la sala dos estufas, deseosos de ver más pasamos á la sala 2.^a, cuyo aparato y adorno apenas se distinguía del de la primera.

Aqui encontramos un abogado perorando en pié, haciendo la defensa de su parte ó de su cliente. Aunque nada entendíamos, gustábanos el desparpajo y la afluencia oratoria que demostraba. Decía con desembarazo, hablaba sin vacilar, charlaba sin escupir. La facundia no podia negársele: de la lógica de su razonamiento yo no podía juzgar, porque no comprendía una sola palabra; pero vive Dios que por copiosas y abundantes que sean las fuentes de donde nace el Rhin, no brotarán de ellas tantos

borbotones de agua como raudales de verbosidad salian de la boca de aquel abogado. Yo sin embargo le escuchaba con gusto, si bien hubiera deseado oír al otro abogado su contrincante.—Señor, me decía Tirabeque al oído, ¡que en todas partes hayan de ser los abogados tan habladores! Ahora véngame V. diciendo que los alemanes son taciturnos.»

Media hora iba transcurrida, y el jurisperito no habia salibado: á los tres cuartos hizo una pequeña pausa, á la que creí seguiria el «*dixi*.» Pero fue para pedir por señas un vaso de agua: llevósele el alguacil, bebió y prosiguió de nuevo como si principiára entonces. Nos cansamos, y salimos dejándole con la palabra en la boca. No sé si á esta hora habrá concluido su oracion. Yo pregunté al guía el nombre de aquel abogado, que me dijo ser uno de los que tenian mas fama en COLONIA. Siento no acordarme de él, por tener el gusto de consignar en estas páginas el nombre del jurisperito hablador.

Otra vez Rubens.

A la salida del tribunal encontramos unos pelotones de reclutas que en el campo contiguo á un cuartel se estaban instruyendo en las primeras maniobras del ejercicio militar. Parámonos un rato, observando primero el águila negra de Prusia coronada de la diadema real que constituia el es-

cudo de armas del cuartel, y símbolo de las armas reales de aquel reino; mirando despues las garfías de los centinelas pintadas de fajas blancas y negras, que son los colores del pabellon ordinario de Prusia; y fijándonos en seguida en la manera como se enseñaba el ejercicio á aquellos soldados bisoños.

Grandemente se reía Tirabeque con algunas de las evoluciones de los reclutas, principalmente con las furiosas patadas que á la voz de «alto» les enseñaban á dar, y que retumbaban atrocmente en el suelo; y mas todavia al verles, á otra voz de mando, fijar una rodilla en tierra y afianzar la culata del fusil en el muslo derecho, con otras evoluciones raras que él decía no haber visto en ninguna táctica, ni yo tampoco. La tropa no era de gran falla.

Viendo y encontrando por todas partes lujosas tiendas y abundantes almacenes de pipas, utensilio el mas popular del país, llegamos á una calle donde me llamaron la atencion dos inscripciones que en dos lápidas de mármol negro en una casa de la izquierda se veían, con un antiguo retrato en medio. Miré con cuidado, y llamando á nuestro guía, «*Mr. le domestique*, le dije, ¿es el retrato de *Rubens* este?—En efecto lo es, me respondió: esta es la casa en que nació el príncipe de la pintura flamenca; esa larga inscripcion que veis sobre la puerta lo esplica; pero quizá no la comprendais, porque está en aleman.—¿Y la otra que

se ve mas arriba?—Aquella dice, que en esta misma casa murió la célebre *Maria de Médicis*, muger de Enrique IV. de Francia. La princesa protectora de las artes (único mérito que tubo la funestamente famosa *Maria*) y el protegido artista que pintó los cuadros de su historia, ambos vivieron bajo un techo. Hoy posée esta casa el comerciante *Lambez*, que no la daría por todo el oro del mundo. Si quereis ver la capilla y pila bautismal en que fue bautizado *Rubens*, iremos á la iglesia de San Pedro.—Con el mayor placer (le respondí); ahora mismo.—Espere vd. un momento, señor, que estoy contando las ventanas..... 17 ventanas y dos pisos tiene la casa de *Rubens*, mi amo.—Bien, hombre, eso es una puerilidad.»

Fuimos pues á San Pedro, y tubimos el gusto de ver la pila en que fue bautizado el famoso pintor, con una de sus obras maestras, un *San Pedro* crucificado en vice-versa, que se enseña con mucho misterio. Sin embargo no está tan honrado *Rubens* en COLONIA como en AMBERES.

En el camino ya del hotel, y cerca de un templo luterano, óímos muchas voces de muchachos acompañadas de violin; pero muchísimas voces, asi como si fuesen mas de 100 los chiquillos voceantes, y por cierto perfectamente acordes y armoniosas.—¿Qué significa esto? preguntamos al guía.—Esta, respondió, es una escuela de primeras letras: en las escuelas de Alemania se enseña á los niños á cantar arreglándose á la nota.»

Teatro.—D. Juan.

Por la noche nos fuimos al teatro. Si el mercado de DUSSELDORF me habia recordado los mercados españoles, el teatro de COLONIA por su forma y sencillez me recordó al momento los teatros de España, como la fisonomía de muchas de las aldeas del país se me antojaban las aldeas nuestras; y no fueron solo estos los puntos de contacto que á mí me pareció hallar entre españoles y alemanes, sino que, ó fuese aprension mia, ó fuese así en realidad, yo creo haber encontrado semejanzas muy marcadas hasta en algunas de las costumbres y en algunos rasgos del carácter de los habitantes de ambos países, mucho mas que entre españoles y franceses, á pesar de ser convecinos, y que entre españoles y flamencos, á pesar de nuestra antigua dominacion en ambas Flandes.

Representóse aquella noche la ópera alemana *Don Juan*. La compañía no era sobresaliente: la orquesta se componia de treinta y tantos instrumentos. No habia mucha concurrencia, y la funcion mas estubo fria que animada.

Recojamos velas.

El tomo crece, y el viage no se acaba: y por mas que me he propuesto ser compendioso y sucinto, por mas que he procurado entresacar del abun-

doso campo de mis apuntes de viaje puramente lo que me ha parecido necesario para dar una idea de cada pais y cada pueblo, esforzándome por encerrar en este solo volúmen observaciones con que pudiera haber llenado dos ó más, á pesar de eso las jornadas dan de sí mas que las páginas, y es ya forzoso recoger velas, y tocar á nueva retirada desde COLONIA.

Pero no puedo menos de aconsejar, al viajero que llegue á las orillas del Rin, que no se vuelva sin subir siquiera hasta *Coblenza* y *Mayenza*, y aun mas allá si le es posible, seguro de que me habrá de dar las gracias, pues encontrará, como yo encontré, comarcas risueñas, poblaciones lindas, antigüedades curiosas, ruinas venerables, crónicas estrañas, leyendas estravagantes, tradiciones indefinibles, recuerdos históricos, y costumbres dignas de estudio; y le parecerá algunas veces, como á mí me parecía, que viaja por un país encantado, que pocos habrá á fé mia que ofrezcan mas encantos y que merezcan tanto ser visitados por el hombre estudioso y observador como las orillas del Rhin, y asi son ellas frecuentadas cada año por los hombres de letras de todos los paises de Europa.

Yo Fr. Gerundio, cediendo á la necesidad de poner término á estos mis desaliñados apuntes, me contemplo otra vez de vuelta en COLONIA, y desde aqui dispongo mi regreso á España por el camino mas breve. Comunico pues mis órdenes á Pelegrin, y preparado nuestro equipage, una mañana á las 7

y media nos embutimos en un *ómnibus*, y flanqueando las murallas semicirculares de la ciudad, al cuarto de hora nos hallamos en el establecimiento de donde parten los convoyes de vapor para el nuevo carril de hierro que conduce de *Colonia á Aix-la-Chapelle*.

Nuevo camino de hierro.

Tan nuevo era este carril, que se habia inaugurado en aquella misma semana. Era el cuarto dia que se viajaba por él. Resentíase aún el servicio de la falta de práctica; y las detenciones en cada *estacion* descubrían dos cosas, la poca costumbre en la operacion de los relevos, y la diferencia de la flemma alemana á la viveza belga. Habíanse hecho sin embargo reformas ventajosas en los carruajes, siendo una de ellas los colehoncillos que cubrían todo el piso de los coches; reforma que agradecieron no poco nuestros pies en la fria estacion en que esta jornada hacíamos.

Ni los conductores tocaban la trompeta como en Bélgica, ni habia tanta afluencia de viajeros como en Bélgica, ni se privaba fumar tan rigurosamente como en Bélgica, ni se pedian tantas veces los billetes como en Bélgica. Pero ni el desahogo, ni la libertad que gozábamos nos alegró tanto como haber oido á un anciano que en nuestro coche venia dirigirnos la palabra en español, aunque cha-

purrado. «Veo, nos dijo, que vds. son españoles. —Servidores de vd.: y vd. dado que no lo sea, al menos debe haber estado algún tiempo en España.—No en verdad; pero mis ascendientes vinieron de allí, y aunque esto hace muy largo tiempo, se ha ido trasmitiendo de padres á hijos algún conocimiento del idioma español. Por lo demás yo soy nacido en *Amsterdam*, y allí estoy establecido con casa de comercio.—¡Hola, en *Amsterdam*! Allí hemos estado nosotros el mes pasado.—Puesto que vds. son españoles, quizá conozcan mi apellido; *Mendez*.—Mucho, contestó súbitamente *Pelegrin*: conozco una infinidad de *Mendez* en España. Y el nombre ¿se puede saber?—Oh, sí; mi nombre es *Josué*.—*José* querrá vd. decir, que no *Josué*: la *u* está de sobra.—Ah, nó, perdon: mi nombre no es *José*, sino *Josué*: *Josué Eleazar Mendez*.—Señor, (me dijo entonces *Tirabeque* acercando su boca á mi oreja izquierda), el diablo me lleve si el *Sr. Josué* no es uno de los 30 mil judiazos que hay en *Amsterdam*: esa *u* se me hace muy sospechosa; milagro será que este hombre sea cristiano.»

Asi era efectivamente, segun despues se aclaró, lo cual dió motivo á graciosas contestaciones entre él y *Tirabeque*.

En esto el terreno se iba elevando, encontrábase ya montañas formales, y entramos en un *tunnel* ó camino subterráneo como de unos tres cuartos de legua.—¿Qué le parece á vd. de esta

oscuridad, Sr. Josué? preguntó Tirabeque al mercader israelita.—¡Oh! es espantosa; le respondió: es una lobreguez terrible.—Pues mire vd., añadió Tirabeque; así tienen vds. que quedarse los que esperan el Mesías, tan á buenas noches como estamos ahora.» Yo le apreté un pellizco por correctivo de su imprudencia, pero él lejos de callar, «si señor, prosiguió, aunque el amo me pellizque, así tienen vds. que quedarse los judfos.»

De este modo, poco mas ó menos, fuimos continuando nuestra jornada, hasta llegar á *Aix-la-Chapelle*, última ciudad de Alemania por aquella parte, ó sea la primera entrando desde España por las fronteras de la Bélgica. Tomamos nuestro *ómnibus*, y nos dirigimos al gran hotel del *Dragon de oro*. Almorzamos, y salimos por la ciudad á practicar nuestra visita de ordenanza.

AIX-LA-CHAPELLE.

Los duendes.

El *cicerone* de *Aix-la-Chapelle* (ó *Aquisgran* como en español decimos) habia sido sargento del ejército de Napoleon, y habia hecho la guerra en España por cuatro ó cinco años. Mucho se alegró él cuando supo que éramos españoles, pero mas nos alegramos nosotros cuando comenzó á hablarnos en

español, aunque tan magullado como se deja suponer en quien había aprendido el idioma de los alojamientos, y aun este mismo hacía 30 años justos que no le usaba.

Tal era sin embargo el hambre que traíamos de oír hablar nuestra lengua nativa, que al pronto nos pareció haber topado con un Cervantes ó un Rioja. Pero no tardó en pesarnos del hallazgo. Verdadero tipo del hombre-pelma, parábase á cada paso á referirnos sus azares de campaña, y á informarnos de cuantas vicisitudes generales y particulares había experimentado en la guerra.—Bonita ciudad es *Aix-la-Chapelle*, le decía yo: hermosos edificios son los de este pueblo.—Si señores, el caserío es hermoso. En Talavera salí yo herido en esta pierna: ¡oh! mi regimiento se batió allí con bizarría.—¿Qué población tendrá la ciudad?—La ciudad tiene unos 40 mil habitantes. En la batalla de los Arapiles caí yo prisionero, y fui cangeado en Badajoz.—Lo creo muy bien. Pero dígame vd.; ¿qué edificio es este?—Esta es la casa de Ayuntamiento; despues subiremos á ella, y enseñaré á vds. grandes cosas.—¿Y esta estatua que hay en medio de la plaza?—Esa es la estatua de Carlo-Magno: reparad á sus dos lados dos viejas águilas de bronce con sus plumas negras y herizadas. Ya sabreis que son las armas de Prusia. Señores, en Ocaña volví á salir herido en este brazo: mirad, aun se conoce la cicatriz. ¡Pero qué buen vino bebimos en Ocaña! oh! buen vino; soberbio; ¡diablo, qué vino tan famoso!—Diablo que car-

que con tu estampa, sinapismo de barrabás, exclamó Tirabeque. Ande vd. con mil pares de canarios, y esplíquenos las cosas de la ciudad, y déjenos de batallas y de historias, que no hemos venido aquí á eso.—Perdon, señores; sigan vds. por aquí, y ahora les contaré una de las historias mas curiosas de *Aix-la-Chapelle*.

Continuamos pues hasta una calle estrecha. «Esta es, nos dijo, el *Hinzen-Geeschen*.—¿Y qué significa el *Hinzen-Geeschen*?—Significa.... ¡oh diablo! ¿cómo se llama en español una *ruelle* ó *petite rue*?—Será una *callejuela*.—Eso, si señor, esta es la *callejuela de los duendes*.—¡Hola! ¿hay *duendes* por aquí?—Escuchad, os referiré una crónica divertida.

«Había antiguamente en el país del Litabourg unos inmensos subterráneos, á cuyas estremidades nadie se había atrevido á llegar. En estas cuevas, que de dia parecía estar desiertas, se reunía desde el anochecer una tropa de *duendes*, que se pasaban la noche en alegres comilonas, cantando en una lengua desconocida, y echando buenos trinquis en unas copas de oro, cuyo choque imitaba perfectamente el sonido de una campanilla. Una noche sucedió que cierto pastor á quien se le había extraviado un becerrillo, oyendo el ruido de la cueva penetró en el subterráneo, creyendo que el sonido que percibía era el de la campanilla de su becerro. Entra, y se halla con la familia de los *duendes* que bebían, cantaban y jugaban alegremente. Retírase el

pastor sin ser sentido, y se encamina apresuradamente á contar á su confesor la escena de los diablillos que acababa de presenciar. El confesor era un severo fraile que no amaba los *clubs*, ni le gustaban las reuniones clandestinas, ni estaba por otras fiestas que las autorizadas por el calendario romano.

«El buen padre determina desalojar de aquel sitio á los diablejos. Al efecto reúne todo el clero que puede, y á su cabeza se dirige en procesion al subterráneo; levanta sobre él un altar, celebra una misa, y reza los exorcismos. Los pobres duendes huyen amedrentados, y trasladan su domicilio á otro subterráneo que habia entre la puerta de Colonia y la de Sand-Kaul: pero los pobrecitos no tubieron tiempo para recoger y llevarse consigo el rico menaje de su antigua morada, de suerte que se encontraron sin su bajilla de plata y sin sus timbales de oro. Cada vez que tenian que celebrar su orgia, acudian á las casas de las calles vecinas en busca de candeleros, vasos, fuentes, cazerolas y demas aprestos de una mesa. Entraban por las chimeneas, y arramblando estrepitosamente con los utensilios de que habian menester, los llevaban á su cueva, se servian de ellos, y al dia siguiente antes de amanecer los volvían á colocar á las puertas de sus respectivas casas.

«Demasiado buenos eran esos duendes, interrumpió Pelegrin, ya me contentára yo con que los duendes de dos pies que andan por ciertas tierras, tubieran la buena costumbre de restituir como los

duendes de Alemania.—Suplícote, Pelegrin, le dije, que no cortes el hilo de la historia: tiempo tendrás de comentarla.

«Los inquilinos de la calle (prosiguió el guia) llegaron á convencerse de que les traia mas cuenta, cada vez que el ruido de la batería de cocina, ó el relincho de los caballos, ó el chisporrotéo del fuego les anunciaba que era noche de fiesta para los trasgos, sacar por sí mismos á la puerta de la calle los utensilios que los nocturnos visitantes domiciliarios tenian costumbre de entrar á buscar. Hiciéronlo asi: los duendes agradecidos no volvieron á incomodarlos, y los vecinos lograron por este medio dormir con tranquilidad.

«Sucedió pues que una noche se alojaron dos soldados valentones en el hotel ó fonda *del Salvaje*, situada en la *Callejuela de Los duendes*; y habiendo encontrado al patron limpiando cuidadosamente el tren de cocina, y observando que luego que le tenia reluciente y brillante lo sacaba al umbral de la puerta, le preguntaron el objeto de aquella maniobra; informóles el patron de todo; y los soldados que era gente que ni en Dios creía, cuanto mas en diablos ni Martinillos, le dijeron con arrogancia: «patron, vuelva vuelva vd. á poner en su sitio la batería de cocina, que nosotros estaremos á la puerta, y cuando vengan los señores duendes, voto al infierno que en lugar de cazuelas y platos se han de encontrar con dos espadas bien afiladas: deje vd. á los duendes de nuestro cargo.» Y asi lo

hicieron, sin que fueran bastante á desanimarlos las tímidas reflexiones del patron.

«Púsose éste á observar y escuchar detrás de la puerta. A la media noche oyó á los soldados conversar amigablemente: á las dos de la mañana les oyó hablar en alta voz, en seguida trabarse en disputas, luego cruzarse los aceros, y por último sucedió repentinamente un silencio profundo. Tan pronto como fué de dia salió el patron lleno de curiosidad, y halló á los soldados muertos, atravesados con sus mismas espadas. Nadie dudó que la catástrofe habia sido obra de los malditos duendes. La noticia de esta aventura llegó á oídos del mencionado fraile, el cual resolvió decididamente arrojar los duendes de la ciudad, como antes los habia arrojado de los subterráneos del castillo de Emmaburch. En su consecuencia bajó á la caverna de la torre, provisto de agua bendita y armado de hisopo; exorcizó de nuevo á los revoltosos duendes, y desde entonces emigraron sus señorías de la calle y de la ciudad, donde hasta la fecha no han vuelto. Pero desde aquella época le quedó á la calle el nombre de *Hinzen-Geeschen*, ó *callejuela de los duendes*.»

Reimos los dos viajeros la anécdota duendil, y nos convencimos cada vez mas de que la Alemania era el pais de las leyendas raras y de las tradiciones extravagantes, no pudiendo comprender cómo en un reino tan civilizado, tan adelantado en las ciencias y en las artes se conservaban consejas tan

antiguas y relaciones tan inverosímiles, y no pudiendo explicarlo sino por la regla de los vice-versas.

Otros duendecillos de otra casta.

Erase un magnífico salon; Magnífico con *M* grande; todo de piedra, con elegantes é historiadas molduras, relieves, targetas, rosetones, cornisamentos y todo género de adorno; que nada le hacía falta para ser magnífico al salon á que nos condujo despues nuestro guia *Rickent*.—«Y bien, ¿dónde nos llevais ahora? le habiamos preguntado al subir por la anchurosa escalera.—Ahora (respondió) vais á ver un buen salon habitado por otra casta de *duendes*.—¿Pero le habitan en la actualidad?—Sí, en la actualidad, dijo sonriéndose.—Es que en ese caso yo no entro, repuso súbitamente Pelegrin.—¡Oh! no hay cuidado: guardaos solamente de caer en tentacion de jugar con ellos.»

Al tiempo de entrar oímos sonar mucho dinero. «¡Hola! exclamó Pelegrin, estos deben ser duendes ricos. Entrémos, mi amo, que puede que algo se nos pegue, porque los duendes suelen ser muy manirosos, y así lo desperdician como lo ganan.»

Sorprendidos nos quedamos al ver en el salon como unos 80 caballeros colocados en derredor de dos grandes mesas, tan entretenidos y abismados en su ocupacion, que ni se apercibieron de nuestra entrada.—¡Toma, toma! exclamó mi lego: ¡no están ma-

los duendes, voto á mi santo hábito! Estos juegan á la *ruleta*, y estos otros al *treinta y cuarenta* ¡poder de Dios y qué de dinero anda por el corrol ¡qué de oro y qué de plata! Señor, las monedas de 5 francos son las mas pequeñas que andan en juego. Diga V., Sr. *Ricken*; ¿y no hay en todo *Aix-la-Chapelle* una autoridad que venga á echar el copo á esta gente con un par de alguaciles que los metan en chirona?—Al contrario, respondió; este juego está consentido y aun autorizado por el gobierno; y sueldo del gobierno gozan los empleados, como el cajero, el contador, el bânquero y otros: la municipalidad tiene tambien aqui su intervencion.—¿Se burla vd., señor sargento herido?—¡Cómo burlarme! Aun os diré mas. El curso del juego está abierto desde 1.º de mayo hasta 31 de diciembre, y se tienen por reglamento tres lecciones diarias. Es decir, desde que se abre la matrícula hay seis horas de aula cada dia, repartidas en tres periodos. Ved si los alumnos pueden salir instruidos en esta útil ciencia. Pero á los habitantes de la ciudad les está prohibido jugar; solo se les permite el último dia. El fondo diario es solo de 30 mil francos; es la mayor cantidad que cada dia se puede perder.—Pues entonces, exclamó Tirabeque, ya veo yo que es un juego religioso.—Sin embargo, replicó el guía, muchas familias se han arruinado.—Eso no lo puedo creer, repuso Tirabeque: ¿qué son 30,000 francos cada dia?

«¡Oh, señores! prosiguió *Mr. Ricken* como tra-

yendo algo á la memoria: ahora recuerdo que hay aqui dos compatriotas de VV.—¡Dos españoles!—Sí, dos españoles. Ved alli el uno; el otro... el otro.... ¿dónde está el otro? pues ellos no suelen faltar á todas las sesiones: há, vedle aqui; el que está engan- chando aquellas monedas de oro con la regata.» Ni el uno ni el otro se apercibieron de nosotros: esta- ban tan embebidos, que ni veian ni oían. Pero des- pues tubimos ocasion de conocerlos y tratarlos: am- bos estaban en nuestro mismo hotel, y comíamos juntos á la mesa redonda. Entramos como paisa- nos en esplicaciones amistosas, y resultó que el uno llevaba seis años y el otro tres de residencia en *Aix-la-Chapelle*, dedicados exclusivamente á la ocupacion del juego. ¡Y luego dirán los enemigos de nuestras instituciones que no tenemos represen- tantes en Alemania, y que están interceptadas las relaciones políticas entre la España y la Prusia!

Procuramos informarnos cómo era que el gobier- no Prusiano permitía y aun autorizaba el juego de azar en *Aix-la-Chapelle*, hasta el punto de haberlo reglamentado; y se nos dijo que habia empezado por tolerarle como una distraccion necesaria al sin- número de extranjeros que cada año concurren á pasar la estacion del verano á las orillas del *Rhin*, y habia concluido por hacerle una especie de curso académico con sus correspondientes reglamentos y constituciones. Tirabeque quedó encantado del nuevo ramo de ilustracion que habian introducido los extranjeros, y no se olvida él nunca del gran

salon de *Aix-la-Chapelle* destinado á los duendes jugadores, ni de la carrera científica que habian ido á seguir allí nuestros dos campatriotas.

Pasamos por la hermosísima rotonda destinada á los celebrados baños minerales y sulfurosos de *Aix*, descubiertos por Carlo-Magno: probamos sus aguas calientes, y tan desagradables como todas las aguas minerales; visitamos sus lindos cuartos de descanso; y luego nos fuimos á buscar el nuestro al hotel, sin ver mas por aquel dia, pues aunque habia teatro, la compañía era alemana y no nos divertía ya gran cosa ver, oír, y no entender.

El célebre relicario.

Al otro dia salimos temprano á visitar la catedral. «Señores, nos decia *Ricken* en el camino, hoy van vds. á ver cosas buenas. Señores, en Castilla la Vieja, en una villa que llaman..... ¿cómo se llama aquella villa? Há, Villadolit; allí comí yo un pan esquisito: ¡oh! esquisito pan! Y despues cuando entré en Madrit con el Rey Joseph, que entonces iba yo todavia herido.....—La lástima es que has sanado, maldíto, murmuró por lo bajo Tirabeque.—¿Qué decia vd., signor?—Nada, nada, que haga vd. el favor de no pararse, porque tengo gana de ver esas grandes cosas que tiene vd. que enseñarnos hoy.—Oh, sí, vais á ver un tesoro de reliquias el mas rico del mundo.—Pues bien, hágame

vd. la gracia de no pararse para decirlo, y vamos allá.»

Llegamos á la célebre catedral de Carlomagno. Entramos en ella: el templo es pequeño, pero de un gusto muy estraño, y de una arquitectura singular. Su figura es un octógono; en medio de su pavimento hallamos una gran lápida colosal con esta sencilla inscripcion: «CAROLO MAGNO.» Habia mucha gente arrodillada, al parecer rezando con devocion: nosotros imitamos su santo ejemplo: pero no tardó el guía en indicarnos por una seña que acudiéramos á un rinconcito donde nos aguardaba. Fuimos allí; «¡oh diablo! nos dijo: otros estrangeros no se ponen á rezar como vds. Escúchen: debajo de aquella lápida, en una gran cueva cuyo pavimento era de oro, y cuyas paredes estaban tapizadas con banderas y estandartes, se hallaba el cadáver del Carlomagno, Emperador de Alemania, y fundador de esta iglesia, sentado en un sillón de mármol cubierto con láminas de oro, con su corona en la cabeza, teniendo por remate una cruz tambien de oro, en una mano el globo y el libro de los evangelios, y en otra la espada. Todo esto lo descubrió el rey Othon III haciendo cabar debajo de ese sarcófago. Las prendas sirvieron despues para la coronacion de otros emperadores, pero con motivo de las revoluciones han ido desapareciendo todas, menos el trono ó sillón. ¿Queréis verle?—¡Pues no hemos de querer! con mucho gusto.»

Avisó á un sacristan, el cual nos condujo al

primer piso por una escalera de piedra. «Hé aquí (nos dijo) el *Hochmünster*, es decir, el famoso trono, de que tanto hablan las crónicas, y en que estaba sentado el Emperador Carlomagno en su tumba, y en el cual, en memoria de este hecho, se sentaban despues los emperadores el dia de su coronacion.» Tirabeque que estaba acostumbrado á sentarse en el trono de Luis Felipe (1), y en cuantos habia encontrado ocasion, con toda libertad y desembarazo hizo ademan tambien de ir á reposar sus asentaderas en el de Carlomagno.—¿Qué vais á hacer? le preguntó conteniéndole el sacristan.—¿Qué habia de ir á hacer? sentarme.—¡Oh! perdonad; eso es imposible: el mismo Emperador Napoleon no se atrevió á sentarse en este trono: y un dia que la Emperatriz Josefina, mas ambiciosa que él, se hizo abrir las puertas, y aprovechando la soledad se sentó en el *Hochmünster*, á poco rato se oyó un espantoso grito, se acudió á ver lo que era..... la Princesa se habia desmayado: el viejo Emperador Carlomagno se le habia aparecido, y le habia dicho cosas terribles con una voz espantosa reprendiéndole su temeridad.—Pues, señor, repuso mi buen lego, si tales cosas suceden, renunció á sentarme.»

Pero luego acercándose á mí el sacristan, me dijo al oido: «no creais nada de esto; se cuentan una porcion de consejas por este estilo para mantener la veneracion: si quereis sentaros, haced que

(1) Tomo primero página 268.

baje *M. Ricken*, y os daré este gusto por 5 francos, seguro de que no os habreis de accidentar.—Contad con ellos, le dije (no atreviéndome á regatearle el precio como Alejandro Dumas). *Mr. Ricken*, tomáos la molestia de ir bajando, que allá vamos nosotros.»

Bajó el guia; nos quedamos solos; anticipé los 5 francos al sacristan, y uno tras otro tubimos Fr. Gerundio y Tirabeque el gusto de sentarnos en el venerable y misterioso trono de Carlomagno, sin que el viejo Emperador se encontrase de humor de aparecérsenos, y sin que por ello hasta la fecha hayamos experimentado contratiempo alguno.

Bajamos, y dispidiéndose contento el sacristan, se nos encomendó á una especie de bedel ó pertiguero encargado de enseñar las demas reliquias.—«Señores, ¿venís á ver las santas reliquias?—Si señor.—¿Sabeis ya que cuesta 7 francos?—Que cueste 70, replicó enfadadamente Pelegrin: los españoles no reparamos en bagatelas. ¿Hay muchas que ver?—¡Oh! es un tesoro el que posee esta iglesia. Tenemos el ceñidor de N. S. Jesucristo; una parte de las cuerdas con que fue atado á la columna; un fragmento de uno de los clavos de la cruz; un pedazo de la esponja que se empapó en hiel y vinagre, y una astilla de la vara con que fue azotado.

«Y tenemos tambien el cinturon de la Virgen, el brazo sobre que el gran sacerdote Simeon llevó al niño Jesús, la cabeza de San Atanasio, la sangre y

los huesos de San Esteban protomartir, sobre los cuales prestaban juramento los Reyes de los Romanos, un anillo de la cadena que llevaba San Pedro en la prision, un poco de aceite de Santa Catalina..... ¡Oh! tenemos tantas preciosidades.....— Siga vd., siga vd., hermano, que por lo que veo hay aqui reliquias de todos los santos y santas de la Corte celestial.

«Tenemos tambien (prosiguió) cabellos de San Juan Bautista, fragmentos de la vara de Aaron, tenemos tambien maná del desierto, y hemos rescatado las tres reliquias que el Emperador llevaba siempre colgadas al cuello y se habian estrañado en el sepulcro.—¡Holal ¿y qué era lo que llevaba por collar el Sr. Emperador?—Las tres reliquias son; un vaso de cristal que encierra cabellos de la Virgen, un pedazo de la verdadera cruz, y la tercera su retrato pintado por San Lucas.....— Con que San Lucas era pintor, hé?—Si que lo era; como que retrató al Emperador.—¿Y cómo lo retrató? ¿al daguerrotipo?—¡Oh! vos os burlais, pero no por eso es menos cierto. Y os he de enseñar ademas la cabeza y un brazo del mismo Carlomagno, y aun el cuerno de caza del Emperador.—¿Con que hasta cuernos teneis por reliquias?—Ahora os burlais, pero venid conmigo, y os enseñaré aun mas de las que he enumerado. Me parece que os he dicho que cuesta 7 francos.—Y yo tambien le he dicho á vd. que mas que cueste 70: ¡haya cosa! —Bien, si os empeñais en darme 70, no me opondré

á ello.—Parece vd. bobo y no lo es, señor peluca; tome, tome vd. 8 francos, vuélvame vd. uno, y vamos andando, que basta de conversacion.»

Procedimos pues á la revista del relicario; el ciudadano Pincerna tocaba, empuñaba, manoseaba las santas reliquias ni mas ni menos que pudiera manosear un bodigo en la mesa de su casa. Nosotros, por si eran ó no verdaderas, fuimos imprimiendo un ósculo en cada una muy devotamente, de lo cual mostraba cierta estrañeza el bedél, como quien no estaba acostumbrado á ver en otros curiosos tan religiosas demostraciones.—Y bien, le pregunté yo; ¿no podréis decirme cómo ha venido aqui tan rico tesoro de reliquias?—Unas, me respondió, le fueron enviadas al Emperador por Juan, patriarca de Jerusalem; otras le fueron regaladas por Aaron, rey de Persia; otras le vinieron de Constantinopla, y otras en fin de los santos lugares.

«Hasta ahora, señores (continuó), vos no habeis visto mas que las pequeñas reliquias.—¿Cómo es eso? ¿Hay otras reliquias mas grandes?—Ciertamente.—¿Y por qué no nos las ha enseñado V., señor sacrista, ó racionero, ó lo que V. sea? ¿O espera V. que le demos otros 14 francos por ver las grandes?—Perdon, señores, las grandes reliquias no se enseñan sino cada 7 años: en el intermedio nose pueden manifestar sino á los reyes y testas coronadas.—Pues bien, aqui hay una testa coronada (y señalaba Tirabeque á mí).—Perdon mil veces; yo no sabía que este caballero fuera algun príncipe.—Prín-

cipe no es, no señor; pero aunque ahora trae la testa sin corona, allá en España mientras estubo en el claustro, pocas coronas habia mas grandes que la suya.—Segun eso Monsieur ha sido monje.—Fraile, fraile.—Es igual para mí. Pues sabed que yo os enseñaría de buena gana las grandes reliquias por los 14 francos que habeis dicho, aunque es verdad que nos está prohibido; pero es lo peor de todo que no tengo yo las llaves: ¡son tan desconfiados estos canónigos!—¿Qué tál, mi amo? me dijo Tirabeque en español: se esplica, se esplica el hermano reliquiere, hé?

«Al menos, le dije yo, nos podreis decir en qué consisten las grandes reliquias.

—Ah, sí, yo lo haré de buen grado. Las grandes reliquias son las siguientes: el vestido que tenia puesto la Virgen cuando nació el niño Dios; las mantillas que envolvieron al Salvador en la cuna; el paño sobre que fué decapitado el Bautista; y el lienzo que ciñó al Redentor en la cruz. Cada una de estas reliquias está empaquetada en una pieza de seda. ¡Cuánto siento no tener las llaves para enseñároslas!»

En fin, visto lo que podiamos ver, é informados de lo invisible, nos despedímos atentamente del per-tiguero, y salimos muy complacidos de la visita al famoso relicario de *Aix-la-Chapelle* (1).

(1) Lo mismo con corta diferencia parece que le pasó á Dumas en la catedral de *Aix-la-Chapelle*.—*Excursions sus les Bords du Rhin*, tom. 2.

**Treinta y siete Emperadores,
y dos célebres paces.**

«Ahora, señores (nos dijo el *domestique* al salir de la catedral), voy á tener el honor de llevaros donde antes os dije, al palacio municipal. Os habeis de alegrar mucho de ver la casa de villa, porque ella encierra grandes recuerdos, y mas para los españoles: ¡oh, los españoles! ¿sabeis que me acuerdo yo mucho de los españoles? ¡Sevila, Sevilla! En Sevilla estuve yo en el año de 1812: buenos olivos; ¡oh! si, buenos olivos; y mucho buen vino tambien.—Tambien, si señor, pero dígamelo vd. andando, que no estamos para perder tiempo.—¡Carambal los españoles sois ustedes muy vivos.—No, que tendremos la flema de los alemanes, y seremos tan pelmazos como vd.»

Llegamos á la gran plaza, donde está la casa de ayuntamiento, alta de tres pisos, imponente y severa en su exterior, decorada con las viejas águilas prusianas, y flanqueada de dos torres, la llamada del *Mercado*, y la nombrada de *Granus*, el romano. Desde la escalera empezaron á presentárnos recuerdos españoles. En un gran cuadro estaba representado Carlos IV (no de Borbon) dando los privilegios á los magistrados de la ciudad, todos vestidos á la antigua española. Subimos al primer piso: un portero nos franqueó la *sala de los Emperadores.*»

«Aquí teneis, señores, la sala en que fueron coronados Luis el Bueno, Carlos V. y otros 35 emperadores y reyes. Ella era mas grande, pero el consejo municipal la ha dividido en dos. Aquí era donde se recibia á los emperadores el juramento sentados en el sillón de Carlomagno, ceñidos con su espada, y teniendo delante los huesos de San Esteban y el libro de los Evangelios del mismo Carlomagno. Y aun despues que se introdujo por costumbre coronarlos en Franfort, no se podia hacer la ceremonia sin que prestáran su consentimiento los habitantes de *Aix-la-Chapelle*, y sin que se enviára de aqui la espada y el cinturón, y el libro de los evangelios encontrados en la tumba de Carlomagno.—Muy bien, Sr. Ricken, muy bien; esto es muy histórico, y muy venerable. Y estas pinturas al fresco de al rededor ¿qué significan?—Esas son de historia romana: ved, en todas ellas se lee: «*victus, sed invictus.*» Aquellos son los retratos de Napoleon y Josefina.—Sí, estos ya los conozco.

«¿Y este cuadro histórico, donde se ve un personaje vestido á la española?—¡Oh, señores! Ese es el cuadro que representa la *primera paz* de *Aix-la-Chapelle* entre Francia y España, que se celebró aqui en este salón en que estamos: ese es el embajador español que asistió al Congreso.—¿No me direis en qué año?—En el 1668.—Basta, basta, ya estoy.—¿Qué paz fue esa, mi amo? Porque yo estoy un poco atrasado en estos puntos de historia.—Te lo diré, Pelegrin.

«Las victorias y conquistas que Luis XIV de Francia habia logrado los años anteriores sobre los Países-Bajos tenian alarmada la Europa, y hacian temer el excesivo engrandecimiento de la casa de Borbon. En este estado se acordó en 1668 celebrar un congreso en *Aix-la-Chapelle* para contener los progresos de la Francia en su guerra contra España, al cual asistieron plenipotenciarios holandeses, ingleses, suecos y españoles. Acordóse en él que la Flandes se dividiría en dos partes, una para la España y otra para la Francia, contándose entre las plazas de esta, Lila, Tournay y Oudenarde, y restituyéndose á la España el Franco Condado. Todos se conformaron con la *Paz de Aix-la-Chapelle*, si bien Luis XIV la firmó de mala gana, jurando en sus adentros vengarse de los holandeses en ocasion oportuna.»

«Señor, de ese modo es muy fácil celebrar *paces*; diciendo: «vaya, partan Vds. por mitad lo que hay y llévense cada uno su parte,» es natural que se conformen los que se lo disputan.—No siempre, Pelegrin; eso consiste en las fuerzas y en la ambicion de cada contendiente.—Pues aun fué mas célebre la *segunda paz* que se celebró en este saion, añadió *Ricken*.—¿Pero juega en ella para algo la España? le preguntó Pelegrin.—Y mucho, señor. La *segunda Paz de Aix-la-Chapelle* fue la que puso término á la sangrienta guerra de la sucesion austriaca en 1748.—Señor, lléveme el diablo si yo entiendo tantas guerras y tantas paces, que yo creía

que una paz bastaba para concluirse una guerra, y luego me encuentro con otra paz, lo cual debe ser señal de que habia guerra otra vez, y llevo en la cabeza un baturrillo de guerras y de paces que me dejo ahorcar si yo le entiendo (1).»

(1) A propósito y atención á la notilla.—Para que se vea si trae fecha larga el decidido afan y empeño de disputarse nuestros muy caros y muy amados aliados y amigos los ingleses y los franceses la preponderancia, influencia y ascendiente sobre su muy querida España, oigan vds, hermanos míos, lo que nos cuenta el historador Mariana por consecuencia de la *Segunda Paz de Aix-la-Chapelle*.

«De esta manera (dice el historiador) terminó la sangrienta guerra de la sucesion austriaca, llamada por algunos guerra pragmática, porque tuvo su origen de la pragmática sancion promulgada por el Emperador Cárlos VI.—Fernando VI, y su ministro Carvajal eran desafectos á la Francia *por el aire de superioridad con que procuraba siempre presentarse como tutora de la España*, y ademas porque los franceses procuraron por medio de sus diplomáticos agriar al rey de España con el Duque de Parma y el rey de Nápoles: asi que las relaciones entre España y Francia se hicieron severas, hasta que el monarca francés conociendo que debia captarse la benevolencia de su antiguo aliado, mudó el embajador que tenia en Madrid, pero no adelantó nada. Por otra parte la Inglaterra deseaba al mismo tiempo tener de su parte al gabinete español, *y de esta suerte se movia una especie de lucha diplomática entre los agentes franceses é ingleses para ver cuál de las dos naciones conseguiria preponderancia en Madrid etc. etc.....*

«El afan (dice en otra parte del mismo capitulo) con que procuraban los ingleses y franceses atraer á su partido á la España tenia una causa: tal era la querrela en que andaban desavenidos aquellos, á punto de declararse la guerra. Interesábales por tanto tener un aliado poderoso por mar, y la Francia hizo el último esfuerzo para conseguir su objeto. Envió á Madrid de embajador al duque Duras, hombre de mérito personal, y diplomático distinguido. Pero tenia que luchar con el embajador inglés

Estraordinario placer gozaba, yo Fr. Gerundio, cada vez que me veía en tan célebres lugares, y mas cuando estaban enlazados con recuerdos españoles. Lleyárame de buena gana horas y dias en cada uno de ellos, si el tiempo no me aguijára para consagrarlo á otros sitios y otras observaciones, y si la estacion no me intimára tambien apremiantes órdenes de retirada.

Salimos pues de la casa de ayuntamiento de *Aix-la-Chapelle*, y encaminamos nuestros pasos hácia otra parte.

Agujas y alfileres.

Aunque en varias de las ciudades de Alemania que habíamos visitado habia tambien fábricas de *agu-
jas y alfileres*, en unas partes no se permitia la entrada á los estrangeros, en otras era necesaria una recomendacion particular, y si lográbamos ver alguna, era con tal rapidez y precipitacion, que no ha-

que era mas hábil que él; y de esta suerte, entre dos grandes potencias que solicitaban su amistad, *pudo la España continuar en su sistema de no querer decidirse por ninguna.*» MARIANA, tomo 9 libro 6 capítulo 1.

¿Se parece algo la situacion de la España de entonces á la de ahora, ó nó? ¡Y dirán los actuales ministros que no pueden menos de decidirse por la Inglaterra ó por la Francia! ¿Cómo pudo la España de entonces *continuar en su sistema de no querer decidirse por ninguna?* ¿Por qué no ha de poder ahora lo mismo? ¿O son inútiles las lecciones de la historia?

biamos podido formar una idea de las múltiples y menudas operaciones de la fabricacion de este artefacto. En *Aix-la-Chapelle* tubimos la fortuna de dar con un fabricante tan atento, amable y obsequioso, que á nuestra presentacion no solamente nos franqueó desde luego su establecimiento, sino que encargó á un hijo suyo (perfecto trasunto de su padre en la amabilidad) que nos acompañara en la visita, y nos hiciera una especial y detenida esplicacion de todas las operaciones, y de cuánto sobre ellas dudáramos ó preguntarle quisiéramos.

Nunca acabaré de sentir bastante el que precisamente se me haya traspapelado el billete ó *adresse* que tubo la bondad de darme el dueño de la fábrica con las señas de su nombre y las circunstancias de su establecimiento, y que mi memoria me sea tan infiel que no pueda acordarme de ello por mas que lo procuro; y lo siento no por otra cosa sino por no poder darle *nominatim* un testimonio público de mi agradecimiento á su obsequiosidad. Pero súplalo la buena intencion.

Una fábrica de *agujas y alfileres* no es ciertamente un bello establecimiento: al contrario, tiene que ser por precision mas sucio que limpio, y mas feo que vistoso: el humo del vapor, el olorcillo del carbon de piedra, el serrin del acero, el aceite que entra por mucho en las operaciones, y muchas otras sustancias no nada limpias, le dan un aspecto en verdad bien poco poético y agradable: y los rostros de los operarios, con sus negros y prosáicos

tiznones, respiran el elasicismo artístico en toda su fuerza y vigor. De 600 á 800 cálculo yo los empleados que habria en la fábrica de *Aix-la-Chapelle*, la mayor parte muchachos de ambos sexos de 7 á 14 años, distribuidos en porcion de departamentos, porque el edificio es vastísimo.

Ya supondrá el lector la letanía de preguntas con que abrumaria mi buen Tirabeque al amable jóven nuestro acompañante: le importunaba, le molía, le ostigaba; él sin embargo contestaba á todo con una paciencia y una dulzura admirables: mas como para hacer la esplicacion tenia que emplear voces técnicas, quedábase el pobre Tirabeque en ayunas de la mayor parte, y acudia á mí en solicitud de esplanacion. «Por lo que yo observo, mi amo Fr. Gerundio (añadía), en esta fábrica hay muchos brazos de más, pues veo una porcion de muchachos ocupados nada mas que en abrir ojos á las agujas, sin que hagan otra cosa, y tengo para mí que si á cada uno se le mandára hacer una aguja ó un alfiler completo (que por eso no se descriarian), con la mitad de la gente se podrian hacer al cabo del dia mas agujas que hará todo este regimiento de muchachos con el sistema que siguen.—No estrañes, Pelegrin (le dije), que me ría de tu simpleza: cabalmente el gran mérito de la fabricacion de este género de artefacto está en la oportuna y bien combinada distribucion de los trabajos. Precisamente las fábricas de agujas y alfileres son las que se citan como el modelo ad-

mirable de los prodigiosos resultados del trabajo bien distribuido.—Así será, señor, pero yo confieso humildemente que la tal manera de hacer agujas escede á mis alcances.»

Voy á ver si acierto, yo Fr. Gerundio, á dar una idea de las muchísimas operaciones que lleva una aguja desde que empieza á elaborarse hasta que la vemos en estado de coser, para que vean mis muy caras y muy amadas hermanitas las señoras españolas cuantas vueltas lleva ese pequeñito y menudo instrumento primero que se logra ponerle en disposicion de entregarle á ser manejado por su delicadísima mano (que tal quiero suponerla). No sé si tendré bien presentes todas las operaciones, y la esplicacion que sobre ellas me dió mi jóven catedrático de *Aix-la-Chapelle*.

Suponed, hermanas mias, un trozo de acero de Inglaterra, de Hungría ó de Alemania. Este trozo de acero hay que dividirle en barritas, lo cual se ejecuta por medio del fuego y del martinete. En seguida se redondea y estira con el martillo hasta hacerle filamentos del grueso conveniente. Estos filamentos ó alambres se adelgazan pasándolos por una plancha de metal agugereada, empezando por los agujeros mas grandes y continuando gradualmente hasta poner los hilos tan delgados como haya de ser la aguja que se quiere fabricar. Y adviértoos de paso, mi amadas hermanas, que esta es una operacion de tanto busflis, que en ella consiste principalmente el que vuestras armas sean de mejor ó de

peor calidad, de bueno ó de mal temple. Y adviértos tambien por lo que os pueda convenir en la grave materia que nos ocupa, que segun me informó en confianza mi maestro de *Aix-la-Chapelle*, los fabricantes son los que han hecho cundir la voz de que para ser buena la aguja ha de cascar, ha de quebrar sin doblarse. Doctrina es esta, hermanas mias, hija de un sistema maquiavélico de los fabricantes, cuya máxima es, «quíebrense agujas, y tendremos despacho.» Lo que conviene es engrasar el hilo de alambre cada vez que se pasa por el agujero de la plancha; y la aguja saldrá del temple conveniente, ni blanda ni quebradiza. Pero esto pocas veces lo hacen, porque no conviene á sus intereses.

Luego que el acero está bastante delgado, se le corta en trozos iguales de la longitud suficiente para hacer dos agujas. Se aguzan los dos extremos de estos dos cabos de acero sobre una piedra arenisca, y se les hace dos puntas sobre una rueda de nogal rociada de polvos de esmeríl diluidos en aceite. Esta es la operacion de *pulir*, y la rueda se llama *pulidor*: y en estas operaciones van ya empleados una porcion de operarios, cada uno en la suya; allí nadie hace mas que una cosa sola. En este estado se cortan por medio los hilos de acero con unas tijeras, resultando dos agujas de cada uno de ellos. Sigue la operacion de *palmar*. *Palmar* las agujas es ir tomando en porciones de cuatro ó cinco, colocarlas entre el índice y el pulgar de manera que figuren

las varillas de un abanico abierto, y aplastar sobre un yunque las estremidades donde se ha de hacer el ojo. Facilmente se concibe que esta parte aplastada es la que se ha de agugerear. *Palmadas* que sean, se recuecen al fuego para ablandarlas: se les deja despues enfriar un poco. Vosotras habreis observado, hermanas mias, que las cabezas de las agujas no son perfectamente chatas, sino que tienen dos pequeñas canalitas: pues bien, estos canceloncitos se hacen con un pequeño balancin que hace jugar dos punzones á un tiempo, uno arriba y otro abajo, y que á semejanza de nuestros dientes cuando cojen en medio tal cual trozo de vianda un poco dura, le hacen dos incisiones á la vez. Vamos ahora á hacer el ojo. El ojo de la aguja se hace en tres tiempos. Un operario la coloca sobre una masa de plomo, y teniendo en la mano un punzon movido por el vapor dá el golpe por un lado, la vuelve, y la golpea por el otro; y otro oficial termina la operacion haciendo salir de otro golpe la partícula de acero que aun no se habia desprendido de la aguja. La operacion de *agugerear* la hacen regularmente muchachos, pero con tal destreza que son capaces de agugerear un cabello. El ojo está abierto, pero si quedára en tal estado, de seguro al tiempo de coser rozaría el hilo, le troncharía. Es necesario pues *desbarbarle*. Para esto hay otro instrumento y otros operarios: y en seguida *escotarla, hacerle el sombre-ro* que ellos dicen: esto lo suelen hacer las muchachas.

¿Y la punta?—Aguarden vds. que antes es menester *templarlas*. Para *templar* las agujas se las coloca sobre un hierro planó, estrecho y un poco encorbado á los lados, se le coloca sobre un fogon sostenido con una tenaza, y cuando han adquirido el temple de calor conveniente, se las echa en un cubo ó herrada de agua fria. Operacion importante y delicada, como la otra de que antes os hablé. De aquel temple y de este pende su buena ó mala calidad. Si el temple es demasiado duro, se saltan; si es demasiado flojo, se doblan. En el punto está el *busilis*. Para eso la operacion del temple se rectifica con la del *recocimiento*. Para *recocerlas* se las estiende sobre una plancha de hierro colocado sobre un escalfador, donde se calientan á ojo prudente del operario, que luego las experimenta golpeandolas con un martillo para enderezarlas. En seguida se separan las malas de las buenas. Esta operacion de *separar* es una de las que mas tienen que ver, y donde se admira mas la agilidad, el tacto y la destreza de aquellos oficiales.

Nos falta pulirlas; pero no nos falta poco. He aquí como se practica la operacion de *pulir*. Se toman doce ó quince mil agujas; se las coloca en pequeños paquetitos sobre un pedazo de terliz nuevo espolvoreado con polvos de esmeril: se echa otra capa de esmeril rociado de aceite sobre las agujas; se enrolla la tela, se forma un saco que se ata por ambos extremos, se aprieta con cuerdas, y esta morcilla así enrollada se lleva á la mesa de *pulir*, que suele ser rec-

tangular, bastante sólida, y con sus abrazaderas correspondientes; y allí por medio del vapor se hace ir y venir, y frotarse y refrotarse las agujas, que por este medio reciben el primer pulimento. Se les saca de la bolsa, y se las echa en lejía de agua caliente y jabon, para que suelten la bascosidad formada por el aceite, el esmeril, y las partículas de acero que se desprendieron con el frote; que es el pulimento segundo.

Ustedes creerán acaso que hemos concluido. Pues no, hijas mias, que ahora vamos á *aventarlas*. Al efecto, despues de la *lejía* las envolvemos en salvado húmedo, las metemos en una caja cuadrada, que colgamos al aire, y con una llave ó manubrio les vamos dando vueltas, meneándolas y oscilándolas, hasta que se secan los salvados. Con las frotaciones del *pulidor* y con el roce del *aventador* es muy fácil que algunas se hayan despuntado: para eso es la segunda operacion de *escojer*, para separar las malas de las buenas. Llegamos á la última maniobra, la de *afinar*. Un obrero toma entre los dedos una buena hilera de agujas, y acaba de apuntarlas en una rueda de esmeril que tiene en continuo movimiento con la otra mano. Ya no falta mas que clasificarlas, contarlas, é irlas empapelando en pequeños paquetes, cuya operacion, que parece sencilla, se divide en otras veinte operaciones subalternas, en que se ocupa una numerosa seccion de jóvenes adultas.

En casi todas las maniobras que acabo de des-

cribir es necesario tener las agujas colocadas en hileras ordenadas, es decir, en una misma direccion, puntas con puntas y ojos con ojos; y es tal la práctica y destreza que en esto tienen los operarios, que tomando del confuso monton un puñado de agujas en cada mano, las zarandean con tal agilidad y soltura que en un punto imperceptible de tiempo se ve todas las puntas vueltas de un mismo lado.

Aquí teneis, hermanas mias, en resúmen las operaciones que sufre antes de llegar á vuestras manos ese pequeño instrumentillo que tan despreciable parece. Ochenta y tantos oficiales han cooperado á la elaboracion de esa arma diminuta para ponerla en el estado en que la veis. ¡Sastres! ¡Costureras! Vosotros todos los que por oficio ó por diversion habeis siquiera una vez manejado una aguja. Si acaso sois de los que creen que este mundo ha sido obra del acaso, y que no hay un supremo hacedor omnipotente, venid acá y decidme: si para hacer una aguja se necesitan ochenta y tantos colaboradores auxiliados de una complicada maquinaria, ¡ en qué cabeza redonda cabe que no haya sido necesario un poder sobrenatural, una sabiduría infinita para hacer esta gran maquina que llamamos mundo!

De los departamentos de agujas pasamos á los de alfileres. De buena gana me detendría á describir las no menos variadas y curiosas operaciones porque pasa cada alfiler, si no temiera hacerme molesto á mis lectores. Tirabeque andaba lelo; todo lo

queria ver, de todo se queria informar, pero en nada acertaba á fijarse, y todo era para él algarría y confusion. Pero él me decia no obstante: «Señor, aunque yo ahora me encuentro un poco confuso, conozco que esto está muy sábiamente arreglado: asi como esta fábrica de agujas y alfileres quisiera yo que estuvieran allá las oficinas, y no que no comprendo yo cómo pueden estar allí distribuidos los trabajos que un espediente de nonada tarda siglos en despacharse, y muchas veces no se sabe á quién pertenece.»

Me reí de su comparacion, y pregunté al dueño si me haría el gusto de venderme algunos paquetitos de diferentes clases, á que me contestó con su natural amabilidad que podía llevar cuantos gustára. Hicimoslo así los dos, adquiriendo bastante porcion de ellos por una muy módica cantidad, y admirándonos sobre todo el gusto y la elegancia de las cubiertas, que figuraban, ya libritos de memoria, ya pequeñas carteritas y tarjeteros, y ya otros mil caprichos propios para satisfacer el de cada comprador.

Concluiré refiriendo una circunstancia digna de atencion. Habia yo elegido, entre otros, dos paquetes cuyas carpetas me habian gustado. Los vió el fabricante y me dijo: «¡Oh! perdonad, yo no puedo permitir que lleveis estos paquetes: las agujas que encierran son las de peor calidad: ¿no habeis reparado que el sello y el lema de la cubierta están en inglés?—Verdaderamente (le dije) no ha-

Ha notado esta circunstancia.—Por eso os la hago notar: voy á usar con vos una confianza, porque me habeis parecido ingénuo. A las agujas de peor calidad les ponemos cubiertas inglesas, las hacemos esportar como inglesas al estrangero, y..... —Vamos, así desacreditan vds. las fábricas inglesas, ¿no es eso?—Y bien, vos lo habeis acertado: yo he creído deberos hacer esta confianza.—Y yo os la agradezco muy de veras.»

Admiré su franqueza, me despedí de él dándole las debidas gracias por su obsequiosidad, y salí muy complacido, pero sin echar en saco roto el *busilis* de las cubiertas inglesas.

Vámonos.

Dispusimos partir al siguiente día de la antigua capital del imperio de Carlo Magno. Bien sentíamos que no estuviera todavía corriente el camino de hierro que ha de poner en comunicacion á *Aix-la-Chapelle* con *LIEJA*, pero en su defecto tomamos plazas en la diligencia de *Van Gend y compañía*, que sale tres veces diariamente de uno á otro punto. Nosotros aprovechamos la de la madrugada. Esta diligencia tiene una particularidad que no habia visto en otra alguna: todas las plazas son iguales: todas cuestan 7 francos, 70 céntimos.

A las 8 de la mañana ya habíamos dado vista á

las 2 aduanas, prusiana y belga, la primera con su gallardete blanco y negro, la segunda con sus fajas encarnadas, amarillas y azules; que son los respectivos colores nacionales de cada reino. Ya estamos otra vez en Bélgica; cesó la algaravía holandesa y alemana; con esta gente ya nos entendemos; ya parece que estamos en nuestra tierra.

Tomamos en LIEJA el camino de hierro, pasamos por LOVAINA, MALINAS y GANTE, torcemos á COURTRAY, nos despedimos de los caminos de hierro, saludamos la plaza de MENIN, entramos en el norte de Francia, sufrimos el escrupuloso registro de su primera aduana, y descansamos un par de días en LILA.

:Otra vez Francia!

A la manera que un rico venero de precioso metal escondido en las entrañas de la tierra se anuncia siempre á mas ó menos distancia por señales y vetas metalúrgicas que van indicando al especulador la direccion que debe dar á sus trabajos para topar con el filon, objeto de sus ansias y desvelos; asi el caracter, genio y fisonomia de cada nacion ó pais empieza á traslucirse, se deja sentir anticipadamente á mas ó menos distancia de sus límites y fronteras por ciertas avanzadas, que como los efluvios y emanaciones que se desprenden de las sus-

tancias odoríferas, anuncian lo que aproximándose un poco se vá á encontrar.

¿Desde dónde os parece, lectores míos muy amados, que empezamos á sentir nosotros la aproximación á la especuladora Francia, que empezamos á experimentar las estudiadas zalamerías de los franceses? Desde Gante nada menos, á distancia de algunas paradas de diligencia y de algunas estaciones de convoy de vapor. Allí llegan las avanzadas de los empresarios de las diligencias francesas: allí, hasta en el corazón de la Bélgica, penetran los comisionados (*commis*) de las empresas en busca de viajeros: allí, no bien habíamos descendido del carruaje, se nos presentó uno que venia nada menos que de *Lille*, preguntándonos: «Señores (precedido por supuesto el infalible *«pardon»*), ¿por casualidad pensais dirigiros á Francia?—Ciertamente, le respondí yo.—En ese caso, señores, tengo el honor de ofreceros mis servicios, por si gustais aceptarlos. Yo os proporcionaré buen carruaje hasta *Lille*, y aun hasta París; os llevaré á los mejores hoteles; saldreis sin deteneros, si gustais, ó descansaréis lo que tengais por conveniente, para lo cual os informaré de las diferentes horas de salida de las diligencias de la empresa de que soy comisionado: cuidaré desde este momento de vuestros bagajes; tomaos la molestia de decirme las letras con que van marcados, y descuidad en mi celo; os haré cuantos mandados se os ofrezcan: si necesitais de mí, tomaos la pena de darme una voz, y acudiré

solícito: mi nombre aqui le teneis, tomad mi *adresse*: ¿en qué puedo serviros ahora?—En nada, respondió Tirabeque, sino en que no seais tan lagotero, porque me apesta tanta zalamería: para ofrecer á un hombre sus servicios ¿es necesario tanto arrumaco?»

No pude menos de admirar de nuevo, yo Fr. Gerundio, hasta dónde llevan los especuladores franceses su ingenio mercantil. Ya no son los viajeros los que tienen que molestarse en buscar los medios de traslacion; son ellos los que salen á buscar los viajeros hasta el corazon de un reino extraño, los que se anticipan á guiar al estrangero por un país que no conoce, los que se adelantan á ofrecerle sus servicios, los que le previenen sus gustos y necesidades. Hé aqui, me decia yo, otra vez la Francia. ¿Cuándo harian esto los españoles? Y me respondí á mi mismo con *Mr. Molé*: «jamás.»

Lila (en francés *Lille*).

La jornada de aquel dia habia sido larga, y nuestras humanidades necesitaban bien de descanso. Con este motivo el coloquio nocturno con Tirabeque en la capital del departamento del Norte de Francia tubo que ser breve. Su sueño no me dió mas lugar que para enterarle de que **LILA** habia estado tambien bajo la dominacion española en

el siglo XVI, siendo una de las plazas que despues nos conquistó Luis XIV, y que quedó suya por los tratados de *Utrecht*, y de *Aix-la-Chapelle*. Cuando le dije que en 1815 se habia detenido en ella Luis XVIII un dia entero antes de dejar la Francia, ya Tirabeque me avisó con un ronquido haber dado *satis* á la leccion de historia.

Al dia siguiente salimos temprano á recorrer aquella ciudad de 70 mil habitantes, y una de las mas fortificadas que tienen los franceses, y aun la Europa. «¿A que no sabes, Pelegrin (le dije), qué es lo primero que vamos á visitar en LILA?—No lo sé, señor.—Discurre tú á ver si te acuerdas qué español célebre ha estado en esta ciudad en esta última época.—Español célebre, mi amo..... no sé de ninguno.—¡Desmemoriado que tú eres! ¿Dónde confinaron los franceses á *Cabrera* luego que se refugió á Francia?—Es verdad, mi amo: ¡majadero de mí! ¿pero está aqui todavía, señor?—No, hombre; ¿no sabes que ahora está en la isla de Hieres, donde le trasladaron porque en este país se le resentia la salud al pobrecito?»

Previne pues á nuestro *commissionaire* que nos dirigiera antes que todo á la ciudadela. A la exhibicion de nuestros pasaportes de extranjeros nos fue permitida fácilmente la entrada. Hallábase cuajada de tropas, restos del ejército de observacion que el gobierno francés habia hecho aproximar á las fronteras de Bélgica con motivo de aquel amago de conspiracion Orangista que en Bruselas

se habia descubierto. Recorrimos á nuestro sabor la ciudadela, obra maestra del famoso *Vauban*, cuya principal defensa consiste en las aguas que llevan sus dos hileras de fosos, y que en su forma se semeja mucho á las de Pamplona, Amberes, y casi todas las ciudadelas de alguna consideracion. Preguntamos al guía por la morada que habia sido de *Cabrera*: él no la sabia, pero un oficial á quien se dirigió se prestó amablemente á enseñárnosla: la ocupaba á la sazón un coronel. En el pequeño rato que permanecemos en ella notábase en la fisonomía de Tirabeque no sé que impresion que le producian sin duda los recuerdos del inquilino. «Señor, me decia, pareceme que despide esto todavía un tufillo á tigre que no me hace buen estómago: no sé cómo este señor coronel tiene valor para vivir aquí.»

Hablamos los oficiales y mi paternidad un rato sobre el carácter feroz del héroe de las falanges carlistas; celebramos no poco la sensacion que sus recuerdos le hacian á Tirabeque, y salimos de la ciudadela. Despues nos enseñó el guía el *café de Lion* donde acostumbraba á ir *Cabrera*, haciendo sus escapadas la mayor parte de las tardes, en virtud de la estrechez con que los franceses le tenian aprisionado, y de la rigurosa vigilancia que sobre el monstruo tortosino ejercía su policia, dejándole salir donde y cuando le acomodaba.

Cruzamos los bellos paseos de las afueras de LILA; pasamos por el elegante puente construido

por Napoleon; recorrimos sus bellas, rectas, largas y bien construidas calles (escepto la infinidad de callejones sin salida, de que mas que otra alguna abunda aquella ciudad); visitamos sus templos; algunos de sus muchos establecimientos científicos, de beneficencia, ó de puro recreo; su palacio de justicia, de nueva construccion, elegante arquitectura y lujosos pavimentos; su teatro, cuya fachada principal se estaba levantando con ostentacion; su museo de cuadros de la escuela flamenca, en que por no dejar de hallar en todas partes á *Rubens* nos encontramos con un *San Francisco* y un *San Buenaventura* suyos; sus puertas, ricas de esculturas, algunas de ellas imponentes y magníficas, como la de París; su almacén de granos, con 400 ventanas; su hospital general, de bellas é inmensas dimensiones; su biblioteca de 24.000 volúmenes; y no me acuerdo que otros monumentos, que los tiene muchos y muy notables aquella capital del 16.º distrito militar de la Francia.

LILA se puede llamar tambien la ciudad de los molinos de viento: no por docenas, por centenares se cuentan en sus afueras estas máquinas importadas del Asia, y de cuyo mecanismo tanto se ocupó *Daniel Bernoulli*.

CAMBRAY.

Continuamos nuestra ruta, y á las 8 de la noche llegamos á CAMBRAY, ciudad de 18.000 habitantes y 5.000 pobres, tambien fortificada y con ciudadela. Aquí nos concedió el conductor 8 minutos de descanso para tomar un té. «Diga vd., mi amo, me preguntaba Tirabeque, ¿no se ha hecho tambien alguna paz en CAMBRAY?— En efecto que se hizo, Pelegrin. En 1529 se celebró aquí un *tratado de paz* entre Carlos V. y Francisco I.—Ya decia yo: ¡sobre que llevo la cabeza llena de paces! ¿Y no fue esto tambien de los españoles en otros tiempos?—Y mucho que lo fué: nada menos que por cerca de un siglo.—¡Ay! mi amo, mi amo! ¡Lo que va de ayer á hoy! Ayer todas las tierras que hemos corrido eran nuestras, y hoy somos en ellas tan extranjeros como los chinos: ayer éramos los amos, y hoy no nos entienden el habla. Muchacha, abrevia con ese té, que se pasan los 8 minutos.»

Ni la hora ni la premura del tiempo me permitieron ver el monumento erigido por David en honor del famoso *Arzobispo de Cambray*, el inmortal FENELON.

«Al carruaje, señores, gritó el conductor, que se han pasado los 8 minutos.» Pero no puedo menos de referir lo que en CAMBRAY nos pasó con los pasaportes, en prueba de lo bien montado que los franceses tienen este ramo de policia.

Como unas 3 leguas antes de CAMBRAY nos fueron pedidos los pasaportes á todos los viajeros. Los entregamos sin salir del carruage: vimos que un empleado entraba con ellos en una oficina: el carruage continuó sin detenerse, y los pasaportes quedaban allí. ¿Cúando y cómo nos son devueltos nuestros pasaportes? Con no poco recelo veníamos en verdad, y no sin fundamento, porque el carruage no se detenía, y no veíamos el medio de poder recuperarlos, mucho mas cuando se nos anunció ser tan corta la detencion en CAMBRAY. Pues bien, al montar en la diligencia en esta ciudad, hé aqui un empleado que se aparece diciendo: «voilà, Messieurs, vos passeports.» Ya estaban refrendados. Aquel empleado del gobierno habia ido en posta á alcanzar á los viajeros. El conductor sabia que á los 8 minutos estaría allí infaliblemente. Entretanto se relevaba el tiro, y los viajeros tomaban su refaccion. ¡Admirable exactitud en el servicio público, é ingeniosa combinacion para no irrogar la mas pequeña estorsion ni causar el mas mínimo detenimiento á los viajeros!

SAN QUINTIN.

Las tres de la mañana eran cuando se estaba haciendo el relevo de caballos en SAN QUINTIN. Pocas impresiones de sorpresa habré recibido en mi vida mas agradables que la que me causó el oír el

carillon del elevadísimo campanario de la antigua catedral de SAN QUINTIN, tocar, para dar las tres, con toda la perfeccion que pudiera hacerlo la mas armoniosa orquesta el himno de los *Puritanos*:

Soune la tromba intrépida.

La noche estaba clara y serena; el silencio no podía ser mayor; la sensacion que causaba era indefinible; el placer de un género extraño y enteramente nuevo.

«Señor, me decía Tirabeque; San Quintin, San Quintin..... aquí sería *la de San Quintin*.—En efecto fue aquí, Tirabeque; y no creas que tengo poca satisfaccion en hallarme en esta célebre ciudad; lo que siento es no poder detenerme en ella.—Y diga V., mi amo: ¿qué fue esa de *San Quintin*, que siempre estoy oyendo: *hubo la de S. Quintin*, *habrá la de S. Quintin*? qué diablos fué esa *de San Quintin*, que tanta memoria ha dejado?—Voy á esplicarte lo que fue *la de San Quintin*.

Hasta las cercanías de SAN QUINTIN se estendia la dominacion española en tiempo de Felipe II. Los franceses habian quebrantado una de esas paces de que tu llevas la cabeza llena, y deseoso el monarca español de vengar esta injuria y esta falta de fé al tratado, entregó un poderoso ejército á Philiberto de Saboya, que sucedió á doña María en el gobierno de Flandes, para que se acreditase con algun hecho famoso que impusiera á los franceses. Deter-

minó pues el nuevo general en gefe hacer una hombrada. SAN QUINTIN era entonces la plaza fronteriza que tenian mejor guarnecida y con mas cuidado vigilada los franceses, y por lo mismo se empeña Philiperto en tomar á SAN QUINTIN, y la pone sitio, y la estrecha mas y mas. Esto era en 1557.

Sostenía el almirante Coligny las esperanzas de la guarnicion. Montmorency que le habia ofrecido socorros, puso en movimiento un ejército de 23,000 hombres, y mandó colocar la artillería en una altura, y que tirase continuamente y sin cesar contra el enemigo. Audelot, hermano de Coligny, trató de introducir socorros con barcas por la laguna, pero sobre no haberlo podido lograr salió herido y tubo que refugiarse á la ciudad con muy pocos. Entonces el saboyano, gefe del ejército español, se determinó á dar una batalla decisiva. Y entonces fué, Tirabeque, cuando hubo *la de San Quintin*. La caballería española envistió con tal ímpetu y tal pujanza, que desordenados los escuadrones y los coraceros franceses, dieron en su misma infantería, causando en ella un horrible estrago. Los escuadrones españoles la perseguían por todas partes victoriosos, y no se vía por los campos de *San Quintin* sino franceses muertos, heridos ó fugitivos, que formaban el mas triste y doloroso cuadro que se puede imaginar.—Alegre y divertido dirá vd., señor, no que doloroso y triste: que la paguen, que bien lo....—Calla esa boca, hombre; ¿no ves que estamos entre ellos?

Diez mil franceses aseguran los historiadores que murieron, entre ellos sus principales gefes, el vizconde de Turena, el vizconde de Montmorency, el hijo del conde de Pompignan, Claudio de la Rechechovard, Juan, duque de Enghien, hermano del príncipe de Condé, y otros muchos. Quedaron prisioneros el condestable Montmorency general del ejército, su hijo Mompensier, Longueville, Luis Gonzaga, hermano del duque de Mantua, el mariscal de San Andres, Rochemen, y el Ringrave coronel de los alemanes. Se asegura, Pelegrin, que fueron hechos prisioneros 2000 nobles, y 4000 soldados; y que se tomaron 20 cañones, 90 banderas y 300 carros de municiones y bagages. Mira si fué memorable *la de San Quintin*. Los nombres de los que se encontraron en esta batalla son célebres y lo serán siempre en la historia, los unos por la derrota y los otros por el triunfo. Y lo mas gracioso fué, Pelegrin, que esta victoria costó muy poco á los españoles.

Tan gozoso fué este dia para nuestros compatriotas, que el rey Felipe II en conmemoracion perpetua de él edificó el Escorial, dándole la advocacion de San Lorenzo, en memoria acaso de haber sido el dia de San Lorenzo cuando Montmorency puso en movimiento sus tropas y en su virtud se decidió el general español á dar *la batalla de San Quintin*.

Señor, confieso que no tenia noticia de nada de cuanto vd. me acaba de referir, y que me ha

dado vd. un buen rato; que aunque con agua pasada no muele molino, bueno es que á los españoles nos haya quedado que contar. Ahora ya miraré yo el Escorial con mas aficion que antes: y cuando oiga decir: «habrá la de San Quintin,» preguntaré al que lo diga: «¿á que no sabe vd. cuál fue la de San Quintin?» Regularmente no lo sabrá, y entonces le diré yo: «pues amigo, á correr tierras como yo, que viajando se aprende.»

Aun tenia Tirabeque la palabra en la boca cuando le interrumpió el ruido del carruaje, que echó á rodar por aquel maldito arrecife de piedra que hay de Lila á PARIS, que asi dá magullamiento al cuerpo como atronamiento á los oidos.

Dejamos pues á SAN QUINTIN, célebre en el dia por sus muchas y escelentes fábricas de batis-tas, blondas, encajes y otros tegidos: y continuando nuestra marcha, pasamos por *Compiègne*, de inolvidables recuerdos para mí (1); y al dia y medio de haber salido de LILA, y con el quebranto consiguiente á una marcha de 58 leguas sin descansar, dieron fondo nuestrás dos humanidades reverendas al anochecer en la infernal y celestial PARIS.

De París á Bayona.

Otro medio volúmen seria necesario si hubiera de trasladar al papel las nuevas observaciones que

(1) Tom. .1.º pag. 317 y siguientes

cido por la naturaleza, recibir las influencias de un cielo alegre y privilegiado, respirar el aire español, beber las aguas puras de la tierra natal que en vano se buscaron con avidez desde que se puso la planta en suelo extranjero. Por una parte se siente salir de unos países donde se goza de una paz envidiable, donde se tiene una seguridad individual completa; para entrar en otro país agitado de discordias políticas, y donde el individuo y sus intereses no están seguros de ser atacados en los caminos, en las poblaciones y en las mismas casas. Por otra parte se anhela dejar unos pueblos donde el egoísmo tiene sentado su trono, donde el interés es el móvil único universal de todas las acciones, donde no se conoce la franqueza, donde todo es simulación, todo esterilidad, todo mentira; para entrar en el país de la franqueza y de la hidalguía, en el país del corazón y de los sentimientos sublimes, en el país donde se ama por inclinación, donde se ofrece con desinterés, donde el ofendido sale al encuentro al ofensor y le manifiesta su resentimiento cara á cara.

Pero en esta lucha de encontrados afectos, experimenta el español una fuerza interior irresistible que le arrastra hácia su amada España, que le hace quererla con todos sus defectos, suspirar por ella, no ver llegado el momento de pisar tierra española; no se aparta de su imaginación el puente de Behovia, y apenas dará un paso sin decir: «¿cuándo me veré yo del otro lado del puente!» Y cuenta

:

las jornadas que le faltan, y cuenta tambien las leguas y las horas que van pasando, y dice para sí, como yo Fr. Gerundio decía; «si yo que salí de mi patria temporal y espontáneamente, si yo que acabo de hacer un viaje de pura instruccion y recreo, con tal cual comodidad y sin sufrir privaciones, con la libertad de volver á mi patria cuando mi independiente voluntad lo determine, siento esta impaciencia, esta ansiedad, este deseo vehemente, este aguijante anhelo de verme restituido á mi patria, ¡qué no sufrirá el infeliz expatriado á quien sus delitos, ó sus errores, ó su desgracia, ó quizá tambien sus virtudes tienen cerradas las puertas de la patria, ó indefinidamente ó para siempre, y se vé reducido á alimentarse del negro y amargo pan que acaso la compasion estraña le proporciona?» Y dábanme lástima, y conmiseracion y grima. Y no obstante añadía yo: «en el estado de agitacion, de intolerancia y de recrudescencia á que han llegado en España las pasiones políticas, ¿será estraño que algun dia me toque venir á aumentar el número de los desgraciados que ahora compadezco? ¡Ah! ¿qué español puede decir en esta época: yo no me veré precisado á emigrar?»

Para desechar estas tristes ideas le dije á mi Tirabeque: «parece, Pelegrin, que te alegras de volver á España.—Señor, me respondió, por un lado sí, por otro nó.—¡Hola! ¿y se puede saber por qué lado te alegras, y por qué lado lo sientes?—Señor, por un lado siento que se acabe esta vida que traia-

amos, que de puro buena algunos ratos me parecia mala: por otro lado estoy deseando perder de vista estos arrastrados de extranjeros que no cobran ley á la camisa que traen puesta, y tengo ya unas ganas de entenderme con los míos, que desde luego ofrezco un abrazo al primer mayoral español que se nos depare.—Y yo ofrezco tambien hacer una pequeña demostracion á los soldados que se hallen de guardia en el puente de Behovia para que echen un *piscolavi* en honra y gloria de nuestra vuelta á España.»

La entrada.

Inesplicable fue la alegría de Tirabeque al dejar la última diligencia francesa y entrar en la primera española. Tendió los brazos en toda su longitud, y en seguida estrechando en ellos al mayoral, le decía: «feo eres, así Dios me salve (y era así la verdad), pero se conoce que eres español legítimo, y te abrazo con toda mi alma y todo mi cuerpo con mas gusto que si fueras una Venus del Olimpio; y si como tienes esas barbas de á pulgada, estuvieras afeitado, te habia de dar un beso mas apretado que el que dí á las reliquias de Santa Ursula y las once mil vírgenes.»

Es de una naturaleza particular é indefinible la sensacion de gozo que experimenta el español, cuan-

do despues de la silenciosa y triste monotonía de los conductores franceses vuelve á oír por primera vez la alegre vocinglería de los mayores y zagales españoles, los gritos de: «*valerosa, pulida, coronela: ¡ay! si voy allá! por vida de Jesus me valga esa panadera! ¡la corza! la corza! déjala, no la mates: rrrrá....*» Y aunque á los ocho pasos tenga que detenerse el carruaje por que se rompió una cuerda y se enredaron otras (cosa que no se ha visto en 800 leguas andadas por el estrangero), esto mismo hace gracia, y se convierte en sabrosa salsa y alegre risa.

Al repasar el Bidasóa el corazon se ensancha naturalmente, y naturalmente no puede menos de esclamarse: «*gracias á Dios que estamos en nuestra tierra.*» Hice llamar al sargento de guardia, cumplí mi promesa hecha á los soldados, de lo cual ellos no se manifestaron pesarosos; y dando tumbos el carruaje, señal de haber entrado en calzada española, llegamos á Irún, donde los dos viageros empezamos á recibir obsequios y demostraciones de afecto de parte de la oficialidad de la guarnicion, y de los empleados de la aduana, del correo, y demás, complaciéndome de pagar ahora este pequeño tributo de gratitud á aquellos hermanos, ya que otra ocasion no he tenido antes de poderlo hacer.

David, judío y cojo.

No puedo dispensarme de hacer particular mencion de algunas circunstancias de la jornada de

aquel día. Desde Bayona veníamos en compañía de varios españoles, todos de buen humor, y todos pies útiles y dispuestos para la broma y el *gaudeamus*, tan necesarios para neutralizar las molestias de un camino. Pero entre todos descollaba por la jovialidad de su genio, por su bulliciosidad y viveza, y por la oportunidad de sus chistes el célebre judío *David Séches*, comerciante y morador del barrio de *Sancti-Spiritus* de Bayona (1), hombre de mediana edad, buen *coram-vobis*, pero mas cojo que Tirabeque, testigo la muleta *sine qua non*.

He dicho «el célebre judío.» porque *David Séches* es realmente conocido y célebre por su buen humor, no solo en Bayona, sino tambien en las provincias vascongadas, á las cuales hace frecuentes viages, en las que tiene largas relaciones mercantiles, y cuyo trato y comunicacion le ha puesto al corriente y en aptitud de producirse y esplicarse con todo desembarazo no solo en español, si que tambien en vascuence. Asi pues el bueno de *David* tan pronto nos entonaba con su voz de sochantre una cancion española, como una

(1) Por eso dije en nota á la página sétima del tomo 1.º que parecia estar yo destinado á viajar con nombres del antiguo testamento. Empezé en el camino de Burgos con el niño *Moisés* (aunque cristiano de la nueva ley). En Holanda caminé con un *Samuél*: en Alemania viajé con un *Josné* y en Bayona se me agregó un *David*: amen de otros de que no he hecho esplicita mencion.

zarzuela ó vaudeville francés, como un zorcico vasco: y pasando del: «*allous, enfants de la patrie*» de la Marsellesa, al «*serenos, alegres, valientes y osados*» del himno de Riego, y de este al «*tamborilúa, trám pam trám, chilibituchúa, chilibituva*» de Vizcaya, alborotaba los pueblos del tránsito, atraía los chiquillos al rededor del carruaje, y á nosotros nos llevaba siempre entretenidos y alegres.

De las canciones pasaba á los cuentos, chascarrillos y acertijos, de que era un depósito inagotable, pudiéndoselas apostar al mismo autor de la *Floresta española*, si bien algunos no harian el mejor juego en una Floresta por lo subido del color.

En los pocos ratos de intervalo que ni cantaba ni contaba, se batian y escopeteaban Tirabeque y él en toda regla, versando comunmente sus polémicas y razonamientos sobre las cualidades de judío y de cojo, comun de los dos la una, é individual la otra, y ofrecíanseles á uno y otro chistes y ocurrencias que nos hacian reir mas de lo que ya buenamente nuestros cuerpos sufrían. Por la noche, cenando en Tolosa, discurrió Tirabeque una estratagema ó tranquilla para ver cómo arrancaba á David, aunque fuese momentáneamente, una confesion de fé en Cristo: y tomando en la mano un vaso de *sagardúa* ó vino de manzanas, se levantó, y haciendo levantar tambien al judío, le dijo en alta voz: «Señor David, ¿jurais por Dios y por nuestro Señor Jesucristo que este vino no es de ce-

pas?» Pero el muy ladino de David contestó á renglon seguido y sin vacilar: «Sr. Tirabeque, juro por Dios y por *vuestro* Sr. Jesucristo que no lo és.»

Pélegrin se quedó mustio con la respuesta, diciéndome por lo bajo: «Señor, me venció el maldito judío:» lo que en su boca tenia tanta fuerza como el «*viciste, Galilée*» del emperador é impío Juliano. Celebraron todos la oportuna respuesta de David sin envidiarle la creencia: y el resultado fué que el tal David, nos dió la jornada mas divertida que en mi vida viandante he tenido: él se quedó en Tolosa, y nosotros proseguimos al dia siguiente nuestra marcha.

Dulzura castellana.

Siendo como son las provincianas tan amables y tan dulces en su trato, se puede decir que hasta Burgos no esperimentó Tirabeque, ó por mejor decir, no renovó la memoria de la dulzura y amabilidad de las castellanas. Acostumbrado en los hoteles estrangeros á las blandas respuestas que por contestacion á sus requiebros le daban siempre por mal recibidos que fuesen, tentó á hacer lo mismo en el parador de Burgos; y viendo á una morena y robusta doncella que la cena nos servia, «muchacha (le dijo), tienes unos ojos españoles que valen un mundo.»—¡Mire V. con que me viene el demonio

del hombre, (le contestó ella)! Los tengo como Dios me los ha dado: y sobre todo, á V. no le importan nada mis ojos, que para V. no son.—Hija mia, replicó Pelegrin, bendita sea tu amabilidad.»

Pero aun no escarmentó con esta primer tentativa. Habiéndonos servido el primer plato, le probó Pelegrin, y hallándole un tanto soso, le dijo á la doncella: «Francisca, la sal que á ti te sobra le falta á esta ensalada.—Pues si le falta (le respondió), ahí está el salero; y sinó lo que no gusta se deja. Ahí tiene V. tambien ensalada de cardo, que puede que esté mejor.—¡Qué mas cardo que tú, áspera hija del Cid, si cada respuesta tuya semeja no digo una espina de cardo, sino una púa de erizo ó de puerco-espín? ¿Me podrá V. decir qué tierra es esta, mi amo?—Tú te has olvidado, Tirabeque (le dije), del carácter de nuestras paisanas: tan áspera y esquiva como ves que te se ha presentado á primera vista esta muchacha, témome que habeis de concluir por haceros mas amigos de lo que sea menester.»

Y así fué que tan luego como se penetró de que era Tirabeque el que la requebraba, se desvivía por servirle, y concluyó rogándole de todo corazon que descansára algun dia en Burgos, á lo cual le conocía yo á él un tanto inclinado.—«Señor, me decía, estoy convencido de que no hay en el mundo criaturas mas entrañables y de mejor corazon que estas castellanas.—¿No te lo dije? Vamos, vamos á dormir un rato, que la diligencia sale á las tres de la mañana.»

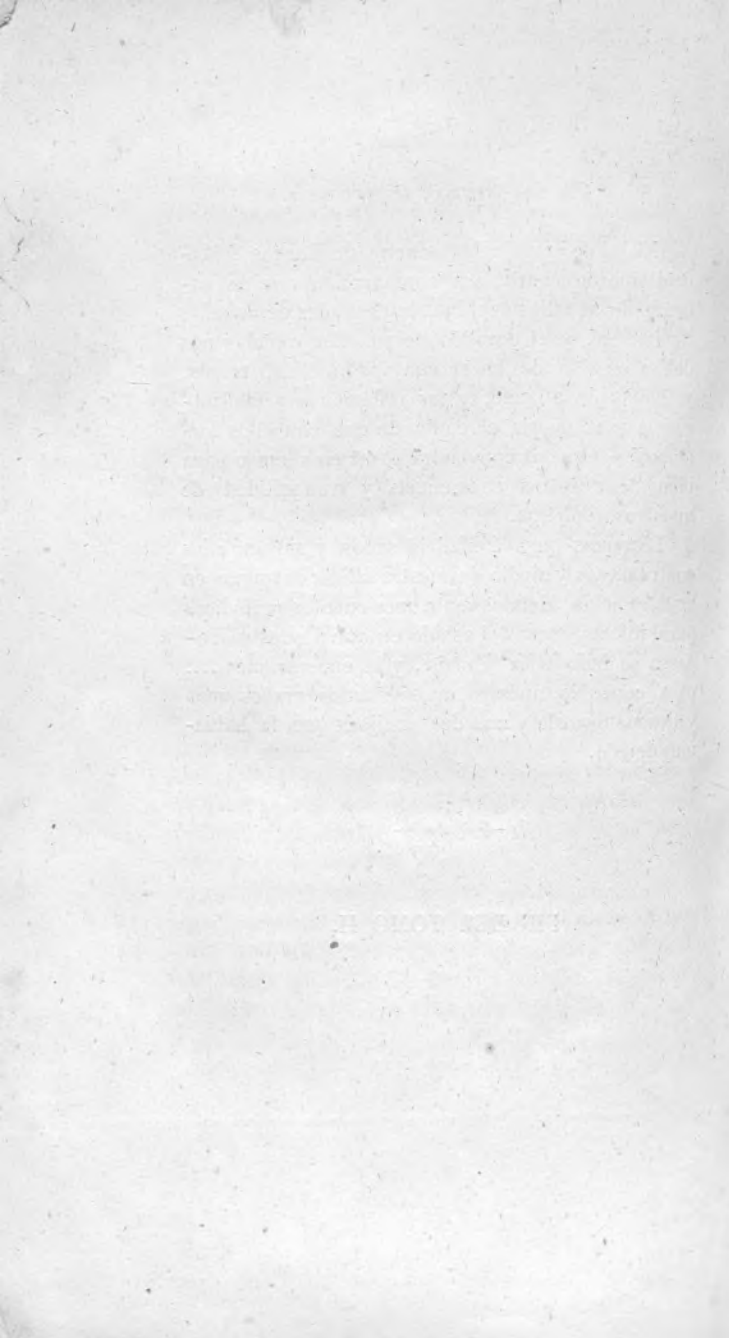
En su lugar, descanso.

Nada de particular ocurrió de Burgos á Madrid sino la continuada comparacion que la pobreza de aquellos pueblos, la desnudez de aquellos habitantes, y el desaliño de aquellas posadas nos daban ocasion de hacer con los pueblos, trages, y foudas de allende, y las reflexiones y meditaciones que sugeria el contraste que con ellos formaban, las cuales convendrá pasar en silencio para bien de nuestras conciencias y tranquilidad de nuestros espíritus.

Llegamos pues á Madrid sanos y salvos á los cuatro meses y medio de nuestra salida: entramos en nuestra celda, hicimos venir unos cuantos periódicos para informarnos del estado en que á nuestro regreso se hallaba la España, y la encontramos..... para consuelo nuestro unos cuantos grados mas y descuadernada y mas desvencijada que la habiamos dejado.



FIN DEL TOMO II.



INDICE

DE LOS

artículos que contiene este tomo.

	PAGINAS.
Bélgica-Aduaneros y lectores.	3
De la línea á la Capital.	4
Bruselas-Noche historiada.	7
Día de historia.	11
Casa de ayuntamiento.	19
Un muerto de allá por un vivo de acá. . .	22
Diplomáticos españoles.	26
El niño haciendo aguas.	30
Plaza de los Mártires.	33
Los ladrones.	36
Palacio del príncipe de Orange.	38
Y vá de palacios.	41
Diálogo á cuatro.	44
Caminos de hierro.	47
Lieja.	60
Historia y topografía.	62
Las de Mr. Cockeril y la de Mr. Lesoinne. .	63
Hallazgo de libros españoles.	57
Un oso entre la Virgen y San José.	70
La maravilla de Lieja. O' Donell y el capel- lan de coro.	72
La tierra de los Cristos.	76
Verviers.	79
Spa.	81
La gruta de Remouchamps.	84
Louvain.	93
Apertura de las Cámaras belgas.	98
Waterloo.	104

Gante.—El Guantazo de Carlos V.	115
Calderon de la Barca.	120
San Bavon y San Babilés.	121
¡Santa Bárbara bendita y qué atrocidad de cañon!	125
Las carniceras princesas.	127
Setecientas monjas y un fraile.	130
Fábrica de paño continuo.	133
Prision modelo.	133
La muerte á caballo, una vieja y un hermafrodita.	139
Los bibliotecarios y la bibliotecaria.	142
El casino.	144
Desmembramiento de la cúadruple alianza.	145
Brujas.	146
Cuentos de brujas.	149
Mas y mas Brujas.	156
El mejor campanario de Europa.	160
El obispo y los canónigos.	162
Nuestra señora y su Gallo.	164
La Virgen de Miguel Angel, y las Brujas al anochecer.	166
Carlos el Temerario.	168
Un tesoro en un hospital.	173
El capuchino español.	175
Ostende.	178
Amberes —Su fundacion, historia y topografía.	180
Recuerdos españoles.	183
La ciudadela.	187
La catedral y sus adherentes.	191
Santiago y Rubens.	198
Rubens y Van Dick.	199
La bolsa.	206
Lope de Vega.	208
Prepárense para marchar.	209

LA
REVOLUCION DE JULIO
EN 1854,

escrita por Cristino Martos,

Y PUBLICADA

POR A. SANTA COLOMA.

Entrega 9a.

MADRID.

IMPRENTA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS Y DE CIEGOS.

—
1854.

LA

REPRODUCTION OF THE ORIGINAL

MANUSCRIPT

OF THE

MANUSCRIPT

REPRODUCTION

REPROD.

THE REPRODUCTION OF THE ORIGINAL MANUSCRIPT

1871

